

LOPEZ de GOMARA

J. Lopez



AYO

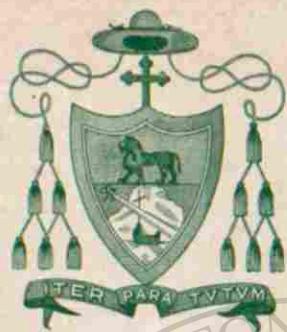
AYO

Biblioteca  
Clásica  
ESPAÑOLA



FLOPEZ  
DE GUMARA  
ENCUISTA  
DE J. J. J. J.

AF1230  
L6  
v. 2



1080017633

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

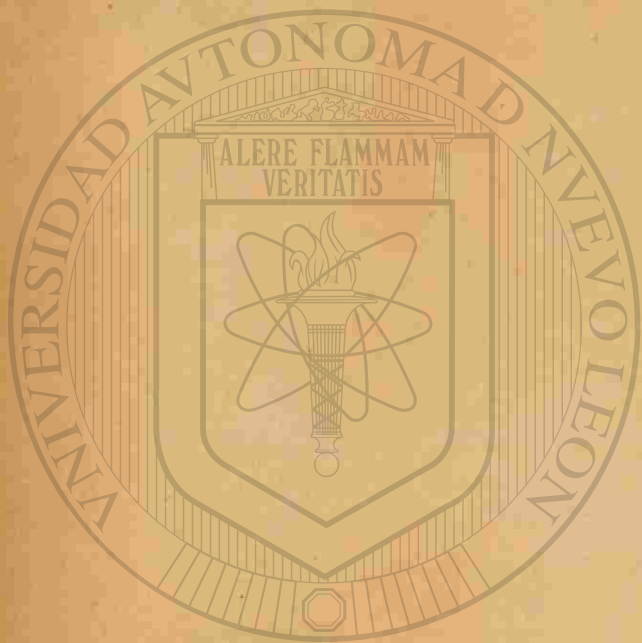
FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

*127*  
*Esta obra se ha comprado a*  
*Jos. J. Valverde de la propiedad de*  
*Emeterio Valverde Tellez*  
*León*

UANL



972.02



# UANL

CONQUISTA DE MEJICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

972.02

Núm. Clas \_\_\_\_\_

Núm. Autor 2664e

Núm. Add. 266

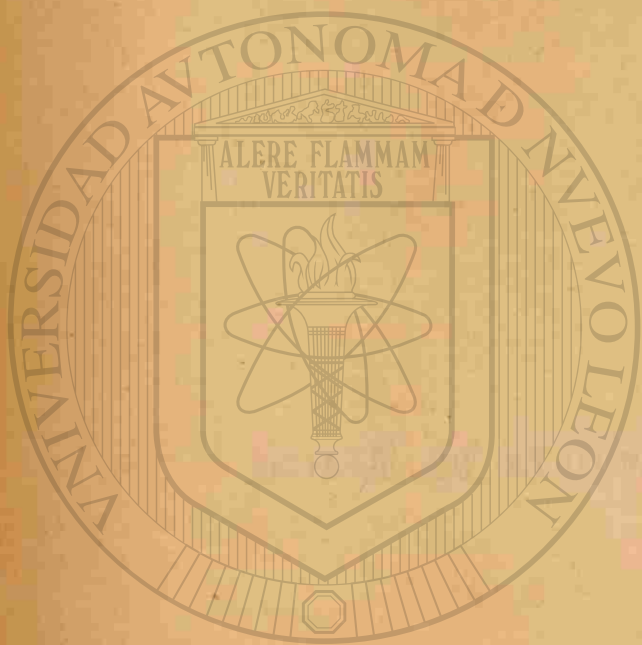
Procedencia -6- (R)

Precio \_\_\_\_\_

Fecha \_\_\_\_\_

Clasificó \_\_\_\_\_

Catalogó [Signature]



FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA

CONQUISTA

DE MÉJICO

U A N L

TOMO II

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA  
BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

DANIEL CORTezo y C.ª - Calle de Pallars (Salón de S. Joan)

1888

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Telloz

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

038125





F1230  
L6  
v. 2

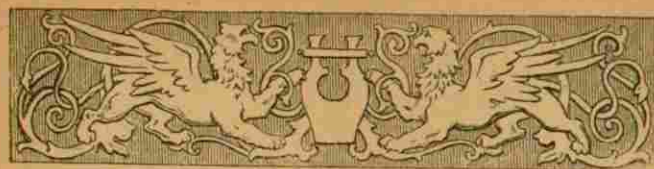
FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTIZO Y C. S

030152



El combate de Iztacpalapán

Ocho días estuvo Cortés sin salir de Tezcucó, fortaleciendo la casa en que posaba; que toda la ciudad, por ser grandísima, no podía, y basteciéndose por sí le cercasen los enemigos, y después, como no lo acometían, tomó quince de caballo, doscientos españoles, en que había diez escopetas y treinta ballestas, y hasta cinco mil amigos, y fué la orilla adelante de la laguna á Iztacpalapán derecho, que está cinco leguas de allí. Los de la ciudad fueron avisados por los de la guarnición de Culúa, con humos que hicieron de las atalayas, cómo iban sobre ellos españoles, y metieron su ropa y las mujeres y niños en las calles que están dentro en la agua; enviaron gran flota de acalles, y salieron al camino dos leguas muchos, y á su manera bien armados y hechos escuadrones. No pelearon á hecho, sino tornáronse al pueblo escaramuzando, con pensamiento de meter y matar allá los enemigos. Los españoles se metieron á revueltas dentro, que era lo que querían, y pelearon reciamente hasta echar los vecinos á la agua, donde muchos de ellos se ahogaron; mas como son nadadores, y no les daba sino á los pechos, y tenían muchas barcas que los recogían, no murieron tantos como se

000266

pensaba. Todavía mataron los de Tlaxcallán más de seis mil, y si la noche no los despartiera, mataran hartos más. Los españoles hubieron algún despojo, pusieron fuego á muchas casas y comenzáronse de aposentar; mas Cortés les mandó salir fuera á más andar, aunque era muy noche, porque no se ahogasen; que los de la ciudad habían abierto la calzada, y entraba tanta agua, que lo cubría todo; y cierto si aquella noche se quedaran allí, no escapaba hombre de su compañía, y aun con toda la priesa que se dió, eran las nueve de la noche cuando acabaron de salir. Pasaron el agua á volapié; perdióse todo el despojo, y ahogáronse algunos de Tlaxcallán. Tras este peligro tuvieron muy mala noche de frío, como estaban mojados, y de comida, como no pudieron sacarla. Los de Méjico, que todo esto sabían, dieron sobre ellos á la mañana, y fuéles forzado irse á Tezcucó, peleando con los enemigos que los apretaban recio por tierra, y con otros que salían del agua; y ni podían dañar á éstos, que se acogían luego á sus barquillos, ni osaban meterse entre los otros, que eran muchos; y así, llegaron á Tezcucó con grandísimo trabajo y hambre. Murieron muchos indios de nuestros amigos y un español, que creo fué el primero que murió peleando en el campo. Cortés estuvo triste aquella noche, pensando que con la jornada pasada dejaba mucho ánimo á los enemigos, y miedo á otros, que no se le diesen; mas luego á la mañana vinieron mensajeros de Otompán, donde fué la nombrada batalla que Cortés venció, según atrás se dijo, y de otras cuatro ciudades, que están cinco ó seis leguas de Tezcucó, á pedir perdón por las guerras pasadas y ofrecerse á su servicio, y á rogarle los amparase de los de Culúa, que los amenazaban y maltrataban, como hacían á todos los que se le daban. Cortés, aunque les loó y agradeció aquello, dijo que si no le traían atados los mensajeros de Méjico, ni los perdonaría ni recibiría. Tras éstos de Otompán, avisaron á Cortés cómo querían los de la provincia de Chalco ser sus amigos, y venir á dársele, sino

que no les dejaba la guarnición de Culúa, que estaba allí en su tierra. Él despachó luego á Gonzalo de Sandoval con veinte caballos y doscientos peones españoles, que fué á tomar á los de Chalco y echar á los de Culúa. Envió también á la Veracruz cartas; que había mucho que no sabía de los españoles que allá estaban, por tener los enemigos atajado el camino. Fué pues Sandoval con su compañía. Lo primero procuró de poner en salvo las cartas y mensajeros de Cortés, y encaminar á muchos tlaxcaltecas que fuesen seguros á sus casas con la ropa que llevaban ganada, y luego juntarse con los de Chalco; mas como de ellos se apartó, los acometieron enemigos, mataron algunos, y robáronles buena parte del despojo. Tuvo aviso de ello Sandoval, acudió presto allá, y remedió mucho daño, desbaratando y siguiendo los contrarios, y así pudieron ir á Tlaxcallán y á la Veracruz. Juntóse luego con los de Chalco que, sabiendo su venida, estaban en armas y aguardándole. Dieron todos juntos sobre los de Culúa, que pelearon mucho y muy bien; mas al cabo fueron vencidos, y muchos de ellos muertos. Quemáronles los ranchos y saqueáronselos. Volvióse con tanto Sandoval á Tezcucó; vinieron con él unos hijos del señor de Chalco; trajeron á Cortés hasta cuatrocientos pesos de oro en piezas, y llorando se disculparon, y dijeron cómo su padre cuando murió les mandó que se diesen á él. Cortés los consoló, agradeciéles su deseo, confirmóles el estado, y dióles al mismo Sandoval que los acompañase hasta su casa.

Los españoles que sacrificaron en Tezcucó

Iba Cortés ganando de cada día fuerzas y reputación, y acudían á él todos los que no eran de la parcialidad de

Culúa y muchos que lo eran; y así, á dos días de como hizo señor de Tezcuco á don Fernando, vinieron los señores de Huaxuta y Cuahutichán, que ya eran amigos, á decirle que venía sobre ellos todo el poder de mejicanos; que si llevarían sus hijos y hacienda á la sierra, ó los traerían á do él estaba: tanto era su temor. Él los esforzó, y rogó que se estuviesen quedos en sus casas, y no tuviesen miedo, sino apercibimiento y espías; que de que los enemigos viniesen holgaba él; por eso, que le avisasen, y verían cómo los castigaba. Los enemigos no fueron á Huaxuta, como se pensaba, sino á los tamemes de Tlaxcallán, que andaban proveyendo á los españoles. Salió á ellos Cortés con dos tiros, con doce de caballo y doscientos infantes y muchos tlaxcaltecas. Peleó y mató pocos, porque se acogían á la agua; quemó algunos pueblos do se recogían los de Méjico, y tornóse á Tezcuco. Al otro día vinieron tres pueblos de los más principales de aquella comarca á le pedir perdón, y á rogarle no los destruyese, y que no acogieran más á hombre de Culúa. Por esta embajada hicieron castigo en ellos los de Méjico, y muchos parecieron después descalabrados delante de Cortés para que los vengase. También enviaron los de Chalco por socorro, que los destruían mejicanos; mas él, como querían enviar por los bergantines, no se lo podía dar de españoles, sino remitirlos á los de Tlaxcallán. Huexocinco, Chololla, Huacacholla y á otros amigos, y darles esperanza que presto iría él. No estaban ellos nada contentos con la ayuda de aquellas provincias, sin españoles; pero todavía pidieron cartas para que lo hiciesen. Estando en esto, llegaron hombres de Tlaxcallán á decir á Cortés cómo estaban acabados los bergantines, y si había menester gente, porque de poco acá habían visto más ahumadas y señales de guerra que nunca. Él entonces los puso con los de Chalco, y les rogó dijesen de su parte á los señores y capitanes que olvidasen lo pasado y fuesen sus amigos, y les ayudasen contra mejicanos, que en ello le harían muy gran placer; y de

allí adelante fueron muy buenos amigos, y se ayudaron unos á otros. Vino asimismo de la Veracruz un español con nueva que habían desembarcado treinta españoles, sin los marineros de la nao, y ocho caballos, y que traían mucha pólvora y ballestas y escopetas. Por lo cual hicieron alegrías los nuestros, y luego envió Cortés á Tlaxcallán por los bergantines á Sandoval con doscientos españoles y con quince de caballo. Mandóle que de camino destruyese el lugar que prendió trescientos tlaxcaltecas y cuarenta y cinco españoles con cinco caballos, cuando estaba Méjico cercado; el cual lugar es de Tezcuco y alinda con tierra de Tlaxcallán. Bien quisiera castigar sobre el mismo caso á los de Tezcuco, sino que no estaba en tiempo ni convenía por entonces; ca mayor pena merecían que los otros, porque los sacrificaron y comieron, y derramaron la sangre por las paredes, haciendo señales con ella misma cómo era de españoles. Desollaron también los caballos, curtieron los cueros con sus pelos, y colgaronlos con las herraduras que tenían, en el templo mayor, y cabe ellos los vestidos de España por memoria. Sandoval fué allá determinado de combatir y asolar aquel lugar, así porque se lo mandó Cortés, como porque halló antes un poco de llegar á él, escrito de carbón en una casa: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Juste;» que era un hidalgo de los cinco de caballo. Los de aquel lugar, aunque eran muchos, lo dejaron, y huyeron en viendo españoles sobre sí. Ellos les fueron detrás siguiendo; mataron y prendieron muchos, especial niños y mujeres, que no podían andar, y que se daban por esclavos y á misericordia. Viendo pues tan poca resistencia, y que lloraban las mujeres por sus maridos, y los hijos por sus padres, hubieron compasión los españoles, y ni mataron la gente ni destruyeron el pueblo; antes llamaron los hombres y perdonáronlos, con juramento que hicieron de servirlos y serles leales; y así se vengó la muerte de aquellos cuarenta y cinco españoles. Preguntados cómo tomaron tantos cristianos sin que



se defendiesen ni escapase hombre de todos ellos, dijeron que se habían puesto en celada muchos delante un mal paso una cuesta arriba, que tenía estrecho el camino, donde por detrás los acometieron; y como iban uno á uno y los caballos del diestro, y no se podían rodear ni aprovechar de las espadas, los prendieron ligeramente á todos, y los enviaron á Tezcuco, donde, como arriba dije, fueron sacrificados en venganza de la prisión de Cacama.

#### Cómo trajeron los bergantines á Tezcuco los de Tlaxcallán

Reducidos y castigados los que prendieron á los españoles, caminó Sandoval para Tlaxcallán, y á la raya de aquella provincia topó con los bergantines; la tablazón y clavazón de los cuales traían ocho mil hombres á cuestras. Venían en su guarda veinte mil soldados, y otros dos mil con vituallas y para servicio de todos. Como Sandoval llegó, dijeron los carpinteros españoles que pues entraban ya en tierra de enemigos, y no sabían lo que les podría acontecer, que fuése delante la ligazón y atrás la tablazón, por ser cosa de más peso y embarazo. Todos dijeron que era bien, y que se hiciese así, salvo es Chichimecatetl, señor muy principal, hombre esforzado, y capitán de diez mil que llevaban la delantera y cargo de la tablazón; el cual tenía por afrenta que le echasen atrás, yendo él delantero. Sobre esto dijo buenas cosas; mas en fin se hubo de mudar y quedar en retaguardia. Teutipil y Teutecatli y los otros capitanes, señores también principales, tomaron la vanguardia con otros diez mil. Pusiéronse en medio los tamemes y los que llevaban la fusta y aparejo de los bergantines. Delante de estos dos capitanes iban cien españo-

les y ocho de caballo, y tras de toda la gente Sandoval con los otros españoles y siete caballos; y si Chichimecatetl estuvo recio de primero, más lo estuvo porque no quedasen con él los españoles, diciendo que ó no le tenían por valiente ó por leal. Concertados pues los escuadrones de la manera que oistes, caminaron para Tezcuco á las mayores voces, chiflos y relinchos del mundo, y gritando: «¡Cristianos, cristianos, Tlaxcallán, Tlaxcallán y España!» Al cuarto día entraron en Tezcuco por ordenanza al són de muchos atabales, caracoles y otros tales instrumentos de música. Pusiéronse para entrar penachos y mantas limpias, y ciertamente fué gentil entrada; que como era lucida gente, pareció bien, y como eran muchos, tardaron seis horas á entrar, sin quebrar el hilo; tomaban dos leguas de camino. Cortés les salió á recibir, dió las gracias á los señores, y aposentó toda la gente muy bien.

#### La vista que dió Cortés á Méjico

Reposaron cuatro dias, y luego mandó Cortés á los maestros que armasen y clavasen los bergantines apriesa, y que se hiciese una zanja entre tanto para los echar por ella á la laguna sin peligro de quebrarse primero; y porque traían gran gana de toparse con los de Méjico, salió con ellos y con veinticinco caballos y trescientos españoles, en que había cincuenta escopeteros y ballesteros; llevó también seis tiros. Á cuatro leguas de allí topó con un gran escuadrón de enemigos, en el cual rompieron los de caballo; acudieron luego los de pie y desbarataron; fueron en el alcance los tlaxcaltecas y mataron cuantos pudieron. Los españoles, como era tarde, no fueron, sino

asentaron su real en el campo, y durmieron aquella noche con cuidado y aviso, porque había por allí muchos de Culúa. Como fué de día echaron camino de Xaltoca; y Cortés no dijo dónde iba, que se recelaba de muchos de Tezcuco que venían con él, no avisasen á los enemigos. Llegaron á Xaltoca, lugar puesto en la laguna, y que por la tierra tiene muchas acequias anchas, hondas y llenas de agua, á no poder pasar los caballos. Los del pueblo les daban grita, y se burlaban de verlos andar por aquellos arroyos; tirábanles flechas y piedras. Los españoles de pie, saltando y como mejor pudieron, pasaron las acequias, combatieron el lugar, entraron, aunque con mucho trabajo, echaron fuera los vecinos á cuchilladas, y quemaron buena parte de las casas. No pararon allí, sino fuéronse á dormir una legua adelante: tiene Xaltoca por armas un sapo. Otra noche durmieron en Huatullán, lugar grande, mas despoblado, de miedo. Pasaron otro día por Tenaníoacán y Accapuzalco sin resistencia, y llegaron á Tlacopán, que estaba fuerte de gente y de fosos con agua; mas, aunque algo se defendió, entraron dentro, mataron muchos y lanzaron fuera á todos; y como sobrevino la noche, recogieron con tiempo á una muy gran casa, y en amaneciendo se saqueó el lugar y se quemó casi todo, en pago del daño y muerte de algunos españoles que hicieron cuando salían huyendo de Méjico. Seis días estuvieron los nuestros allí, que ninguno pasó sin escaramuzar con los enemigos, y muchos con gran rebato, y con tanta grita, según lo han de costumbre, que espantaba oírlos. Los de Tlaxcallán, que se querían mejorar con los de Culúa, hacían maravillas peleando, y como los contrarios eran valientes, había que ver; especial cuando se desafiaban uno á uno ó tantos á tantos. Pasaban entre ellos grandes razones, amenazas é injurias, que quien los entendía moría de risa. Salían de Méjico por la calzada á pelear, y por coger en ella los españoles, fingían huir. Otras veces los convidaban á la ciudad, diciendo: «Entrad, hombres, á

holgaros.» Unos decían: «Aquí moriréis como antaño;» otros, «Íos á vuestra tierra; que no hay otro Motezuma que haga á vuestro sabor.» Llegóse Cortés un día entre semejantes pláticas á una puente que estaba alzada; hizo señas de habla, y dijo: «Si está ahí el señor, quiérole hablar.» Respondieron: «Todos los que veis son señores; decid lo que queréis;» y como no estaba, calló, y ellos lo deshonraron. Tras esto, les dijo un español que los tenían cercados y se morirían de hambre; que se diesen. Replícaron que no tenían falta de pan; pero que cuando la tuviesen, comerían de los españoles y tlaxcaltecas que mataban; y arrojaron luego ciertas tortas de centli, diciendo: «Comed vosotros si tenéis hambre; que nosotros ninguna, gracias á nuestros dioses; y tiraos de ahí, si no moriréis;» y luego comenzaron á gritar y á pelear. Cortés, como no pudo hablar con Guahutimocín, y porque todos los lugares estaban sin gente, tornóse para Tezcuco casi por el camino que vino. Los enemigos, que le vieron volver así, creyeron que de miedo, y juntáronse infinitos de ellos á darle carga, y diéronse la bien cumplidamente. Él quiso un día castigar su locura, y envió delante todo el ejército y la infantería española, con cinco de caballo; hizo á otros seis de á caballo ponerse en celada al un lado del camino y cinco al otro, y tres en otra parte, y él escondióse con los demás entre unos árboles. Los enemigos, como no vieron caballos, arremeten desmandados á nuestro escuadrón. Salió Cortés, y en pasando y diciendo: «Santiago y á ellos, San Pedro y á ellos;» que era la señal para los de caballo, y como los tomaron de través y por las espaldas, alanceáronlos á placer. Desbaratáronlos á los primeros golpes, siguiéronlos dos leguas por un buen llano, y mataron muy muchos; y con tal victoria entraron y durmieron en Alcolmán, des leguas de Tezcuco. Los enemigos quedaron tan hostigados de aquella emboscada, que no parecieron en hartos días; y aquellos señores de Tlaxcallán tomaron licencia para tornarse, y fuéronse muy ufanos y victoriosos,

y los suyos ricos cargados de sal y ropa, que habían habido en la vuelta de la laguna.

#### La guerra de Accapichtlán

Viendo mejicanos que les iba mal con españoles, habiánlas con los de Chalco, que era tierra muy importante; y en el camino para Tlaxcallán y á la Veracruz. Los de Chalco llamaron á los de Huexocinco y Huacacholla que les ayudasen; y pidieron á Cortés españoles. Él les envió trescientos, y quince caballos, con Gonzalo de Sandoval; el cual fué, y en llegando concertó de ir á Huaztepec, donde estaba la guarnición de Culúa, que hacía el mal. Antes que allá llegasen les salieron al encuentro aquellos de la guarnición, y pelearon. Mas no pudiendo resistir la furia de los caballos ni las cuchilladas, se metieron en el lugar, y los nuestros tras ellos; los cuales mataron allá dentro muchos, y á los demás vecinos echaron fuera, que como no tenían allí mujeres ni hacienda que defender, no reparaban. Los españoles comieron, y dieron de comer á los caballos, y los amigos buscaban ropa por las casas. Estando así oyeron el ruido y gria que tratan los contrarios por las calles y plaza del pueblo. Salieron á ellos, pelearon y á puras lanzadas los echaron otra vez fuera y los siguieron una gran legua, donde hicieron gran matanza. Dos días estuvieron allí los nuestros, y luego fueron á Accapichtlán, do también había gente de Méjico. Requiriéronles con la paz; mas ellos, como estaban en lugar alto y fuerte, y malo para caballos, no escucharon; antes tiraban piedras y saetas, amenazando á los de Chalco. Los indios nuestros amigos, aunque eran muchos, no osaban acometer. Los

españoles arremetieron llamando Santiago, y subieron al lugar y tomáronlo, por más fuerte y defendido que fué. Es verdad que quedaron muchos de ellos heridos de piedras y varas. Entraron tras ellos los de Chalco y sus aliados, é hicieron grandísima carnicería de los de Culúa y vecinos. Otros muchos se despeñaron á un río que por allí pasa. En fin, pocos escaparon de la muerte; y así, fué señalada victoria esta de Accapichtlán. Los nuestros padecieron este día muy gran sed, así del calor y trabajo del pelear, como porque aquel río estuvo tinto en sangre; y no pudieron beber de él por un buen espacio de tiempo, y no había otra agua. Sandoval se volvió á Tezcuco, y los otros cada uno á su casa. Mucho sintieron en Méjico la pérdida de tantos hombres y tan fuerte lugar, y tornaron á enviar sobre Chalco nuevo ejército, mandándole diese batalla antes que españoles lo supiesen. Aquél ejército se dió tanta prisa en hacer lo que Cuahutimocín le mandara, que no dió lugar á sus enemigos de esperar socorro de Cortés, como lo pedían y esperaban. Mas los de Chalco se juntaron todos, aguardaron la batalla, y gentilmente la vencieron con ayuda de vecinos. Mataron muchos mejicanos, y prendieron cuarenta, entre los cuales fué un capitán, y alanzaron de su tierra los enemigos. Tanto por mayor se tuvo esta victoria, cuanto menos se pensaba. Gonzalo de Sandoval tornó con los mismos españoles que primero á Chalco. Dióse prisa por llegar antes que la batalla se diese; mas cuando llegó, ya era dada y vencida; y así se volvió luego con los cuarenta prisioneros. Con estas victorias de Chalco quedó libre y seguro el camino de Méjico á la Veracruz, y luego vinieron á Tezcuco los españoles y caballos que arriba dije; y trujeron muchas ballestas, escopetas, pólvora y pelotas, y otras cosas de España; de que nuestro ejército recibió tanto placer, cuánta necesidad tenía; y dijeron cómo habían llegado otras tres naos con alguna gente y caballos.

El peligro que los nuestros pasaron en tomar dos peñoles

Cortés se informó de aquellos cuarenta presos que trajo Sandoval, de las cosas de Méjico y de Cuahutimoc, y entendió de ellos la determinación que tenían para defenderse y no ser amigos de cristianos; y pareciéndole larga y dificultosa guerra, quisiera con ellos antes paz que enemistad; y por descansar, y no andar cada día en peligro, rogóles que fuesen á Méjico á tratar paces con Cuahutimoc, pues él no los quería matar ni destruir, pudiéndolo hacer. Ellos no osaban ir con tal mensaje, sabiendo la enemiga que su señor le tenía. Mas tanto les dijo, que acabó con dos que fuesen; los cuales le pidieron cartas, no porque allá las habían de entender, sino para crédito y seguro. Él se las dió, y cinco de caballo que los pusieron en salvo. Mas poco aprovechó, ca nunca tuvo respuesta; antes cuanto él más pedía paz, más la rehusaban ellos, pensando que de flaqueza lo hacía; y por tomarle las espaldas fueron más de cincuenta mil á Chalco. Los de aquella provincia avisaron de ello á Cortés pidiéndole socorro de españoles, y enviáronle un paño de algodón pintado de los pueblos y gente que sobre ellos venía, y los caminos que traían. Él les dijo que iría en persona de allí á diez días; que antes no podía, por ser Viernes Santo y luego la Pascua de su Dios. De esta respuesta quedaron tristes, pero aguardaron. Al tercero día de Pascua vinieron otros mensajeros á dar prisa por socorro, que entraban ya por su tierra los enemigos. En este medio tiempo se dieron los pueblos de Accapán, Mixcalcinco, Nautlán, y otros sus vecinos. Dijeron que nunca habían muerto español, y trajeron por presente ropa de algodón. Cortés los recibió, trató

y despidió alegremente y en breve, porque estaba de partida para Chalco, y luego se partió con treinta de caballo y trescientos compañeros, de que hizo capitán á Gonzalo de Sandoval. Llevó asimismo veinte mil amigos de Tlaxcallán y Tezcucó. Fué á dormir á Tlamanalco, donde, por ser frontera de Méjico, tenían su guarnición los de Chalco. Al otro día se le juntaron más de otros cuarenta mil, y al siguiente supo cómo los enemigos le esperaban en el campo. Oyó misa, fué para ellos, y dos horas después de mediodía llegó á un peñol muy alto y agro, en cuya cumbre estaban infinitas mujeres y niños, y á las haldas mucha gente de guerra, que en descubriendo el ejército de españoles, hicieron de lo alto ahumadas, y dieron tantos alaridos las mujeres, que fué cosa maravillosa, y los hombres, que más á lo bajo estaban, comenzaron á tirar varas, piedras y flechas, con que luego hicieron daño en los que cerca llegaron, y que, descalabrados, se hicieron atrás. Combatir tan fuerte cosa era locura, retirarse parecía cobardía; y por no mostrar poco ánimo, y por ver si de miedo ó hambre se darían, acometieron el peñol por tres partes. Cristóbal del Corral, alférez de setenta españoles de la guarda de Cortés, subió por lo más agro, Juan Rodríguez de Villafuerte con cincuenta por otra, y Francisco Verdugo con otros cincuenta por otra. Todos éstos llevaban espadas y ballestas ó escopetas. Dende á un rato hizo señal una trompeta, y siguieron á los primeros Andrés de Mojaraz y Martín de Hircio, con cada cuarenta españoles, de que también eran capitanes, y Cortés con los demás. Ganaron dos vueltas del peñón, y bajáronse hechos pedazos, ca no se podían tener con las manos y pies, cuanto más pelear y subir: tanto era de áspera la subida. Murieron dos españoles y quedaron heridos más de veinte; y todo fué con piedras y pedazos de los cantos que de arriba arrojaban y se quebraban; y aun si los indios tuvieran algún ingenio, no dejaran español sano. Ya cuando los nuestros dejaron el peñol y se remolinaron para hacerse

fuertes, habían venido tantos indios en socorro de los cercados, que cubrían el campo, y tenían semblante de pelear; por lo cual Cortés y los de caballo, que estaban á pie, cabalgaron y arremetieron á ellos en lo llano, y á lanzadas los cebaron de él. Mataron allí y en el alcance, que duró hora y media, muchos. Los de caballo, que más los siguieron, vieron otro peñol no tan fuerte ni con tanta gente, aunque con muchos lugares al rededor. Cortés se fué con todos los suyos á dormir allá aquella noche, pensando cobrar la reputación que al día perdió, y por beber; que no habían hallado agua aquella jornada. Los del peñol hicieron la noche muy gran ruido con bocinas, atabales y gritería. Á la mañana miraron los españoles lo flaco y fuerte del peñol, y era todo él harto recio de combatir y tomar; pero tenía dos padrastrós cerca, en que estaban hombres con armas. Cortés dijo que le siguiesen todos, que quería tentar los padrastrós; y comenzó á subir á la sierra. Los que los guardaban los dejaron, y se fueron al peñol, pensando que los españoles iban á combatirlo, por socorrerlo; y como él vió el desconcierto, mandó á un capitán que fué con cincuenta compañeros y tomasen el más agro y cercano padrastro; y él con los demás arremetió al peñol; ganóle una vuelta, y subió bien alto; y un capitán puso su bandera en lo más alto del cerro y disparó las ballestas y escopetas que llevaba, con que hizo más miedo que daño; ca los indios se maravillaron, y soltaron luego las armas en el suelo, que es señal de rendirse, y diéronse. Cortés les mostró alegre rostro, y mandó que no se les hiciese mal ni enojo. Ellos, viendo tanta humanidad, enviaron á decir á los del otro peñol que se diesen á los españoles, que eran buenos, y tenían alas para subir donde querían. Por estas razones, ó por la falta que de agua tenían, ó por irse seguros á sus casas, vinieron luego á darse á Cortés y á pedir perdón por los dos españoles que mataran. Él los perdonó de grado, y holgó mucho que se le diesen aquellos que con victoria estaban, porque era ganar mucha fama con los de aquella tierra.

## La batalla de Xochmilco

Estuvo allí dos dias, envió los heridos á Tezcuco, y él partióse para Huaxtepec, que tenía mucha gente de Culúa en guarnición. Durmió con todo su ejército en una casa de placer y huerta que tiene una legua, y está de piedra muy bien cercada, y que la atraviesa por medio un gentil río. Los del lugar huyeron como fué día, y los nuestros corrieron tras ellos hasta Xilotepec, que estaba descuidado de aquel sobresalto. Entraron, mataron algunos y tomaron muchas mujeres, muchachos y viejos que huir no pudieron. Esperó Cortés dos dias á ver si venía el señor; y como no vino, puso fuego al lugar; estando allí se le dieron los de Yautepec; de Xilotepec fué á Coahunauac, lugar fuerte y grande, cercado de barrancas hondas; no tiene entrada para caballos sino por dos partes, y aquellas con puentes levadizas; por el camino que los nuestros fueron, no podían entrar á caballo sin arrodrear legua y media, que era muy gran trabajo y peligro.

Estaban tan cerca, que hablaban con los del lugar, y tirábanse unos á otros piedras y saetas. Cortés les requirió de paz; ellos respondieron de guerra. Entre estas pláticas pasó el barranco un tlaxcalteca sin ser visto, por un paso muy peligroso, pero muy secreto; pasaron tras él cuatro españoles, y luego otros muchos, siguiendo todos las pisadas del primero; entraron en el lugar, llegaron adonde estaban los vecinos peleando con Cortés, y á cuchilladas los hicieron huir. Atónitos de ver que les habían entrado, que lo tenían por imposible, huyeron con esto á la sierra, y ya cuando el ejército entró estaba quemado lo más del lugar. Á la tarde vino el señor con algunos prin-

cipales á darse, ofreciendo su persona y hacienda contra mejicanos. De Coahunauac fué Cortés á dormir, siete leguas, á unas estancias por tierra despoblada y sin agua. Pasó mal día el ejército, de sed y trabajo; al otro día llegó á Xochmilco, ciudad muy gentil y sobre la laguna Dulce; los vecinos y otra mucha gente de Méjico alzaron las puentes, rompieron las acequias, y pusieron á defenderla, creyendo que podrían, por ser ellos muchos y el lugar fuerte. Cortés ordenó su hueste, hizo apeaar los de caballo, llegó con ciertos compañeros á probar si ganaría la primera albarrada; y tanta priesa dió á los enemigos con escopetas y ballestas, que aunque muchos eran, la desampararon y se fueron mal heridos. Como ellos la dejaron, se arrojaron españoles al agua; pasaron, y en media hora que pelearon, habían ganado la principal y más fuerte puente de la ciudad. Los que la defendían se recogieron al agua en barcas, y pelearon hasta la noche, unos demandando paz, otros guerra, y todo era ardid para entre tanto alzar su ropilla y que les viniese socorro de Méjico, que no estaba de allí más de cuatro leguas, y quebrar la calzada por do los nuestros entraron. Cortés no podía pensar al principio por qué unos pedían paz y otros no, pero luego cayó en la cuenta; y con los caballos dió en los que rompían la calzada, desbaratólos, huyeron, salió tras ellos al campo, y alanceó muchos. Eran tan valientes, que pusieron en aprieto á los nuestros; porque muchos de ellos esperaban un caballo con sola espada y rodela, y peleaban con el caballero; y si no por un tlaxcalteca, prendían aquel día á Cortés, que cayó su caballo, de cansado, como había gran pieza que peleaba. Llegó en esto la infantería española, y huyeron los enemigos. En la ciudad mataron dos españoles que se desmandaron solos á robar. No siguieron el alcance, sino tornáronse luego al lugar á descansar y cerrar lo roto de la calzada con piedras y adobes. Como en Méjico se supo esto, envió Cuahutimoc un gran batallón de gente por tierra, y dos mil barcas por agua, con doce

mil hombres dentro, pensando tomar los españoles á manos en Xochmilco. Cortés se subió á una torre para ver la gente, y con qué orden venía, y por dónde combatirían la ciudad; maravillóse de tanto barco y gente, que cubrían agua y tierra. Repartió los españoles á la guarda y defensa del pueblo y calzada, y él salió á los enemigos con la caballería y con seiscientos tlaxcaltecas, que partió en tres partes, á los cuales mandó que, rotpido el escuadrón de los contrarios, se recogiesen á un cerro que les mostró, media legua lejos. Venían los capitanes de Méjico delante con espadas de hierro, esgrimiendo por el aire, y diciendo: «Aquí os mataremos, españoles, con vuestras propias armas.» Otros decían: «Ya murió Moteczuma; no tenemos á quién temer para no comeros vivos.» Otros amenazaban á los de Tlaxcallán; y en fin, todos decían muchas injurias á los nuestros, y apellidando, «Méjico, Méjico, Tenuchtitlán, Tenuchtitlán,» andaban apriesa. Cortés arremetió á ellos con sus caballos, y cada cuadrilla de los de Tlaxcallán por su parte, y á puras lanzadas los desbarató; mas luego se ordenaron. Como vió su concierto y ánimo, y que eran muchos, rompió por ellos otra vez, mató algunos, y recogióse hacia el cerro que concertó; mas porque lo tenían ya tomado los contrarios, mandó á parte de los suyos que subiesen por detrás, y él rodeó lo llano. Los que arriba estaban huyeron de los que subían, y dieron en los caballos, á cuyos pies murieron en chico rato quinientos de ellos. Descansó Cortés allí un poco, envió por cien españoles, y como vinieron, peleó con otro gran escuadrón de mejicanos que venía detrás; desbaratólo también, y metióse en el lugar, porque lo combatían por tierra y agua reciamente, y con su llegada se retiraron. Los españoles que lo defendían mataron muchos contrarios, y tomaron dos espadas de las nuestras; viéronse en peligro, porque los apretaron mucho aquellos capitanes mejicanos, y porque se les acabaron las saetas y almacén. Apenas se habían estos ido, cuando entraron otros por la calzada con

los mayores gritos del mundo. Fueron á ellos los nuestros, y como hallaron muchos indios y mucho miedo, entraron por medio de ellos con los caballos, y echaron infinitos al agua, y á los demás fuera de la calzada, y así se pasó aquel día. Cortés hizo quemar la ciudad, excepto donde posaban los suyos; estuvo allí tres días que ninguno dejó de pelear; partióse al cuarto, y fué á Culuacán, que está dos leguas; salieronle al camino los de Xochmilco, mas él los castigó. Estaba Culuacán despoblada, como otros muchos lugares de la laguna; mas porque pensaba poner por allí cerco á Méjico, que hay legua y media de calzada, se estuvo dos días derrocando ídolos, y mirando el sitio para el real, y donde poner los bergantines, que tuviesen buena guarida; dió vista á Méjico con doscientos españoles y cinco de caballo; combatió una albarrada, y aunque se la defendieron reciamente, la ganó; mas hiriéronle muchos españoles. Tornóse, con tanto, para Tezcuco, porque ya había dado vuelta á la laguna y visto la disposición de la tierra. Otros encuentros tuvo con los de Culúa, donde murieron muchos indios de una y de otra parte; pero lo dicho es lo principal.

De la zanja que Cortés hizo para echar los bergantines  
al agua

Cuando Cortés á Tezcuco llegó, halló muchos españoles nuevamente venidos á seguirle en aquella guerra, que con grandísima fama comenzaba; los cuales habían traído muchas armas y caballos, y decían cómo todos los otros que en las islas estaban, morían por venir á servirle, mas que Diego Velázquez lo impedía á muchos. Cortés les hacía

todo placer, y les daba de lo que tenía. Venían asimismo de muchos pueblos á ofrecerse, unos por miedo de no ser destruidos, otros por odio que á mejicanos tenían; y de esta manera tenía Cortés buen número de españoles y grandísima abundancia de indios. El capitán de Segura de la Frontera envió á Cortés una carta que había recibido de un español; la cual en suma contenía:

« Nobles señores, dos ó tres veces os he escrito, y no »he habido respuesta; creo ni de esta la tendré. Los de »Culúa andan por esta tierra haciendo guerra y mal; han- »nos acometido, hémoslos vencido; esta provincia desea »ver á Cortés y dársele; tiene necesidad de españoles; en- »viadle treinta.»

No le envió Cortés los treinta españoles que pedía, porque luego quería poner cerco á Méjico; mas respondió dándole gracias y esperanza que presto se verían. Era aquel español uno de los que Cortés enviara á Chinanta desde Méjico un año había, á calar los secretos de la tierra, y á descubrir oro y hacer granjerías; á quien el señor de aquella provincia hiciera capitán contra los de Culúa, sus enemigos, que le daban guerra por tener españoles consigo, desde que Motezuma murió; empero él quedaba siempre vencedor por industria y esfuerzo de este español; el cual, como supo que había españoles en Tepeacac, escribió las veces que la carta dice, mas ninguna se dió sino esta. Mucho se alegraron los nuestros por estar vivos aquellos españoles, y Chinanta de su parte, y alababan á Dios de las mercedes que les hacía; no hablaban sino en cómo habían escapado estos españoles, pues cuando fueron echados de Méjico por fuerza, habían matado indios á todos los otros que en granjerías y minas estaban. Apresuraba Cortés el cerco, forniéndose de lo necesario para él, haciendo pertrechos para escalar y combatir, y acarreando vituallas; dió muy gran priesa en clavar y acabar los bergantines, y una zanja para los echar á la laguna. Era la zanja larga cuanto media legua, ancha doce pies y

los mayores gritos del mundo. Fueron á ellos los nuestros, y como hallaron muchos indios y mucho miedo, entraron por medio de ellos con los caballos, y echaron infinitos al agua, y á los demás fuera de la calzada, y así se pasó aquel día. Cortés hizo quemar la ciudad, excepto donde posaban los suyos; estuvo allí tres días que ninguno dejó de pelear; partióse al cuarto, y fué á Culuacán, que está dos leguas; salieronle al camino los de Xochmilco, mas él los castigó. Estaba Culuacán despoblada, como otros muchos lugares de la laguna; mas porque pensaba poner por allí cerco á Méjico, que hay legua y media de calzada, se estuvo dos días derrocando ídolos, y mirando el sitio para el real, y donde poner los bergantines, que tuviesen buena guarida; dió vista á Méjico con doscientos españoles y cinco de caballo; combatió una albarrada, y aunque se la defendieron reciamente, la ganó; mas hiriéronle muchos españoles. Tornóse, con tanto, para Tezcuco, porque ya había dado vuelta á la laguna y visto la disposición de la tierra. Otros encuentros tuvo con los de Culúa, donde murieron muchos indios de una y de otra parte; pero lo dicho es lo principal.

De la zanja que Cortés hizo para echar los bergantines  
al agua

Cuando Cortés á Tezcuco llegó, halló muchos españoles nuevamente venidos á seguirle en aquella guerra, que con grandísima fama comenzaba; los cuales habían traído muchas armas y caballos, y decían cómo todos los otros que en las islas estaban, morían por venir á servirle, mas que Diego Velázquez lo impedía á muchos. Cortés les hacía

todo placer, y les daba de lo que tenía. Venían asimismo de muchos pueblos á ofrecerse, unos por miedo de no ser destruidos, otros por odio que á mejicanos tenían; y de esta manera tenía Cortés buen número de españoles y grandísima abundancia de indios. El capitán de Segura de la Frontera envió á Cortés una carta que había recibido de un español; la cual en suma contenía:

« Nobles señores, dos ó tres veces os he escrito, y no »he habido respuesta; creo ni de esta la tendré. Los de »Culúa andan por esta tierra haciendo guerra y mal; han- »nos acometido, hémoslos vencido; esta provincia desea »ver á Cortés y dársele; tiene necesidad de españoles; en- »viadle treinta.»

No le envió Cortés los treinta españoles que pedía, porque luego quería poner cerco á Méjico; mas respondió dándole gracias y esperanza que presto se verían. Era aquel español uno de los que Cortés enviara á Chinanta desde Méjico un año había, á calar los secretos de la tierra, y á descubrir oro y hacer granjerías; á quien el señor de aquella provincia hiciera capitán contra los de Culúa, sus enemigos, que le daban guerra por tener españoles consigo, desde que Motezuma murió; empero él quedaba siempre vencedor por industria y esfuerzo de este español; el cual, como supo que había españoles en Tepeacac, escribió las veces que la carta dice, mas ninguna se dió sino esta. Mucho se alegraron los nuestros por estar vivos aquellos españoles, y Chinanta de su parte, y alababan á Dios de las mercedes que les hacía; no hablaban sino en cómo habían escapado estos españoles, pues cuando fueron echados de Méjico por fuerza, habían matado indios á todos los otros que en granjerías y minas estaban. Apresuraba Cortés el cerco, forneciéndose de lo necesario para él, haciendo pertrechos para escalar y combatir, y acarreando vituallas; dió muy gran priesa en clavar y acabar los bergantines, y una zanja para los echar á la laguna. Era la zanja larga cuanto media legua, ancha doce pies y



más, y dos estados honda donde menos; que tanto fondo era menester para igualar con el peso del agua de la laguna, y tanto ancho para caber los bergantines. Iba toda ella chapada de estacas, y encima su valladar. Guióse por una acequia de regadío que los indios tenían; tardóse en hacer cincuenta días; hicieronla cuatrocientos mil hombres, que cada día de estos cincuenta, trabajaban en ella ocho mil indios de Tezcuco y su tierra; obra digna de memoria. Los bergantines se calafatearon con estopa y algodón, y á falta de sebo y sain aceite, que pez ya dije cómo la hicieron, los brearon, según algunos, con sain de hombre; no que para esto los mataren, sino de los que en tiempo de guerra mataran; inhumana cosa y ajena de españoles. Indios, que acostumbrados de sus sacrificios, son crueles, abrían el cuerpo muerto y le sacaban el sain. Como los bergantines estuviéron en agua, hizo Cortés alarde, y halló novecientos españoles, los ochenta y seis con caballos, los ciento y diez y ocho con ballestas y escopetas, y los demás con picas y rodelas ó alabardas, sin las espadas y puñales que cada uno traía. También llevaban algunos coseletes, y muchos corazas y jacos. Halló asimismo tres tiros gruesos de hierro cólado, y quince pequeños de bronce, con diez quintales de pólvora y muchas pelotas. Tanta fué la gente, armas y munición de España con que Cortés cercó á Méjico, el más grande y fuerte lugar de las Indias y Nuevo-Mundo. Puso en cada bergantín un tirillo, y los otros fueron para el ejército. Hizo pregonar de nuevo las ordenanzas de guerra, rogando á todos que las guardasen y cumpliesen, y díjoles, mostrando con el dedo los bergantines que estaban en la zanja metidos:

«Hermanos y compañeros míos, ya veis acabados y puestos á punto aquellos bergantines, y bien sabéis cuánto trabajo nos cuesta, y cuánta costa y sudor á nuestros amigos hasta haberlos puesto allí; muy gran parte de la esperanza que tengo de tomar en breve á Méjico está en ellos; porque con ellos, ó quemaremos presto todas las barcas

de la ciudad, ó las acorralaremos allá dentro en las calles; con lo cual haremos tanto daño á los enemigos, cuanto con el ejército de tierra; ca menos pueden vivir sin ellas que sin comer; cien mil amigos tengo para sitiar á Méjico, que son, según ya conocéis, los más diestros y valientes hombres de estas partes; para que no vos falte la comida está proveido cumplidísimamente. Lo que á vosotros toca es pelear como soléis, y rogar á Dios por salud y victoria, pues es suya la guerra.»

#### El ejército de Cortés para cercar á Méjico

Hizo luego al siguiente día mensajeros á las provincias de Tlaxcallán, Huexocinco, Chololla, Chalco y otros pueblos, para que todos viniesen dentro de diez días á Tezcuco con sus armas y los otros aparejos necesarios al cerco de Méjico, pues los bergantines eran acabados ya, y estaba todo lo al á punto, y los españoles tan ganosos de verse sobre aquella ciudad, que no esperaban una hora más de aquel tiempo que de plazo les daba. Ellos, porque no se pusiese el cerco en su ausencia, vinieron luego como les fué mandado, y entraron por ordenanza más de sesenta mil hombres, la más lucida y armada gente que podía ser, según el uso de aquellas partes. Cortés les salió á ver y recibir, y los aposentó muy bien. El segundo día de pascua de Espíritu Santo salieron todos los españoles á la plaza, y Cortés hizo tres capitanes como maestros de campo, entre los cuales repartió todo el ejército. Á Pedro de Albarado, que fué uno, dió treinta de caballo, ciento y setenta peones, dos tiros de artillería y más de treinta mil indios, con los cuales pusiese real en Tlacopán. Dió á Cris-

tóbal de Olid, que era el otro capitán, treinta y tres españoles á caballo, ciento y ochenta peones, dos tiros y cerca de treinta mil indios, con que estuviere en Culhuacán. Á Gonzalo de Sandoval, que fué el otro maestre de campo, dió veintitrés caballos, ciento y sesenta peones, dos tiros y más de cuarenta mil hombres de Chalco, Chololla, Huexocinco y otras partes, con que fuese á destruir á Iztacpalapán, y luego á tomar asiento do mejor le parecía para real. En cada bergantín puso un tiro, seis escopetas ó ballestas, y veintitrés españoles, hombres casi los más diestros en mar. Nombró capitanes y veedores de ellos, y él quiso ser el general de la flota; de lo cual algunos principales de su compañía que iban por tierra, murmuraron, pensando que corrían ellos mayor peligro; y así, le requirieron que se fuere con el ejército, y no en la armada.

No curó Cortés de tal requerimiento; porque, allende de ser más peligroso pelear por agua, convenía poner mayor cuidado en los bergantines y batalla naval, que no habían visto, que en la de tierra, pues se habían hallado en muchas; y así, se partieron Albarado y Cristóbal de Olid á 10 de Mayo, y fueron á dormir á Acolmán, donde tuvieron entrambos gran diferencia sobre el aposento; y si Cortés no enviara luego aquella noche una persona que los apaciguó, hubiera mucho escándalo y aun muertes. Durmieron el otro día en Xilotepec, que estaba despoblada. Al tercero entraron bien temprano en Tlacopán, que también estaba, como todos los pueblos de la costa de la laguna, desierto. Aposentáronse en las casas del señor, y los de Tlaxcallán dieron vista á Méjico por la calzada, y pelearon con los enemigos hasta que la noche los despartió. Otro día, que se contaron 13 de Mayo, fué Cristóbal de Olid á Chapultepec, quebró los caños de la fuente y quitó el agua á Méjico, como Cortés se lo mandara, á pesar de los contrarios que reciamente se lo defendían peleando por agua y tierra. Muy gran daño recibieron en quitarles esta fuente, que, como en otro lugar dije, abastecía la ciudad. Pe-

dro de Albarado entendió en adobar los malos pasos para caballos, aderezando puentes y tapando acequias; y como había mucho que hacer en esto, gastaron allí tres días, y como peleaban con muchos, quedaron heridos algunos españoles y muertos hartos indios amigos, aunque ganaron ciertos puentes y albarradas. Quedóse Albarado allí en Tlacopán con su guarnición, y Cristóbal de Olid fué á Culhuacán con la suya, conforme á la instrucción que de Cortés llevaban. Hiciéronse fuertes en las casas de los señores de aquellas ciudades, y cada día, ó escaramuzaban con los enemigos, ó se juntaban á correr el campo y á traer á sus reales centli, fruta y otras provisiones de los pueblos de la sierra, y en esto pasaron toda una semana.

#### La batalla y victoria de los bergantines contra los acalles

El rey Cuahutimoc, luego que supo cómo Cortés tenía ya sus bergantines en agua y tan gran ejército para sitiarle á Méjico, juntó los señores y capitanes de su reino á tratar del remedio. Unos le incitaban á la guerra, confiados en la mucha gente y fortaleza de la ciudad; otros, que deseaban la salud y bien público, y que fueron de parecer que no sacrificasen los españoles cautivos, sino que los guardasen para hacer las amistades, aconsejaban la paz. Otros dijeron que preguntasen á los dioses lo qué querían. El rey, que se inclinaba más á la paz que á la guerra, dijo que habría su acuerdo y plática con sus ídolos, y les avisaría de lo qué consultase con ellos; y á la verdad él quisiera tomar algún buen asiento con Cortés, temiendo lo que después le vino; empero, como vió los suyos tan determinados, sacrificó cuatro españoles que aún tenían vivos y

enjaulados á los dioses de la guerra, y cuatro mil personas, según dicen algunos: yo bien creo que fueron muchas, mas no tantas. Habló con el diablo en figura de Vitcilopuchtli; el cual le dijo que no temiese á los españoles, pues eran pocos, ni á los otros que con ellos venían, por cuanto no perseverarian en el cerco; y que saliese á ellos y los esperase sin miedo alguno; ca él ayudaría y mataría sus enemigos. Con esta palabra que del diablo tuvo, mandó Cuahntimocén quitar luego los puentes, hacer baluartes, velar la ciudad y armar cinco mil barcas, y con esta determinación y aparejo estaba, cuando llegaron Cristóbal de Olid y Pedro de Albarado á combatir los puentes y á quitar el agua á Méjico; y no los temía mucho, antes los amenazaban de la ciudad, diciendo que contentarian los dioses con su sacrificio, y hartarian con la sangre las culebras, y con la carne los tigres, que ya estaban cebados con cristianos. Decían también á los de Tlaxcallán: «¡Ah cornudos, ah esclavos, oh traidores á vuestros dioses y rey: no vos queréis arrepentir de lo que hacéis contra vuestros señores; pues aquí moriréis mala muerte; ca ó vos matará la hambre ó nuestros cuchillos; ó vos prenderemos y comeremos, haciendo de vosotros el mayor sacrificio y banquete que jamás en esta tierra se hizo; en señal y voto de lo cual os arrojamos allá esos brazos y piernas de hombres propios vuestros, que por alcanzar victoria sacrificamos; y después iremos á vuestra tierra, asolaremos vuestras casas, y no dejaremos casta de vuestro linaje.» Los tlaxcaltecas burlaban mucho de tales fieros, y respondían que les valdría más darse que resistir á Cortés, pelear que bravear, callar que injuriar á otros mejores; y si querían algo, que saliesen al campo; y que tuviesen por muy cierto ser llegado el fin de sus bellaquerías y señorío, y aun de sus vidas. Era mucho de ver estas y semejantes hablas y desafíos que pasaban entre los unos indios y los otros. Cortés, que tenía aviso de esto y de lo que más cada día pasaba, envió delante á Gonzalo de Sandoval á tomar á Iztacpala-

pán, y él embarcóse para ir también allá. Sandoval comenzó á combatir aquel lugar por una parte, y los vecinos, con temor ó por meterse en Méjico, á salirse por otra y á recogerse á las barcas. Entraron los nuestros y pusiéronle fuego. Llegó Cortés á la sazón á un peñol grande, fuerte, metido en agua, y con mucha gente de Culúa, que en viendo venir los bergantines á la vela hizo ahumadas; y que en teniéndolos cerca les dió grita y les tiró muchas flechas y piedras. Saltó Cortés en él con hasta ciento y cincuenta compañeros; combatiólo, ganóle las albarradas, que para mejor defensa tenían hechas. Subió á lo alto, pero con mucha dificultad, y peleó arriba de tal suerte, que no dejó hombre á vida, excepto mujeres y niños. Fué una muy hermosa victoria, aunque fueron heridos veinticinco españoles, por la matanza que hubo, por el espanto que á los enemigos puso y por la fortaleza del lugar. Ya en esto había tantos humos y fuegos al rededor de la laguna y por la sierra, que parecía ardersse todo. Y los de Méjico, entendiendo que los bergantines venían, salieron en sus barcas, y ciertos caballeros tomaron quinientas de las mejores, y adelantáronse para pelear con ellos, pensando vencer, y si no, tentar á lo menos qué cosa eran navíos de tanta fama. Cortés se embarcó con el despojo, y mandó á los suyos estar quedos y juntos, por mejor resistir, y porque los contrarios pensasen que de miedo, para que sin orden ni concierto acometiesen y se perdiesen. Los de las quinientas barcas caminaron á mucha priesa; mas repararon á tiro de arcabuz de los bergantines á esperar la flota; que les pareció no dar batalla con tan pocas y cansadas. Llegáronse poco á poco tantas canoas, que henchían la laguna. Daban tantas voces, hacían tanto ruido con atabales, caracoles y otras bocinas, que no se entendían unos á otros; y decían tantas villanías y amenazas, como dicho habian á los otros españoles y tlaxcaltecas. Estando pues así, cada cual armada con semblante de pelear, sobrevino un viento terral por popa de los bergantines, tan favorable y á tiempo, que

pareció milagro. Cortés entonces, alabando á Dios, dijo á los capitanes que arremetiesen juntos y á una, y no parasen hasta encerrar los enemigos en Méjico, pues era nuestro Señor servido darles aquel viento para haber victoria, y que mirasen cuánto les iba en que la primera vez ganasen la batalla, y las barcas cobrasen miedo á los bergantines del primer encuentro. En diciendo esto embistieron en las canoas, que con el tiempo contrario ya comenzaban de huir. Con el impetu que llevaban, á unas quebraban, á otras echaban á fondo; y á los que alzaban y se defendían, mataban. No hallaron tanta resistencia como al principio pensaban; y así, las desbarataron presto. Siguiéronlas dos leguas, y acorraláronlas dentro la ciudad. Prendieron algunos señores, muchos caballeros y otra gente. No se pudo saber cuántos fueron los muertos, mas de que la laguna parecía de sangre. Fué señalada victoria, y estuvo en ella la llave de aquella guerra, porque los nuestros quedaron señores de la laguna, y los enemigos con gran miedo y pérdida. No se perdieran así, sino por ser tantas, que se estorbaban unas á otras; ni tan presto, sino por el tiempo. Albarado y Cristóbal de Olid, como vieron la rota, estrago y alcance que Cortés hacía con los bergantines en las barcas, entraron por la calzada con sus haces. Combatieron y tomaron ciertos puentes y albarradas, por más recio que se defendían; y con el favor de los bergantines que les llegó corrieron los enemigos una legua, haciéndolos saltar en la laguna á la otra parte, que no había fustas. Tornáronse con esto, mas Cortés pasó adelante; y como no parecían canoas, saltó en la calzada que va de Iztacpalapán, con treinta españoles, combatió dos torres pequeñas de ídolos con sus cercas bajas de cal y canto, á do le recibió Motezuma. Ganólas, aunque con hartó peligro y trabajo; ca los que dentro estaban eran muchos y las defendían bien. Hizo luego sacar tres tiros para ojear los enemigos, que cubrían la calzada y estaban muy reacios y recios de echar. Tiraron una vez, é hicieron mucho daño; mas como

se quemó la pólvora por descuido del artillero, y por ya la puesta del sol, cesaron de pelear los unos y los otros. Cortés, aunque otra cosa tenía pensada y acordada con sus capitanes, se quedó allí aquella noche. Envió luego por pólvora al real de Gonzalo de Sandoval, y por cincuenta peones de su guarda, y por la mitad de la gente de Culhuacán.

#### Cómo puso Cortés cerco á Méjico

Estuvo Cortés aquella noche á tan gran peligro como temor, porque no tenía más de cien compañeros, ca los otros en los bergantines eran menester, y porque hacia la media noche cargaron sobre él mucha cantidad de enemigos en barcas y por la calzada, con terrible grita y flechería; pero más fué el ruido que las nueces, aunque fué novedad, porque no acostumbran pelear á tal hora. Dicen algunos que por el daño que recibían con los tiros de los bergantines se volvieron; á la que amanecía llegaron á Cortés ocho de caballo, y hasta ochenta peones de los de Cristóbal de Olid, y los de Méjico comenzaron luego á combatir las torres por agua y tierra, con tantos gritos y alaridos como suelen; salió Cortés á ellos, corriólos la calzada adelante, y ganóles un puente con su baluarte, y hizoles tanto daño con los tiros y caballos, que los encerró y siguió hasta las primeras casas de la ciudad; y porque recibía daño y le herían muchos desde las canoas, rompió un pedazo de la calzada por junto á su real para que pasasen cuatro bergantines de la otra parte; los cuales, á pocas arremetidas, acorralaron las canoas á las casas, y así quedó señor de ambas lagunas. Otro día partió Gonzalo de

Sandoval de Iztacpalapán para Culucacán, y de camino tomó y destruyó una pequeña ciudad que está en la laguna, porque salieron á pelear con él. Cortés le envió dos bergantines para que por ellos, como por puente, pasase el ojo de la calzada, que habían rompido los enemigos; dejó Sandoval su gente con Cristóbal de Olid, y fué para Cortés con diez de caballo; hallóle revuelto con los de Méjico, apeóse á pelear, y atravesáronle un pie con una vara. Otros muchos españoles quedaron aquel día heridos, mas bien se lo pagaron sus enemigos; ca de tal manera los trataron, que de allí adelante mostraban más miedo y menos orgullo que solían. Con lo que hasta aquí había hecho, pudo Cortés muy á su placer asentar y ordenar su gente y real en los lugares que mejor le pareció, y proveerse de pan y de otras muchas cosas necesarias; tardó en ellos seis días, que ninguno pasó sin escaramuza, y los bergantines hallaron canales para navegar al rededor de la ciudad, que fué cosa muy provechosa; entraron muy adentro de Méjico, y quemaron muchas casas por los arrabales. Cercóse Méjico por cuatro partes, aunque al principio se determinó por tres; Cortés estuvo entre dos torres de la calzada que ataja las lagunas. Pedro de Albarado en Tlacopán, Cristóbal de Olid en Culucacán, y Gonzalo de Sandoval creó que en Xaltoca, porque Albarado y otros dijeron que por aquel cabo se saldrían los de Méjico viéndose en aprieto, si no guardaban una calzadilla que iba por allí. No le pesara á Cortés dejar salida al enemigo, en especial de lugar tan fuerte, sino porque no se aprovechase de la tierra, metiendo por allí pan, armas y gente; ca pensaba él aprovecharse mejor de los contrarios en tierra que en agua, y en cualquiera otro pueblo que no en aquel, y porque dicen: «A tu enemigo, si huye, hazle la puente de plata.»

#### La primera escaramuza dentro en Méjico

Quiso Cortés un día entrar en Méjico por la calzada y ganar cuanto pudiese de la ciudad, y ver qué animo ponían los vecinos; mandó decir á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval que cada uno acometiese por su estancia, y á Cristóbal de Olid que le enviase ciertos peones y algunos de caballo, y que con los demás guardase la entrada de la calzada de Culucacán de los de Xochmilco, Culucacán, Iztacpalapán, Viteilopuchtli, Mexicalcainco, Cuitlabac, y otras ciudades allí al rededor, aliadas y sujetas; no le entrasen por detrás; mandó asimismo que los bergantines fuesen á raíz de la calzada, haciéndole espaldas por entrambos lados. Salió pues de su real muy de mañana con más de doscientos españoles y hasta ochenta mil amigos, y á poco trecho halló los enemigos bien armados y puestos en defensa de lo que tenían quebrado de la calzada, que sería cuanto una lanza en largo y otra en hondo. Peleó con ellos, y defendiéronse muy gran pieza detrás de un baluarte; al fin les ganó aquello y los siguió hasta la entrada de la ciudad, donde había una torre, y al pie de ella una puente muy grandealzada, con muy buena albarrada; por debajo de la cual corría gran cantidad de agua. Era tan fuerte de combatir y tan temeroso de pasar, que la vista sola espantaba, y tiraban tantas piedras y flechas, que no dejaban llegar á los nuestros; todavía lo combatió, y como hizo llegar junto los bergantines por la una parte y por la otra, lo ganó con menor trabajo y peligro que pensaba; lo cual fuera imposible sin ayuda de ellos; como los contrarios comenzaron á dejar la albarrada, saltaron en tierra los de los bergantines, y luego pasó por

ellos y á nado el ejército. Los de Tlaxcallán, Huexocinco, Chololla y Tezcuco cegaron con piedra y adobes aquella puente. Los españoles pasaron adelante y ganaron otra albarrada que estaba en la principal y más ancha calle de la ciudad; y como no tenía agua, pasaron fácilmente, y siguieron los enemigos hasta otra puente, la cual estaba alzada y no tenía más de una sola viga; los contrarios, no pudiendo pasar todos por ella, pasaron por el agua á más andar, por ponerse en salvo. Quitaron la viga y pusieronse á la defensa; llegaron los maestros y estancaron, como no podían pasar sin echarse al agua, lo cual era muy peligroso sin tener bergantines; y como desde la calle y baluarte, y de las azoteas peleaban con mucho corazón y les hacían daño, hizo Cortés asestar dos tiros á la calle, y que tirasen á menudo las ballestas y escopetas. Recibían con esto mucho daño los de la ciudad, y aflojaban algo de la valentía que al principio tenían; los nuestros lo conocieron, y arrojáronse ciertos españoles al agua, y pasáronla; como los enemigos vieron que pasaban, desampararon las azoteas y la albarrada, que habían defendido dos horas, y huyeron. Pasó el ejército, y luego hizo Cortés á sus indios cegar aquella puente con los materiales de la albarrada y con otras cosas; los españoles con algunos amigos prosiguieron el alcance, y á dos tiros de ballesta hallaron otra puente, pero sin albarrada, que estaba junto á una de las principales plazas de la ciudad; asentaron allí un tiro con que hacían mucho mal á los de la plaza; no osaban entrar dentro, por los muchos que en ellas había; mas al cabo, como no tenían agua que pasar, determinaron de entrar; viendo los enemigos la determinación puesta en obra, vuelven las espaldas, y cada uno echó por su parte, aunque los más fueron al templo mayor; los españoles y sus amigos corrieron en pos de ellos. Entraron dentro, y á pocas vueltas los lanzaron fuera, que con el miedo no sabían de sí. Subieron á las torres, derribaron muchos idoles, y anduvieron un rato por el patio. Cuahutimoc reprendió mucho á

los suyos porque así huyeron; ellos tornaron en sí, reconocieron su cobardía; y como no había caballos, revolvieron sobre los españoles, y por fuerza los echaron de las torres y de todo el circuito del templo, y les hicieron huir gentilmente. Cortés y otros capitanes los detuvieron y les hicieron hacer rostro debajo los portales del patio, diciendo cuánta vergüenza les era huir. Mas en fin, no pudieron esperar viendo el peligro y aprieto en que estaban, ca los aquejaban reciamente. Retiráronse á la plaza, donde quisieran rehacerse: mas también fueron echados de allí; desampararon el tiro que poco antes dije, no pudiendo sufrir la furia y fuerza del enemigo. Llegaron á esta sazón tres de caballo, y entraron por la plaza alanceando indios; como los vecinos viesen caballos, comenzaron á huir y los nuestros á cobrar ánimo, y á revolver sobre ellos con tanto ímpetu, que les tornaron á ganar el templo grande, y cinco españoles subieron las gradas y entraron en las capillas, y mataron diez ó doce mejicanos que se hacían fuertes allí, y tornáronse á salir. Vinieron luego otros seis de caballo, juntáronse con los tres, y ordenaron todos una celada, en que mataron más de treinta mejicanos: Cortés entonces, como era tarde y estaban los suyos cansados, hizo señal de recoger. Cargó tanta multitud de contrarios á la retirada, que si por los de caballo no fuera, peligraran hartos españoles, porque arremetían como perros rabiosos sin temor ninguno, y los caballos no aprovecharan si Cortés no tuviera aviso de allanar los malos pasos de la calle y calzada. Todos huyeron y pelearon muy bien; que la guerra lo lleva. Los nuestros quemaron algunas casas de aquella calle, porque cuando otra vez entrasen no recibiesen tanto daño con piedras, que de las azoteas les tiraban. Gonzalo de Sandoval y Pedro de Albarado pelearon muy bien por sus cuarteles.

## El daño y fuego de casas

Andaba en este tiempo don Fernando de Tezcuco por su tierra visitando y atrayendo sus vasallos al servicio y amistad de Cortés, que para esto se quedó; y con su maña, ó porque á los españoles les iba prósperamente, atrajo casi toda la provincia de Culhuacán, que señorea Tezcuco, y seis ó siete hermanos suyos, que más no pudo, aunque tenía más de ciento, según después se dirá; y á uno de ellos que llamaban Iztlixuchilh, mancebo esforzado y de hasta veinticuatro años, hizo capitán, y envióle al cerco con obra de cincuenta mil combatientes muy bien aderezados y armados. Cortés lo recibió alegremente, agradeciéndole su voluntad y obra. Tomó para su real treinta mil de ellos, y repartió los otros por las guarniciones. Mucho sintieron en Méjico este socorro y favor que don Fernando enviaba á Cortés, porque lo quitaba á ellos, y porque venían allí parientes y hermanos, y aun padres de muchos que dentro de la ciudad estaban con Cuahutimocin. Dos días después que Iztlixuchilh llegó, vinieron los de Xochmilco y ciertos serranos de la lengua que llaman otomith, á darse á Cortés, rogando que les perdonase la tardanza, y ofreciendo gente y vitualla para el cerco. El holgó mucho con su venida y ofrecimiento, porque siendo aquellos sus amigos, estaban seguros los del real de Culhuacán. Trató muy bien los embajadores, díjoles cómo dende á tres días quería combatir la ciudad; por tanto, que todos viniesen para entonces con armas, y que en aquello conocería si eran sus amigos; y así los despidió. Ellos prometieron de venir y cumplieronlo. Envío tras esto tres bergantines á Sandoval y otros tres á Pedro de Albarado, para estorbar que los de Méjico no

se aprovecharan de la tierra, metiendo en canoas agua, frutas, centli y otras vituallas por aquella parte, y para hacer espaldas y socorrer á los españoles todas las veces que entrasen por la calzada á combatir la ciudad; ca él tenía muy bien conocido de cuánto provecho eran aquellos navios estando cerca de los puentes. Los capitanes de ellos corrían noche y día toda la costa y pueblos de la laguna por allí; hacían grandes saltos, tomaban muchas barcas á los enemigos, cargadas de gente y mantenimiento, y no dejaban á ninguna entrar ni salir. El día que aplazó los enemigos al combate oyó Cortés misa, informó los capitanes de lo que habían de hacer, y salió de su real con veinte caballos y trescientos españoles, y gran muchedumbre de amigos, y dos ó tres piezas de artillería. Encontró luego con los enemigos, que, como en tres ó cuatro días atrás no habían tenido combates, habían abierto muy á su placer lo que los nuestros cegaron, y hecho mejores baluartes que primero, y estaban esperando con los alaridos acostumbrados. Mas como vieron bergantines por la una parte y por la otra de la calzada, aflojaron la defensa. Conocieron luego los nuestros el daño que hacían: saltan de los bergantines en tierra y ganan el albarrada y puente; pasó luego el ejército, y dió en pos de los enemigos, los cuales á poco trecho se guarecieron en otra puente. Mas presto, aunque con harto trabajo, se la ganaron los nuestros, y los siguieron hasta otra; y así, peleando de puente en puente, los echaron de la calzada y de la calle, y aun de la plaza. Cortés anduvo con hasta diez mil indios, cegando con adobes, piedra y madera todos los caños de agua, y allanando los malos pasos; y fué tanto de hacer, que se ocuparon en ello todos aquellos diez mil indios hasta hora de visperas. Los españoles y amigos escaramuzaron todo este tiempo con los de la ciudad, de los cuales mataron muchos en las celadas que les echaron. También anduvieron un rato por las calles que no tenían agua ni puentes los de caballo alanceando ciudadanos, y de esta

manera los tuvieron cerrados en las casas y templos. Era cosa notable lo que nuestros indios hacían y decían aquel día á los de la ciudad: unas veces los desafiaban, otras los convidaban á cena, mostrándoles piernas y brazos y otros pedazos de hombres, y decían: «Esta carne es de la vuestra, y esta noche la cenaremos y mañana la almorzaremos, y después vendremos por más: por eso no huyáis, que sois valientes, y más os vale morir peleando que de hambre;» y luego tras esto apellidaron cada uno su ciudad y ponían fuego á las casas. Mucho pesar tomaban mejicanos de verse así afligidos por españoles; empero mas les pesaba en verse ultrajar de sus vasallos, y en oír á sus puertas, victoria, victoria, Tlaxcallán, Chaleo, Tezcuco, Xochmilco y otros pueblos así; ca del comer carne no hacían caso, porque también ellos se comían los que mataban. Cortés viendo los de Méjico tan endurecidos y porfiados en defenderse ó morir, coligió dos cosas: una, que habria poca ó ninguna de las riquezas que en vida de Motezuma vió y tuvo; otra, que le daban ocasión y le forzaban á los destruir totalmente. De entrambas le pesaba, pero más de la postrera, y pensaba qué forma tendria por atemorizarlos y hacerles venir en conocimiento de su yerro y del mal que podían recibir; y por eso derribó muchas torres y quemó los ídolos; quemó asimismo las casas grandes en que la otra vez posó, y la casa de las aves, que cerca estaba. No había español, mayormente de los que antes las vieron, que no sintiese pena de ver arder tan magníficos edificios; mas porque á los ciudadanos les pesaba mucho, los dejaron quemar. Y nunca mejicanos ni hombre de aquella tierra pensó que fuerza humana, cuanto más de aquellos pocos españoles, bastara entrar en Méjico á su pesar, y poner fuego á lo principal de la ciudad. Entre tanto que ardía el fuego recogió Cortés su gente y volvióse para su real. Los enemigos quisieran remediar aquella quema, mas no pudieron; y como vieron ir á los contrarios, diéronles grandísima carga y grita, y mataron algunos que, de car-

gados con el despojo, iban rezagados. Los de caballo, que podían muy bien correr por la calle y calzada, los detenían á lanzadas; y así, antes que anocheciese estaban los nuestros en su fuerte y los enemigos en sus casas, los unos tristes y los otros cansados. Mucha fué la matanza de este día, pero más fué la quema que de casas se hizo; porque sin las ya dichas, quemaron otras muchas los bergantines por las calles donde entraron. También entraron por su parte los otros capitanes; mas como era solamente para divertir los enemigos, no hay mucho que contar.

#### La diligencia de Cuahutimoc y de Cortés

Otro día siguiente muy de mañana, y después de haber oído misa, tornó Cortés á la ciudad con la misma gente y orden, porque los contrarios no tuviesen lugar de limpiar las puentes ni hacer baluartes. Mas por bien que madrugó, fué tarde, ca no se durmieron en la ciudad; sino luego que tuvieron fuera al enemigo tomaron palas y picos y abrieron lo cegado, y con lo que sacaban hacían albarradas; y así se fortificaron como estaban primero. Muchos desmayaban, y hartos perecían en la obra, del sueño y hambre que, sobre cansados, pasaban. Mas no podían al hacer, porque Cuahutimoc andaba presente. Cortés combatió dos puentes con sus albarradas; y aunque fueron recias de tomar, las ganó. Duró el combate de ellas de las ocho á la una después de mediodía; y como había grandísimo calor y mucho trabajo, padecieron infinito. Gástose toda la pólvora y pelotas de las escopetas, y todas las saetas y almacén que los ballesteros llevaban. Harto tuvieron que hacer en ganar y cegar estas dos puentes aquel día. Al retirar reci-



bieron algún daño, porque cargaron los enemigos como si los nuestros fueran huyendo. Venían tan ciegos y engolosinados, que no advertían á las celadas que les ponían de los de caballo, en las cuales morían muchos, y los delanteros, que debían ser más esforzados, y aun con todo este daño, no cesaban hasta verlos fuera de la ciudad. Pedro de Albarado ganó también este día dos puentes de su calzada, y quemó algunas casas con ayuda de los tres bergantines, y mató hartos enemigos.

Algunos españoles culpaban á Cortés porque no iba mudando su real como iba ganando tierra; y las causas que para ello había eran grandes, porque cada día tenía un mismo trabajo, y aun siempre mayor, en ganar de nuevo y cegar otra vez las puentes y caños de agua. El peligro que pasaban en ello era grande y notorio, porque les era forzado echarse á nado todas las veces que ganaban puente; y unos no sabían nadar, otros no osaban, y otros no querían, porque los enemigos no les dejaban salir, á cuchilladas y botes de lanza; y así, se tornaban heridos ó se ahogaban. Otros decían que ya que no pasaba el real adelante, debía sostener las puentes, poniendo en ellas gente que las guardase. Mas él, aunque muy bien conocía esto, no lo quería hacer por mejor; que cierto estaba, si pasara el real á la plaza, que les podían cercar los contrarios, por ser grande la ciudad y muchos los vecinos; y así el cercador quedara cercado, y cada hora del día y de la noche tuviera rebates y fuera reciamente combatido, y ni pudiera resistir ni tuviera qué comer si la calzada perdía; pues sustentar las puentes era imposible, á lo menos dudoso, por dos razones: la una, porque eran pocos españoles, y quedando cansados el día, no podían pelear la noche; la otra, que si las encomendaba á indios era incierta la defensa y cierta la pérdida ó desbarate, de que se podría seguir gran mal. Así que por esto, como porque se confiaba en el buen corazón de sus españoles, que cayendo ó levantando habían de hacer como él, seguía su parecer, y no el ajeno.

Cómo tuvo Cortés doscientos mil hombres sobre Méjico

Eran los de Chalco tan leales amigos de españoles, ó tan enemigos de mejicanos, que convocaron muchos pueblos y hicieron guerra á los de Iztacpalapán, Mexicalcingo, Cluitlauac, Vitcilopuchtli, Culuacán y otros lugares de la laguna Dulce, que no estaban declarados por amigos de Cortés, aunque nunca después que sitió á Méjico le habían enojado. Á esta causa, y por ver que españoles llevaban de vencida á los mejicanos, vinieron embajadores de todos aquellos pueblos á encomendarse á Cortés, y á rogarle los perdonase de lo pasado, y que mandase á los de Chalco no les hiciesen más daño. Él los recibió en su amparo, y les dijo que no les sería hecho más mal; y que nunca de ellos tuvo enojo, sino de los de Méjico, y que por ver si era cierta ó fingida su embajada, les hacía saber cómo no levantaría el cerco hasta tomar aquella ciudad de paz ó de guerra. Por eso, que les rogaba le ayudasen con acalles, pues tenían muchos, y con la más gente que pudiesen armar en ellos, y le diesen algunos hombres que hiciesen casas á los españoles que no las tenían, y era tiempo de las recias aguas. Ellos prometieron de lo cumplir; y así, vinieron muchos hombres de aquellos lugares, y hicieron tantas casillas en la calzada, de torre á torre, donde era el real, que muy á placer cabían en ellas los españoles y otros dos mil indios que los servían; que los demás en Culuacán dormían siempre, que no estaba más de legua y media. También proveyeron estos el real de algún pan y pescado y de infinitas cerezas; de las cuales hay tantas por allí, que pueden bastecer doblada gente que entonces había en toda aquella tierra. Duran seis meses del año y

bieron algún daño, porque cargaron los enemigos como si los nuestros fueran huyendo. Venían tan ciegos y engolosinados, que no advertían á las celadas que les ponían de los de caballo, en las cuales morían muchos, y los delanteros, que debían ser más esforzados, y aun con todo este daño, no cesaban hasta verlos fuera de la ciudad. Pedro de Albarado ganó también este día dos puentes de su calzada, y quemó algunas casas con ayuda de los tres bergantines, y mató hartos enemigos.

Algunos españoles culpaban á Cortés porque no iba mudando su real como iba ganando tierra; y las causas que para ello había eran grandes, porque cada día tenía un mismo trabajo, y aun siempre mayor, en ganar de nuevo y cegar otra vez las puentes y caños de agua. El peligro que pasaban en ello era grande y notorio, porque les era forzado echarse á nado todas las veces que ganaban puente; y unos no sabían nadar, otros no osaban, y otros no querían, porque los enemigos no les dejaban salir, á cuchilladas y botes de lanza; y así, se tornaban heridos ó se ahogaban. Otros decían que ya que no pasaba el real adelante, debía sostener las puentes, poniendo en ellas gente que las guardase. Mas él, aunque muy bien conocía esto, no lo quería hacer por mejor; que cierto estaba, si pasara el real á la plaza, que les podían cercar los contrarios, por ser grande la ciudad y muchos los vecinos; y así el cercador quedara cercado, y cada hora del día y de la noche tuviera rebates y fuera reciamente combatido, y ni pudiera resistir ni tuviera qué comer si la calzada perdía; pues sustentar las puentes era imposible, á lo menos dudoso, por dos razones: la una, porque eran pocos españoles, y quedando cansados el día, no podían pelear la noche; la otra, que si las encomendaba á indios era incierta la defensa y cierta la pérdida ó desbarate, de que se podría seguir gran mal. Así que por esto, como porque se confiaba en el buen corazón de sus españoles, que cayendo ó levantando habían de hacer como él, seguía su parecer, y no el ajeno.

Cómo tuvo Cortés doscientos mil hombres sobre Méjico

Eran los de Chalco tan leales amigos de españoles, ó tan enemigos de mejicanos, que convocaron muchos pueblos y hicieron guerra á los de Iztacpalapán, Mexicalcingo, Cluitlauac, Vitcilopuchtli, Culuacán y otros lugares de la laguna Dulce, que no estaban declarados por amigos de Cortés, aunque nunca después que sitió á Méjico le habían enojado. Á esta causa, y por ver que españoles llevaban de vencida á los mejicanos, vinieron embajadores de todos aquellos pueblos á encomendarse á Cortés, y á rogarle los perdonase de lo pasado, y que mandase á los de Chalco no les hiciesen más daño. Él los recibió en su amparo, y les dijo que no les sería hecho más mal; y que nunca de ellos tuvo enojo, sino de los de Méjico, y que por ver si era cierta ó fingida su embajada, les hacía saber cómo no levantaría el cerco hasta tomar aquella ciudad de paz ó de guerra. Por eso, que les rogaba le ayudasen con acalles, pues tenían muchos, y con la más gente que pudiesen armar en ellos, y le diesen algunos hombres que hiciesen casas á los españoles que no las tenían, y era tiempo de las recias aguas. Ellos prometieron de lo cumplir; y así, vinieron muchos hombres de aquellos lugares, y hicieron tantas casillas en la calzada, de torre á torre, donde era el real, que muy á placer cabían en ellas los españoles y otros dos mil indios que los servían; que los demás en Culuacán dormían siempre, que no estaba más de legua y media. También proveyeron estos el real de algún pan y pescado y de infinitas cerezas; de las cuales hay tantas por allí, que pueden bastecer doblada gente que entonces había en toda aquella tierra. Duran seis meses del año y

son algo diferentes de las nuestras. No quedaba ya pueblo que algo montase en toda aquella comarca por darse á Cortés, y entraban y salían libremente entre españoles. Veníanse todos á sus reales, unos por ayudar, otros por comer, otros por robar, y muchos por mirar; y así, pienso que había sobre Méjico doscientos mil hombres; y aunque es mucho de ser capitán de tan grande ejército, fué mucho más la destreza y gracia de Cortés en tratar y regirlo tanto tiempo sin motín ni riña. Deseaba Cortés ganar y allanar la calle y calzada que va de Tlacopán, que es muy principal y tiene siete puentes, para que libremente se comunicase con Pedro de Albarado, que con esto pensaba tener hecho lo más; y para hacerlo llamó la gente y barcos de Iztacpalapán y de los otros pueblos de la laguna Dulce, y luego vinieron tres mil; mil y quinientos de los cuales echó con cuatro bergantines en la una laguna, y los otros mil y quinientos en la otra con los tres bergantines, para que corriesen la ciudad, quemasen casas, é hiciesen todo el más daño que pudiesen. Mandó á cada guarnición que entrase por su cuartel y calle matando, prendiendo y destruyendo lo posible, y él metióse por la calle de Tlacopán con ochenta mil hombres. Ganó tres puentes de ella, y cególas; las otras dejó para otro día, y volvióse á su puesto. Tornó luego al siguiente día por la misma calle con la gente y orden pasada. Ganó muy gran parte de la ciudad, y nunca que Cuahutimoc diese señal de paz; de que mucho se maravillaba Cortés, y aun le pesaba, así por el mal que recibía, como por el que hacía.

Lo que hizo Pedro de Albarado por aventajarse

Quiso Pedro de Albarado pasar su real á la plaza del Tlatelulco, porque pasaba trabajo y peligro en sustentar

las puentes que ganaba con españoles á pie y á caballo, teniendo su fuerte lejos de ellos tres cuartos de legua, y por aventajarse tanto como su capitán, y porque le importunaban los de su compañía diciendo que les sería afrenta si Cortés ni otro alguno ganase aquella plaza antes que ellos, pues la tenían más cerca que ninguno; y así, determinó ganar las puentes de su calzada que le faltaban y pasarse á la plaza. Fué pues con toda la gente de su guarnición, llegó á una puente quebrada, que tenía de largo sesenta pasos; ca porque los nuestros no pasasen la habían alargado y ahondado dos estados en agua. Combatióla, y con ayuda de los tres bergantines pasó el agua y la ganó. Dejó dicho á unos que la cegasen, y siguió el alcance con hasta cincuenta españoles. Como los de la ciudad no vieron más de aquellos pocos, que no podían pasar los de caballo, revolvieron sobre él tan de súbito y con tanto denuedo, que le hicieron volver las espaldas y echarse al agua, sin ver cómo. Mataron muchos de nuestros indios y prendieron cuatro españoles, que luego allí, para que todos los viesen, los sacrificaron y comieron. Albarado cayó de su locura por no creer á Cortés, que siempre le decía no pasase adelante sin dejar primero el camino llano. Los que le aconsejaron pagaron con las vidas, y Cortés sintió la pena; y otro tanto le pudiera entrevenir á él si creyera á los que decían que se pasase al mismo mercado; mas él lo consideraba mejor, porque cada casa estaba ya hecha isla, las calzadas por muchas partes rompidas, y las azoteas llenas de cantos; que de estos y otros tales ardidés muchos tuvo Cuahutimoc. Cortés fué á ver dónde había mudado su real Pedro de Albarado, y á le reprehender por lo sucedido, y avisarle de lo que tenía de hacer. Y como le halló tan metido dentro la ciudad, y consideró los muchos y malos pasos que había ganado, no sólo no le culpó, mas loóle. Platicó con él muchas cosas tocantes á la conclusión del cerco, y volvióse á su real.

Las alegrías y sacrificios que hacían mejicanos por una victoria

Dilataba Cortés de poner su real en la plaza, aunque cada día entraba ó mandaba entrar á la ciudad á pelear con los vecinos, por las razones poco antes dichas, y por ver si Cuahutimoc se daría, y aun también porque no podía ser la entrada sin mucho peligro y daño, por cuanto los enemigos estaban ya muy juntos y muy fuertes. Todos los españoles, juntamente con el tesorero del Rey, viendo su determinación y el daño pasado, le rogaron y requirieron que se metiese en la plaza. Él les dijo que hablaban como valientes, pero que convenía primero mirarlo muy bien, ca los enemigos estaban fuertes y determinadísimos de morir defendiéndose. Tanto replicaron, que al cabo otorgó lo que pedían, y publicó la entrada para el día siguiente. Escribió con dos criados suyos á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Albarado la instrucción de lo que hacer debían; la cual en suma era que Sandoval hiciese alzar todo el fardaje de su guarnición, como que levantaba real, y que pusiese diez de caballo en la calzada, tras unas casas, porque si de la ciudad saliesen creyendo que huían, los alcanceasen, y él que se viniese adonde Pedro de Albarado estaba, con diez á caballo y cien peones y con los bergantines; y dejando allí la gente, tomase los otros tres bergantines, y fuese á ganar el paso do fueron desbaratados los de Albarado; y si lo ganaba, que lo cegase muy bien antes de ir más adelante; y que si fuese, no se alejase, ni ganase paso que no lo dejase ciego y bien aderezado; y Albarado, que entrase cuanto pudiese á la ciudad, y que le enviasen ochenta españoles. Ordenó asimismo que

los otros siete bergantines guiasen las tres mil barcas, como la otra vez, por entrambas lagunas. Repartió la gente de su real en tres compañías, porque para ir á la plaza había tres calles. Por la una entraron el tesorero y contador con setenta españoles, veinte mil indios, ocho caballos, doce azadoneros y muchos gastadores para cegar los caños de agua, allanar las puentes y derribar casas. Por la otra calle envió á Jorge de Albarado y Andrés de Tapia con ochenta españoles y más de diez mil indios. Quedaron á la boca de esta calle dos tiros y ocho de caballo. Cortés fué por la otra con gran número de amigos y con cien españoles á pie, de los cuales eran veinticinco ballesteros y escopeteros. Mandó á ocho de caballo que llevaba, quedarse, y que no fuesen tras él sin se lo enviar á decir. De esta manera entraron todos á un tiempo y cada cuadrilla por su cabo, é hicieron maravillas, derrocando hombres y albarradas y ganando puentes. Llegaron cerca del Tianquiztli; cargaron tantos indios de nuestros amigos, que entraron por las casas á escala vista y las robaron; y según iba la cosa, parecía que todo se ganaba aquel día. Cortés les decía que no pasasen más adelante, que bastaba lo hecho, no recibiesen algún revés, y que mirasen si dejaban bien cegadas las puentes ganadas, en que estaba todo el peligro ó victoria. Los que iban con el tesorero siguiendo victoria y alcance dejaron una quebrada falsamente ciega, que sería doce pasos en anchura y dos estados en hondura. Fué allí Cortés, como se lo dijeron, á remediar aquel mal recado; mas tan presto como llegó vió venir huyendo los suyos y arrojarse al agua por miedo de los muchos y asecurivos enemigos que venían detrás, los cuales se echaban tras ellos por matarlos. Venían también por agua barcas, que tomaban vivos muchos de nuestros amigos y aun españoles. No sirvió entonces Cortés y otros quince que allí estaban sino de dar las manos á los caídos; unos salían heridos, otros medio ahogados, y muchos sin armas. Cargó tanta gente enemiga, que los cercó. Cortés y

sus quince compañeros, embebecidos en socorrer á los del agua, y ocupados con los socorridos, no se dieron cata del peligro en que estaban; y así, echaron mano de él ciertos mejicanos, y lleváranse sino por Francisco de Olea, criado suyo, que cortó las manos al que le tenía asido, de una cuchillada; al cual mataron luego allí los contrarios; y así, murió por dar la vida á su amo. Llegó en esto Antonio de Quiñones, capitán de la guarda; trabó del brazo á Cortés, y sacóle por fuerza de entre los enemigos, con quien fuertemente peleaba. Ya entonces, á la fama que Cortés era preso, acudían españoles á la brega, y uno de caballo hizo algún tanto de lugar; mas luego le dieron una lanzada por la garganta, que le hicieron dar la vuelta. Estancó un poco la pelea, y Cortés cabalgó en un caballo que le trajeron; y porque no se podía pelear allí bien á caballo, recogió los españoles, dejó aquel mal paso, y salióse á la calle del Tlacopán, que es ancha y buena. Murió allí Guzmán, camarero de Cortés, por querer darle un caballo; cuya muerte dió mucha tristeza á todos, ca era honrado y valiente. Anduvo tan revuelta la cosa, que cayeron al agua dos yeguas; la una se remedió, la otra mataron indios, como hicieron al caballo de Guzmán. Estando combatiendo una albarrada el tesorero y sus compañeros, les echaron de una casa tres cabezas de españoles, diciendo que otro tanto harían de ellos si no alzaban el cerco. Viendo esto y entendiendo el estrago que digo, se retrajeron poco á poco. Los sacerdotes se subieron á unas torres del Tlatelulco, encendieron braseros, pusieron sahumerios de copalli en señal de victoria. Desnudaron los españoles cautivos, que serían hasta cuarenta, abriéronlos por el pecho, sacáronles los corazones para ofrecer á sus ídolos, y rociaron el aire con la sangre. Quisieran los nuestros ir allá y vengar aquella crueldad, ya que estorbar no la podían; mas bien tuvieron qué hacer en ponerse en cobro, según la carga y priesa que les dieron los enemigos, no temiendo á caballos ni á espadas. Fueron este día cuaren-

ta españoles presos y sacrificados. Quedó herido Cortés en una pierna, y más de otros treinta. Perdióse un tiro y tres ó cuatro caballos. Murieron cerca de dos mil indios amigos nuestros. Muchas de nuestras canoas se perdieron, y los bergantines estuvieron para ello. El capitán y maestro de uno de ellos salieron heridos, y el capitán murió de la herida dende á ocho días. También murieron peleando este mismo día cuatro españoles del real de Albarado. Fué aciago el día, y la noche triste y llorosa para nuestros españoles y amigos. Regocijaron aquella tarde y noche los de Méjico con grandes fuegos, con muchas bocinas y atabales, con bailes, banquetes y borracheras. Abrieron las calles y puentes como antes las tenían. Pusieron velas en las torres, y centinelas cerca de los reales; y luego por la mañana envió el Rey dos cabezas de cristianos y otras dos de caballos por toda la comarca, en señal de la victoria habida, rogándoles que dejasen la amistad de españoles, y prometiendo que presto acabaría los que quedaban, y libraría toda la tierra de guerra; lo cual fué causa que algunas provincias tomasen ánimo y armas contra los amigos y aliados de Cortés, como hicieron Malinalco y Cuixco contra Coahunauac. Sonóse luego esto por muchas partes, y temían los nuestros rebelión en los pueblos amigos y motín en el ejército; mas quiso Dios que no lo hubiese. Cortés salió con su gente otro día á pelear, por no mostrar flaqueza, y tornóse de la primera puente.

#### La conquista de Malinalco y Matalcinco y otros pueblos

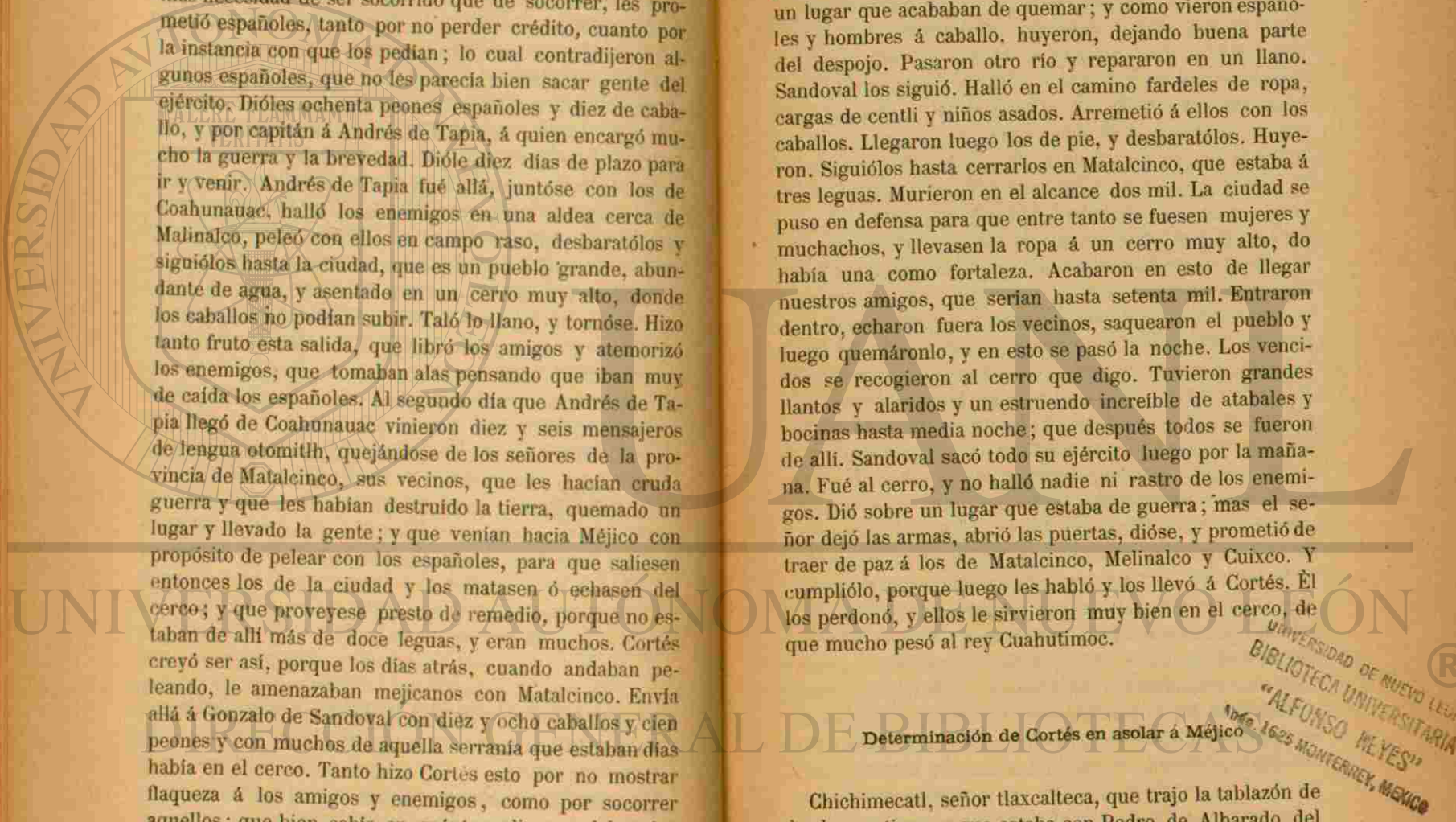
Á dos días del desbarato vinieron al real de Cortés los de Coahunauac, que ya de muchos días eran sus amigos, á

decirle cómo los de Malinalco y Cuixco les daban guerra y les destruían los panes y frutas, y le amenazaban á él para después que los hubiesen á ellos vencido; por tanto, que les diese alguna ayuda de españoles. Cortés, aunque tenía más necesidad de ser socorrido que de socorrer, les prometió españoles, tanto por no perder crédito, cuanto por la instancia con que los pedían; lo cual contradijeron algunos españoles, que no les parecía bien sacar gente del ejército. Dióles ochenta peones españoles y diez de caballo, y por capitán á Andrés de Tapia, á quien encargó mucho la guerra y la brevedad. Dióle diez días de plazo para ir y venir. Andrés de Tapia fué allá, juntóse con los de Coahunauac, halló los enemigos en una aldea cerca de Malinalco, peleó con ellos en campo raso, desbaratólos y siguiólos hasta la ciudad, que es un pueblo grande, abundante de agua, y asentada en un cerro muy alto, donde los caballos no podían subir. Taló lo llano, y tornóse. Hizo tanto fruto esta salida, que libró los amigos y atemorizó los enemigos, que tomaban alas pensando que iban muy de caída los españoles. Al segundo día que Andrés de Tapia llegó de Coahunauac vinieron diez y seis mensajeros de lengua otomith, quejándose de los señores de la provincia de Matalcinco, sus vecinos, que les hacían cruda guerra y que les habían destruido la tierra, quemado un lugar y llevado la gente; y que venían hacia Méjico con propósito de pelear con los españoles, para que saliesen entonces los de la ciudad y los matasen ó echasen del cerco; y que proveyese presto de remedio, porque no estaban de allí más de doce leguas, y eran muchos. Cortés creyó ser así, porque los días atrás, cuando andaban peleando, le amenazaban mejicanos con Matalcinco. Envía allá á Gonzalo de Sandoval con diez y ocho caballos y cien peones y con muchos de aquella serranía que estaban días había en el cerco. Tanto hizo Cortés esto por no mostrar flaqueza á los amigos y enemigos, como por socorrer aquellos; que bien sabía en cuánto peligro andaban los

que iban y los que quedaban, y que se quejaban los suyos. Sandoval se partió, durmió dos noches en tierra de Otomith, que estaba destruida; llegó después á un río que pasaban los enemigos, los cuales llevaban gran presa de un lugar que acababan de quemar; y como vieron españoles y hombres á caballo, huyeron, dejando buena parte del despojo. Pasaron otro río y repararon en un llano. Sandoval los siguió. Halló en el camino fardeles de ropa, cargas de centli y niños asados. Arremetió á ellos con los caballos. Llegaron luego los de pie, y desbaratólos. Huyeron. Siguíolos hasta cerrarlos en Matalcinco, que estaba á tres leguas. Murieron en el alcance dos mil. La ciudad se puso en defensa para que entre tanto se fuesen mujeres y muchachos, y llevasen la ropa á un cerro muy alto, do había una como fortaleza. Acabaron en esto de llegar nuestros amigos, que serían hasta setenta mil. Entraron dentro, echaron fuera los vecinos, saquearon el pueblo y luego quemáronlo, y en esto se pasó la noche. Los vencidos se recogieron al cerro que digo. Tuvieron grandes llantos y alaridos y un estruendo increíble de atabales y bocinas hasta media noche; que después todos se fueron de allí. Sandoval sacó todo su ejército luego por la mañana. Fué al cerro, y no halló nadie ni rastro de los enemigos. Dió sobre un lugar que estaba de guerra; mas el señor dejó las armas, abrió las puertas, dióse, y prometió de traer de paz á los de Matalcinco, Melinalco y Cuixco. Y cumpliólo, porque luego les habló y los llevó á Cortés. Él los perdonó, y ellos le sirvieron muy bien en el cerco, de que mucho pesó al rey Cuahutimoc.

Determinación de Cortés en asolar á Méjico

Chichimecatl, señor tlaxcalteca, que trajo la tablazón de los bergantines, y que estaba con Pedro de Albarado del



principio de la guerra, viendo que ya no peleaban españoles como solían antes, entró con solos los de su provincia, cosa que no se había hecho, á combatir la ciudad. Acometió una puente con mucha grita, y apellidando su linaje y ciudad, la ganó. Dejó allí cuatrocientos flecheros, y siguió los enemigos, que de industria para cogerle á la vuelta huían. Revolvieron sobre él, y trabóse una muy gentil escaramuza; ca unos y otros pelearon reciamente y á la igual. Pasaron grandes razones. Muchos heridos y muertos de una y otra parte, con que todos cenaron muy bien. Diéronle carga, y pensaron asirle al paso del agua; mas él lo pasó seguramente con el favor de los cuatrocientos flecheros, que detuvieron los contrarios y les hicieron perder la soberbia. Quedaron los de Méjico corridos de aquella entrada y espantados de la osadía de tlaxcaltecas, y aun los españoles se maravillaron del ardid y destreza. Como no combatían los nuestros según solían, pensaban en Méjico que de cobardes ó enfermos, ó por ventura de hambrientos; y un día al cuarto del alba dieron en el real de Albarado un buen rebato. Sintieronlo las velas, tocaron al arma, salieron los de dentro á pie y á caballo, y á lanzadas les hicieron huir. Muchos de ellos se ahogaron, muchos fueron heridos, y todos escarmentaron. Dijeron tras esto los de Méjico que querían hablar á Cortés. Él se llegó á una puente alzada á ver qué decían. Ellos una vez pedían treguas y otra paces, y siempre ahincaban que los españoles se fuesen de toda su tierra. Era todo esto para descubrir qué corazón tenían los nuestros y para tomar algunos días de treguas á fin de se bastecer; que su voluntad siempre fué de morir defendiendo su patria y religión. Cortés les respondió que las treguas ni á él ni á ellos convenían; mas que la paz, pues en todo tiempo era buena, no se perdería por él, aunque era el cercador y tenía mucho qué comer. Que mirasen ellos cómo la querían, antes que se les acabase el pan; no se muriesen de hambre. Estando así platicando con el faraute, se puso en el ba-

luarte un viejo anciano, y á vista de todos sacó muy de su espacio de una mochila pan y otras cosas, que comió, dando á entender que no tenían necesidad; y con tanto se feneció la plática. Muy largo se le hacia á Cortés el cerco, porque en cerca de cincuenta días no había podido ganar á Méjico; y maravillábase que los enemigos durasen tanto tiempo en las escaramuzas y combates, y de que no quisiesen paz ni concordia, sabiendo cuántos millares de ellos eran muertos á manos de los contrarios, y cuántos de hambre y dolencia. Rogábales fuesen sus amigos; si no, que los mataría á todos y los tendría cercados por agua y tierra, para que no les entrasen fruta ni pan ni agua, y se comiesen unos á otros. Ellos decían que primero se morirían los españoles; y cuanto más miedo les ponían, más esfuerzo mostraban, y más reparos y ardidés hacían; ca hincheron la plaza y muchas calles de piedras grandes, para que no pudiesen correr los caballos; y atajaron otras calles á piedra seca, para que no entrasen españoles. Cortés, aunque no quisiera destruir tan hermosa ciudad, determinó derribar por el suelo todas las casas de las calles que ganase, y con ellas cegaron muy bien las canales de agua. Comunicólo con sus capitanes, y á todos les pareció bueno, aunque trabajoso y largo. Dijolo también á los señores indios del ejército, los cuales se holgaron con aquella nueva, y luego hicieron venir muchos labradores con huictles de palo, que sirven de pala y azada. En esto se pasaron cuatro días. Cortés, como tuvo gastadores, apercibió su gente y comenzó á combatir la calle que va á la plaza Mayor. Los de la ciudad demandaron paz fingidamente. Cortés se detuvo y preguntó por el Rey. Respondieron que le habían ido á llamar. Esperó una hora, y al cabo tiráronle muchas piedras, flechas y varas, deshonrándole. Arremetieron entonces los españoles, ganaron una gran albarrada y entraron en la plaza. Quitaron las piedras que daban estorbo á los caballos, cegaron la agua de aquella calle de tal manera, que nunca más se abrió; de-

rocaron todas las casas, y dejando la entrada llana y abierta, se volvieron al real. Seis días á la continua hicieron los nuestros otro tanto como aquel, sin recibir mucho daño, salvo que al pestrero les hirieron dos caballos. Cortés les hizo luego al siguiente día una emboscada. Llamó á Gonzalo de Sandoval que viniese con treinta caballos suyos y de Albarado para juntar con otros veinticinco que él tenía. Envió los bergantines delante y toda la gente, y él metióse con treinta caballos en unas casas grandes de la plaza. Pelearon en muchas partes con los de la ciudad, y retiráronse. Al pasar de aquella casa soltaron una escopeta, que era la señal de salir la celada. Venían con tanto hervor y grita los contrarios ejecutando el alcance, que pasaron bien adelante de la zalagarda. Salió Cortés con sus treinta caballeros, diciendo: «San Pedro y á ellos, Santiago y á ellos;» é hizo gran estrago, matando á unos, derrocando á otros, y atajando á muchos, que luego allí prendían los indios amigos. En esta celada, sin los de los combates, murieron quinientos mejicanos y quedaron presos otros muchos. Tuvieron bien qué cenar aquella noche los indios nuestros amigos. No se les podía quitar el comer carne de hombres. Ciertos españoles subieron á una torre de ídolos, abrieron una sepultura, y hallaron hasta mil y quinientos castellanos en cosas de oro. De esta hecha cobraron en Méjico tanto temor, que ni gritaban ni amenazaban como antes, ni osaron de allí adelante esperar en la plaza vez que los nuestros se retirasen, por miedo de otra. Y en fin, esto fué causa para más aina ganarse Méjico.

La hambre y dolencias que mejicanos pasaban con grande ánimo

Dos mejicanos, hombres de poca manera, se salieron de noche, de puro hambrientos, y se vinieron al real de

Cortés; los cuales dijeron cómo sus vecinos estaban muy amedrentados, muertos de hambre y dolencias, y que amontonaban los muertos en las casas por encubrirlos, y que salían las noches á pescar entre las casas y adonde no los tomasen los bergantines, y á buscar leña y coger yerbas y raíces que comer. Cortés quiso saber aquello más por entero. Hizo que los bergantines rodeasen la ciudad, y él con hasta quince de caballo y cien peones españoles, y muchos otros amigos, fué allá antes que amaneciese, metióse tras unas casas, y puso espías que le avisasen con cierta señal cuando hubiese gente. Como fué día, comenzó de salir mucha gente á buscar de comer. Salió Cortés, por la seña que tuvo, é hizo gran matanza en ellos, como los más eran mujeres y muchachos, y los hombres iban casi desarmados. Murieron allí ochocientos. Los bergantines tomaron también muchos hombres y barcos pescando. Sintieron el ruido las velas de la ciudad; mas los vecinos, espantados de ver andar por allí españoles á hora desacomtumbrada, temióronse de otra zalagarda, y no pelearon. El día siguiente, que fué víspera de Santiago, patrón de España, entró Cortés á combatir como solía la ciudad. Acabó de ganar la calle de Tlacopán, y quemó las casas de Cuahutimoc, que eran grandes y fuertes y cercadas de agua. Ya con esto estaban, de cuatro partes de Méjico, ganadas las tres, y se podía ir seguramente del real de Cortés al de Albarado. Como se derribaban ó quemaban todas las casas de lo ganado, decían aquellos mejicanos á los de Tlaxcallán y de los otros pueblos: «Así, así, daos prisa; quemad y asolad bien esas casas; que vosotros las tornaréis á hacer, mal que os pese, á vuestra costa y trabajo; porque si somos vencedores, haréislas para nosotros, y si vencidos, para españoles.» Dende á cuatro días entró Cortés por su parte y Albarado por la suya; él cual trabajó lo posible por ganar dos torres del Tlatelulco, para estrechar los enemigos por su estancia, como hacía su capitán; hizo, en fin, tanto, que las ganó, aunque perdió tres caba-



llos. Al otro día se paseaban los de caballo por la plaza, y los enemigos mirando de las azoteas. Andando por la ciudad hallaron montones de cuerpos muertos por las casas y calles y en agua, y muchas cortezas y raíces de árboles roídos, y los hombres tan flacos y amarillos, que hicieron lástima á nuestros españoles. Cortés les movió partido. Ellos, aunque flacos de cuerpo, estaban recios de corazón, y respondiéronle que no hablase en amistad ni esperase despojo ninguno de ellos, porque habían de quemar todo lo que tenían, ó echarlo al agua, do nunca pareciese, y que uno solo que de ellos quedase, había de morir peleando. Faltaba ya la pólvora, bien que sobraban las saetas y picas, como se hacían cada día; y para dañar, ó á lo menos espantar los enemigos, se hizo un trabuco y se puso en el teatro de la plaza, con el cual nuestros indios amenazaban mucho á los de la ciudad. No lo acertaron hacer los carpinteros, y así no aprovechó. Los españoles disimularon con que no querían hacer más daño de lo hecho. Como habían estado cuatro días ocupados en hacer el trabuco, no habían entrado á combatir la ciudad, y cuando después entraron, hallaron llenas las calles de mujeres, niños, viejos y otros hombres mezquinos que se traspasaban de hambre y enfermedad. Mandó Cortés á los suyos no hiciesen mal á personas tan miserables. La gente principal y sana estaba en las azoteas sin armas y con mantas, cosa nueva y que puso admiración. Creó que guardaban fiesta. Requirióles con la paz; respondieron con disimulación. Otro día dijo Cortés á Pedro de Albarado que combatiere un barrio de hasta mil casas, que estaba por ganar, y que él le ayudaría por la otra parte. Los vecinos se defendieron muy bien un gran rato; mas al cabo huyeron, no pudiendo sufrir la furia y priesa de los contrarios. Los nuestros ganaron todo aquel barrio, y mataron doce mil ciudadanos. Hubo tanta mortandad porque anduvieron tan crueles y encarnizados los indios nuestros amigos, que á ningún mejicano daban vida, por más reprehendidos que

fueron. Quedaron tan arrinconados en perdiendo este barrio, que apenas cabían de pies en las casas que tenían, y estaban las calles tan llenas de muertos y enfermos, que no podían pisar sino en cuerpos. Cortés quiso ver lo que tenía por ganar de la ciudad; subiósse á una torre, miró, y parecióle que una parte de ocho. Otro día siguiente tornó á combatir lo que quedaba. Mandó á todos los suyos que no matasen sino al que se defendiese. Los de Méjico, llorando su desventura, rogaban á los españoles que los acabasen de matar, y ciertos caballeros llamaron á Cortés á mucha priesa. Él fué corriendo allá, con pensar que era para tratar de algún concierto. Púsose orilla de una puente, y dijéronle: «¡Ah capitán Cortés! pues eres hijo del sol, ¿por qué no acabas con él que nos acabe? ¡Oh sol! que puedes dar vuelta al mundo en tan breve espacio de tiempo como es un día con su noche, mátanos ya, y sácanos de tanto y tan largo penar; que deseamos la muerte por ir á descansar con Cuetzalcouatlh, que nos está esperando.» Tras esto lloraban y llamaban sus dioses á grandes voces. Cortés les respondió lo que le pareció, mas no pudo convencerlos. Gran compasión les tenían nuestros españoles.

#### La prisión de Cuahutimoc

Cortés, que los vió en tanto estrecho y males, quiso probar si se darían. Habló con un tío de don Fernando de Tezcuco, que tres días antes había tomado preso, y aun estaba herido, y rogóle que fuese á tratar de paz con su rey. El caballero rehusó al principio, sabiendo la determinación de Cuahutimoc; pero al fin dijo que iría, por ser

cosa de honra y bondad. Así que Cortés entró otro día con su gente y envió aquel caballero delante con ciertos españoles; los que guardaban la calle lo recibieron y saludaron con el acatamiento que tal persona merecía; fué luego al Rey, y díjole su embajada. Cuahutimoc se enojó y le mandó sacrificar. La respuesta que dió fueron flechazos, pedradas, lanzadas y alaridos, y que querían morir, y no paz. Pelearon recio aquel día; hirieron y mataron muchos hombres, y un caballo con un dalle que traía un mejicano hecho de una espada española; pero si muchos mataron, muchos murieron. Otro día entró también Cortés, mas no peleó, esperando que se rendirían. Empero ellos no tenían tal pensamiento. Llegóse á una albarrada, habló á caballo con ciertos señores que conocía, diciendo que los podía muy bien acabar en chico rato, mas que de lástima lo dejaba, y porque los quería mucho; que hiciesen con el señor se diesen, y serían bien recibidos y tratados, y tendrían qué comer. Con estas y otras razones así les hizo llorar. Respondieron que bien conocían su error y sentían su daño y perdición; pero que habían de obedecer á su rey y á sus dioses, que así lo querían; mas que se esperase allí, que iban á decirlo á su señor Cuahutimocin. Fueron, y dende á un rato volvieron, diciendo cómo por ser ya tarde no venía el señor, mas que luego al otro día vendría sin duda ninguna, á hora de comer, á le hablar en la plaza. Con tanto, se tornó Cortés á su real muy alegre, pensando que en las vistas se concertarian. Mandó aderezar el teatro de la plaza con estrado, á la usanza de los señores mejicanos, y de comer para otro día. Fué con muchos españoles muy apercebidos. No vino el Rey, sino envió cinco señores muy principales que tratasen en ciertos, y que le disculpasen por enfermo. Pesó á Cortés que el Rey no viniere; empero holgóse mucho con aquellos señores, creyendo por su medio acabar la paz. Comieron y bebieron como hombres que tenían necesidad; llevaron algún refresco, y prometieron de tornar, porque

Cortés se lo rogó, y les dijo que sin la presencia del Rey no se podía dar ni tomar asiento ninguno. Volvieron dende á dos horas; trajeron de presente unas mantas de algodón muy buenas, y dijeron cómo en ninguna manera el Rey vendría, ca tenía vergüenza y miedo; fuéronse, que ya era noche. Volvieron otro día aquellos mismos á decir á Cortés que se fuése al mercado, que le haría hablar Cuahutimoc. Fué, y esperó más de cuatro horas, y nunca el Rey vino. Viendo la burla, envió Cortés á Sandoval con los bergantines por una parte, y él por otra, combatió las calles y albarradas en que estaban fuertes los enemigos; y como halló poca resistencia, ca no tenían piedras ni flechas, entró é hizo lo que quiso. Pasaron de cuarenta mil personas las que fueron aquel día muertas y presas, y más tuvieron que hacer los españoles en estorbar que sus amigos no matasen, que en pelear. El saco no se lo estorbaban. Era tanto el llanto de las mujeres y niños, que quebraba los corazones á los españoles; y tan grande la hediondez de los cuerpos que ya estaban muertos, que se retiraron luego. Propusieron aquella noche, Cortés de acabar otro día la guerra, y Cuahutimoc de huir, que para eso se metió en una canoa de veinte remos. Luego pues por la mañana tomó Cortés su gente y cuatro tiros, y fué al rincón do los enemigos estaban acorralados. Dijo á Pedro de Albarado que se estuviese quedo hasta oír una escopeta, y á Sandoval que entrase con los bergantines á un lago de entre las casas, donde estaban recogidas todas las barcas de Méjico, y que mirase por el Rey y no le matase. Mandó á los demás que echasen al enemigo hacia los bergantines; subióse á una torre, y preguntó por el Rey. Vino Xihuacoa, gobernador y capitán general. Hablóle, y no pudo acabar con él que se diesen. Todavía se salieron muchos, y los más eran viejos y muchachos y mujeres; y como eran tantos y traían priesa, unos á otros se rempujaban y se echaban al agua y se ahogaban. Rogó Cortés á los señores indios que mandasen á los suyos no

matasen aquella mezquina gente, pues se daba. Empero no pudieron tanto, que no matasen y sacrificasen más de quince mil de ellos. Tras esto hubo grandísimo rumor entre la gente menuda de la ciudad, porque el señor quería huir, y ellos ni tenían ni sabían adónde ir; y así, procuraron todos de meterse en barcas, y como no habían, caían al agua y ahogábanse. Muchos hubo que se escaparon nadando. La gente de guerra se estaba arriada á las paredes de las azoteas, disimulando su perdición. La nobleza mejicana y otros muchos estaban en canoas con el Rey. Cortés hizo soltar la escopeta para que Pedro de Albarado acometiese por su parte, y luego se tiró la artillería al rincón, donde estaban los enemigos. Diéronles tanta priesa, que en chico rato lo ganaron, sin dejar cosa por tomar. Los bergantines rompieron la flota de las barcas, sin que ninguna se defendiese. Antes echaron todas á huir por do mejor pudieron, y abatieron el estandarte real. Garci Holguín, que era capitán de un bergantin, dió tras una canoa grande de veinte remos y muy cargada de gente. Dijole un prisionero que llevaba consigo cómo eran aquellos del Rey, y que podía ser ir él allí. Dióle entonces caza, y alcanzóla. No quiso embestir con ella, sino encaróle tres ballestas que tenía. Cuahutimoc se puso en pie en la popa de su canoa para pelear; mas como vió ballestas armadas, espadas desnudas y mucha ventaja en el navío, hizo señal que iba allí el señor, y rindióse. Garci Holguín, muy alegre con tal presa, lo llevó á Cortés, el cual le recibió como á Rey, hizole buen semblante, y llególe á sí. Cuahutimoc entonces echó mano al puñal de Cortés, y dijole: «Ya yo he hecho todo mi poder para me defender á mí y á los míos, y lo que obligado era para no venir á tal estado y lugar como estoy; y pues vos podéis agora hacer de mí lo que quisierdes, matadme, que es lo mejor.» Cortés lo consoló y le dió buenas palabras y esperanza de vida y señorío. Subióle á una azotea, rogóle mandase á los suyos que se diesen; él lo hizo, y ellos,

que serían obra de setenta mil, dejaron las armas en viéndole.

#### De la toma de Méjico

De la manera que dicho queda ganó Fernando Cortés á Méjico Tenuchtitlán, martes á 13 de agosto, día de San Hipólito, año de 1521. En remembranza de tan gran hecho y victoria hacen cada año, semejante día, los de la ciudad fiesta y procesión, en que llevan el pendón con que se ganó. Duró el cerco tres meses. Tuvo en él doscientos mil hombres, novecientos españoles, ochenta caballos, diez y siete tiros de artillería, y trece bergantines y seis mil barcas. Murieron de su parte hasta cincuenta españoles y seis caballos, y no muchos indios. Murieron de los enemigos cien mil, y á lo que otros dicen, muy muchos más; pero yo no cuento los que mató la hambre y pestilencia. Estaban á la defensa todos los señores, caballeros y hombres principales; y así, murieron muchos nobles. Eran muchos, comían poco, bebían agua salada, dormían entre los muertos, y estaban en perpetua hedentina. Por estas cosas enfermaron y les vino pestilencia, en que murieron infinitos. De las cuales también se colige la firmeza y esfuerzo que tuvieron en su propósito; porque llegando á extremo de comer ramas y cortezas, y á beber agua salobre, jamás quisieron paz. Ellos bien la quisieran á la postre; mas Cuahutimoc no la quiso, porque al principio la rehusaron contra su voluntad y consejo, y porque muriéndose todos, no dieron señal de flaqueza; ca se tenían los muertos en casa porque sus enemigos no los viesen. De aquí también se conoce cómo mejicanos, aunque comen carne de hombre, no comen la de los suyos, como algunos pien-

matasen aquella mezquina gente, pues se daba. Empero no pudieron tanto, que no matasen y sacrificasen más de quince mil de ellos. Tras esto hubo grandísimo rumor entre la gente menuda de la ciudad, porque el señor quería huir, y ellos ni tenían ni sabían adónde ir; y así, procuraron todos de meterse en barcas, y como no habían, caían al agua y ahogábanse. Muchos hubo que se escaparon nadando. La gente de guerra se estaba arriada á las paredes de las azoteas, disimulando su perdición. La nobleza mejicana y otros muchos estaban en canoas con el Rey. Cortés hizo soltar la escopeta para que Pedro de Albarado acometiese por su parte, y luego se tiró la artillería al rincón, donde estaban los enemigos. Diéronles tanta priesa, que en chico rato lo ganaron, sin dejar cosa por tomar. Los bergantines rompieron la flota de las barcas, sin que ninguna se defendiese. Antes echaron todas á huir por do mejor pudieron, y abatieron el estandarte real. Garci Holguín, que era capitán de un bergantin, dió tras una canoa grande de veinte remos y muy cargada de gente. Dijole un prisionero que llevaba consigo cómo eran aquellos del Rey, y que podía ser ir él allí. Dióle entonces caza, y alcanzóla. No quiso embestir con ella, sino encaróle tres ballestas que tenía. Cuahutimoc se puso en pie en la popa de su canoa para pelear; mas como vió ballestas armadas, espadas desnudas y mucha ventaja en el navío, hizo señal que iba allí el señor, y rindióse. Garci Holguín, muy alegre con tal presa, lo llevó á Cortés, el cual le recibió como á Rey, hizole buen semblante, y llególe á sí. Cuahutimoc entonces echó mano al puñal de Cortés, y dijole: «Ya yo he hecho todo mi poder para me defender á mí y á los míos, y lo que obligado era para no venir á tal estado y lugar como estoy; y pues vos podéis agora hacer de mí lo que quisierdes, matadme, que es lo mejor.» Cortés lo consoló y le dió buenas palabras y esperanza de vida y señorío. Subióle á una azotea, rogóle mandase á los suyos que se diesen; él lo hizo, y ellos,

que serían obra de setenta mil, dejaron las armas en viéndole.

#### De la toma de Méjico

De la manera que dicho queda ganó Fernando Cortés á Méjico Tenuchtitlán, martes á 13 de agosto, día de San Hipólito, año de 1521. En remembranza de tan gran hecho y victoria hacen cada año, semejante día, los de la ciudad fiesta y procesión, en que llevan el pendón con que se ganó. Duró el cerco tres meses. Tuvo en él doscientos mil hombres, novecientos españoles, ochenta caballos, diez y siete tiros de artillería, y trece bergantines y seis mil barcas. Murieron de su parte hasta cincuenta españoles y seis caballos, y no muchos indios. Murieron de los enemigos cien mil, y á lo que otros dicen, muy muchos más; pero yo no cuento los que mató la hambre y pestilencia. Estaban á la defensa todos los señores, caballeros y hombres principales; y así, murieron muchos nobles. Eran muchos, comían poco, bebían agua salada, dormían entre los muertos, y estaban en perpetua hedentina. Por estas cosas enfermaron y les vino pestilencia, en que murieron infinitos. De las cuales también se colige la firmeza y esfuerzo que tuvieron en su propósito; porque llegando á extremo de comer ramas y cortezas, y á beber agua salobre, jamás quisieron paz. Ellos bien la quisieran á la postre; mas Cuahutimoc no la quiso, porque al principio la rehusaron contra su voluntad y consejo, y porque muriéndose todos, no dieron señal de flaqueza; ca se tenían los muertos en casa porque sus enemigos no los viesen. De aquí también se conoce cómo mejicanos, aunque comen carne de hombre, no comen la de los suyos, como algunos pien-

san; que si la comieran, no murieran así de hambre. Alaban mucho las mujeres mejicanas, y no porque se estuvieron con sus maridos y padres, sino por lo mucho que trabajaron en servir los enfermos, en curar los heridos, en hacer hondas y labrar piedras para tirar, y aun en pelear desde las azoteas; que tan buena pedrada daban ellas como ellos. Dióse Méjico á saco, y españoles tomaron el oro, plata, pluma, y los indios la otra ropa y despojo. Cortés hizo hacer muchos y grandes fuegos en las calles, por alegrías y por quitar el mal hedor que los encalabraba. Enterró los muertos como mejor pudo. Herró muchos hombres y mujeres por esclavos con el hierro del Rey; los demás dejó libres. Varó los bergantines en tierra; dejó en guarda de ellos á Villafuerte con ochenta españoles, porque no los quemasen indios. Estuvo en esto cuatro días, y luego pasó el real á Culucán, donde dió las gracias á los señores y pueblos amigos que le habían ayudado. Prometiéndoles de se lo gratificar, y dijo que se fuesen con Dios los que quisiesen, pues al presente no tenía más guerra, y que los llamaría si la hubiese. Con tanto, se fueron casi todos ricos, y muy contentos en haber destruido á Méjico, y por ir amigos de españoles y en gracia de Cortés.

#### Señales y pronósticos de la destrucción de Méjico

Poco antes que Fernando Cortés llegase á la Nueva-España, apareció muchas noches un gran resplandor sobre la mar por do entró; el cual parecía dos horas antes del día, subíase en alto y deshacíase luego. Los de Méjico vieron entonces llamas de fuego hacia oriente, que es la Veracruz, y un humo grande y espeso que parecía llegar al

cielo, y que mucho los espantó. Vieron eso mismo pelear por el aire gentes armadas, unas con otras; cosa nueva y maravillosa para ellos, y que les dió qué pensar y qué temer, por cuanto se platicaba entre ellos cómo había de ir gente blanca y barbuda á señorear la tierra en tiempo de Motezuma. Entonces se alteraron mucho los señores de Tezcucó y Tlacopán, diciendo que la espada que Motezuma tenía era las armas de aquellas gentes del aire, y los vestidos el traje; y tuvo él harto que aplacarlos, fingiendo que aquellas ropas y armas fueron de sus antepasados, y porque lo creyesen hizo que probasen á quebrar la espada; y como no pudieron ó no supieron, quedaron maravillados y pacíficos. Parece ser que ciertos hombres de la costa habían poco antes llevado á Motezuma una caja de vestidos con aquella espada y ciertos anillos de oro y otras cosas de las nustras, que hallaron orillas del agua, traídas con tormenta. Otros dicen que fué la alteración de aquellos señores cuando vieron los vestidos y el espada que Cortés envió á Motezuma con Teudilli, mirando cómo se parecía al vestido y armas de los que peleaban en el aire. Como quiera que fuese, ellos cayeron en que se habían de perder entrando en su tierra los hombres de aquellas armas y vestidos. El mismo año que Cortés entró en Méjico apareció una visión á un malli ó cautivo de guerra para sacrificar, que lloraba mucho su desventura y muerte de sacrificio, llamando á Dios del cielo; la cual le dijo que no temiese tanto la muerte, y que Dios, á quien se encomendaba, había merced de él; y que dijese á los sacerdotes y ministros de los ídolos que muy presto cesaría su sacrificio y derramamiento de sangre humana, por cuanto ya venían cerca los que lo habían de vedar, y mandar la tierra. Sacrificáronlo en medio del Tlatelulco, donde ahora está la horca de Méjico. Notaron mucho sus palabras y la visión, que llamaban aire del cielo, y que cuando después vieron ángeles pintados con alas y diademas, decían parecer al que habló con el malli. También reventó la tierra el

año de 20 cerca de Méjico, y salian grandes peces con el agua, que lo miraron por novedad. Contaban mejicanos cómo viniendo Motezuma con la victoria de Xochnuxco muy ufano, dijera al señor de Culucacán que quedaba Méjico seguro y fuerte, pues había vencido aquella y otras provincias, y que ya no habría quien contra él pudiese. «No confies tanto, buen rey», respondió aquel señor; que una fuerza fuerza otra.» De la cual respuesta se mucho enojó Motezuma, y lo miraba de mal ojo. Mas después, cuando Cortés los prendió á entrambos, se acordó muchas veces de aquellas pláticas, que fueron profecía.

#### Cómo dieron tormento á Cuahutimoc para saber del tesoro

No se halló todo el oro en Méjico que primero tuvieron los nuestros, ni rastro del tesoro de Motezuma, que tenía gran fama; de que mucho se dolían los españoles, ca pensaban, cuando acabaron de ganar á Méjico, hallar un gran tesoro, á lo menos que hallaran cuanto perdieran al huir de Méjico. Cortés se maravillaba cómo ningún indio le descubría oro ni plata. Los soldados aquejaban á los vecinos por sacarles dineros. Los oficiales del Rey querían descubrir el oro, plata, perlas, piedras y joyas, para juntar mucho quinto; empero nunca pudieron con mejicano ninguno que dijese nada, aunque todos decían cómo era grande el tesoro de los dioses y de los reyes; así que acordaron dar tormento á Cuahutimoc y á otro caballero y su privado. El caballero tuvo tanto sufrimiento, que, aunque murió en el tormento de fuego, no confesó cosa de cuantas le preguntaron sobre tal caso, ó porque no lo sabía, ó porque guardan el secreto que su señor les confía constantísimamente. Cuando lo quemaban miraba mucho al Rey, para que,

habiendo compasión de él, le diese licencia, como dicen, de manifestar lo que sabía, ó lo dijese él. Cuahutimoc le miró con ira y lo trató vilísimamente, como muelle y de poco, diciendo si estaba él en algún deleite ó baño. Cortés quitó del tormento á Cuahutimoc, pareciéndole afrenta y crueldad, ó porque dijo cómo echara en la laguna, diez días antes de su prisión, las piezas de artillería, el oro y plata, las piedras, perlas y ricas joyas que tenía, por haberle dicho el diablo que sería vencido. Acusaron esta muerte á Cortés en su residencia como cosa fea é indigna de tan gran rey, y que lo hizo de avaro y cruel; mas él se defendía con que se hizo á pedimento de Julián de Alderete, tesorero del Rey, y porque pareciese la verdad; ca decían todos que se tenía él toda la riqueza de Motezuma, y no quería atormentarle porque no se supiese. Muchos buscaron este tesoro en la laguna y en tierra, por lo que dijo Cuahutimoc, mas nunca se halló; y es cosa notable haber escondido tanta cantidad de oro y plata, y no decirlo.

#### El servicio y quinto para el Rey, de los despojos de Méjico

Hicieron fundición de los despojos de Méjico. Hubo ciento y treinta mil castellanos, que se repartieron según el servicio y méritos de cada uno. Cupo al quinto del Rey veintiséis mil castellanos. Cupieronle también muchos esclavos, plumajes, ventalles, mantas de algodón y mantas de pluma; rodela de vimbre aforradas en pieles de tigres y cubiertas de pluma, con la copa y cerco de oro; muchas perlas, algunas como avellanas, pero algo negras las más, de como quemar las conchas para sacarlas y aun para comer la carne. Sirvieron al Emperador con muchas piedras,

y entre ellas, con una esmeralda fina, como la palma, pero cuadrada, y que se remataba en punta como pirámide, y con una gran vajilla de oro y plata, en tazas, jarros, platos, escudillas, ollas y otras piezas de vaciadero, unas como aves, otras como peces, otras como animales, otras como frutas y flores; y todas tan al vivo, que había mucho de ver. Diéronle asimismo muchas manillas, zarcillos, sortijas, bezotes y otras joyas de hombres y de mujeres, y algunos ídolos y cerbatanas de oro y de plata; todo lo cual valía ciento y cincuenta mil ducados, aunque otros dicen dos tanto. Enviáronle, sin esto, muchas máscaras mosaicas de piedrecitas finas, con las orejas de oro y con los colmillos de hueso fuera de los labios. Muchas ropas de sacerdotes, bragas, frontales, palios y otros ornamentos de templos; lo cual era de pluma, algodón y pelos de conejo. Enviaron también algunos huesos de gigantes que se hallaron allí en Culucacán, y tres tigres, uno de los cuales se soltó en la nao, y arañó seis ó siete hombres, y aun mató dos, y echóse á la mar. Mataron la otra porque no hiciese otro tanto mal. Otras cosas enviaron, pero esto es lo sustancial; y muchos enviaron dineros á sus parientes, y Cortés envió cuatro mil ducados á sus padres con Juan de Ribera, su secretario. Trujeron esta riqueza Alonso de Ávila y Antonio de Quiñones, procuradores de Méjico, en tres carabelas. Pero tomó las dos carabelas que traían el oro Florin, corsario francés, más acá de las Azores, y aun también tomó entonces otra nao que venía de las islas, con setenta y dos mil ducados, seiscientos marcos de aljófar y perlas, y dos mil arrobas de azúcar. Escribió el cabildo al Emperador en alabanza de Cortés, y él le suplicaba por los conquistadores, para que les confirmase los repartimientos, y que enviase una persona docta y curiosa á ver la mucha y maravillosa tierra que había conquistado, y que tuviese por bien que se llamase Nueva-España. Que enviase obispos, clérigos y frailes para entender en la conversión de los indios; y labradores con ganados, plantas y

simientes, y que no permitiese pasar allá tornadizos, médicos ni letrados.

#### Cómo Cazoncín, rey de Mechuacán, se dió á Cortés

Puso muy gran miedo y admiración en todos la destrucción de Méjico, que era la mayor y más fuerte ciudad de todas aquellas partes, y más poderosa en reino y riqueza. Por lo cual no solamente se dieron á Cortés los súbditos de mejicanos, pero los enemigos también, por desechar de sí la guerra; no les aconteciese como á Cuahutimoc; y así, venían á Culucacán embajadores de grandes y diversas provincias y de muy lejos; ca, según cuentan, eran algunos de más de trescientas leguas de allí. El rey de Mechuacán, por nombre dicho Cazon, antiguo y natural enemigo de los reyes mejicanos y muy gran señor, envió sus embajadores á Cortés, alegrándosele de la victoria y dándosele por amigo. Él los recibió muy bien, túvolos consigo cuatro días. Hizo escaramuzar delante de ellos á los de caballo para que lo contasen en su tierra. Dióles algunas cosillas y dos españoles que fuesen á ver aquel reino y tomar lengua de la mar del Sur, y despidiólos. Tantas cosas dijeron de los españoles aquellos embajadores á su rey, que estuvo por venir á verlos; mas estorbáronselo sus consejeros; y así, envió allí un hermano suyo con mil personas de servicio y muchos caballeros. Cortés lo recibió y trató conforme á la persona que era. Llevóle á ver los bergantines, el asiento y destrucción de Méjico. Anduvieron los españoles el caracol en ordenanza, y soltaron las escopetas y balistas. Jugó la artillería al blanco, que se puso en una torre. Corrieron los de caballo, y escaramuzaron con lanzas. Quedó maravillado aquel caballero de estas cosas y de las

barbas y trajes. Fuése dende á cuatro días que llegó, y tuvo bien qué contar al Rey su hermano. Viendo Cortés la voluntad del rey Cazoncín, envió á poblar en Chincicila de Michuacán á Cristóbal de Olid con cuarenta de caballo y cien infantes españoles, y Cazoncín holgó que poblasen, y les dió mucha ropa de pluma y algodón, cinco mil pesos de oro sin ley, por tener mucha mezcla de plata, y mil marcos de plata revuelta con cobre; todo esto en piezas de aparador y joyas de cuerpo, y ofreció su persona y reino al rey de Castilla, como se lo rogaba Cortés. La cabeza principal y ciudad de Michuacán llaman Chincicila, y está de Méjico poco más de cuarenta leguas, y en una ladera de sierras, sobre una laguna dulce, tan grande como la de Méjico, y de muchos y buenos peces. Sin esta laguna hay en aquel reino otros muchos lagos, en que hay grandes pesquerías; á cuya causa se llama Michuacán, que quiere decir lugar de pescado. Hay también muchas fuentes, y algunas tan calientes, que no las sufre la mano, las cuales sirven de baños. Es tierra muy templada, de buenos aires, y tan sana, que muchos enfermos de otras partes se van á sanar á ella. Es fértil de pan, fruta y verdura. Es abundante de caza, tiene mucha cera y algodón. Son los hombres más hermosos que sus vecinos, recios y para mucho trabajo. Grandes tiradores de arco y muy certeros, en especial los que llaman teuchichimecas, que están debajo ó cerca de aquel señorío; á los cuales, si yerran la caza, les ponen una vestidura de mujer, que dicen cucitl, por afrenta. Son guerreros y diestros hombres, y siempre tenían guerra con los de Méjico, y nunca ó por maravilla perdían batalla. Hay en este reino muchas minas de plata y oro bajo, y el año de 1525 se descubrió en él la más rica mina de plata que se había visto en la Nueva-España; y por ser tal, la tomaron para el Rey sus oficiales, no sin agravio de quien la halló. Mas quiso Dios que luego se perdiese ó acabase; y así, la perdió su dueño, y el Rey su quinto, y ellos la fama. Hay buenas salinas, mucha piedra negra, de

que hacen sus navajas, y finísimo azabache. Criase grana de la buena. Españoles han puesto morales para seda; sembrado trigo y criado ganados, y todo se da muy bien, que Francisco de Terrazas cogió seiscientas fanegas, de cuatro que sembró.

La conquista de Tochtepec y Cozacacoalco, que hizo  
Gonzalo de Sandoval

Al tiempo que Méjico se rebeló y echó fuera los españoles, se rebelaron también todos los pueblos de su bando, y mataron los españoles que andaban por la tierra descubriendo minas y otros secretos. Mas la guerra de Méjico no había dado lugar al castigo; y porque los más culpantes eran Huatuxco, Tochtepec y otros lugares de la costa, envió allá desde Culucacán, por fin de octubre del año de 21, á Gonzalo de Sandoval con doscientos españoles á pie, con treinta y cinco de caballo y con razonable ejército de amigos, en que iban algunos señores mejicanos. En llegando á Huatuxco se le rindió toda aquella tierra. Pobló en Tochtepec, que está de Méjico ciento y veinte leguas, y llamóle Medellín por mandado de Cortés y en gracia, que así se llama donde nació. De Tochtepec fué después Sandoval á poblar en Cozacacoalco, pensando que los de aquel río estaban amigos de Cortés, como lo habían prometido á Diego de Ordás cuando fué allá en vida de Moteczuma.

No halló en ellos buen acogimiento ni aun voluntad de su amistad. Díjoles que los iba á visitar de parte de Cortés, y á saber si habían menester algo. Ellos le respondieron que no tenían necesidad de su gente ni amistad; que se



volviese con Dios. Él les pidió la palabra, y les rogó con la paz y religión cristiana, mas no la quisieron; antes se armaron, amenazándole con la muerte. Sandoval no quisiera guerra; pero, como no podía al hacer, saltó de noche un lugar, donde prendió una señora, que fué parte para que llegasen los nuestros al río sin contraste, y se apoderasen de Coazacoalco y sus riberas. A cuatro leguas de la mar pobló Sandoval la villa del Espíritu Santo; ca no se halló antes buen asiento. Atrajo á su amistad á Quechollán, Ciuatlán, Quezaltepec, Tabasco, que luego se rebelaron, y otros muchos pueblos, que se encomendaron á los pobladores del Espíritu Santo por cédula de Cortés. En este mismo tiempo se conquistó Huaxacac, con mucha parte de la provincia de Mixtecapán, porque daban guerra á los de Tepeacac y á sus aliados. Hubo tres encuentros, en que murió mucha gente, primero que se diesen y consintiesen á los nuestros poblar en su tierra.

#### La conquista de Tututepec

Deseaba Cortés tener tierra y puertos en la mar del Sur para descubrir por allí la costa de la Nueva-España, y algunas islas ricas de oro, piedras, perlas, especias, y otras cosas y secretos admirables, y aun traer por allí la especiería de las Molucas á menos trabajo y peligro; y como tenía noticia de aquella mar de tiempo de Motezuma, entonces se le ofrecían á ello los de Mechuacán, envió allá cuatro españoles por dos caminos con buenas guías; los cuales fueron á Tecoantepec, Zacatollán y otros pueblos. Tomaron posesión de aquel mar y tierra, poniendo cruces. Dijeron á los naturales su embajada; pidieron oro, perlas y hombres para la vuelta y para mostrar á su capitán, y

tornáronse á Méjico. Cortés trató muy bien aquellos indios; dióles algunas cosas, y muchas encomiendas y ofrecimientos para su rey, con que se fueron alegres. Envió luego el señor de Tecoantepec un presente de oro, algodón, pluma y armas, ofreciendo su persona y estado al Emperador; y no mucho después pidió españoles y caballos contra los de Tututepec, que le hacían guerra por haberse dado á cristianos, mostrándoles la mar. Cortés le envió á Pedro de Albarado, el año de 22, y no 23, con doscientos españoles y cuarenta de caballo y dos tirillos de campo. Albarado fué por Huaxacac, que ya estaba pacífica; tardó un mes en llegar á Tututepec; halló en algunos pueblos resistencia, mas no perseverancia. Recibióle bien el señor de aquella provincia, y quiso aposentarle dentro en Tututepec, que es gran ciudad, en unas casas suyas muy buenas, aunque cubiertas de paja, con pensamiento de quemar los españoles aquella noche; mas Albarado, que lo sospechó ó le avisaron, no quiso quedar allí, diciendo que no era bueno para sus caballos, y aposentóse á lo bajo de la ciudad, y detuvo al señor y á un su hijo; los cuales se rescataron en veinticinco mil castellanos de oro; que la tierra es rica de minas y ferias y en algunas perlas. Pobló Albarado en Tututepec; llamóla Segura. Pasó allá los vecinos de la otra Segura de la Frontera, que ya no tenían enemigos, y encomendóles las provincias de Coatzlauac, Tachquianco y otras, con cédulas de Cortés. Vino Albarado á negociar cosas del nuevo pueblo con Cortés; y los vecinos en su ausencia dejaron el lugar, por las pasiones que hubieron, y metiéronse en Huaxacac; por lo cual envió Cortés allá á Diego de Ocampo, su alcalde mayor, por pesquisidor, que condenó á uno á muerte; mas Cortés se la mudó en destierro, en grado de apelación. Murió en esto el señor de Tututepec; tras cuya muerte se rebelaron algunos pueblos de la comarca. Tornó allá Pedro de Albarado; peleó, y aunque le mataron ciertos españoles y otros amigos, los redujo como antes estaban, pero no se pobló más Segura.

## La guerra de Colimán

Como tuvo Cortés entrada y amistad en la costa de la mar del Sur, envió cuarenta españoles carpinteros y marineros á labrar en Zacatullán, ó Zacatula, como dicen ya, dos bergantines para descubrir aquella costa y el estrecho que pensaban entonces, y otras dos carabelas para buscar islas que tuviesen especies y piedras, é ir á las Molucas; y tras ellos envió hierro, áncoras, velas, maromas, y otras muchas jarcias y aparejos de naos que tenía en la Veracruz, con muchos hombres y mujeres; que fué un gasto y camino muy grande. Mandó Cortés ir después allá á Cristóbal de Olid á ver los navios, y costear aquella tierra en siendo acabados. Cristóbal de Olid caminó luego para Zacatullán desde Chincicila, con más de cien españoles y cuarenta de caballo, y mechuacaneses. Supo en el camino cómo los pueblos de Colimán andaban en armas, y que eran ricos. Fué á ellos, peleó muchos días; al cabo quedó vencido y corrido, por haberle muerto aquellos de Colimán tres españoles y gran número de sus amigos. Despachó Cortés luego á Gonzalo de Sandoval con veinticinco de caballo y setenta peones y muchos indios amigos de guerra y carga, que fuese á vengar esto, y á castigar los de Impilcincó, que hacían guerra á sus vecinos por ser amigos de cristianos. Sandoval fué á Impilcincó, peleó con los de allí algunas veces, y no los pudo conquistar, por ser tierra áspera para los caballos. Fué de allí á Zacatullán, miró los navios, tomó más españoles, pasó á Colimán, que estaba sesenta leguas, y pacificó de camino algunos lugares. Salieron á él los de Colimán al mismo paso que desbarataran á Olid, pensando desbaratarlo también á él. Pelearon re-

ciamente los unos y los otros; mas vencieron los nuestros, aunque con muchas heridas, pero con ningún muerto, sino indios; quedaron heridos muchos caballos. Hago siempre mención de los caballos muertos ó heridos, porque importaban muy mucho en aquellas guerras; ca por ellos se alcanzaba victoria las más veces, y porque valían muchos dineros. Recibieron tanto daño los impilcincos con esta batalla, que, sin aguardar otra, se dieron por vasallos del Emperador, y hicieron darse á Colimantlec, Ciuatlán y otros pueblos. Poblaron en Colimán veinticinco de caballo y ciento veinte peones, á los cuales repartió Cortés aquella tierra. Trajeron entendido Sandoval y sus compañeros que á diez soles de allí había una isla de amazonas, tierra rica; mas nunca se han hallado tales mujeres: creo que nació aquel error del nombre Ciuatlán, que quiere decir tierra ó lugar de mujeres.

## De Cristóbal de Tapia, que fué por gobernador á Méjico

Poco después que Méjico se ganó, fué Cristóbal de Tapia, veedor de Santo Domingo, por gobernador de la Nueva-España. Entró en la Veracruz, presentó las provisiones que llevaba, pensando hallar valedores por amor del obispo de Burgos, que lo enviaba, y amigos de Diego Velázquez que le favoreciesen. Respondiéronle que las obedecían; mas, cuanto al cumplimiento, que vendrían los vecinos y regidores de aquella villa, que andaban en la reedificación de Méjico y conquistas de la tierra, y harían lo que más conviniese al servicio del Emperador y Rey, su señor. Él tuvo enojo y desconfianza de aquella respuesta; escribió á Cortés y partióse dende á poco para Méjico. Cortés le respondió que holgaba de su venida, por la bue-

na conversación y amistad que habían tenido en tiempos pasados, y que enviaba á fray Pedro Melgarejo de Urrea, comisario de la Cruzada, para informarle del estado en que la tierra y españoles estaban, como persona que se había hallado en el cerco de Méjico, y le acompañase. Informó al fraile de lo que había de hacer, y proveyó cómo Tapia fuese bien proveído por el camino; mas, porque no llegase á Méjico, determinó salirle al camino, dejando el de Pánuco, que tenía á punto. Los capitanes y procuradores de todas las villas que allí estaban, no le dejaron ir; por lo cual envió poderes á Gonzalo de Sandoval, Pedro de Albarado, Diego de Soto, Diego de Valdenebro y fray Pedro Melgarejo, que ya estaban en la Veracruz, para negociar con Tapia; y todos ellos juntos le hicieron volver á Cempoallán, y allí, presentando sus provisiones otra vez, suplicaron de ellas para el Emperador, diciendo que así cumplía á su real servicio, al bien de los conquistadores y paz de la tierra, y aun le dijeron que las provisiones eran favorables y falsas, y él incapaz é indigno de tan grande gobernación. Viendo pues Cristóbal de Tapia tanta contradicción y otras amenazas, se volvió por donde fué, con grande afrenta, no sé si con moneda; y aun en Santo Domingo le quisieron quitar el oficio la Audiencia y Gobernador, porque fuera á revolver la Nueva-España, habiéndole mandado que no fuese so gravísimas penas. También fué luego Juan Bono de Quexo, que había ido con Narváez por maestro de nave, con despachos del obispo de Burgos para Cristóbal de Tapia. Llevaba cien cartas de un tenor, y otras en blanco, firmadas del mismo obispo, y llenas de ofrecimientos para los que recibiesen por gobernador á Tapia, diciendo cómo el Emperador era deservido de Cortés; y una para el mismo Cortés con muchas mercedes si dejaba la tierra á Cristóbal de Tapia, y si no, que le sería contrario. Muchos se alteraron con estas cartas, que eran ricas; y si Tapia no fuera ido, hubiera novedades; y algunos dijeron que no era mucho haber comunidad en Méji-

co, pues la había en Toledo; mas Cortés lo atajó sabia y halagüeñamente. Los indios asimismo se trocaron con esto, y se rebelaron los cuixtecas y los de Cozacocalco y Tabasco y otros, que les costó caro.

#### La guerra de Pánuco

Antes que Motezuma muriese, y luego que Méjico fué destruído, se había ofrecido el señor de Pánuco al servicio del Emperador y amistad de cristianos; por lo cual quería ir Cortés á poblar en aquel río cuando llegó Cristóbal de Tapia, y aun porque le decían ser bueno para navios, y tener oro y plata. Moviale también deseo de vengar los españoles de Francisco de Garay que allí mataran, y anticiparse á poblar y conquistar aquel río y costa primero que llegase el mismo Garay; ca era fama cómo procuraba la gobernación de Pánuco, y que armaba para ir allá. Así que, habiendo escrito mucho antes á Castilla por la jurisdicción de Pánuco, y pidiéndole agora gente algunos de allí para contra sus enemigos, disculpándose de las muertes de ciertos soldados de Garay y de otros que yendo á la Veracruz dieran allí al través, fué con trescientos españoles de pie y ciento cincuenta de caballo y cuarenta mil mejicanos. Peleó con los enemigos en Ayotuxtlatlán; y como era campo raso y llano, donde se aprovechó muy bien de los caballos, concluyó presto la batalla y la victoria, haciendo gran matanza en ellos. Murieron muchos mejicanos y quedaron heridos cincuenta españoles y algunos caballos. Estuvo allí Cortés cuatro días por los heridos; en los cuales vinieron á darle obediencia y dones muchos lugares de aquella liga. Fué á Chila, cinco leguas de la mar, donde fué desbaratado Francisco Garay. Envió desde allí

mensajeros por toda la comarca allende el río, rogándoles con la paz y predicación. Ellos, ó por ser muchos y estar fuertes en sus lagunas, ó pensando matar y comer los de Cortés, como habían hecho á los de Garay, no curaron de tales ruegos ni requerimientos ni amistades; antes mataron algunos mensajeros, amenazando á quien los enviaba. Cortés esperó quince días, por atraerlos por bien. Después dióles guerra; pero, como no les podía dañar por tierra, que se estaban en sus lagunas, mudó la guerra, buscó barcas, y en ellas pasó de noche, por no ser sentido, á la otra parte del río con cien peones y cuarenta de caballo. Fué luego visto con el día, cargaron sobre él tantos y tan recio, que nunca los españoles vieran en aquellas partes acometer en campo tan denodadamente á indios algunos. Mataron dos caballos y hirieron diez muy mal; pero con todo eso, fueron desbaratados y seguidos una legua, y muertos en gran cantidad. Los nuestros durmieron aquella noche en un lugar sin gente; en cuyos templos hallaron colgados los vestidos y armas de los españoles de Garay, y las caras con sus barbas desolladas, curtidas, y pegadas por las paredes. Algunas conocieron y lloraron, que ciertamente ponía gran lástima; y bien parecía ser los de Pánuco tan bravos y crueles como los mejicanos decían; que como tenían guerra ordinaria con ellos, habían probado semejantes crueldades. Fué Cortés de allí á un hermoso lugar donde todos estaban con armas, como en celada, para tomarle á manos en las casas. Los de caballo que iban delante los descubrieron. Ellos, como fueron vistos, salieron, y pelearon tan fuertemente, que mataron un caballo é hirieron otros veinte, y muchos españoles. Tuvieron gran tesón, por el cual duró buen rato la pelea.

Fueron vencidos tres ó cuatro veces, y tantas se rehicieron con gentil concierto. Hacíanse muelas, hincaban las rodillas en el suelo, tiraban sus varas, flechas y piedras sin hablar palabra; cosa que pocos indios acostumbra; y ya que todos estaban cansados, echáronse á un

río que por allí pasa, y poco á poco lo pasaron; de lo cual no pesó á Cortés. Repararon á la orilla, y estuviéronse allí con grande ánimo hasta que cerró la noche. Los nuestros se tornaron al lugar, cenaron el caballo muerto, y durmieron con buena guarda. Otro día siguiente fueron corriendo el campo á cuatro pueblos despoblados, donde hallaron muchas tinajas del vino que usan, puestas en bodegas por gentil orden. Durmieron en unos maizales por causa de los caballos. Anduvieron otros dos días; y como no hallaban gente, volvieron á Chila, do estaba el real. No venía hombre á ver los españoles de cuantos estaban allende el río, ni les hacían guerra. Tenía Cortés pena de lo uno y de lo otro, y por traerlos á una de las dos cosas, echó de la otra parte del río los más caballos y españoles y amigos, que salteasen un gran pueblo, orilla de una laguna. Acometiéronlo de noche por agua y tierra é hicieron gran estrago. Espantáronse los indios de ver que de noche y en agua los acometían, y comenzaron luego á rendirse, y en veinticinco días se dió toda aquella comarca y vecinos del río. Fundó Cortés á Santisteban del Puerto, junto á Chila. Puso en él cien infantes y treinta de caballo. Repartióles aquellas provincias. Nombró alcaldes, regidores y los otros oficiales de concejo, y dejó por su teniente á Pedro de Vallejo. Asoló á Pánuco y Chila y otros grandes lugares, por su rebeldía y por la crueldad que tuvieron con los de Garay; y dió la vuelta para Méjico, que se edificaba. Costóles setenta mil pesos esta ida, porque no hubo despojo. Vendíanse las herraduras á peso de oro ó por doblada plata. Dió al través un navío entonces, que venía con bastimento y munición para el ejército desde la Veracruz, que no se salvó sino tres españoles en una islica, cinco leguas de tierra; los cuales se mantuvieron muchos días con lobos marinos, que salían á dormir en tierra, y con unos como higos. Rebelóse á esta sazón Tututepec del norte con otros muchos pueblos que están á raya de Pánuco; cuyos señores quemaron y destruyeron más de veinte lugares ami-

gos de cristianos. Fué á ellos Cortés, y conquistólos guerreando. Matáronle muchos indios rezagados, y reventaron doce caballos por aquellas sierras, que hicieron gran falta. Fueron ahorcados el señor de Tututepec y el capitán general de aquella guerra, que se prendieron en batalla, porque habiéndose dado por amigos, y rebelado y perdonado otra vez, no guardaron su palabra y juramento. Vendiéronse por esclavos en almoneda doscientos hombres de aquellos, para rehacer la pérdida de los caballos. Con este castigo y con darles por señor otro hermano del muerto, estuvieron quedos y sujetos.

#### Cómo fué Francisco de Garay á Pánuco con grande armada

Francisco de Garay fué á Pánuco el año de 18, y los de Chila lo desbataron, y se comieron los españoles que mataron, y aun pusieron los cueros en sus templos por memoria ó voto, según ya está dicho. Tornó allá con más gente al otro año siguiente, á lo que algunos dicen, y también lo echaron por fuerza de aquel río. Él entonces, por la reputación, y por haber la riqueza de Pánuco, procuró el gobierno de allí. Envió á Castilla á Juan López de Torralba con información del gasto y descubrimiento que había hecho; el cual le hubo el adelantamiento y gobernación de Pánuco. Armó en virtud de ello, el año 23, nueve naves y dos bergantines, en que metió ciento y cuarenta y cuatro caballos y ochocientos y cincuenta españoles, y algunos isleños de Jamaica, donde forneció la flota; muchos tiros, doscientas escopetas y trescientas ballestas; y como era rico, bastecía la armada muy bien de carne y pan y mercería. Hizo un pueblo en Aire, que llamó Garay. Nombró por alcaldes á Alonso de Mendoza y Fernando de Fi-

gueroa; por regidores á Gonzalo de Ovalle, Diego de Cifuentes y un Villagrán. Puso alguacil, escribano, fiel, procurador y todos los otros oficios que tiene una villa en Castilla. Tomóles juramento, y también á los capitanes del ejército, que no le dejarían ni serían contra él. Y con tanto, se partió de Jamaica por San Juan. Fué á Xagua, puerto de Cuba muy bueno, donde supo que Cortés tenía poblado á Pánuco y conquistada aquella tierra; cosa que mucho le pesó y temió; y porque no le aconteciese como á Pánfilo de Narváez, pensó de tratar de concierto con Fernando Cortés. Escribió á Diego Velázquez y al licenciado Alonso Zuazo sobre ello, rogando al Zuazo que fué á Méjico á entender por él con Cortés. Zuazo holgó de ello, vino á Xagua, habló con Garay, y partiéronse cada uno á su negocio. Zuazo corrió fortuna y pasó grandes trabajos antes de llegar á la Nueva España. Garay tuvo también recio temporal, y llegó al río de Palmas día de Santiago. Surgió allí con todos sus navíos, que no pudo al hacer. Envió el río arriba á Gonzalo de Ocampo, su pariente, con un bergantín, á mirar la disposición, gente y lugares de aquella ribera. Ocampo subió quince leguas, vió como entraban muchos ríos en aquel, y volvió al cuarto día, diciendo que la tierra era ruín y desierta. Fué creído, aunque no supo lo que dijo. Sacó Garay con esto á tierra cuatrocientos compañeros y los caballos. Mandó que los navíos fuesen costa á costa con Juan de Grijalba, y el camino ribera del mar á Pánuco, en orden de guerra. Anduvo tres días por despoblado y por unas malas ciénagas. Pasó un río que llamó Montalto, por correr de grandes sierras, á nado y en balsas. Entró en un gran lugar vacío de gente, mas lleno de maiz y de guayabos. Arrodeó una gran laguna, y luego hizo mensajeros con unos de Chila que vendiera, y sabían castellano, á un pueblo para que lo recibiesen de paz. Allí le hospedaron, y bastecieron á Garay de pan, fruta y aves, que toman en lagunas. Los soldados se medio amotinaron porque no les dejaba sa-

gos de cristianos. Fué á ellos Cortés, y conquistólos guerreando. Matáronle muchos indios rezagados, y reventaron doce caballos por aquellas sierras, que hicieron gran falta. Fueron ahorcados el señor de Tututepec y el capitán general de aquella guerra, que se prendieron en batalla, porque habiéndose dado por amigos, y rebelado y perdonado otra vez, no guardaron su palabra y juramento. Vendiéronse por esclavos en almoneda doscientos hombres de aquellos, para rehacer la pérdida de los caballos. Con este castigo y con darles por señor otro hermano del muerto, estuvieron quedos y sujetos.

#### Cómo fué Francisco de Garay á Pánuco con grande armada

Francisco de Garay fué á Pánuco el año de 18, y los de Chila lo desbataron, y se comieron los españoles que mataron, y aun pusieron los cueros en sus templos por memoria ó voto, según ya está dicho. Tornó allá con más gente al otro año siguiente, á lo que algunos dicen, y también lo echaron por fuerza de aquel río. Él entonces, por la reputación, y por haber la riqueza de Pánuco, procuró el gobierno de allí. Envió á Castilla á Juan López de Torralba con información del gasto y descubrimiento que había hecho; el cual le hubo el adelantamiento y gobernación de Pánuco. Armó en virtud de ello, el año 23, nueve naves y dos bergantines, en que metió ciento y cuarenta y cuatro caballos y ochocientos y cincuenta españoles, y algunos isleños de Jamaica, donde forneció la flota; muchos tiros, doscientas escopetas y trescientas ballestas; y como era rico, bastecía la armada muy bien de carne y pan y mercería. Hizo un pueblo en Aire, que llamó Garay. Nombró por alcaldes á Alonso de Mendoza y Fernando de Fi-

gueroa; por regidores á Gonzalo de Ovalle, Diego de Cifuentes y un Villagrán. Puso alguacil, escribano, fiel, procurador y todos los otros oficios que tiene una villa en Castilla. Tomóles juramento, y también á los capitanes del ejército, que no le dejarían ni serían contra él. Y con tanto, se partió de Jamaica por San Juan. Fué á Xagua, puerto de Cuba muy bueno, donde supo que Cortés tenía poblado á Pánuco y conquistada aquella tierra; cosa que mucho le pesó y temió; y porque no le aconteciese como á Pánfilo de Narváez, pensó de tratar de concierto con Fernando Cortés. Escribió á Diego Velázquez y al licenciado Alonso Zuazo sobre ello, rogando al Zuazo que fué á Méjico á entender por él con Cortés. Zuazo holgó de ello, vino á Xagua, habló con Garay, y partiéronse cada uno á su negocio. Zuazo corrió fortuna y pasó grandes trabajos antes de llegar á la Nueva España. Garay tuvo también recio temporal, y llegó al río de Palmas día de Santiago. Surgió allí con todos sus navíos, que no pudo al hacer. Envió el río arriba á Gonzalo de Ocampo, su pariente, con un bergantín, á mirar la disposición, gente y lugares de aquella ribera. Ocampo subió quince leguas, vió como entraban muchos ríos en aquel, y volvió al cuarto día, diciendo que la tierra era ruín y desierta. Fué creído, aunque no supo lo que dijo. Sacó Garay con esto á tierra cuatrocientos compañeros y los caballos. Mandó que los navíos fuesen costa á costa con Juan de Grijalba, y el camino ribera del mar á Pánuco, en orden de guerra. Anduvo tres días por despoblado y por unas malas ciénagas. Pasó un río que llamó Montalto, por correr de grandes sierras, á nado y en balsas. Entró en un gran lugar vacío de gente, mas lleno de maiz y de guayabos. Arrodeó una gran laguna, y luego hizo mensajeros con unos de Chila que vendiera, y sabían castellano, á un pueblo para que lo recibiesen de paz. Allí le hospedaron, y bastecieron á Garay de pan, fruta y aves, que toman en lagunas. Los soldados se medio amotinaron porque no les dejaba sa-

quear. Pasaron otro río crecido, donde se ahogaron ocho caballos. Metiéronse luego por unos lagunajos, que no cuidaron salir; y si hubiera por allí gente de guerra, no escapara hombre de ellos. Aportaron, en fin, á buena tierra, después de haber sufrido mucha hambre, mucho trabajo, muchos mosquitos, chinches y murciélagos, que se los comían vivos; y llegaron á Pánuco, que tanto deseaban. Mas no hallaron qué comer, á causa de las guerras pasadas que tuvo allí Cortés, ó como ellos pensaban, por haber alzado las vituallas los contrarios, que estaban de la otra parte del río. Por lo cual, y como no parecían los navíos que traían los bastimentos, se derramaron los soldados á buscar de comer y ropa; y Garay envió á Gonzalo de Ocampo á saber qué voluntad le tenían los de Cortés que estaban en Santisteban del Puerto. El cual volvió diciendo que buena, y que podía ir allá; mas empero él se engañó ó lo engañaron; y así, engañó á Garay, que se acercó á los contrarios más de lo que debiera; y decía á los indios, porque les favoreciesen, cómo venía á castigar aquellos soldados de Cortés que les habían hecho enojo y daño. Salieron los de Santisteban á escondidas, que sabían la tierra, y dieron en los de caballo de Garay, que estaban en Nachapalán, pueblo muy grande, y prendieron al capitán Albarado con otros cuarenta, por usurpadores de la tierra y ropa ajena. De lo cual recibió Garay mucho daño y enojo; y como se le perdieron cuatro naos, aunque las otras surgieran á la boca de Pánuco, comenzó á temer la fortuna de Cortés. Envio á decir á Pedro de Vallejo, teniente de Cortés, que venía á poblar con poderes y licencia del Emperador, que le volviese sus hombres y caballos. Vallejo le respondió que le mostrase las provisiones para creerlo, y requirió á los maestros de las naos que entrasen al puerto; no recibiesen el daño que las otras veces pasadas, viniendo tormenta; y si no lo hacían, que los tenía por corsarios. Mas él y ellos replicaron que no lo querían hacer por decirlo él, y que harían lo que les conviniese.

#### La muerte del adelantado Francisco Garay

Pedro de Vallejo avisó á Cortés de la ida y armada de Garay en viéndola, y luego de lo que con él había pasado, para que proveyese con tiempo de más compañeros, municiones y consejo. Cortés, como lo supo, dejó las armadas que hacía para Higueras, Chiapanac, Cuahutemallán, y aderezóse para ir á Pánuco, aunque malo de un brazo. Y ya que partir quería, llegaron á Méjico Francisco de las Casas y Rodrigo de Paz, con cartas del Emperador y con las provisiones de la gobernación de la Nueva España y todo lo que hubiese conquistado, y nombradamente á Pánuco. Por las cuales no fué; mas envió á Diego de Ocampo, su alcalde mayor, con aquella provisión, y á Pedro de Albarado con mucha gente. Anduvieron en demandas y respuestas Garay y Ovando: uno decía que la tierra era suya, pues el Rey se la daba; otro que no, pues el Rey mandaba que no entrase en ella teniéndola poblada Cortés, y tal era la costumbre en Indias; de suerte que la gente de Garay padecía entre tanto, y deseaba la riqueza y abundancia de los contrarios, y aun perecía á manos de indios, y los navíos se comían de broma y estaban á peligro de fortuna; por lo cual, ó por negociación, Martín de San Juan, guipuzcoano, y un Castromocho, maestros de naos, llamaron á Pedro de Vallejo secretamente, y le dieron las suyas; él, como las tuvo, requirió á Grijalba que surgiese dentro el puerto, según usanza de marineros, ó se fuese de allí; Grijalba respondió con tiros de artillería; mas como tornó Vicente López, escribano, á requerirle otra vez, y vió que las otras naves se entraban por el río, surgió en el puerto con la capitana; prendiólo Vallejo, mas luego lo soltó

Ovando, y se apoderó de los navíos; que fué desarmar y deshacer á Garay; el cual pidió sus navíos y gente, mostrando su provisión real, y requiriendo con ella, y diciendo que se quería ir á poblar en el río de Palmas, y se quejaba de Gonzalo de Ocampo, que le dijo mal del río de Palmas, y de los capitanes del ejército y oficiales de concejo, que no le dejaron poblar allí en desembarcando, como él quería, por no trabar más pasión con Cortés, que estaba próspero y bienquisto. Diego de Ocampo, Pedro de Vallejo y Pedro de Albarado le persuadieron que escribiese á Cortés en concierto, ó se fuese á poblar en el río de las Palmas, pues era tan buena tierra como la de Pánuco, que ellos le volverían los navíos y hombres, y le bastecerían de vituallas y armas. Garay escribió y aceptó aquel partido; y así, se pregonó luego que todos se embarcasen en los navíos que fueron, so pena de azotes al peón y los otros de las armas y caballo, y que los que habían comprado armas, se las volviesen. Los soldados, como esto vieron, comenzaron á murmurar y á rehusar, unos se metieron la tierra adentro, que los mataron indios, otros se escondieron; y así, se disminuyó mucho aquel ejército; los otros echaron por achaque que los navíos estaban podridos y abromados, y dijeron que no eran obligados á seguirle más de hasta llegar á Pánuco, ni querían ir á morir de hambre, como habían hecho algunos de la compañía. Garay les rogaba no le desamparasen, prometía grandes cosas, acusábalos el juramento. Ellos hacerse sordos; anocheaban y no amanecían, y tal noche hubo que se le fueron cincuenta. Garay, desesperado con esto, envió á Pedro Cano y á Juan Ochoa con cartas á Cortés, en que le encomendaba su vida, su honra y remedio, y en teniendo respuesta se fué á Méjico. Cortés mandó que le proveyesen por el camino, y le hospedó muy bien. Capitularon después de haber dado y tomado muchas quejas y disculpas, que casase el hijo mayor de Garay con doña Catalina Pizarro, hija de Cortés, niña y bastarda; que Garay poblase en

las Palmas, y Cortés le proveyese y ayudase; y reconciliáronse en grande amistad. Fueron ambos á maitines noche de Navidad del año de 1523; almorzaron tras la misa con mucho regocijo. Garay sintió luego dolor de costado con el aire que le dió saliendo de la iglesia; hizo testamento, dejó por albacea á Cortés, y murió quince días después; otros dicen que cuatro. No faltó quien dijese que le habían ayudado á morir, porque posaba con Alonso de Villanueva; pero fué falso, ca murió de mal de costado, y así lo juraron el doctor Ojeda y el licenciado Pero López, médicos que lo curaron. Así acabó el adelantado Francisco de Garay, pobre, descontento, en casa ajena, en tierra de su adversario, pudiendo, si se contentara, morir rico, alegre, en su casa, á par de sus hijos y mujer.

#### La pacificación de Pánuco

Como Francisco de Garay se fué á Méjico, hizo Diego de Ovando salir de Santisteban con público pregón los capitanes y hombres principales del ejército de Garay, porque no revolviesen la tierra y la gente; ca muchos de ellos eran grandes amigos de Diego Velázquez, como decir Juan de Grijalba, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza, Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina, Juan de Avila, Antonio de la Cerda, Taborda y otros muchos; por lo cual, y por verse sin cabeza, bien que estaba allí un hijo de Garay, comenzó la hueste á desmandarse sin rienda ninguna; ibanse á los lugares, tomaban la ropa y mujeres que podían; en fin, andaban sin orden ni concierto.

Enojados los indios de ello, se concertaron de matarlos, y en breve tiempo mataron y comieron cuatrocientos españoles; en solo Tamiquitl degollaron los ciento; de lo



cual tanto enojo tomó Garay, que apresuró su muerte, y los indios tanta osadía, que combatieron á Santisteban, y la pusieron en punto de perderse; mas como los de dentro tuvieron lugar de salir al campo, los desbarataron, después de haber peleado muchas veces. En Tucetuco quemaron una noche cuarenta españoles y quince caballos de Fernando Cortés; el cual, como lo supo, envió luego allá á Gonzalo de Sandoval con cuatro tiros, cincuenta de caballo, cien infantes españoles, y dos señores mejicanos con cada quince mil indios é indias. Nombró indias, porque siempre que Cortés ó sus capitanes iban á la guerra, llevaban en el ejército muchas mujeres para panaderas y para otros servicios, y muchos indios no querian ir sin sus mujeres ó amigas. Caminó Sandoval á grandes jornadas, peleó dos veces con los de aquella provincia de Pánuco; rompiólos, y entró en Santisteban, do ya no había más de veintidós caballos y cien españoles, y si un poco tardara no los hallara vivos, tanto por no tener qué comer, como por ser mucho y recio combatidos. Hizo luego Sandoval tres compañías de los españoles, que entrasen por tres partes la tierra adelante, matando, robando y quemando cuanto hallasen. En poco tiempo se hizo mucho daño, porque se abrasaron muchos lugares, y se mataron infinitas personas; prendieron sesenta señores de vasallos y cuatrocientos hombres ricos y principales, sin otra mucha gente baja. Hizose proceso contra todos ellos, por el cual, y por sus propias confesiones, los condenó á muerte de fuego. Consultólo con Cortés, soltó la gente menuda, quemó los cuatrocientos cautivos y los sesenta señores; llamó á sus hijos y herederos que lo viesen para que escarmentasen, y luego dióles los señoríos en nombre del Emperador, con palabra que dieron de siempre ser amigos de cristianos y españoles, aunque ellos poco la guardan, tanto son de mudables y bulliciosos; pero en fin, se allanó Pánuco.

#### Los trabajos del licenciado Alonso Zuazo

Partiendo el licenciado Zuazo del cabo de San Antón, en Cuba, para la Nueva-España, le dió temporal que desatinó al piloto de la carabela, y se perdió en las Viboras, donde algunos fueron comidos de tiburones y lobos marinos, y el licenciado y otros de su compañía se mantuvieron de tortugas, peces como adargas, y que se llevaba una seis hombres sobre la concha andando, y que ponen en tierra quinientos huevos pequeños; pero comíanlo todo crudo á falta de lumbre. En otra isleta estuvo muchos días, que se mantuvo de aves crudas, y de la sangre por bebida, donde con la sed y calor grandísimo aina peresciera, mas sacó lumbre con palos, según indios sacan, que le aprovechó mucho. En otra isleta sacó agua con grandísimo trabajo, y quemó leña cubierta de piedra, cosa nueva; hizo una barquilla de la madera de la carabela quebrada, en la cual envió aviso de su desventura á Cortés con Francisco Ballester, Juan de Arenas, Gonzalo Gómez, que prometieran castidad perpetua en la tormenta, y un indio que agotase la barquilla; los cuales fueron á dar cerca de Aquiahuistlán, y luego á la Veracruz, y después á Medellín, donde aparejó Diego de Ocampo un navío, y se lo dió, para ir por Zuazo, y lo mesmo mandó Cortés en sabiéndolo, y que si allí viniese Zuazo le proveyesen muy bien; y tras esto envió un criado á esperarle en Medellín; que cuando llegó Zuazo le dió diez mil castellanos, vestidos y cabalgaduras, con que se fuese á Méjico; y fué bien recibido y aposentado de Fernando Cortés, de manera que su desdicha paró en alegría.

La conquista de Utlatlán que hizo Pedro de Albarado

Habíanse dado por amigos, tras la destrucción de Méjico, los de Cuahutemallán, Utlatlán, Chiapa, Xochnuxco, y otros pueblos á la costa del Sur, enviando y aceptando presentes y embajadores; mas como son mudables, no perseveraron en la amistad, antes hicieron guerra á otros porque perseveraban; por lo cual, y pensando hallar por allí ricas tierras y extrañas gentes, envió Cortés contra ellos á Pedro de Albarado; dióle trescientos españoles con cien escopetas, ciento y setenta caballos, cuatro tiros, y ciertos señores de Méjico con alguna gente de guerra y de servicio, por ser el camino largo. Partió pues Albarado de Méjico á 6 días del mes de Diciembre, año de 1523. Fué por Tecoantepec á Xochnuxco, por allanar ciertos pueblos que se habían rebelado. Castigó muchos rebeldes, dándolos por esclavos, después de haberlos muy bien requerido y aconsejado; peleó muchos días con los de Zapatlán, que es un muy grande y fuerte pueblo, donde fueron heridos muchos españoles y algunos caballos, y muertos infinitos indios de entrambas partes. De Zapatlán fué á Quezaltenanco en tres días; el primero pasó dos ríos con mucho trabajo; el segundo un puerto muy agro y alto, que duró cinco leguas; en un reventón del cual halló una mujer y un perro sacrificados, que según los intérpretes y guías dijeron, era desafío. Peleó en una barranca con hasta cuatro mil enemigos, y más adelante en llano con treinta mil, y á todos los desbarató. No paraba hombre con hombre en viendo cabe sí algún caballo, animal que jamás habían visto. Tornaron luego á pelear con él junto á unas fuentes, y tornólos á romper. Rehiciéronse á la falda

de una sierra, y revolvieron sobre los españoles con gran grita, ánimo y osadía; ca muchos de ellos hubo que esperaban á uno y aun á dos caballos, y otros que por herir al caballero se asían á la cola del caballo; mas en fin, hicieron tal estrago en ellos los caballos y escopetas, que huieron lindamente. Albarado los siguió gran rato, y mató muchos en el alcance. Murió un señor, de cuatro que son en Utlatlán, que venía por capitán general de aquel ejército. Murieron algunos españoles, y quedaron heridos muchos, y muchos caballos. Otro día entró en Quezaltenanco, y no halló persona dentro; refrescóse allí, y corrió la tierra; al sexto vino un gran ejército de Quezaltenanco, muy en concierto, á pelear con españoles. Albarado salió á ellos con noventa de caballo y con doscientos de pie, y un buen escuadrón de amigos; púsose en un llano muy grande á tiro de arcabuz del real, por si fuese menester socorro. Ordenó cada capitán su gente, según la disposición del lugar, y luego arremetieron entrambas haces, y la nuestra venció á la otra. Los de caballo siguieron el alcance más de dos leguas, y los peones hicieron una increíble matanza al pasar un arroyo. Los señores y capitanes y otras muchas personas señaladas se recogieron á un cerro peleando, y allí fueron presos y muertos. De que los señores de Utlatlán y Quezaltenanco vieron la destrucción, convocaron sus vecinos y amigos, y dieron parias á sus enemigos porque les ayudasen, y así tornaron á juntar otro muy grueso campo; enviaron á decir á Pedro de Albarado que querían ser sus amigos y dar de nuevo obediencia al Emperador, y que se fuese á Utlatlán. Todo era cautela para tomar dentro los españoles, y quemarlos una noche; ca ciudad es fuerte á demasía, las calles angostas, las casas espesas, y no tiene sino dos puertas; la una con treinta escalones de subida, y la otra con una calzada, que ya tenían cortada por muchas partes, para que los caballos no pudiesen correr ni servir. Albarado creyó, y fué allá; mas como vió deshecha la calzada y la gran fortaleza del

lugar, y no mujeres, sospechó la ruindad, y salióse fuera; pero no tan presto que no recibiese mucho daño. Disimuló el engaño, trató con los señores, y fué, como dicen, á un traidor dos alevosos; ca por buenas palabras y con dádivas los aseguró y prendió; pero no por eso cesaba la guerra, antes andaba más recia, porque tenían á los españoles como cercados, que no podían ir por yerba ni leña sin escaramuzar, y mataban cada día indios y aun españoles. Los nuestros no podían correr la tierra para quemar y talar los panes y huertas, por las muchas y hondas barrancas que al rededor de su fuerte había; así que Albarado, pareciéndole más corta vía para ganar la tierra, quemó los señores que tenía presos, y publicó que quemaría la ciudad; y para esto y para saber qué voluntad le tenían los de Cuahutemallán, les envió á pedir ayuda, y ellos se la dieron de cuatro mil hombres, con los cuales, y con los demás que él se tenía, dió tal priesa á los enemigos, que los lanzó de su propia tierra. Vinieron luego los principales de la ciudad y común á pedir perdón y á darse; echaron la culpa de la guerra á los señores quemados; la cual ellos habían también confesado antes que los quemasen. Albarado los recibió con juramento que hicieron de lealtad; soltó dos hijos de los señores muertos, que tenía presos, y dióles el estado y mando de los padres, y así se sujetó aquella tierra, y se pobló Utlatlán como primero estaba. Otros muchos prisioneros se herraron y se vendieron por esclavos, y de ellos se dió el quinto al Rey, y lo cobró el tesorero de aquel viaje, Baltasar de Mendoza. Es aquella tierra rica, de mucha gente, de grandes pueblos, abundante de mantenimientos; hay sierras de alumbre y de un licor que parece aceite, y de azufre tan excelente, que sin refinar ni otra mezcla hicieron nuestros arcabuceros muy buena pólvora. Esta guerra de Utlatlán se acabó á principio de Abril del año de 1524. Vendióse en ella la docena de herraduras en ciento y cincuenta castellanos.

#### La conquista de Cuahutemallán

De Utlatlán fué Albarado á Cuahutemallán, donde fué recibido muy bien y hospedado. Estaba siete leguas de allí una ciudad muy grande, y orilla de una laguna, que hacia guerra á Cuahutemallán y Utlatlán y á otros pueblos. Albarado envió allá dos hombres de Cuahutemallán á rogarles que no hiciesen mal á sus vecinos, que los tenía por amigos, y á requerirles con su amistad y paz. Ellos, confiados en la fuerza del agua y multitud de canoas que tenían, mataron los mensajeros sin temor ni vergüenza. Él entonces fué allá con ciento cincuenta españoles y otros sesenta de caballo y muchos indios de Cuahutemallán, y ni le quisieron recibir ni aun hablar. Caminó cuánto pudo con treinta caballos la orilla de la laguna hacia un peñol, poblado dentro en agua. Vió luego un escuadrón de hombres armados; acometiólo, rompiólo y siguiólo por una estrecha calzada, donde no se podía ir á caballo. Apeáronse todos, y á vueltas de los contrarios entraron en el peñol. Llegó luego la otra gente, y en breve tiempo lo ganaron, y mataron mucha gente. Los otros se echaron al agua, y á nado pasaron á una isleta. Saquearon las casas y saliéronse á un llano lleno de maizales, donde asentaron real y durmieron aquella noche. Otro día entraron en la ciudad, que estaba sin gente. Maravilláronse cómo la habían desamparado siendo tan fuerte, y fué la causa perder el peñol, que era su fortaleza, y ver que do quiera entraban los españoles. Corrió Albarado la tierra, prendió ciertos hombres de ella, y envió tres de ellos á los señores á rogarles que viniesen de paz, y serian bien tratados; donde no, que los

perseguiría y les talaría sus huertas y labranzas. Respondieron que jamás su tierra había sido hasta entonces sujeta de nadie por fuerza de armas; pero que pues él lo había hecho tan de valiente, ellos querían ser sus amigos; y así, vinieron y le tocaron las manos, y quedaron pacíficos y servidores de españoles. Albarado se tornó á Cuahutemallán, y dende á tres días vinieron á él todos los pueblos de aquella laguna con presentes, y ofrecerle sus personas y haciendas, diciendo que por amor suyo, y por quitarse de guerra y enojos con sus vecinos, querían paz con todos. Vinieron asimismo otros muchos pueblos de la costa del sur á darse, porque les favoreciese; y dijéronle como los de la provincia de Izcuতেpec no dejaban pasar á nadie por su tierra, que fuese amigo de cristianos. Albarado fué á ellos con toda su gente; durmió tres noches en despoblado, y luego entró en el término de aquella ciudad; y como ninguno tiene contratación con ella, no había camino abierto mayor que senda de ganados, y aquél todo cerrado de espesas arboledas. Llegó al lugar sin ser visto, tomólos en las casas, que por la gran agua que caía no andaba ninguno por las calles; mató y prendió algunos; los vecinos no se pudieron juntar ni armar, como fueron saltados así. Huyeron los más; los otros, que esperaron y se hicieron fuertes en ciertas casas, mataron muchos de nuestros indios é hirieron algunos españoles. Quemó el pueblo, avisó al señor que haría otro tanto á los panes, y aun á ellos, si no daban obediencia. El señor y todos vinieron luego y diéronsele. En esto se detuvo allí ocho días, y acudieron á él todos los pueblos de la redonda, ofreciéndole su amistad y servicio.

De Izcuতেpec fué Albarado á Caetipar, que es de lengua diferente, y de allí á Tatixco, y luego á Necendelán. Mataron en este camino muchos de nuestros indios rezagados; tomaron mucho fardaje, y todo el herraje y filado para las ballestas; que no fué chica pérdida. Envió tras ellos á Jorge de Albarado, su hermano, con cuarenta de

caballo; mas no lo pudo cobrar, por más que corrió. Todos estos de Necendelán traían sendas campanillas en las manos peleando. Estuvo en aquel pueblo más de ocho días, que no pudo atraer los moradores á su amistad, y fué á Pazuco, que le rogaban, pero con traición, para matarle seguro. Topó en el camino muchas flechas hincadas por el suelo, y á la entrada del lugar ciertos hombres que hacían cuartos un perro; y lo uno y lo otro era señal de guerra y enemistad. Vió luego gente armada, peleó con ella hasta sacarla del pueblo; siguióla, mató mucha. Fué á Mopicalanco, y de allí á Acayucatl, donde bate la mar del Sur; y antes de entrar dentro, halló el campo lleno de hombres armados, que sabiendo su venida, le atendían para pelear con gentil semblante. Pasó por cerca de ellos; y aunque llevaba doscientos y cincuenta españoles á pie y ciento de caballo, y seis mil indios, no se atrevió á romper en ellos, porque los vió fuertes y bien ordenados. Mas ellos, en pasando él, arremetieron hasta trabar de los estribos y colas de los caballos. Revolvieron los de caballo, y luego todo el cuerpo del ejército, y casi no dejaron ninguno de ellos vivo, así porque pelearon bravamente sin tornar un paso atrás, como por llevar pesadas armas, ca en cayendo no se podían levantar, y huir con ellas era por demás. Eran aquellas armas unos sacos con mangas hasta en pies, de algodón torcido, duro, y tres dedos gordo. Parecían bien con los sacos, como eran blancos y de colores, con muy buenos penachos que llevaban en las cabezas. Traían grandes flechas, y lanzas de treinta palmos. Este día quedaron muchos españoles heridos, y Pedro de Albarado cojo, que de un flechazo que le dieron en la pierna le quedó más corta que la otra cuatro dedos. Peleó después con otro ejército mayor y peor, porque traían larguísimas lanzas y enarboladas; mas también lo venció y destruyó. Fué á Mauhualán, y de allí á Athlechuán, donde vinieron á dársele de Cuítlachán; pero con mentiras, por descuidarle; que su intención era matar los españoles; porque, como eran tan

pocos, pensaban todos poderlos fácilmente sacrificar. Albarado supo su mal propósito, y rogóles con la paz. Ellos se ausentaron de la ciudad, y estuvieron muy rebeldes haciéndole la guerra; en la cual le mataron once caballos, que se pagaron con los cautivos que se vendieron por esclavos. Estuvo allí cerca de veinte días sin los poder atraer, y tornóse á Cuahutemallán. Anduvo Pedro Albarado de este viaje cuatrocientas leguas de trecho, y casi no hubo despojo ninguno; pero pacificó y redujo á su amistad muchas provincias. Padeció mucha hambre, pasó grandes trabajos, y ríos tan calientes, que no se dejaban vadear. Parecióle tan bien á Pedro de Albarado la disposición de aquella tierra de Cuahutemallán y la manera de la gente, que acordó quedarse allí y poblar, según la orden é instrucción que de Cortés llevaba. Así que fundó una ciudad y llamóla Santiago de Cuahutemallán. Eligió dos alcaldes, cuatro regidores, y todos los oficios necesarios á la buena gobernación de un pueblo. Hizo una iglesia del mismo nombre, do ahora está la silla del obispado de Cuahutemallán. Encomendó muchos pueblos á los vecinos y conquistadores, y dió cuenta á Cortés de todo su viaje y pensamiento, y él le envió otros doscientos españoles y confirmó los repartimientos, y ayudó á pedir aquella gobernación.

#### La guerra de Chamolla

Á 8 de diciembre del año de 23 envió Fernando Cortés á Diego de Godoy con treinta de caballo y cien españoles á pie, dos tiros y mucha gente de amigos, á la villa del Espíritu Santo, contra ciertas provincias de allí cerca, que estaban rebeladas. No le dió más gente por estar aquella tierra entre Chiapa y Cuahutemallán, donde iba Pedro de

Albarado, y entre Higuéras, á do luego había de partir Cristóbal de Olid. Diego de Godoy fué é hizo su camino muy bien, y con el teniente de aquella nueva villa hizo algunas entradas y correrías. Llegó á Chamolla, que es un buen pueblo, cabecera de provincia, fuerte y puesto en un cerro, donde los caballos subir no podían, y tiene una cerca de tres estados en alto; la media de tierra y piedra, y la media de tablones. Combatióla dos días arreo á muy gran peligro y trabajo de sus compañeros. Tomóla en fin, porque los vecinos alzaron su ropa y huyeron, viendo que no podían resistir. Al principio que fueron combatidos echaron un pedazo de oro por encima el adarve á los españoles, burlando de su codicia y locura; y dijeron que entrasen por de aquello, que tenían mucho. Para irse arriaron muchas lanzas á la cerca, porque los de fuera pensasen que no se iban; pero ni aun con todo esto lo pudieron hacer sin que primero lo supiesen los nuestros; los cuales entraron, mataron y prendieron muchos de ellos, especial mujeres y muchachos. No fué grande el despojo, pero fué mucho el bastimento que allí se tomó. La principal arma eran lanzas, y unos paveses rodados de algodón hilado, con que se cubrían todo el cuerpo, y que para caminar arrollan y para pelear extienden. Chiapa, Huehuetlán y otras provincias y ciudades se visitaron y hollaron en esta jornada de Godoy; pero no hubo cosas notables.

#### El armada que Cortés envió á Higuéras con Cristóbal de Olid

Cortés deseaba poblar á Higuéras y Honduras, que tenían fama de mucho oro y buena tierra, aunque eran lejos

de Méjico; mas como tenía de ir la gente por mar, era fácil la jornada, quiso enviar allá antes que Francisco de Garay llegase á Pánuco; pero no pudo, por no perder aquel río y tierra que tenía poblada. Como se vió libre de tan poderoso competidor, y tuvo cartas del Emperador, dadas en Valladolid á 6 de junio del año de 23, en que le mandaba buscar por ambas costas de mar el estrecho que decían, armó de propósito. Dió siete mil castellanos de oro á Alonso de Contreras para que fuese á comprar en Cuba caballos, armas y bastimentos, y hacer gente; y despachó luego á Cristóbal de Olid con cinco naves y un bergantín, bien artilladas y pertrechadas, y con cuatrocientos españoles y treinta caballos. Mandó ir á la Habana á tomar los hombres, caballos y vituallas que Contreras tuviese, y que poblase en el cabo de Higueras, y enviase á Diego Hurtado de Mendoza, su primo, á costear desde allí al Darién, para descubrir el estrecho que todos decían, como el Emperador mandaba. Dióle, sin esto, instrucción de lo que más hacer debía; y con tanto, se partió Cristóbal de Olid de Chalchicoeca á 11 de enero, año de 24, según unos; y Cortés envió dos navios á buscar estrecho de Pánuco á la Florida, y mandó que también fuesen los bergantines de Zacatullán hasta Panamá, buscando muy bien el estrecho por aquella costa; mas habianse quemado cuando el mandado llegó; y así, cesó aquella demanda.

#### La conquista de Zapotecas

Los zapotecas y mixtecas, que son grandes provincias y guerreras, se apartaron de la obediencia que dieron á Cortés, como fué Méjico destruido, y atrajeron otros muchos pueblos contra los españoles, de que se les siguieron muer-

tes y daños. Cortés envió allá á Rodrigo Rangel, el cual, por no llevar caballos, y por las aguas, ó por ser aquellas gentes valientes, no las pudo domar; antes perdió en la jornada algunos españoles, y les dejó mayor ánimo que antes tenían, por el cual talaron y robaron muchos pueblos amigos y sujetos de Cortés, que se le quejaron mucho pidiendo remedio y castigo. Cortés tornó á enviar contra ellos al mismo Rangel con ciento y cincuenta españoles, que caballos no los sufre aquella tierra para pelear, y con muchos de Tlaxcallán y Méjico. Fué pues Rodrigo Rangel á 5 de febrero, año de 24, y llevó cuatro tirillos. Hízoles muchos requerimientos, y, como no escuchaban, mucha guerra, en que mató y cautivó gran número de ellos, y los herró y vendió por esclavos. Hallóles mucha ropa y oro, que trajo á Méjico; dejólos tan castigados y llanos, que nunca más se rebelaron. Otras entradas y conquistas hizo Cortés por sí y por capitanes; empero éstas que contado habemos fueron las principales, y que sujetaron todo el imperio mejicano, y otros muchos y grandes reinos que se incluyen en lo que llaman Nueva-España, Guatemala, Pánuco, Xalisco y Honduras, que son gobernaciones por sí.

#### La reedificación de Méjico

Quiso Cortés reedificar á Méjico, no tanto por el sitio y majestad del pueblo, cuanto por el nombre y fama, y por hacer lo que deshizo; y así, trabajó que fuese mayor y mejor y más poblado. Nombró alcaldes, regidores, almotacenes, procurador, escribanos, alguaciles, y los demás oficios que há menester un concejo. Trazó el lugar, repartió los solares entre los conquistadores, habiendo señalado suelo para iglesias, plazas, atarazanas, y otros edificios públicos

de Méjico; mas como tenía de ir la gente por mar, era fácil la jornada, quiso enviar allá antes que Francisco de Garay llegase á Pánuco; pero no pudo, por no perder aquel río y tierra que tenía poblada. Como se vió libre de tan poderoso competidor, y tuvo cartas del Emperador, dadas en Valladolid á 6 de junio del año de 23, en que le mandaba buscar por ambas costas de mar el estrecho que decían, armó de propósito. Dió siete mil castellanos de oro á Alonso de Contreras para que fuese á comprar en Cuba caballos, armas y bastimentos, y hacer gente; y despachó luego á Cristóbal de Olid con cinco naves y un bergantín, bien artilladas y pertrechadas, y con cuatrocientos españoles y treinta caballos. Mandóle ir á la Habana á tomar los hombres, caballos y vituallas que Contreras tuviese, y que poblase en el cabo de Higueras, y enviase á Diego Hurtado de Mendoza, su primo, á costear desde allí al Darién, para descubrir el estrecho que todos decían, como el Emperador mandaba. Dióle, sin esto, instrucción de lo que más hacer debía; y con tanto, se partió Cristóbal de Olid de Chalchicoeca á 11 de enero, año de 24, según unos; y Cortés envió dos navios á buscar estrecho de Pánuco á la Florida, y mandó que también fuesen los bergantines de Zacatullán hasta Panamá, buscando muy bien el estrecho por aquella costa; mas habianse quemado cuando el mandado llegó; y así, cesó aquella demanda.

#### La conquista de Zapotecas

Los zapotecas y mixtecas, que son grandes provincias y guerreras, se apartaron de la obediencia que dieron á Cortés, como fué Méjico destruido, y atrajeron otros muchos pueblos contra los españoles, de que se les siguieron muer-

tes y daños. Cortés envió allá á Rodrigo Rangel, el cual, por no llevar caballos, y por las aguas, ó por ser aquellas gentes valientes, no las pudo domar; antes perdió en la jornada algunos españoles, y les dejó mayor ánimo que antes tenían, por el cual talaron y robaron muchos pueblos amigos y sujetos de Cortés, que se le quejaron mucho pidiendo remedio y castigo. Cortés tornó á enviar contra ellos al mismo Rangel con ciento y cincuenta españoles, que caballos no los sufre aquella tierra para pelear, y con muchos de Tlaxcallán y Méjico. Fué pues Rodrigo Rangel á 5 de febrero, año de 24, y llevó cuatro tirillos. Hízoles muchos requerimientos, y, como no escuchaban, mucha guerra, en que mató y cautivó gran número de ellos, y los herró y vendió por esclavos. Hallóles mucha ropa y oro, que trajo á Méjico; dejólos tan castigados y llanos, que nunca más se rebelaron. Otras entradas y conquistas hizo Cortés por sí y por capitanes; empero éstas que contado habemos fueron las principales, y que sujetaron todo el imperio mejicano, y otros muchos y grandes reinos que se incluyen en lo que llaman Nueva-España, Guatemala, Pánuco, Xalisco y Honduras, que son gobernaciones por sí.

#### La reedificación de Méjico

Quiso Cortés reedificar á Méjico, no tanto por el sitio y majestad del pueblo, cuanto por el nombre y fama, y por hacer lo que deshizo; y así, trabajó que fuese mayor y mejor y más poblado. Nombró alcaldes, regidores, almotacenes, procurador, escribanos, alguaciles, y los demás oficios que há menester un concejo. Trazó el lugar, repartió los solares entre los conquistadores, habiendo señalado suelo para iglesias, plazas, atarazanas, y otros edificios públicos

y comunes. Mandó que el barrio de españoles fuese apartado del barrio de los indios, y así los ataja el agua. Procuró traer muchos indios para edificar á menos costa; lo cual tuvo al principio dificultad por andar muchos señores, parientes de Cuahutimoc y de otros prisioneros, amotinados, y procurando de matarle con todos los capitanes, por librar á su rey. Buscó manera cómo prender y castigarlos; los demás holgaron de ir con el tiempo. Hizo señor de Tezcucó á don Carlos Iztlixuchitl con voluntad y pedimiento de la ciudad, por muerte de don Hernando, su hermano, y mandóle traer en la obra los más de sus vasallos, por ser carpinteros, canteros y obreros de casas. Dió y prometió solares y heredamientos, franquezas y otras mercedes á los naturales de Méjico, y á todos cuantos viniesen á poblar y morar allí; que convidó muchos á venir. Soltó á Xihuacoa, capitán general; dióle cargo de la gente y edificio, y el señorío de un barrio. Dió también otro barrio á don Pedro Motezuma, por ganar las voluntades á los mejicanos, que era hijo del rey Motezuma. Hizo señores á otros caballeros de islas y calles para que las poblasen, y así les repartió el sitio; y ellos se repartieron los solares y tierras á su placer, y comenzaron á edificar con gran diligencia y alegría. Cargó tanta gente á la fama que Méjico Tenuchtitlán se rehacía, y que habían de ser francos los vecinos, que no cabían de pies en una legua á la redonda. Trabajaban mucho, comían poco, y enfermaron. Sobrevinoles pestilencia, y murieron infinitos. El trabajo fué grande, ca traían á cuestras ó arrastrando la piedra, la tierra, la madera, cal, ladrillos y todos los materiales. Pero era mucho de ver los cantares y música que tenían, el apellidar su pueblo y señor, y el motejarse unos á otros. De la falta de comer fué causa el cerco y guerra pasada, que no sembraron, como solían; aunque la muchedumbre causaba hambre, y causó pestilencia y mortandad. Todavía, y poco á poco, rehicieron á Méjico de cien mil casas mejores que las de antes, y los españoles labraron muchas y

buenas casas á nuestra costumbre; y Cortés una, en otra de Motezuma, que renta cuatro mil ducados ó más, y que es un lugar. Pánfilo de Narváez lo acusó por ella, diciendo que taló para hacerla los montes, y que le puso siete mil vigas de cedro. Acá parece mucho más; allí que los montes son de cedro, no es nada. Huerto hay en Tezcucó que tiene mil cedros por tapias y cerca. No es de callar que una viga de cedro tenga ciento y veinte pies de largo y doce de gordo de cabo á cabo, y no redonda, sino cuadrada; la cual estaba en Tezcucó en casa de Cacama. Labráronse unas muy buenas atarazanas para seguridad de los bergantines y fortaleza de los hombres, parte en tierra y parte en agua, y de tres naves, donde por memoria están hoy día los trece bergantines. No abrieron las calles de agua, como antes eran, sino edificaron en suelo seco; y en esto no es Méjico el que solía, y aun la laguna va decreciendo del año de 24 acá, y algunas veces hay hedor; pero en lo demás sanísima vivienda es, templada por las sierras que tiene al rededor, y abastecida por la fertilidad de la tierra y comodidad de la laguna; y así, es aquello lo más poblado que se sabe, y Méjico la mayor ciudad del mundo y la más ennoblecida de las Indias, así en armas como en policía, porque hay dos mil vecinos españoles, que tienen otros tantos caballos en caballerizas, con ricos jaeces y armas, y porque hay mucho trato y oficiales de seda y paño, vidrio, molde y moneda, y estudio, que llevó el virrey don Antonio de Mendoza. Por lo cual tienen razón de preciarse los vecinos de Méjico, aunque hay gran diferencia de ser vecino conquistador á ser vecino solamente. Pues como fué Méjico hecho, aunque no acabado, se pasó Cortés á morar en él desde Culucacán, ó como dicen otros, Coyoacán, y los que vecinos eran y los soldados también. Corrió la fama de Cortés y grandeza de Méjico, y en poco tiempo hubo tantos indios como dicho habemos, y tantos españoles, que pudieron conquistar cuatrocientas y más leguas de tierra, y cuantas provincias nombramos, gobernándolo todo desde allí Fernando Cortés.



## De cómo atendió Cortés á enriquecer la Nueva-España

No le parecía á Cortés que la gloria y fama de haber conquistado la Nueva-España con los otros reinos fuese cumplida si no la pulía y fortificaba, para lo cual llevó á Méjico á doña Catalina Xuárez con gran fausto y compañía, que se había estado en Santiago de Cuba todo el tiempo de las guerras. Hizo enviar por mujeres á muchos vecinos de Méjico y de las otras villas que poblara. Dió dineros para llevar de España doncellas, hijasdalgo y cristianas viejas; y así, fueron muchos hombres casados con sus hijas á costa de él, como fué el comendador Leonel de Cervantes, que llevó siete hijas, y se casaron rica y honradamente. Envió por vacas, puercas, ovejas, cabras, asnas y yeguas á las islas de Cuba, Santo Domingo, San Juan del Borinquen y Jamaica, para cásta. Entonces, y aun antes, vedaron la saca de caballos en aquellas islas, especial en Cuba, por venderlos más caros, sabiendo la riqueza, necesidad y deseo de Cortés; para carne, leche, lana y colambre, y para carga, guerra y labor. Envió por cañas de azúcar, moreras para seda, sarmientos y otras plantas á las mismas islas, y á España por armas, hierro, artillería, pólvora, herramientas y fraguas, para sacar hierro, y por cuescos, pepitas y simientes, que salen vanas en las islas. Labró cinco piezas de artillería, que las dos eran culebrinas, á mucha costa, por haber poco estaño y muy caro. Compró los platos de ello á peso de plata, y lo sacó con gran trabajo en Tachco, veintiséis leguas de Méjico, donde había unas piecitas de ello como de moneda, y aun sacándolo se halló vena de hierro que le plugo mucho. Con estas cinco y con las que comprara en la almoneda de

Juan Ponce de León y de Pánfilo de Narváez, tuvo treinta y cinco tiros de bronce y setenta de hierro colado, con que fortaleció á Méjico, y después le fueron más de España, con arcabuces y coseletes. Hizo eso mismo buscar oro y plata por todo lo conquistado, y halláronse muchas y ricas minas, que hincheron aquella tierra y ésta, aunque costó las vidas de muchos indios que trajeron en las minas por fuerza y como esclavos. Pasó el puerto y descargadero que hacían las naos en la Veracruz, á dos leguas de San Juan de Ulúa, en un estero que tiene una ría para barcas y es más seguro, y mudó allí á Medellín, donde ahora se hace un gran muelle por seguro de los navíos, y puso casa de contratación; y allanó el camino de allí á Méjico para la recua que lleva y trae las mercaderías.

## Cómo fué recusado el obispo de Burgos en las cosas de Cortés

Tenia el obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, que gobernaba las Indias, tanta enemiga y odio á Fernando Cortés, ó tanto amor y amistad á Diego Velázquez, que desfavorecía y encubría sus hechos y servicios; por donde fué Cortés difamado cuando mereció más fama, y no pudieron Martín Cortés, su padre, ni Francisco de Montejo, ni el licenciado Francisco Núñez, su primo, y otros sus procuradores, haber respuesta ni despacho ninguno del Obispo para lo que cumplía á la conquista de la Nueva-España y contentamiento de los conquistadores. Colgaban del Obispo todos los negocios de las Indias; estaba el rey en Alemania como emperador, y no tenían remedio ni aun esperanza de bien negociar. Así que acordaron de recu-

sarle, aunque más recio y feo pareciese. Hablaron al papa Adriano, que gobernaba estos reinos antes que á Italia pasase, y al Emperador luego que fué venido. El Papa quiso entender aquel negocio muy de raíz, por ser el Obispo tan principalísima persona, á suplicación de Mr. de Lasao, que era de la cámara del Emperador, y había venido á darle el parabién del pontificado; el cual favorecía á Cortés por la fama; y oídas las partes y vistas las relaciones, mandó al Obispo, estando en Zaragoza, que no entendiese más en negocios de Cortés ni de Indias, á lo que pareció, y el Emperador mandó lo mismo, siguiendo la declaración del Papa. Las causas que dieron y probaron fueron el odio que tuvo siempre á Cortés y á sus cosas, llamándole públicamente traidor; que encubría sus relaciones y torcía sus servicios porque no lo supiese el Rey; que mandaba á Juan López de Recalde, contador de la casa de contratación de Sevilla, que no dejase pasar á Nueva-España hombres, ni armas, ni vestidos, ni hierro, ni otras cosas; que proveía los oficios y cargos á hombres que no lo merecían, como fué Cristóbal de Tapia; que se apasionó por Diego Velázquez, por casarle con doña Petronila de Fonseca, su sobrina; que consentía y aprobaba las falsas relaciones de Diego Velázquez, que ordenaron Andrés de Duero, Manuel de Rojas y otros contra las de Cortés, y esto fué lo que le dañó y afrentó, ca sonó muy mal condenar las relaciones verdaderas y aprobar las falsas. Esta recusación fué causa para que el Obispo se saliese de la corte descontento y enojado, y Diego Velázquez fuese condenado y aun removido de la gobernación de Cuba, sino que se murió luego, y Cortés se declarase por gobernador de la Nueva-España con grande honra. Entendió en las cosas de las Indias Juan Rodríguez de Fonseca cerca de treinta años, y mandólas mucho absolutamente. Comenzó siendo deán de Sevilla y acabó obispo de Burgos, arzobispo de Rosano y comisario general de la Cruzada, y fuera arzobispo de Toledo si tuviera ánimo; mas como era riquísimo clérigo y había ser-

vido tanto tiempo, y le favorecía su hermano Antonio de Fonseca, confiése mucho; y hurtóle, como dicen, la bendición don Alonso de Fonseca, sobrino suyo, arzobispo de Santiago, que prestó dineros para lo de Fuenterrabia, por lo cual no se hablaban.

#### Cómo fué Cortés hecho gobernador

El obispo de Burgos después que fué habido por recusado, mandó el Emperador que viesen y determinasen las diferencias y pleito de Fernando Cortés y Diego Velázquez, Mercurino Gatinara, gran canciller, que era italiano; Mr. de Lasao, y el doctor de la Rocha, flamenco; Fernando de Vega, señor de Grajales y comendador mayor de Castilla; el doctor Lorenzo Galíndez de Caravajal y el licenciado Francisco de Vargas, tesorero general de Castilla; los cuales se juntaron muchos días en las casas de Alonso de Argüello, donde posaba el gran Canciller. Oyeron á Martín Cortés, Francisco de Montejo, Francisco Núñez y otros procuradores de Cortés, y á Manuel de Rojas, Andrés de Duero y otros procuradores de Diego Velázquez. Llevaron lo procesado, y después sentenciaron en favor de Cortés, mas por derecho y rigor de justicia que por admiración de virtud; loando sus hazañas y servicios y aprobando su fidelidad. Pusieron silencio á Diego Velázquez en la gobernación de la Nueva-España, dejándole su derecho á su salvo, si algo le debía Cortés, y aun pienso que le quitaron el gobierno de Cuba porque envió con armada á Pánfilo de Narváez. Los descargos, razón y justicia que tuvo Cortés para librarlo de aquel pleito y darle la gobernación de la Nueva España y tierras que había conquistado, la historia las cuenta. Los cargos de la acu-

sación y culpa eran que había ido con dineros y poder de Diego Velázquez á descubrir, rescatar y conquistar; que no le acudió con la ganancia y obediencia; que sacó un ojo á Narváez; que no recibió á Cristóbal de Tapia; que no obedecía las provisiones reales; que no pagaba el quinto real; que tiranizaba los españoles y maltrataba los indios. Por la sentencia que dieron estos señores, y porque se lo aconsejaron así, hizo el Emperador á Fernando Cortés adelantado, repartidor y gobernador de la Nueva-España y cuantas tierras ganase, loando y confirmando todo lo que había hecho en servicio de Dios y suyo. Firmó las provisiones en Valladolid, á 22 de Octubre, año de 1522. Señalólas el licenciado don García de Padilla, y refrendólas el secretario Francisco de los Cobos. Dióle también cédulas para echar de la Nueva-España los tornadizos y letrados; éstos porque hubiese menos pleitos, y aquellos porque no estragasen la conversión. Escribióle también el Emperador, agradeciéndole los trabajos que había pasado en aquella conquista, y el servicio de Dios en quitar los ídolos. Prometióles grandes mercedes, animándole á semejantes empresas. Dijo que le enviaría obispos, clérigos y frailes para la conversión, como los pedía, y haría llevar todas las otras cosas que demandaba para fortalecer, cultivar y ennoblecir la tierra. Caminaron luego con estos buenos despachos de su majestad Francisco de las Casas y Rodrigo de Paz. Notificaron la sentencia y provisión á Diego Velázquez con público pregón, en Santiago de Baracoa de Cuba, el Mayo adelante de 23 años. De lo cual sintió tanto pesar Diego Velázquez, que vino á morir de ello. Murió triste y pobre, habiendo sido riquísimo, y nunca después de muerto pidieron nada á Cortés sus herederos.

## De los conquistadores

Repartía siempre Cortés la tierra entre los que la conquistaban, según la costumbre de las Indias, y por confianza que tuvo de ser repartidor general en lo que conquistase, ó por hacer bien á sus amigos, que los tuvo grandes; y como tuvo cédula del Emperador de poder encomendar y repartir la Nueva-España á los conquistadores y pobladores de ella, hizo grandes y muchos repartimientos, mandando á los encomendados tener un clérigo ó fraile en cada pueblo ó cabecera de pueblos, para enseñar la doctrina cristiana á los indios encomendados, y entender en la conversión, porque muchos de ellos pedían el bautismo. No dió á todos repartimiento, que fuera imposible y demasiado, ni tal como ellos deseaban y pretendían; por lo cual algunos se corrieron y otros se quejaron. Ninguna cosa indigna y mueve más á los conquistadores que los repartimientos, y por ninguna otra cosa han caído tanto en odio y enemistades los capitanes y gobernadores cuanto por esta; de suerte que, siendo el más necesario y honrado cargo, es el más dañoso y envidioso. Todos los reyes y repúblicas que señorearon muchas tierras, las repartieron entre sus capitanes y soldados ó ciudadanos, haciendo pueblas para conservación y perpetuidad de su estado, y para galardonar los trabajos y servicios de los suyos, y en España se ha siempre usado y guardado después que hay reyes, y así lo hicieron los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, y aun el Emperador, hasta que le aconsejaron al revés; ca en Madrid el año de 25 mandó dar los repartimientos perpetuos, que es mucho más, sobre acuerdo y parecer de su consejo de Indias y de muchos frailes

dominicos y franciscos, y otros letrados que para ello juntaron, según muchos afirman. Trabajan y gastan mucho los que van á conquistas, y por eso los honran y enriquecen; y así, quedan nobles y afamados, y es buen privilegio ser caballero de conquista. Si la historia lo sufriese, todos los conquistadores se habían de nombrar; mas, pues no puede ser, hágalo cada uno en su casa.

#### De cómo trató Cortés la conversión de los indios

Siempre que Cortés entraba en algún pueblo, derrocaba los ídolos y vedaba el sacrificio de hombres, por quitar la ofensa á Dios é injuria del prójimo, y con las primeras cartas y dineros que envió al Emperador después que ganó á Méjico, pidió obispos, clérigos y frailes para predicar y convertir los indios á su majestad y consejo de Indias. Después escribió á fray Francisco de los Angeles, del linaje de Quiñones, general de los franciscos, que le enviase frailes para la conversión, y que les haría dar los diezmos de aquella tierra; y él le envió doce frailes con fray Martín de Valencia de Don Juan, provincial de San Gabriel, varón muy santo y que hizo milagros. Escribió lo mismo á fray García de Loaisa, general de los dominicos; el cual no se los envió hasta el año de 26, que fué fray Tomás Ortiz con doce compañeros. Tardaban á ir obispos, é iban pocos clérigos; por lo cual, y porque le parecía más expediente, tornó á suplicar al Emperador le enviase muchos frailes, que hiciesen monasterios y atendiesen á la conversión y llevasen los diezmos; empero su majestad no quiso, siendo mejor aconsejado, pedirlo al Papa, que ni lo hiciera ni convenia hacerlo. Llegó á Méjico en el año de 24 fray Martín Valencia con doce compañeros, por vicario del Papa. Hi-

zoles Cortés grandes regalos, servicios y acatamiento. No les hablaba vez sino con la gorra en la mano y la rodilla en el suelo, y besábales el hábito, por dar ejemplo á los indios que se habían de volver cristianos, y porque de suyo les era devoto y humilde. Maravilláronse mucho los indios de que se humillase tanto el que adoraban ellos; y así, les tuvieron siempre en gran reverencia. Dijo á los españoles que honrasen mucho á los frailes, especialmente los que tenían indios de cristianar, lo cual hicieron con grandes limosnas, para redimir sus pecados; bien que algunos le dijeron cómo hacia por quien los destruyese cuando se viesen en su reino; palabras que después se le acordaron hartas veces.

Llegados pues que fueron aquellos frailes, se avivó la conversión, derribando los ídolos; y como habla muchos clérigos y otros frailes en los pueblos encomendados, según que Cortés mandara, hacíase grandísimo fruto en predicar, bautizar y casar. Hubo dificultad en saber con cuál de las mujeres que cada uno tenía se debían de velar los que, bautizados, se casaban á puertas de iglesia, según há de costumbre la madre santa Iglesia; ca, ó no lo sabían ellos decir, ó los nuestros entender; y así, juntó Cortés aquel mismo año de 24 una sínodo, que fué la primera de Indias, á tratar de aquel y otros casos. Hubo en ella treinta hombres; los seis eran letrados, mas legos, y entre ellos Cortés; los cinco clérigos, y los diez y nueve frailes. Presidió fray Martín, como vicario del Papa. Declararon que por entonces casasen con la que quisiesen, pues no se sabían los ritos de sus matrimonios.

#### Del tiro de plata que Cortés envió al Emperador

Escribió tras esto Cortés al Emperador, besando los pies de su majestad por las mercedes y favor que le había

hecho, desde Méjico á 15 de octubre del año de 24. Suplicó por los conquistadores; pidió franquezas y privilegios para las villas que él tenía pobladas, y para Tlaxcallán, Tezcuco y los otros pueblos que le habían ayudado y servido en las guerras. Envióle setenta mil castellanos de oro con Diego de Soto, y una culebrina de plata, que valia veinticuatro mil pesos de oro; pieza hermosa, y más de ver que de valor. Pesaba mucho, pero era de la plata de Mechuacán. Tenía de relieve una ave fénix, con una letra al Emperador, que decía:

Aquesta nació sin par;  
yo en serviros sin segundo;  
vos sin igual en el mundo.

No quiero contar las cosas de pluma, pelo y algodón que envió entonces, pues las deshacía el tiro; ni las perlas, ni los tigres, ni las otras cosas buenas de aquella tierra, y extrañas acá en España. Mas contaré que este tiro le causó envidia y malquerencia con algunos de corte, por amor del letrado; aunque el vulgo lo ponían en las nubes, y creo que jamás se hizo tiro de plata sino este de Cortés. La copla él mismo se la hizo, que cuando quería no trovaba mal. Muchos probaron sus ingenios y vena de coplear, pero no acertaron. Por lo cual dijo Andrés de Tapia:

Aqueste tiro á mí ver  
muchos necios ha de hacer.

Y quizá porque costó de hacer más de tres mil castellanos. Envío veinticinco mil castellanos en oro y mil y quinientos y cincuenta marcos de plata á Martín Cortés, su padre, para llevarle su mujer, y para que le enviase armas, artillería, hierro, naos con muchas velas, sogas, áncoras, vestidos, plantas, legumbres y semejantes cosas, para mejorar la buena tierra que conquistara; pero tomólo todo el

Rey con lo demás que vino entonces de las Indias. Con estos dineros que Cortés envió al Emperador, quedaba la tesorería del Rey vacía y él sin blanca, por lo mucho que había gastado en los ejércitos y armadas que, como la historia vos ha contado, había hecho. Llegaron al mismo tiempo á Méjico muchos criados y oficiales del Rey, y de Ciudad Real Alonso de Estrada por tesorero; Gonzalo de Salazar, de Granada, por fator; Rodrigo de Albornoz, de Paradinas, por contador, y Peralmindez Cherino por veedor; que fueron los primeros de la Nueva-España, y aun muchos conquistadores que pretendían aquellos cargos, se agraviaron, quejándose de Cortés. Entraron en cuentas con Julián de Alderete y con los otros que Cortés y el cabildo tenían puestos para cobrar y tener el quinto, rentas y hacienda del Rey, y no les pasaban ciertas partidas que habían dado á Cortés, que serían sesenta mil castellanos; mas, como él mostró haberlos gastado en servicio del Emperador, y pedía más de otros cincuenta mil que tenía puestos de suyo, se feneció la cuenta. Todavía quedaron aquellos oficiales en que Cortés tenía grandes tesoros, así por lo que en España oyeran sobre ello, y porque Juan de Ribera ofreció en su nombre al Emperador doscientos mil ducados, como porque no faltaba quien les decía al oído que cada día le traían los indios oro, plata, cacao, perlas, plumajes y otras cosas ricas; y que tenía escondido el tesoro de Motezuma, y robado el del Emperador y conquistadores, con indios que de secreto lo sacaban de noche por el postigo de su casa; y así, no considerando lo que había enviado á Castilla y gastado en las guerras, escribieron á España, especial Rodrigo de Albornoz, que llevó cifras para avisar secretamente de lo que le pareciese, muchas cosas contra él acerca de su avaricia y tiranía; que, como no lo conocían y venían mal informados, y hallaban allí personas que no le querían bien, porque no les daba los repartimientos, ó tantos repartimientos como ellos pedían, creían cuanto oían.

## Del estrecho que muchos buscaron en las Indias

Deseaban en Castilla hallar estrecho en las Indias para ir á las Molucas, por quitarse de pleito con Portugal sobre la Especería; y así, mandó el Emperador que lo buscasen, desde Veragua á Yucatán, á Pedrarias de Ávila, á Cortés, á Gil González de Ávila y otros; ca era opinión que lo había, desde que Cristóbal de Colón descubrió tierra firme; y mas de cuando Vasco Núñez de Balboa halló la otra mar, viendo cuán poco trecho de tierra hay del Nombre de Dios á Panamá. Así que lo buscaron, y acertaron á buscarle casi á un mismo tiempo; aunque Pedrarias más envió á Francisco Hernández á conquistar y poblar que á buscar estrecho. El cual Francisco Hernández pobló á Nicaragua y llegó á Honduras. Fernando Cortés envió á Cristóbal de Olid, según ya contamos. Gil González fué muy de propósito el año de 23. Pobló á San Gil de Buena-Vista, destruyó y despojó á Francisco Hernández, y comenzó á conquistar aquella tierra.

## De cómo se alzó Cristóbal de Olid contra Fernando Cortés

Fué Cristóbal de Olid á Cuba, según Cortés le mandara, y tomó en la Habana los caballos y vituallas que Contreras tenía compradas, que costaron bien caras. Costaba entonces la fanega de maiz dos pesos de oro, la de frisoles cuatro, la de garbanzos nueve, una arroba de aceite tres

pesos, otra de vinagre cuatro, otra de candelas de sebo nueve, y la de jabón otros nueve, un quintal de estopa cuatro pesos, otro de hierro seis, dos pesos una riestra de ajos, una lanza un peso, un puñal tres, una espada ocho, una ballesta veinte, y el ovillo uno, una escopeta ciento, un par de zapatos otro peso de oro, un cuero de vaca doce. Ganaba un maestre de nao ochocientos pesos cada mes; y con esta carestia hizo Cortés esta y otras armadas, y en aquesta gastó treinta mil castellanos. Entre tanto que se cargaban y proveían las naos de estos bastimentos y de agua y leña, se escribió y concertó con Diego Velázquez para alzarse contra Cortés, con aquella gente armada y tierra que á cargo llevaba. Entrevinieron al concierto Juan Ruano, Andrés de Duero, el bachiller Parada, el provisor Moreno, y otros que, después de muertos Velázquez y Olid, se descubrieron. Tomó pues lo que Contreras y Diego Velázquez le dieron, y fuése á desembarcar quince leguas antes del puerto de Caballos, habiendo corrido mal tiempo y peligro; y porque llegó á 3 de mayo, llamó al pueblo que trazó Triunfo de la Cruz. Nombró por alcaldes, regidores y oficiales á los que Cortés señalara en Méjico, tomó la posesión, é hizo otros autos en nombre del Emperador y de Fernando Cortés, cuyo poder llevaba. Todo esto era, á lo que después pareció, para asegurar los parientes y criados de Cortés, y para fortalecerse muy bien y para reconocer aquella tierra; mas luego mostró odio y enemiga á Cortés y á sus cosas, y amenazaba con la horca al que algo le contradecía ó murmuraba. Prometió oficios, obispados y audiencias á muchos; y así, no había hombre que le fuese á la mano. Dejó de enviar á descubrir el estrecho, y púsose á echar de aquella tierra y costa á Gil González de Ávila, que, como poco antes dije, estaba en ella, y tenía poblado á San Gil de Buena-Vista. Mató muchos españoles por hacerlo, y entre ellos á Gil de Ávila, su sobrino, y prendió al mismo Gil González de Ávila con otros muchos, por quedarse solo en aquella tie-

## Del estrecho que muchos buscaron en las Indias

Deseaban en Castilla hallar estrecho en las Indias para ir á las Molucas, por quitarse de pleito con Portugal sobre la Especería; y así, mandó el Emperador que lo buscasen, desde Veragua á Yucatán, á Pedrarias de Ávila, á Cortés, á Gil González de Ávila y otros; ca era opinión que lo había, desde que Cristóbal de Colón descubrió tierra firme; y mas de cuando Vasco Núñez de Balboa halló la otra mar, viendo cuán poco trecho de tierra hay del Nombre de Dios á Panamá. Así que lo buscaron, y acertaron á buscarle casi á un mismo tiempo; aunque Pedrarias más envió á Francisco Hernández á conquistar y poblar que á buscar estrecho. El cual Francisco Hernández pobló á Nicaragua y llegó á Honduras. Fernando Cortés envió á Cristóbal de Olid, según ya contamos. Gil González fué muy de propósito el año de 23. Pobló á San Gil de Buena-Vista, destruyó y despojó á Francisco Hernández, y comenzó á conquistar aquella tierra.

## De cómo se alzó Cristóbal de Olid contra Fernando Cortés

Fué Cristóbal de Olid á Cuba, según Cortés le mandara, y tomó en la Habana los caballos y vituallas que Contreras tenía compradas, que costaron bien caras. Costaba entonces la fanega de maiz dos pesos de oro, la de frisoles cuatro, la de garbanzos nueve, una arroba de aceite tres

pesos, otra de vinagre cuatro, otra de candelas de sebo nueve, y la de jabón otros nueve, un quintal de estopa cuatro pesos, otro de hierro seis, dos pesos una riestra de ajos, una lanza un peso, un puñal tres, una espada ocho, una ballesta veinte, y el ovillo uno, una escopeta ciento, un par de zapatos otro peso de oro, un cuero de vaca doce. Ganaba un maestre de nao ochocientos pesos cada mes; y con esta carestia hizo Cortés esta y otras armadas, y en aquesta gastó treinta mil castellanos. Entre tanto que se cargaban y proveían las naos de estos bastimentos y de agua y leña, se escribió y concertó con Diego Velázquez para alzarse contra Cortés, con aquella gente armada y tierra que á cargo llevaba. Entrevinieron al concierto Juan Ruano, Andrés de Duero, el bachiller Parada, el provisor Moreno, y otros que, después de muertos Velázquez y Olid, se descubrieron. Tomó pues lo que Contreras y Diego Velázquez le dieron, y fuése á desembarcar quince leguas antes del puerto de Caballos, habiendo corrido mal tiempo y peligro; y porque llegó á 3 de mayo, llamó al pueblo que trazó Triunfo de la Cruz. Nombró por alcaldes, regidores y oficiales á los que Cortés señalara en Méjico, tomó la posesión, é hizo otros autos en nombre del Emperador y de Fernando Cortés, cuyo poder llevaba. Todo esto era, á lo que después pareció, para asegurar los parientes y criados de Cortés, y para fortalecerse muy bien y para reconocer aquella tierra; mas luego mostró odio y enemiga á Cortés y á sus cosas, y amenazaba con la horca al que algo le contradecía ó murmuraba. Prometió oficios, obispados y audiencias á muchos; y así, no había hombre que le fuese á la mano. Dejó de enviar á descubrir el estrecho, y púsose á echar de aquella tierra y costa á Gil González de Ávila, que, como poco antes dije, estaba en ella, y tenía poblado á San Gil de Buena-Vista. Mató muchos españoles por hacerlo, y entre ellos á Gil de Ávila, su sobrino, y prendió al mismo Gil González de Ávila con otros muchos, por quedarse solo en aquella tie-

rra, que no era pobre. Cortés, como supo lo que Cristóbal de Olid había hecho, envió á gran priesa á Francisco de las Casas con nuevos poderes y mandamientos de prenderle, en dos naves muy buenas, y bien acompañado. Cristóbal de Olid, cuando vió aquellas naos, sospechó lo que traían; metióse en dos carabelas que tenía con mucha gente para no dejarles tomar tierra, y tirábales. Francisco de las Casas alzó una bandera de paz; mas no fué creído. Echó á la mar los bateles con muchos hombres armados para pelear y tomar tierra si hallasen entrada, y comenzó á jugar su artillería; y como en no escucharle se manifestaba la malicia y rebelión que se decía, dióse tal maña, que echó á fondo una carabela del contrario. No se ahogó la gente ni él osó arribar al puerto, sino estúvose con sus naos sobre las anclas, esperando lo que acordaba hacer Cristóbal de Olid, que luego movió partido, y era por esperar una compañía de su gente que había ido contra los de Gil González. Entre tanto sobrevino un recio tiempo y viento, que dió con los navios de Francisco de las Casas al través en parte que muy presto fueron presos los que venían en ellos, sin derramamiento de sangre. Estuvieron tres días sin comer y con muchas aguas y fríos; murieron cerca de cuarenta españoles. Hizoles Cristóbal de Olid jurar sobre los Evangelios, como á los de Gil González, que le obedecerían en todo y por todo; que nunca serían contra él ni seguirían más á Cortés; y con tanto, los soltó á todos, excepto al Francisco de las Casas, que llevó consigo á Naco, buen pueblo, que destruyeron Albítez y Cereceda. De la manera susodicha prendió Cristóbal de Olid á Francisco de las Casas, y antes, ó como dicen otros, después, á Gil González de Ávila. Como quiera que fuese, está cierto que los tuvo presos á entrambos á un mismo tiempo y en su propia casa, y que estaba muy ufano con tan buenos prisioneros, así por la reputación y fama, como pensando haber por ellos aquella tierra libremente, y que se concertaría con Fernando Cortés. Mas avínole muy al contrario;

porque Francisco de las Casas le rogó muchas veces delante todos los españoles que le soltase para ir á dar razón de sí á Cortés, pues su persona y prisión le hacía poco al caso; y como siempre le respondía que no lo haría, díjole que le tuviese á recado, porque de otra manera le mataría; palabra muy recia y atrevida para hombre preso. Cristóbal de Olid, que presumía de valiente, y que le tenía sin armas y entre sus criados, no hizo caudal de aquellas amenazas. Concertáronse pues ambos prisioneros de matarle; y cenando todos tres á una mesa, otros dicen que paseándose por la sala, tomaron sendos cuchillos de servicio ó de escribanías; echóle mano por la barba Francisco de las Casas, y sin que se pudiese rebullir, le dieron muchas heridas, diciendo: «No es tiempo de sufrir más este tirano.» Escapóseles al fin, y fuése al campo á esconder en unas chozas de indios, con pensamiento de que, venidos los suyos de cenar, ca entonces solo estaba, matarían al Francisco de las Casas y al Gil González; pero ellos dijeron luego: «Aquí los de Cortés;» y dende á poco tuvieron sin sangre ni mucha contradicción las armas y personas de todos los españoles á su mandado, y presos algunos favorecedores de Cristóbal de Olid. Pregonáronlo, y supose dónde estaba; prendieron é hicieronle proceso, y por sentencia que entrambos á dos dieron, fué degollado públicamente en Naco, dentro de pocos días que preso estuvo; y así, feneció su vida, por tener en poco su contrario y no tomar el consejo de su enemigo. Tras la muerte de Cristóbal de Olid gobernó la gente y tierra Francisco de las Casas y Gil González, sin apartarse ninguno con la suya; y el Francisco de las Casas pobló la villa de Trujillo á 18 de mayo año de 25; ordenó muchas cosas cumplideras á Cortés, y volvióse á Méjico por tierra, llevando consigo á Gil González de Ávila. Tenía la audiencia de Santo Domingo autoridad del Emperador para castigar al que se descomediese y moviese guerra entre españoles en aquella tierra de las Higueras, y envió allá lo más presto que



pudo al bachiller Pedro Moreno, su fiscal, con cartas y poder; mas ya cuando llegó era muerto Cristóbal de Olid, y los matadores idos á Méjico, y no pudo ni supo hacer nada; antes dicen que fué mejor mercader que juez.

#### De cómo salió Cortés de Méjico contra Cristóbal de Olid

No descansaba Cortés ni cesaba de mostrar con palabras el enojo que dentro el pecho tenía de Cristóbal de Olid, por haberse alzado siendo su hechura y amigo, ni se confiaba de la diligencia de Francisco de las Casas, porque Olid tenía muchos amigos; así que determinó ir allá. Apercibe sus amigos, adereza su partida y publica su determinación. Los oficiales del Rey le rogaron que dejase aquel viaje, pues importaba más la seguridad de Méjico que la de Higueras, y no diese ocasión que con su ausencia se rebelasen los indios, y matasen los pocos españoles que quedaban; ca, según entendían, no estaban muy fuera de ello, porque siempre andaban llorando la muerte de sus padres, la prisión de sus señores y su cautiverio, y que perdiéndose Méjico, se perdía toda la tierra; y que más le temían y acataban á él solo que á todos juntos; y que á Cristóbal de Olid, ó el tiempo ó Francisco de las Casas ó el Emperador lo castigaría. Allende de esto, le dijeron que era un camino muy largo, trabajoso y sin provecho, y que ir era mover guerra civil entre españoles. Cortés respondía que dejar sin castigo aquél era dar á otros ruines causa de hacer otro tanto; lo cual él temía mucho, por haber muchos capitanes por la Nueva-España derramados, que por ventura se le desacatarían, tomando ejemplo de Cristóbal de Olid, y que harían excesos en la tierra, por do se rebelase todo, y no bastase después él ni ellos ni nadie á

cobrarla. Ellos entonces le requirieron de parte del Emperador que no fuese, y él prometió que no iría sino á Coazacoalco y otras provincias por allí rebeladas; y con tanto, se eximió de los ruegos y requerimientos, y aprestó su partida, aunque con mucho seso; porque como de él colgaban todos los negocios y el bien ó mal de la tierra, tuvo bien qué pensar y qué proveer. Ordenó muchas cosas tocantes á su gobernación; mandó que la conversión de los indios se continuase con todo el calor posible y necesario; escribió á los concejos y encomenderos que derribasen todos los idolos; dió repartimientos á todos los oficiales del Rey y á otros muchos, por no dejar á nadie descontento; dejó por sus tenientes de gobernadores á Alonso de Estrada, tesorero, y al contador Rodrigo de Albornoz, que le parecieron hombres para ello; y al licenciado Alonso Zuazo para en las cosas de justicia; y porque Gonzalo de Zalazar y Peralmíndez Chirino no se sintiesen de aquello, llevólos consigo. Dejó á Francisco de Solís por capitán de la artillería y alcaide de las atarazanas, y muy bien proveídos los bergantines, y muchas armas y munición, por si algo aconteciese. Acordó llevar con él todos los señores y principales de Méjico y Culúa que podían alterar la tierra y causar algún bullicio en su ausencia, y entre ellos fueron el rey Cuahutimoc, Couanacoacán, señor que fué de Tezcuco; Tetepanque Zatl, señor de Tlacopán; Oquici, señor de Azcapuzalco, Xihuacoa, Tlacatlec, Mexicalcingo, hombres muy poderosos para cualquiera revolución estando presentes. Ordenado pues todo esto, se partió Cortés de Méjico por Octubre de 1524 años, pensando que todo se haría bien; pero todo se hizo mal, sino fué la conversión de indios, que fué grandísima y bien hecha, según después largamente diremos.

## De cómo se alzaron contra Cortés en Méjico sus tenientes

Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz comenzaron luego en saliendo Cortés de la ciudad, á tener puntillos y resabios sobre la precedencia y mando; y un día, estando en ayuntamiento, llegaron á echar mano á las espadas sobre poner un alguacil, y poco á poco vinieron á no hacer como debían su oficio. El cabildo lo escribió á Cortés por dos ó tres veces; y como las cartas le tomaban por el camino, no proveía de remedio, mas de escribirles reprendiéndoles su yerro y desatino, y apercibiéndolos que si no se enmendaban y conformaban, que les quitaría el cargo y los castigaría. Ellos ni aun por eso no perdían sus pasiones, antes crecían las rencillas y el odio; ca Estrada, que presumía de hijo de rey, despreciaba al Albornoz, y Albornoz, como era, presumía de tan honrado, no se dejaba hollar. Perseverando pues ellos en su discordia, y avisando á Cortés la ciudad muy apriesa para que tornase á poner remedio en aquello y á apaciguar á los vecinos, así indios como españoles, que con el alboroto de aquellos dos estaban desasosegados, acordó, por no dejar su camino y empresa, de dar al fator Gonzalo de Salazar y al veedor Peralmíndez Chirino de Úbeda igual poder que los otros tenían, para que, no afrentando á ninguno, gobernasen todos cuatro. Dióles asimismo otro poder secreto para que ellos dos solos, juntamente con el licenciado Zuazo, fuesen gobernadores, revocando y suspendiendo al Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, si les parecía que convenía, y los castigasen si tenían culpa. De este poder secreto que Cortés les dió á buen fin, resultó gran odio y revueltas entre los oficiales del Rey, y nació una guerra civil en

que murieron hartos españoles, y estuvo Méjico para perderse. Salazar y Chirino tomaron los poderes y ciertas instrucciones; despidiéronse de Cortés en la villa del Espíritu Santo, aunque no en la gracia, y volviéronse á Méjico. No curaron de gobernar juntamente con los otros, sino solos; hicieron su pesquisa é información contra ellos, y prendiéronlos. Enviaron preso al licenciado Alonso Zuazo, encima de una acémila y con grillos y cadena á la Veracruz, para que allí le metiesen en una nao y le llevasen á Cuba á dar cuenta de cierta residencia; y tras esto, hicieron otras cosas peores que Estrada y Albornoz; y como si no hubiera rey ni Dios, así se habían con todos los que no andaban á su sabor; y pensando que Cortés no volviera jamás á Méjico, y por demasiada codicia, aunque publicaban ellos ser para servicio del Emperador, prendieron á Rodrigo de Paz, primo y mayordomo mayor de Cortés, y alguacil mayor de Méjico. Diéronle tormento cruelísimamente para que dijese del tesoro, y como no confesaba, ca no sabía de él ni lo había, ahorcáronle, y tomáronse las casas de Cortés, con la artillería, armas, ropa, y todas las otras cosas que dentro estaban: cosa que pareció muy mal á toda la ciudad. Por lo cual fueron después condenados á muerte, aunque no ejecutados, de los oidores y licenciados Juan de Salmerón, Quiroga, Ceinos y Maldonado, estando por presidente Sebastián Ramírez de Fuenleal, obispo de Santo Domingo, y por el consejo de Indias en España; y mucho después los condenó la misma audiencia de Méjico, siendo virrey don Antonio de Mendoza, á pagar la artillería y todo lo al que tomaron de casa de Cortés. Quedaron los buenos gobernadores con esto tan disolutos como absolutos; y estando las cosas así, se rebelaron los de Huaxacac y Zoatlán, y mataron cincuenta españoles y ocho ó diez mil indios esclavos que cavaban en las minas. Fué allá Peralmíndez con doscientos españoles y ciento á caballo; y por la guerra que les dió, se acogieron en cinco ó seis peñoles, y al cabo se recogieron á uno muy fuerte

y grande, con toda su ropa y oro. Chirino los cercó, y estuvo sobre ellos cuarenta días; porque los del peñol tenían una gran sierpe de oro, muchas rodelas, collares, moscadores, piedras y otras ricas joyas; mas ellos una noche, sin que él los sintiese, se fueron con todo su tesoro. Gonzalo de Salazar se hizo pregonar en Méjico públicamente y con trompetas por gobernador y capitán general de aquellas tierras de la Nueva-España. Andando la cosa tal, avisaron á Cortés para que viniese con el capitán Francisco de Medina, al cual mataron los de Xicalanco cruelísimamente; ca le hincaron muchas rajuelas de tuda por el cuerpo, y lo quemaron poco á poco, haciéndole andar al rededor de un hoyo, que es ceremonia de hombre sacrificado; y mataron con él otros españoles é indios que le guiaban y servían. Fué tras Medina Diego de Ordás con gran priesa, por Cortés, y como supo la muerte que le dieron, volvióse; y porque no le tuviesen por cobarde, ó pensando que fuese muerto también á manos de indios, dijo que Cortés era muerto; que causó gran parte del mal. Con lo cual, y por malas nuevas que venían de los muchos trabajos y peligros en que Cortés y los de su compañía andaban, lo creía casi toda la ciudad; y así muchas mujeres hicieron obsequias á sus maridos, y al mismo Cortés le hicieron también ciertos parientes, amigos y criados suyos, las honras como á muerto. Juana de Mansilla, mujer de Juan Valiente, dijo que Cortés era vivo: vino á oídos de Gonzalo de Salazar, y mandóla azotar por las calles públicas y acostumbradas de la ciudad; dislate que no lo hiciera un modorro; mas Cortés cuando vino restituyó á esta mujer en su honra, llevándola á las ancas por Méjico y llamándola doña Juana; y en unas coplas que después hicieron, á imitación de las del Provincial, dijeron por allá que le habían sacado el don de las espaldas, como narices del brazo. Estaban á la sazón seis ó siete naos de mercaderes en Medellín, que, á fama de las riquezas de Méjico, eran idas á vender sus mercaderías. Gonzalo de Salazar y

todos los otros oficiales del Rey querían enviar en ellas dineros al Emperador, que era el toque de su negocio, y escribir al consejo y á Cobos en derecho de su dedo; pero no faltó quien se lo contradijese, diciendo que no era bien aquello sin voluntad y cartas del gobernador Fernando Cortés. Llegó en esto Francisco de las Casas con Gil González de Avila; y como era caballero, hombre altivo, animoso, y cuñado de Cortés, opúsose muy recio contra ellos, y aun atropellólos un día, maltratando á Rodrigo de Albornoz, y envió luego á quitar las áncoras y velas á las naos que estaban en Medellín, porque no tuviesen en qué enviar á España relaciones, como él decía, falsas, mentirosas y perjudiciales; pero el fator Salazar, que era mañoso, lo prendió, juntamente con Gil González; procedió contra ellos por la muerte de Cristóbal de Olid, por la inobediencia y desacato que le tuvo por lo de las naos, y porque era gran contraste para sus pensamientos. Condenólos á muerte, y sino fuera por buenos rogadores, los degollara, aunque habían apelado para el Emperador. Todavía los envió presos á España, con el proceso y sentencia, en una nao de Juan Bono de Quexo. Envió asimismo doce mil castellanos en barras y joyas de oro con Juan de la Peña, criado suyo; pero quiso la fortuna que se hundiese aquella carabela en la isla del Fayal, que es de las Azores una; y así se perdieron las cartas, procesos y escrituras, y se salvaron los hombres y el oro.

#### La prisión del fator y veedor

Estando pues Gonzalo de Salazar triunfando de esta manera en Méjico, y Peralmindez Chirino sobre el peñol que dije de Zoatlán, llegó á la ciudad Martín Dorantes, mozo

de espuelas de Cortés, con muchas cartas y con poderes del Gobernador, para que gobernasen Francisco de las Casas y Pedro de Albarado, y removiesen del cargo y castigasen al fator y veedor. Entróse en San Francisco, sin ser de nadie visto; y como supo de los frailes que Francisco de las Casas era llevado preso á España, llamó secretamente á Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y dióles las cartas de Cortés. Ellos, en leyéndolas, llamaron todos los de la parcialidad de Cortés, los cuales eligieron luego al Alonso de Estrada por lugarteniente de Cortés, en nombre del Emperador, por no estar allí tampoco Pedro de Albarado ni Francisco de las Casas, á quien los poderes venían. Divulgóse luego por toda la ciudad que Cortés era vivo, y hubo grande alegría; y todos salían de sus casas por ver y hablar al Dorantes. Con el regocijo de tan buenas nuevas parecía Méjico otro del que hasta allí. Gonzalo de Salazar temió valientemente el furor del pueblo. Habló á muchos, según la necesidad que tenía, para que no le desamparasen. Asestó la artillería á la puerta de las casas de Cortés, donde residía, después que ahorcó á Rodrigo de Paz, é hizose fuerte con hasta doscientos españoles. Alonso de Estrada con todo su bando fué á combatirle la casa. Como aquellos doscientos españoles les vieron venir á toda la ciudad sobre sí, y que era mejor acostarse á la parte de Cortés, pues era vivo, que no tener con el fator, y por no morir, comenzaron á dejarle y descolgarse por las ventanas á unos corredores de la casa; y de los primeros que se descolgaron fué don Luis de Guzmán; y no le quedaron sino doce ó quince, que debían ser sus criados. El fator no por eso perdió el ánimo; antes, de que vido que todos se le iban, esforzó á los que le quedaban, y púsose á resistir, y él mismo pegó fuego con un tizón á un tiro; pero no hizo mal, porque los contrarios se abrieron al pasar de la pelota. Arremetió tras esto Estrada y su gente, y entraron, y prendieron al fator en una cámara, donde se retiró. Echáronle una cadena, lleváronlo por la plaza y otras ca-

lles, no sin vituperio é injuria, para que todos lo viesen; metiéronlo en una red, y pusieronle muy buena guarda, y después se pasaron á la misma casa el Estrada y Albornoz.

Estrada derechamente le fué contrario, mas Albornoz anduvo doblado, porque afirman que se salió de San Francisco, y habló al fator, prometiéndole que ni sería contra él ni con él, sino en poner paz. Y á la vuelta topó al Estrada, que venía á combatir la casa, é hizo que le apeasen de la mula y le diesen caballo y armas para sí y para sus criados, porque pareciese fuerza si el fator vencía. Peralmindez Chirino dejó la guerra que hacía, de que supo cómo Cortés era vivo, y revocado su poder de gobernador; y caminó para Méjico cuanto más pudo para ayudar con su gente á su amigo Gonzalo de Salazar; mas antes que llegase supo cómo ya estaba preso y enjaulado, y fuése á Tlaxcallán, y metióse en San Francisco, monasterio de frailes, pensando guarecer allí y escapar de las manos de Alonso de Estrada y bando de Cortés; empero luego que se supo en Méjico enviaron por él, y le trajeron y metieron en otra jaula cabe su compañero, sin que le valiese la iglesia. Con la prisión de estos dos cesó todo el escándalo, y gobernaban Estrada y Albornoz en nombre del Rey y del pueblo muy en paz, aunque aconteció que ciertos amigos y criados de Gonzalo de Salazar y Peralmindez se herinaron y concertaron de matar un día señalado al Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y que las guardas soltasen entre tanto los presos. Mas como tenían las llaves los mismos gobernadores, no se podía efectuar su concierto sin hacer otras; porque romper las jaulas, que eran de vigas muy gruesas, era imposible sin ser sentidos y presos. Así que dan parte del secreto, prometiéndole grandes cosas, á un Guzmán, hijo de un cerrajero de Sevilla que hacía vergas de ballesta. El Guzmán, que era buen hombre y allegado de Cortés, se informó muy bien quiénes y cuántos eran los conjurados, para denunciarlos y ser creído. Prometióles llaves, limas y ganzúas para cuando las

pedían, y rogóles que cada día le viesen y avisasen de lo que pasaba, porque se quería hallar en librar los presos; no los matasen. Aquellos se lo creyeron, de necios y poco recatados, é iban y venían á su tienda muchas veces. El Guzmán descubrió el negocio á los gobernadores, declarando por nombre á los concertados, los cuales luego pusieron espías, y hallaron ser verdad. Dieron mandamiento para prender los del monopolio. Presos confesaron ser verdad que querían soltar á sus amos y matar á ellos; y así, fueron sentenciados. Ahorcaron á un Escobar y á otros, que era la cabeza. Á unos cortaron las manos, á otros los pies, á otros azotaron, á muchos desterraron, y, en fin, todos fueron bien castigados; y con tanto, no hubo de allí adelante quien revolviere la ciudad ni perturbase la gobernación de Alonso de Estrada. Así como digo pasó esta guerra civil de Méjico entre españoles, estando ausente Fernando Cortés; y levantáronla oficiales del Rey, que son más de culpar. Y nunca Cortés salió fuera que soldado suyo saliese de su mandado y comisión, ni hubiese la menor alteración de las pasadas. Fue maravilla no alzarse los indios entonces, que tenían aparejo para ello, y aun armas, bien que dieron muestra de hacerlo; mas esperaban que Cuahutimoc se lo enviase á decir cuando él hubiese muerto á Cortés, como lo trataba por el camino, según después se dirá.

#### La gente que Cortés llevó á las Higueras

Luego que Cortés despachó á Gonzalo de Salazar y á Peralmindez desde la villa del Espíritu Santo con poderes para gobernar en Méjico, hizo saber á los señores de Tabasco y Xicalanco cómo estaba allí y quería ir cierto cami-

no; que le enviasen algunos hombres prácticos de la costa y de la tierra. Luego aquellos señores le enviaron diez personas de las más honradas de sus pueblos, y mercaderes, con el crédito que de costumbre tienen; los cuales, después de haber muy bien entendido el intento de Cortés, le dieron un dibujo de algodón tejido, en que pintaron todo el camino que hay de Xicalanco hasta Naco y Nito, donde estaban españoles, y aun hasta Nicaragua, que es á la mar del Sur, y hasta donde residía Pedrarias, gobernador de Tierra-Firme; cosa bien de mirar, porque tenía todos los ríos y sierras que se pasan y todos los grandes lugares y las ventas á do hacen jornada cuando van á las ferias; y le dijeron cómo, por haber quemado muchos pueblos los españoles que andaban por aquella tierra, se habían huido los naturales á los montes; y así, no se hacían las ferias como solían en aquellas ciudades. Cortés se lo agradeció, y les dió algunas cosillas por el trabajo y por las nuevas de lo que buscaba, y se maravilló de la noticia que tenían de tierra tan lejos. Teniendo pues guía y lengua, hizo alarde, y halló ciento y cincuenta caballos y otros tantos españoles á pie muy en orden de guerra, para servicio de los cuales iban tres mil indios y mujeres. Llevó una piara de puercos, animales para mucho camino y trabajo, y que multiplican en gran manera. Metió en tres carabelas cuatro piezas de artillería que sacó de Méjico, mucho maíz, frisoles, pescados y otros mantenimientos, muchas armas y pertrechos y todo el vino, aceite, vinagre y cecinas que tenía traídas de la Veracruz y de Medellín. Envió los navíos que fuesen costa á costa hasta el río de Tabasco, y él tomó el camino por tierra, con pensamiento de no desviarse mucho de la mar. Á nueve leguas de la villa del Espíritu Santo pasó un gran río en barcas, y entró en Tunalán; y otras tantas leguas más adelante pasó otro río, que llaman Aquiauilco, y los caballos á nado. Topó después otro tan ancho, que porque no se le ahogasen los caballos hizo una puente de madera, no media legua de la

mar, que tuvo nuevecientos y treinta y cuatro pasos. Fué obra que maravilló los indios, y aun que los cansó. Llegó á Copilco, cabeza de la provincia; y en treinta y cinco leguas que anduvo atravesó cincuenta ríos y desagüaderos de ciénagas y otras casi tantas puentes que hizo; ca no pudiera pasar de otra manera la gente. Es aquella tierra muy poblada, aunque muy baja y de muchas ciénagas y lagunajos, a causa de ser muy alta la costa y ribera; y así, tienen muchas canoas. Es rica de cacao, abundante de pan, fruta y pesca. Sirvió muy bien este camino, y quedó amiga y depositada á los españoles, vecinos de la villa del Espíritu Santo. De Anaxuca, que es el postrer lugar de Copilco para ir á Cuatlán, atravesó unas muy cerradas montañas y un río, dicho Quezatlán, bien grande, el cual entra en el de Tabasco, que llaman Grijalba; y por él se proveyó de comida de los carabelones con veinte barquillas de Tabasco, que trajeron doscientos hombres de aquella ciudad; con las cuales pasó el río. Ahogósele un negro, y perdióse hasta cuatro arrobas de herraje, que hicieron harta falta. Creo que aquí se casó Juan Jaramillo con Marina, estando borracho. Culparon á Cortés, que lo consintió teniendo hijos en ella. Huyeron; y en veinte días que estuvo allí Cortés ni vinieron ni halló quien le mostrase camino, sino fueron dos hombres y unas mujeres que le dijeron cómo el señor y todos estaban por los montes y esteros, y que ellos no sabían andar sino en barcas. Preguntados si sabían á Chilapán, que estaba en el dibujo, señalaron con el dedo una sierra hasta diez leguas de allí. Cortés hizo una puente de trescientos pasos, en que entraron muchas vigas de treinta y de cuarenta pies, y pasó una gran ciénaga; que sin pasar agua no se podía salir de aquel pueblo. Durmió en el campo alto y enjuto, y otro día entró en Chilapán, gran lugar y bien asentado; mas estaba quemado y destruído. No halló en él más de dos hombres, que lo guiaron á Tamaztepec, que por otro nombre llaman Tecpetlicán. Antes de llegar allá pasó un río, dicho por

nombre Chilapán, como el lugar atrás. Ahogóse allí otro esclavo, y perdióse mucho fardaje. Tardó dos días en andar seis leguas, y casi siempre fueron los caballos por agua y cieno hasta las rodillas, y aun hasta la barriga por muchas partes. El trabajo y peligro que pasaron los hombres fué excesivo, y aina se ahogaron tres españoles. Tamaztepec estaba sin gente y desolado. Todavía reposaron en él los nuestros seis días. Hallaron fruta, maíz verde en lo labrado, y maíz en grano en silos, que fué harto remedio y refrigerio, según iban hombres y caballos; y aun cómo pudieron llegar los puercos fué maravilla. De allí fué á Iztapán en dos jornadas por ciénagas y tremedales espantosos, donde se hundían los caballos hasta la cincha. Los de aquel pueblo, como vieron hombres á caballo, huyeron, y también porque les había dicho el señor de Cuatlán que los españoles mataban cuantos topaban; y aun pusieron fuego á muchas casas. Llevaron su ropilla y mujeres de la otra parte del río que pasa por el pueblo, y muchos de ellos por pasar apriesa se ahogaron. Prendiéronse algunos, que dijeron cómo por el miedo que les había metido el señor de Cuatlán habían hecho aquello. Cortés entonces llamó los que traía de Cuatlán, Chilapán y Tamaztepec, para que le dijese el buen tratamiento que se les hacía; y dióles luego en presencia de aquel preso algunas cosillas, y licencia que se tornasen á sus casas, y cartas para que mostrasen á los cristianos que por sus pueblos viniesen, porque con ellas estarían seguros. Con esto se alegraron y aseguraron los de Iztapán, y llamaron al señor, el cual vino con cuarenta hombres, y dióse por vasallo del Emperador; y dió largamente de comer á nuestro ejército aquellos ocho días que allí estuvo. Pidió veinte mujeres, que fueron presas en el río, y luego se las dieron. Acaeció estando allí que un mejicano se comió una pierna de otro indio de aquel pueblo, que fué muerto á cuchilladas. Súpolo Cortés, y mandó luego quemar en presencia del señor; el cual quiso entender la causa, y

aun le hizo Cortés un largo razonamiento y sermón, por intérprete, dándole á entender cómo era venido en aquellas partes en nombre del más bueno y poderoso principe del mundo, á quien toda la tierra reconocía como á monarca, y que así debía hacer él; y que también venía á castigar los malos que comían carne de otros hombres, como hacia aquel de Méjico, y á enseñar la ley de Cristo, que mandaba creer y adorar un solo Dios, y no tantos idolos; y notificar á los hombres el engaño que les hacia el diablo para llevarlos al infierno, donde los atormentasen con terrible y perdurable fuego. Declaróle asimismo muchos misterios de nuestra santa fe católica. Cebóle con el paraíso, y dejóle muy contento y maravillado de las cosas que le dijo. Este señor dió á Cortés tres canoas para enviar á Tabasco por el río abajo con tres españoles y la instrucción de lo que habían de hacer los carabelones, y de cómo tenían de ir á esperarle á la bahía de la Ascensión, y para llevar con ellas y con otras carne y pan de los navios á Acalán por un estero. Dióle asimismo otras tres canoas y hombres, que fueron con unos españoles el río arriba á apaciguar y allanar la tierra y camino, que no fué poca amistad. De aquí comenzaron á ir ruines nuevas á Méjico, y que nunca más volvería Cortés, por lo cual mostraron luego sus dañadas intenciones Gonzalo de Salazar y Peralmindez.

#### De los sacerdotes de Tatahuítlapán

De Iztapán fué Cortés á Tatahuítlapán, donde no halló gente ninguna, salvo veinte hombres, que debían ser sacerdotes, en un templo de la otra parte del río, muy grande y bien adornado; los cuales dijeron haberse quedado

allí para morir con sus dioses, que les decían que los mataban aquellos barbudos, y era que Cortés quebraba siempre los idolos ó ponía cruces; y como vieron á los indios de Méjico con unos aderezos de los idolos, dijeron llorando que ya no querían vivir, pues sus dioses eran muertos. Cortés entonces y los dos frailes franciscanos les hablaron con las lenguas que llevaban, otro tanto como al señor de Iztapán, y que dejasen aquella su loca y mala creencia. Ellos respondieron que querían morir en la ley que sus padres y abuelos. Uno de aquellos veinte, que era el principal, mostró do estaba Huatipán, que venía figurado en el paño, diciendo que no sabía andar por tierra. Simpleza harto grande; pero con ella vivían contentos y descansados. Poco después de salido el ejército de allí, pasó una ciénaga de media legua, y luego un estero hondo, donde fué necesario hacer puente, y más adelante otra ciénaga de una legua; pero como era algo tiesta debajo, pasaron los caballos con menos fatiga, aunque les daba á las cinchas, y donde menos, encima de la rodilla. Entraron en una montaña tan espesa, que no veían sino el cielo y lo que pisaban, y los árboles tan altos, que no se podía subir en ellos, para atalayar la tierra. Anduvieron dos días por ella desatinados; repararon orilla de una balsa que tenía yerba, porque paciesen los caballos; durmieron y comieron aquella noche poco, y algunos pensaban que antes de acertar á poblado habían de morir. Cortés tomó una aguja y carta de marear que llevaba para semejantes necesidades, y acordándose del paraje que le habían señalado en Tahuítlapán, miró, y halló que corriendo al nordeste iban á salir á Guatecpán ó muy cerca. Abrieron pues el camino á brazos, siguiendo aquel rumbo, y quiso Dios que fueron derechos á dar en el mismo lugar, después de muy trabajados; mas refrescáronse luego en él con frutas y otra mucha comida, y ni más ni menos los caballos con maíz verde y con yerba de la ribera, que es muy hermosa.

Estaba el lugar despoblado, y no podía Cortés saber ras-

aun le hizo Cortés un largo razonamiento y sermón, por intérprete, dándole á entender cómo era venido en aquellas partes en nombre del más bueno y poderoso principe del mundo, á quien toda la tierra reconocía como á monarca, y que así debía hacer él; y que también venía á castigar los malos que comían carne de otros hombres, como hacia aquel de Méjico, y á enseñar la ley de Cristo, que mandaba creer y adorar un solo Dios, y no tantos idolos; y notificar á los hombres el engaño que les hacia el diablo para llevarlos al infierno, donde los atormentasen con terrible y perdurable fuego. Declaróle asimismo muchos misterios de nuestra santa fe católica. Cebóle con el paraíso, y dejóle muy contento y maravillado de las cosas que le dijo. Este señor dió á Cortés tres canoas para enviar á Tabasco por el río abajo con tres españoles y la instrucción de lo que habían de hacer los carabelones, y de cómo tenían de ir á esperarle á la bahía de la Ascensión, y para llevar con ellas y con otras carne y pan de los navios á Acalán por un estero. Dióle asimismo otras tres canoas y hombres, que fueron con unos españoles el río arriba á apaciguar y allanar la tierra y camino, que no fué poca amistad. De aquí comenzaron á ir ruines nuevas á Méjico, y que nunca más volvería Cortés, por lo cual mostraron luego sus dañadas intenciones Gonzalo de Salazar y Peralmindez.

#### De los sacerdotes de Tatahuítlapán

De Iztapán fué Cortés á Tatahuítlapán, donde no halló gente ninguna, salvo veinte hombres, que debían ser sacerdotes, en un templo de la otra parte del río, muy grande y bien adornado; los cuales dijeron haberse quedado

allí para morir con sus dioses, que les decían que los mataban aquellos barbudos, y era que Cortés quebraba siempre los idolos ó ponía cruces; y como vieron á los indios de Méjico con unos aderezos de los idolos, dijeron llorando que ya no querían vivir, pues sus dioses eran muertos. Cortés entonces y los dos frailes franciscanos les hablaron con las lenguas que llevaban, otro tanto como al señor de Iztapán, y que dejasen aquella su loca y mala creencia. Ellos respondieron que querían morir en la ley que sus padres y abuelos. Uno de aquellos veinte, que era el principal, mostró do estaba Huatipán, que venía figurado en el paño, diciendo que no sabía andar por tierra. Simpleza harto grande; pero con ella vivían contentos y descansados. Poco después de salido el ejército de allí, pasó una ciénaga de media legua, y luego un estero hondo, donde fué necesario hacer puente, y más adelante otra ciénaga de una legua; pero como era algo tiesta debajo, pasaron los caballos con menos fatiga, aunque les daba á las cinchas, y donde menos, encima de la rodilla. Entraron en una montaña tan espesa, que no veían sino el cielo y lo que pisaban, y los árboles tan altos, que no se podía subir en ellos, para atalayar la tierra. Anduvieron dos días por ella desatinados; repararon orilla de una balsa que tenía yerba, porque paciesen los caballos; durmieron y comieron aquella noche poco, y algunos pensaban que antes de acertar á poblado habían de morir. Cortés tomó una aguja y carta de marear que llevaba para semejantes necesidades, y acordándose del paraje que le habían señalado en Tahuitlapán, miró, y halló que corriendo al nordeste iban á salir á Guatecpán ó muy cerca. Abrieron pues el camino á brazos, siguiendo aquel rumbo, y quiso Dios que fueron derechos á dar en el mismo lugar, después de muy trabajados; mas refrescáronse luego en él con frutas y otra mucha comida, y ni más ni menos los caballos con maíz verde y con yerba de la ribera, que es muy hermosa.

Estaba el lugar despoblado, y no podía Cortés saber ras-



tro de las tres barcas y españoles que había enviado el río arriba, y andando por el pueblo, vió una saeta de ballesta hincada en el suelo, por la cual conoció que eran pasados adelante, si ya no los habían muerto los de allí. Pasaron el río algunos españoles en unas barquillas; anduvieron buscando gente por las huertas y labranzas, y al cabo vieron una gran laguna, donde todos los de aquel pueblo estaban metidos en barcas é isletas; muchos de los cuales salieron luego á ellos con mucha risa y alegría, y vinieron al lugar hasta cuarenta, que dijeron á Cortés cómo por el señor de Cuatlán habían dejado el pueblo, y cómo eran pasados ciertos barbudos el río adelante con hombres de Iztapán, que les dieron certenidad del buen tratamiento que los extranjeros hacían á los naturales, y cómo se había ido con ellos un hermano de su señor en cuatro canoas de gente armada, para que no les hiciesen mal en el otro pueblo más arriba. Cortés envió por los españoles, y vinieron luego al otro día con muchas canoas cargadas de miel, maíz, cacao y un poco de oro, que alegró el ojo á todos. También vinieron de otros cuatro ó cinco lugares á traer á los españoles bastimento, y á verlos, por lo mucho que de ellos se decía, y en señal de amistad les dieron un poquito de oro, y todos quisieran que fuera más. Cortés les hizo mucha cortesía, y rogó que fuesen amigos de sus cristianos. Todos ellos se lo prometieron. Tornáronse á sus casas, quemaron muchos de sus ídolos por lo que les fué predicado, y el señor dió del oro que tenía.

#### De la puente que hizo Cortés

De Huatecpán tomó Cortés el camino para la provincia de Acalán, por una senda que llevan mercaderes; que

otras personas poco andan de un pueblo á otro, según ellos decían. Pasó el río con barcas; ahogóse un caballo, y perdiéronse algunos fardeles. Anduvo tres días por unas montañas muy ásperas con gran fatiga del ejército, y luego dió sobre un estero de quinientos pasos ancho, el cual puso en gran estrecho los nuestros, por no tener barcas ni hallar fondo. De manera que con lágrimas pedían á Dios misericordia, ca si no era volando, parecía imposible pasarlo, y tornar atrás, como todos los más querían, era perecer; porque como había llovido mucho, se habían llevado las crecientes todas las puentes que hicieron. Cortés se metió en una barquilla con dos españoles hombres de mar, los cuales sondaron todo el ancón y estero, y por do quiera hallaban cuatro brazas de agua. Tentaron con picas, atadas una á otra, el suelo, y estaba otras dos brazadas de lama y cieno; de suerte que eran seis brazas de hondura, y quitaban la esperanza de fabricar puente. Todavía quiso él probar de hacerla. Rogó á los señores mejicanos que consigo llevaba hiciesen con los indios que cortasen árboles, labrasen y trajesen vigas grandes, para hacer allí una puente por do escapasen de aquel peligro. Ellos lo hicieron, y los españoles iban hincando aquellas maderas por el cieno, puestos sobre balsas, y con tres canoas, que más no tenían; pero érales tanto trabajo y mohína, que renegaban de la puente y aun del capitán, y murmuraban terriblemente de él por haberlos metido locamente á donde no los podría sacar, con toda su agudeza y saber, y decían que la puente no se acabaría, y cuando se acabase serían ellos acabados; por tanto, que diesen vuelta antes de acabar las vituallas que tenían, pues así como así se había de volver sin llegar á Higueras. Nunca Cortés se vió tan confuso; mas por no enojarlos, no les quiso contradecir, y rogóles que se holgasen y esperasen cinco días solamente, y si en ellos no tuviese hecha la puente, que les prometía de volverse. Ellos á esto respondieron que esperarían aquel tiempo aunque comiesen cantos. Cortés entonces habló á

los indios que mirasen en cuánta necesidad estaban todos, pues forzado habían de pasar ó perecer. Animólos al trabajo, diciendo que luego en pasando aquel estero estaba Acalán, tierra abundantísima y de amigos, y donde estaban los navios con muchos bastimentos y refresco. Prometiéndoles grandes cosas para en volviendo á Méjico si hacían aquella puente. Todos ellos, y los señores principalmente, respondieron que les placía, y luego se repartieron por cuadrillas. Unos para coger raíces, yerbas y frutas de monte que comer, otros para cortar árboles, otros para labrarlos, otros para traerlos, y otros para hincarlos en el estero. Cortés era el maestro mayor de la obra, el cual puso tanta diligencia y ellos tanto trabajo, que dentro de seis días fué hecha la puente, y al séptimo pasaron por encima de ella todo el ejército y caballos; cosa que pareció no sin ayuda de Dios obrada, y los españoles se maravillaron muy mucho y aun trabajaron su parte, que aunque hablan mal, obran bien. La hechura era común, mas la maña que los indios tuvieron fué extraña. Entraron en ella mil vigas de ocho brazas en largo y cinco y seis palmos de gordor y otras muchas maderas menores y menudas para cubierta. La atadura fué de bejucos, que clavazón no hubo, sino de clavos de ferrar y clavijas de palo por algunos barrenos. No duró la alegría que todos llevaban por haber pasado á salvo aquel estero, ca luego toparon una ciénaga muy espantosa, aunque no muy ancha, donde los caballos, quitadas las sillas, se sumían hasta las orejas, y cuanto más forcejaban, más se hundían, de manera que allí se perdió del todo la esperanza de escapar caballo ninguno. Todavía les metían debajo los pechos y barrigas haces de rama y de yerba en que se sostuviesen, lo cual aunque aprovechaba algo, no bastaba. Estando así, abrióse por medio un callejón por do acanaló la agua, y por allí salieron á nado los caballos, pero tan fatigados, que no se podían tener en pies. Dieron gracias á nuestro Señor por tan grandes mercedes como les había hecho; que sin ca-

ballos quedaban perdidos. Estando en esto llegaron cuatro españoles que habían ido delante, con ochenta indios de aquella provincia de Acalán, cargados de aves, fruta y pan, con que Dios sabe cuánto se holgaron todos, mayormente cuando dijeron que Apoxpalón, señor de aquella provincia y toda la demás gente quedaba esperando el ejército de paz, y con muy buena voluntad de verle y aposentarle en sus casas; y ciertos de aquellos indios dieron á Cortés cosillas de oro de parte del señor, y dijeron cómo tenía gran contentamiento de su venida por aquella tierra, ca muchos años había que tenía noticia de él por los mercaderes de Xicalanco y Tabasco. Cortés le agradeció tan buena voluntad; dióles ciertas cosillas de España para el señor; hizolos ir á ver la puente, y tornólos á enviar con los mismos españoles. Fueron admirados del edificio de la puente, así porque no los hay por allí, como por ser tan grande, y porque pensaban que ninguna cosa era imposible á los españoles. Otro día llegaron á Tizapetl, donde los vecinos tenían mucha comida aderezada para los hombres, y mucho grano y hierba y rosas para los caballos. Reposaron allí seis días, satisfaciendo al trabajo y hambre pasada. Vino á ver á Cortés un mancebo de buena disposición y muy bien acompañado, que dijo ser hijo de Apoxpalón. Trájole muchas gallinas y cierto oro; ofrecióle su persona y tierra, fingiendo que su padre era muerto. Él lo consoló y mostró tener tristeza, aunque barruntaba no decir verdad, porque cuatro dias antes estaba vivo y le había enviado un presente. Dióle un collar de cuentas de Flandes, que traía al cuello, y que fué muy estimado del mancebo, y rogóle que no se fuese tan presto.

## De Apoxpalón, señor de Izancanac

De Tizapetl fueron á Teuticaccac, que estaba seis leguas, donde el señor les hizo muy buen tratamiento. Aposentáronse en dos templos, que los hay muchos y muy hermosos, uno de los cuales era el mayor y dedicado á una diosa á quien sacrificaban doncellas vírgenes y hermosas, que si no eran, diz que se enojaba mucho con ellos, y á esta causa las buscaban desde niñas y las criaban regaladamente. Sobre esto les dijo Cortés como mejor pudo lo que convenia á cristiano y lo que el Rey mandaba, y derribó los ídolos; de que no mostraron mucha pena los del pueblo. Aquel señor de Teuticaccac trabó grandes pláticas y conversación con españoles, y tomó mucha amistad y amor con Cortés. Dióle más entera razón de los españoles que iba buscando y del camino que había de llevar. Dijole en muy gran puridad cómo Apoxpalón era vivo, y que le quería guiar por un rodeo, aunque no mal camino, porque no viese sus pueblos y riqueza. Rogóle que tuviese secreto si le quería ver vivo y con su hacienda y estado. Cortés se lo agradeció mucho, y no solamente le prometió secreto, pero buenas obras de amigo. Llamó luego al mancebo que dije, y examinóle; el cual, como no pudo negar la verdad, dijo cómo su padre era vivo, y á ruego de Cortés le fué á llamar y le trajo luego al segundo día. Apoxpalón se excusó con mucha vergüenza, diciendo que de miedo de tan extraños hombres y animales lo hacía, hasta ver si eran buenos, porque no le destruyesen sus pueblos; pero que agora, pues veía cómo no hacían mal á nadie, le rogaba se fuése con él á Izancanac, ciudad populosa, donde él residía. Cortés se partió otro día, y dió un caballo á Apoxpalón en que fuese,

de lo cual mostró gran placer, aunque al principio pensó caer. Entraron con gran recibimiento en aquella ciudad. Cortés y Apoxpalón posaron en una casa donde cupieron los españoles con sus caballos. Á los de Méjico repartieron por casas. Aquel señor dió largamente de comer á todos el tiempo que allí estuvieron, y á Cortés cierto oro y veinte mujeres. Dióle una canoa y hombres que llevasen por el río abajo hasta la mar, á do estaban los carabelones, un español que poco antes llegara de Santisteban de Pánuco con letras, y cuatro indios que habían traído cartas de Medellín, de la villa del Espíritu Santo y de Méjico, hechas antes que Gonzalo de Salazar y Peralmíndez llegasen; con las cuales respondía que iba bueno, aunque con muchos trabajos, y también escribió á los españoles que estaban en los carabelones lo que habían de hacer y adónde tenían de ir á esperarle. Acostumbran, á lo que dicen, en aquella tierra de Acalán hacer señor al más caudaloso mercader, y por eso lo era Apoxpalón, que tenía grandísimo trato por tierra de algodón, cacao, esclavos, sal, oro, aunque poco, y mezclado con cobre y con otras cosas; de caracoles colorados, con que atavian sus personas y sus ídolos; de resina y otros sahumerios para los templos, de teda para alumbrarse, de colores y tintas con que se pintan para las guerras y fiestas, y se tiñen para defensa del calor y frío, y de otras muchas mercaderías que ellos estiman y han menester; y así, tenía en muchos pueblos de ferias, como era Nito, fater y barrio por sí, poblado de sus vasallos y criados tratantes. Mostróse Apoxpalón muy amigo de españoles, hizo una puente para que pasasen una ciénaga, tuvo canoas para pasar un estero; envió muchas guías con ellos, prácticas del camino, y por todo esto no pidió sino una carta de Cortés para si algunos españoles viniesen por allí, que supiesen cómo era su amigo. Acalán es muy poblada y rica. Izancanac grande ciudad.

## La muerte de Cuahutimoc

Llevaba Cortés consigo á Cuahutimoc y otros muchos señores mejicanos, porque no revolviessen la ciudad y tierra, y tres mil indios de servicio y carga. Cuahutimoc, afligido de tener guarda, y como tenía alientos de rey, y veía los españoles alejados de socorro, flacos del camino, metidos en tierra que no sabían, pensó matarlos por vengarse, especial á Cortés, y volverse á Méjico apellidando libertad, y alzarse por rey, como solía ser. Dió parte á los otros señores, y avisó á los de Méjico, para que á un mismo día matasen también ellos á los españoles que allí había, pues no eran sino doscientos y no tenían más de cincuenta caballos, y estaban reñidos y en bandos; y si lo supiera hacer como pensar, no pensara mal; porque Cortés llevaba pocos, y pocos eran los de Méjico, y aquellos mal avenidos. Había tan pocos entonces por haber ido con Albarado á Cuahutemallán, con Casas á Higueras y á las minas de Michuacán. Los de Méjico se concertaron para en viendo descuidados ó asidos los españoles, y para el segundo mandamiento de Cuahutimoc. Hacían de noche gran ruido con sus atabales, huesos, caracoles y bocinas, y como era más y más ordinario que antes, tomaron sospecha los españoles y preguntaron la causa. Recatáronse de ellos, no sé si por indicios ó por certificación, y salían siempre armados, y aun en las procesiones que hacían por Cortés llevaban los caballos á par de sí, ensillados y enfrenados.

Mexicalcínco, que después se llamó Cristóbal, descubrió á Cortés la conjuración y trato de Cuahutimoc, mostrándole un papel con las figuras y nombres de los señores que le urdían la muerte. Cortés loó mucho á Mexicalcínco,

prometióle grandes mercedes, y prendió diez de aquellos que estaban pintados en el papel sin que uno supiese de otro: preguntóles cuántos eran en aquella liga, diciendo al que examinaba cómo se lo habían dicho ya otros. Era tan cierto, según Cortés, que no podían negarlo; y así, confesaron todos que Cuahutimoc, Couanacochcín y Tetepanquezatl habían movido aquella plática; que los demás, aunque holgaban de ello, que no habían consentido de veras ni se habían hallado en la consulta, y que obedecer á su señor y desear cada uno su libertad y señorío, no era mal hecho ni pecado, y que les parecía que nunca podrían tener mejor tiempo ni lugar que allí para matarle, por tener pocos compañeros y ningún amigo, y que no temían mucho los españoles que estaban en Méjico, por ser nuevos en la tierra y no usados á las armas, y muy metidos en bandos y guerra, de que Cortés tomó mala espina; mas empero, pues los dioses no lo querían, que los matase. Tras esta confesión les hizo proceso, y dentro de breve tiempo se ahorcaron por justicia Cuahutimoc, Tlacatlec y Tetepanquezatl. Para castigo de los otros bastó el miedo y espanto; ca ciertamente pensaron todos ser muertos y quemados, pues ahorcaron los reyes, y creían que la aguja y carta de marear se lo habían dicho, y no hombre ninguno; y tenían por muy cierto que no se le podían esconder los pensamientos, pues había acertado aquello y el camino de Huatépán; y así vinieron muchos á decirle que mirase en el espejo, que así llaman ellos al aguja, y vería cómo le tenían muy buena voluntad y ningunas intenciones malas. Él y todos los españoles les hacían encreyente ser así verdad porque temiesen. Hizose esta justicia por Carnestolendas del año de 1525 en Izancanac. Fué Cuahutimoc valiente hombre, según de la historia se colige, y en todas sus adversidades tuvo ánimo y corazón real, tanto al principio de la guerra para la paz, cuanto en la perseverancia del cerco, y así cuando le prendieron, como cuando le ahorcaron, y como cuando, porque dijese del tesoro de Motezu-

ma, le dieron tormento, el cual fué untándole muchas veces los pies con aceite y poniéndoselos luego al fuego; pero más infamia sacaron que no oro, y Cortés debiera guardarlo vivo como oro en paño, que era el triunfo y gloria de sus victorias. Mas no quiso tener que guardar en tierra y tiempo tan trabajoso; es verdad que se preciaba mucho de él, ca los indios le honraban mucho por su amor y respeto, y le hacían aquella misma reverencia y ceremonias que á Motezuma, y creo que por eso le llevaba siempre consigo por la ciudad á caballo, si cabalgaba, y si no, á pie como él iba. Apoxpalón quedó espantado de aquel castigo de tan grandísimo rey; y de temor, ó por lo que Cortés le había dicho acerca de los muchos dioses, quemó infinitos ídolos en presencia de los españoles, prometiéndoles de no honrar más las estatuas de allí adelante, y de ser su amigo y vasallo de su rey.

#### De cómo Canec quemó los ídolos

De Izancanac, que es cabecera de Acalán, habían de ir nuestros españoles á Mazatlán, pueblo que también se llama de otra manera en otro lenguaje, mas no sé cómo se tiene de escribir; y aunque he procurado mucho informarme muy bien de los propios vocablos y nombres de los lugares que nuestro ejército pasó este viaje de las Higueras, no estoy satisfecho del todo. Por tanto, si algunos no se pronuncian como deben, nadie se maraville, pues aquel camino no se huella. Cortés, porque no le faltase provisión, hizo mochila para seis días, aunque no había de estar en el camino sino tres, ó cuando mucho cuatro, escarmetado de la necesidad pasada. Envió delante cuatro españoles con dos guías que le dió Apoxpalón. Pasó la ciénaga

y estero con la puente y canoas que aderezó aquel señor, y á cinco leguas que anduvo, volvieron los cuatro españoles diciendo que había buen camino y mucho pasto y labranzas; que fué buena nueva para todos, que iban hostigados de los malos caminos pasados. Envió otros corretores más sueltos á tomar algunos de la tierra para saber cómo tomaban la ida de españoles; los cuales trajeron presos dos hombres de Acalán, mercaderes, según iban cargados de ropa para vender, y ellos dijeron cómo en Mazatlán no había memoria de tales hombres, y que el lugar estaba lleno de gente. Cortés dejó volver á los que traía de Izancanac, y llevó por guía aquellos dos mercaderes. Durmió aquella noche, como la pasada, en un monte. Otro día los españoles que descubrieron toparon cuatro hombres de Mazatlán, que estaban por escuchas, y tenían arcos y flechas, y que, como los vieron, desembrazaron sus arcos, hirieron un indio nuestro y acogiéronse á un monte. Corrieron tras ellos los españoles, y no pudieron tomar sino al uno. Entregáronlo á los indios, y prosiguieron el camino por ver si había más. Aquellos tres que se metieron en el monte, como vieron idos los españoles, dieron sobre nuestros indios, que eran otros tantos, y por fuerza les quitaron el preso. Ellos corridos del afrenta, corrieron tras los otros, tornaron á pelear, hirieron á uno de Mazatlán en un brazo, de una gran cuchillada, y prendiéronle; los demás huyeron porque llegaba cerca el ejército. Este herido dijo que no sabían nada en su lugar de aquella gente barbada, y que estaban allí por velas, como es su costumbre, para que sus enemigos, que tenían muchos por la comarca, no llegasen sin ser sentidos á saltar al pueblo ni labranzas, y que no estaba lejos el lugar. Cortés aguijó por llegar allá aquella noche, mas no pudo. Durmió cerca de una ciénaga en una cabañuela sin tener agua que beber. En amaneciendo se aderezó la ciénaga con rama y mucha broza, y pasaron los caballos de diestro no con mucho trabajo, y á tres leguas andadas llegaron á un lugar puesto sobre un

peñol en mucha ordenanza, pensando hallar resistencia, mas no la hubo, porque los moradores habían huido de miedo. Hallaron muchos gallipavos, miel, frisoles, maiz, y otros bastimentos en gran cantidad. Aquel lugar es fuerte por estar en gran risco; no tiene más de una puerta, pero llana la entrada; está rodeado por una parte de una laguna y por otra de un arroyo muy hondo que también entra en la laguna; tiene un foso bien fondo, y luego un pretil de madera hasta los pechos, y después una cerca de tablonnes y vigas, dos estados en alto, por lo cual hay muchas troneras para flechar, y á trechos garitas que sobrepujan la cerca otro estado y medio, con muchas piedras y saetas, y aun las casas son fuertes y tienen sus travesías y saeteras para tirar, que responden á las calles. Todo, en fin, era recio y bien ordenado para las armas que usan en aquella tierra, y tanto más se holgaron los nuestros, cuanto más fuerte era el lugar, porque lo desampararon, mayormente porque era frontera y tenían guarnición de soldados. Cortés envió uno de aquellos de Acalán á llamar al señor y á la gente. Vino el gobernador; dijo que el señor era niño y tenía mucho miedo, y fué con él hasta Tiac, que está seis leguas de allí; pero ya cuando llegaron eran idos los vecinos al monte, huyendo de temor. Era Tiac mayor pueblo, mas no tan fuerte, por estar en llano. Tiene tres barrios cercados cada uno por sí, y otra cerca que los cerca á todos juntos. No pudo Cortés acabar con los de allí que viniesen estando dentro su ejército, aunque le dieron vituallas y alguna ropa y un hombre que lo guiase, el cual dijo que había visto otros hombres barbados y otros ciervos; así llaman por allá á los caballos. Como tuvo Cortés tan buena guía, dió licencia y paga á los de Acalán, que se fuesen á su tierra, y muchas encomiendas para Apoxpalón. De Tiac fué á dormir á Xuncahuítl, que también era lugar fuerte y cercado como los otros, y estaba yermo de gente, pero lleno de mantenimiento. Allí se proveyó el ejército para cinco días que había de camino y despoblado,

hasta Taica, según la nueva guía. Cuatro noches hicieron en sierras; pasaron un mal puerto que se llamó de Alabastro, por ser todas las peñas y piedras dello. Al quinto día llegaron á una muy gran laguna, en una isleta en la cual estaba un gran pueblo, que según la guía dijo, era cabecera de aquella provincia de Taica, y no se podía entrar en él sino por barca. Los corredores tomaron un hombre de aquel lugar en una canoa, y aun no le tomaron ellos, sino un perro de ayuda que llevaban; el cual dijo cómo en la ciudad no se sabía nada de semejantes hombres, y que si querían entrar allá, que fuesen á unas labranzas que estaban cerca de un brazo de la laguna, y podrían tomar muchas barcas de los labradores. Cortés tomó doce ballesteros, y á pie siguió por do le llevaba aquel hombre. Pasó un gran rato de aguacero hasta la rodilla y más arriba. Como tardó mucho en el camino, y no podía ir encubierto, viéronle los labradores y metieron en sus canoas por la laguna adelante. Asentóse real entre aquellos panes, y fortificóse lo mejor que pudo, porque le dijo la guía cómo los de aquella ciudad eran muy ejercitados en la guerra, y hombres á quien toda la comarca temía; y si quería, que él iría en aquella su canoita á la isleta, y entraría en el lugar y hablaría con Canec, señor de Taica, que ya de otras veces le conocía, y le diría su intención y venida. Cortés le dejó ir y llevar al dueño de la barquilla. Fué pues, y volvió á media noche; que, como hay dos leguas de trecho de la costa al pueblo y malos remos, no pudo antes. Trujo dos personas, á lo que mostraban honradas, las cuales dijeron venir de parte de Canec, su señor, á visitar al capitán de aquel ejército y á saber lo que quería. Cortés les habló alegremente; dióles un español que quedase en rehenes, porque viniere Canec al real. Ellos holgaron infinito de mirar los caballos, el traje y barbas de nuestros españoles, y fueronse. Otro día de mañana vino el señor con treinta personas en seis canoas; trajo consigo el español, y ninguna demostración de miedo ni de guerra. Cor-

tés lo recibió con mucho placer, y por hacerle fiesta y mostrarle cómo honraban los cristianos á su Dios, hizo cantar la misa con solemnidad, y tañer los menestres, sacabuches y chirimías que llevaba. Canec oyó la música y canto con mucha atención, y miró muy bien en las ceremonias y servicio del altar, y á lo que mostraba y holgó mucho, loó grandemente aquella música, cosa que nunca oyera. Los clérigos y frailes en acabando el oficio divino se llegaron á él; hicieronle acatamiento, y luego con el faraute le predicaron. Respondió que de grado desharía sus ídolos, y que quisiera mucho saber y tener la manera cómo debía honrar y servir al Dios que le declaraban. Pidió una cruz para poner en su pueblo; replicaron que la cruz luego se la darían, como hacían en cada parte que llegaban, y que presto le enviarían religiosos que lo doctrinasen en la ley de Cristo, pues por entonces no podía ser. Cortés, tras este sermón, le hizo otra breve plática sobre la grandeza del Emperador, y rogándole que fuese su vasallo, como lo eran los de Méjico Tenuchtitlán. Él dijo que desde allí se daba por tal, y que había algunos años que los de Tabasco, como pasan por su tierra á las ferias, le habían dicho que llegaron á su pueblo ciertos extranjeros como ellos, y que peleaban mucho porque los habían vencido en tres batallas. Cortés entonces le dijo como era él mismo el capitán de aquellos hombres que los de Tabasco decían, y porque creyese ser así verdad, que se informase de los de allí. Con tanto, se acabaron las pláticas y se sentaron á comer. Canec hizo sacar de las canoas aves, peces, tortas, miel, fruta y oro, aunque poca cantidad, y unos sartales de cacaroles coloradillos que precian mucho. Cortés le dió una camisa, una gorra de terciopelo negro, y otras cosillas de hierro, como decir tijeras y cuchillos; y preguntóte si sabía algo de ciertos españoles suyos que habían de estar no muy aparte de allí, en la costa de mar. Él dijo que tenía mucha noticia de ellos, porque bien cerca de donde andaban estaban unos vasallos suyos, y si quería, que le daría

persona que lo llevase allí sin errar el camino, pero que era áspero y malo de pasar, por las grandes montañas, y que si iba por mar, que no sería tan trabajoso. Cortés le agradeció las nuevas y guía, y le dijo que no eran buenas aquellas barquillas para llevar caballos ni lios ni tanta gente, y por esto le era forzado ir por tierra; que le diese manera cómo pasar aquella laguna. Canec dijo que á tres leguas de allí la desecharía, y entre tanto que el ejército la andaba, se fué con él á la ciudad á ver su casa, y vería quemar los ídolos. Cortés se fué con él muy contra la voluntad de los compañeros, y llevó consigo veinte ballesteros. Osadia fué demasiada. Estuvo en aquel lugar con muy gran regocijo de los vecinos, hasta la tarde. Vió arder muchos ídolos; tomó guía, encomendó que curasen un caballo que dejaba en el real, cojo de una estaca que se metió por el pie, y salióse á dormir con el campo, que ya había bojado la laguna.

#### Un trabajoso camino que los nuestros pasaron

Otro día que partió de allí caminó por buena tierra llana, donde alancearon los de caballo diez y ocho gamos: tantos había. Murieron dos caballos, que como iban flacos, no pudieron sufrir la caza. Tomaron cuatro cazadores que traían muerto un león, de que se maravillaron los nuestros, ca les pareció gran cosa matar á un león cuatro hombrecillos con solas flechas. Llegaron á un estero de agua, grande y hondo, á vista del cual estaba el lugar do pensaban ir; no tenían en qué pasar; capearon á los del pueblo, que andaban muy revueltos por coger su ropilla y meterse al monte. Vinieron dos hombres en una canoa, con hasta una docena de gallipavos; mas no quisieron juntarse á

tierra, aunque hablaban, por más que se lo rogaba, y era por entretener allí el ejército, hasta que los suyos acabasen de alzar el hato y esconderse. Estando pues así, puso un español las piernas á su caballo, metióse por el agua, y á nado fué tras los indios; ellos, de miedo, turbáronse, y no supieron remar. Acudieron luego otros españoles buenos nadadores, y tomaron la canoa. Aquellos dos indios guiaron el campo por rodeo de obra de una legua, con el cual se desechó el estero; y así llegaron al lugar bien cansados, porque habían caminado ocho leguas; no hallaron gente, mas hallaron bien qué comer. Llámase aquel lugar Tleccán, y el señor, Ainohan. Estuvo allí nuestro campo cuatro días esperando si venia el señor ó los vecinos; como no vinieron, basteciósese para seis días, que, según las guías decían, tantos tenían de caminar por despoblado. Partiósese, y llegó á dormir seis leguas de allí á una venta grande, que era de Ainohan, donde hacían jornada los mercaderes. Allí reposaron un día, por ser fiesta de la Madre de Dios; pescaron en el río, atajaron una gran cantidad de sabogas, y tomáronlas todas, que, allende de ser provechosa, fué hermosa pesquería. Otro día anduvieron nueve leguas; en lo llano mataron siete venados; en el puerto, que fué malo y duró dos leguas de subida y bajada, se desherraron los caballos, y para herrarlos fué necesario estar allí un día entero. La otra jornada que hicieron fué á una casería de Canec, que se llamaba Axuncapuín, donde estuvieron dos días; de Axuncapuín fueron á dormir á Taxaitetl, que es otra casería de Ainohan; allí hallaron mucha fruta y maíz verde, y hombres que los encaminaron. A dos leguas que al otro día tenían andadas de buen camino, comenzaron á subir una asperísima sierra, que duró ocho leguas, y tardaron en andarlas ocho días, y murieron sesenta y ocho caballos despeñados y dejarretados, y los que escaparon no tornaron en sí aquellos tres meses: tan lastimados quedaron. No cesó de llover noche ni día de todo aquel tiempo; fué

maravillosa la sed que pasaron, lloviendo tanto. Quebróse la pierna un sobrino de Cortés por tres ó cuatro partes, de una caída que dió; fué harto dificultoso sacarlo de aquellas montañas. No se acabaron aquí los duelos; que luego dieron en un río muy grande, y con las lluvias pasadas muy crecido y recio; tanto, que desmayaban los españoles porque no había barcas, y ya que las hubiera, no aprovecharan; hacer puente era imposible, tornar atrás era la muerte. Cortés envió unos españoles el río arriba á mirar si se estrechaba ó se podría vadear, los cuales volvieron muy alegres por haber hallado paso. No vos podría contar cuántas lágrimas echaron nuestros españoles, de placer con tan buena nueva, abrazándose unos á otros; dieron muchas gracias á Dios nuestro Señor, que los socorria á tal angustia, y cantaron el *Te Deum laudamus* y *Letania*; y como era Semana Santa, todos se confesaron. Era aquel paso una losa ó peña llana, lisa, y larga cuanto el río ancho, con más de veinte grietas por do caía la agua sin cubrilla; cosa que parece fábula ó encantamiento como los de Amadis de Gaula, pero es certísima. Otros lo cuentan por milagro, mas ello es obra de natura, que dejó aquellas pasaderas para el agua, ó la misma agua con su continuo curso comió la peña de aquella manera. Cortaron pues madera, que bien cerca había muchos árboles, y trajeron más de doscientas vigas, y muchos bejucos, que como en otro lugar tengo dicho, sirven de sogas, y nadie entonces haraganeaba; atravesaban las canales con aquellas vigas, atábanlas con bejucos, y así hicieron puente; tardaron en hacerla y en pasar dos días; hacía tanto ruido la agua entre aquellos ojos de la peña, que ensordecía los hombres; los caballos y puercos pasaron á nado por bajo de aquel lugar, que con la profundidad iba la agua mansa; fueron á dormir aquella noche á Teucix, una legua de allí, que son unas buenas caserías y granja, donde se tomaron veinte personas ó más; pero no se halló comida que bastase para todos, que fué harto desconsuelo, porque iban



muy hambrientos, como no habían comido en ocho días sino palmitos y sus dátiles magrillos, y hierbas cocidas sin sal. Aquellos hombres de Teucix dijeron que á una jornada el río arriba estaba un buen pueblo de la provincia de Taucán, que tenía muchas gallinas, cacao, maíz y otros mantenimientos; pero que era menester tornar á pasar el río, y ellos no sabían cómo, por venir tan crecido y furioso. Cortés les dijo que bien se podía pasar, que le diesen una gula, y envió treinta españoles y mil indios; los cuales fueron y vinieron muchas veces, y proveyeron el campo, aunque con mucho trabajo. Estando allí en Teucix, envió Cortés ciertos españoles con un natural por guía, á descubrir el camino que habían de llevar para Azuzulín, cuyo señor se llamaba Aquiahuilquin; los cuales, á diez leguas, tomaron siete hombres y una mujer en una casilla, que debía ser venta, y volviéronse diciendo que era muy buen camino en comparación del pasado. Entre aquellos siete venia uno de Acalán, mercader, y que había morado mucho tiempo en Nito, donde estaban españoles, y que dijo cómo había un año que entraron en aquella ciudad muchos barbudos á pie y á caballo, y que la saquearon, maltratando los vecinos y mercaderes, y que entonces se salió un hermano de Apoxpalón, que tenía la factoría, y todos los tratantes; muchos de los cuales pidieron licencia á Aquiahuilquin para poblar y contratar en su tierra, y así estaba él contratando; pero que ya las ferias se habían perdido, y los mercaderes destruido, después que aquellos extranjeros vinieron. Cortés le rogó que le guiase allá, y que se lo gratificaría muy bien; y como le prometió, de sí soltó los presos, y pagó las otras guías que traía, y enviólos con Dios; despachó luego cuatro de aquellos siete con dos de Teucix, que fuesen á rogar á Aquiahuilquin que no se ausentase, porque deseaba hablarle, y no hacerle mal. Cuando otro día amaneció era ido el acalanés y los otros tres; y así, quedó sin guías. Partiósse en fin, y fué á dormir á un monte cinco leguas de allí. Dejarretóse un caballo en

un mal paso del camino; otro día anduvo el ejército seis leguas; pasáronse dos ríos, y el uno con canoas, en el cual se ahogaron dos yeguas. Aquella noche tuvieron en una aldea de hasta veinte casas todas nuevas, que era de los mercaderes de Acalán, mas habíanse ido ellos; de allí fueron á Azuzulín que estaba desierta y sin ninguna cosa de comer; que fué doblar la pena. Estuvieron buscando por aquella tierra hombres de que tomar lengua para ir á Nito, y en ocho días no hallaron sino unas mujercillas, que hicieron poco al propósito; antes dañaron, porque una de ellas dijo que los llevaría á un pueblo dos jornadas lejos, donde les darian nuevas de lo que buscaban; fueron con ella ciertos españoles, mas no hallaron á nadie en el lugar; y así, se volvieron muy tristes, y Cortés estaba desesperado, ca no podía atinar por do tenía de ir, por más que miraba en la aguja: tan altas montañas había delante y tan sin rastro de hombres. Acaso atravesó un muchacho por aquellos montes, y fué tomado: el cual los guió á unas estancias de tierra de Tuniha, que era una provincia de las que por memoria llevaban en el dibujo. Llegó en dos días á ellas, y después los guió un viejecico, que no pudo huir, otras dos jornadas hasta un pueblo, donde se tomaron cuatro hombres, que los demás habían huído de miedo, y éstos dijeron cómo á dos soles de allí estaba Nito y los españoles; y porque mejor los creyesen, fué uno y trujo dos mujeres naturales de Nito, las cuales nombraron los españoles á quien habían servido, que fué harto descanso para quien lo oía, según iban, porque cuidaron perecer de hambre en aquella tierra de Tuniha, como no comían sino palmitos verdes ó cocidos con puerco fresco, sin sal, y aun de aquellos no se hartaban, y tardaban un día dos hombres á cortar una palma, y media hora á comerse el palmito ó pimpollo que tenía encima. Juan de Abalos, primo de Cortés, rodó con su caballo por una sierra abajo, las postreras jornadas, y se quebró un brazo.

## Lo que hizo Cortés en Nito

Cortés despachó luego que supo cuán cerca estaba de Nito, quince españoles con uno de aquellos cuatro hombres, que fuesen á buscar si toparian algún español ó indio del pueblo, que más particularmente le declarasen cuyos y cuántos eran. Los quince españoles anduvieron hasta llegar á un río grande; tomaron una canoa de indios mercaderes, esperaron allí dos días, y al cabo salió una barca con cuatro españoles que pescaban, y tomaronlos sin ser sentidos del pueblo; los cuales dijeron cómo estaban allí sesenta españoles y veinte mujeres, y los más enfermos, y que eran de Gil González, y tenían por capitán á Diego Nieto, y que Cristóbal de Olid era muerto, y Francisco de las Casas y Gil González, que le mataron, idos á Méjico por tierra y gobernación de Pedro de Albarado. Dios sabe cuánto Cortés de tales nuevas se holgó; escribió á Diego Nieto cómo estaba allí y quería ir á verle, que tuviese algunas barcas para pasar el río, y luego partióse. Tardó en llegar tres días, y en pasar el río con todo su ejército cinco, porque no tenían más de un esquife y una ó un par de canoas. Muy gran consolación fué para todos llegar allí Cortés, porque los que iban no podían más andar, y los que estaban no tenían salud ni qué comer. Érale pues forzado á Cortés proveer de comida para tanta gente. Envió por muchas partes á buscarla; pero de ninguna la trajeron, sino las cabezas rotas. Tornó á enviar otra vez, y tampoco trujeron sino á un principal mercader con cuatro esclavos, que toparon en la mar en unas canoas. Así que, pues eran tantos los comedores, y tan poca la vianda que había, que perecían de hambre, y verdaderamente pere-

cieran sino por unos pocos puercos que aún duraban, y por las yerbas y raíces que cogían los mejicanos. Mas quiso Dios, que á nadie olvida, que aportase allí á tal tiempo un navio que traía treinta españoles, sin los marineros, trece caballos, setenta y cinco puercos, doce botas de carne salada y muchas cargas de maíz. Dieron todos muchas gracias á Jesucristo, y comenzaron á sacar el vientre de mal año. Cortés compró aquel navio con todo el bastimento; que los caballos dueños traían; adobó luego una carabela que aquellos españoles tenían casi perdida, y labró un bergantín de la madera de otros navios quebrados, y así tuvo presto aparejo para navegar si le conviniese. Espanta la diligencia que en todas sus cosas Cortés ponía, y cuán vivo estaba siempre. Salian desde Nito á correr la tierra después que Cortés allí llegó, que antes ni osaban ni podían, y andando por unas partes y otras, se halló una vereda entre unas muy ásperas sierras, que iba á dar á Lequela, buen lugar y abastado; pero como estaba diez y ocho leguas, y casi todas de mal camino, era imposible proveerse de allí. Vista por Cortés la ruin disposición y manera de poblar allí, y por tener otro la posesión, apareja sus tres navios para irse á la bahía de San Andrés; envía á Gonzalo de Sandoval con casi toda su gente y caballos, sino fueron dos, á Naco, que estaba á veinte leguas, para apaciguar los españoles, que con las revueltas pasadas estaban algo alborotados. No quiso embarcarse sin llevar más copia de bastimentos, por si se detenía mucho en navegar; tomó cuarenta españoles y cincuenta indios, metióse con ellos en el bergantín y en dos barcas y cuatro canoas; entró por el río, topó un golfo ó estero hasta doce leguas de circuito, sin población ninguna, por ser las orillas anegadas. De aquel fué á otro golfo que boja más de treinta leguas, y que por estar en asperísimas sierras era notable cosa. Saltó en tierra con obra de treinta españoles y otros tantos indios; fué á un pueblo, donde ni halló gente ni pan; tornóse á las barcas con el maíz y aji que pudo

coger y llevar; atravesó el golfo, hubo tormenta, perdióse una canoa, y ahogóse un indio. Otro día entró por un rjattillo, dejó allí las barcas y el bergantín, con algunos españoles en guarda, y él con todos los demás metióse á la tierra. A media legua topó un pueblo yermo y caído, que muchos estaban así con la buena vecindad de los españoles; anduvo aquel día cinco leguas por unos montes, casi siempre á gatas; salió á unas hazas, halló tres mujeres en una casilla, y un hombre, cuya debía ser aquella labranza, el cual lo guió á otra, donde se tomaron otras dos mujeres.

Llegó á una aldea de cuarenta casillas ruines, aunque nuevas; había en ellas gallinas sueltas, muchas palomas, perdices y faisanes en jaulas; maíz seco, ni sal, que era lo que buscaban, no lo había, ni hombres tampoco; mas vinieron á la sazón dos vecinos, muy descuidados de hallar tales huéspedes en sus casas, y fueron presos; los cuales llevaron á Cortés por otro camino peor que el pasado; porque, demás de ser tan espeso y cerrado, se pasaron en espacio de siete leguas cuarenta y cinco ríos, sin otros muchos arroyos que no contaron, que todos iban á vaciar en el estero. Á puesta del sol sintieron los nuestros gran ruido, y temieron; preguntó Marina qué era, y respondieron que fiesta y bailes. No osó Cortés entrar en el lugar; estuvo con mucha guarda y cuidado; que dormir era imposible, según picaban los mosquitos, y por la mucha agua, truenos y relámpagos que aquella noche hacía. En amaneciendo entraron en el pueblo, tomaron durmiendo los vecinos, y si no fuera por un español que de miedo, ó maravillado de ver tantos hombres juntos en una casa y armados, comenzó á decir á grandes voces: «Santiago, Santiago, se hiciera una hermosa cabalgada, y quizá sin sangre. Todavía se prendieron quince hombres y veinte mujeres, y se mataron otros tantos, y entre ellos el señor; estaban echados debajo un gran tejado sin paredes, donde como á casa de concejo se juntan á danzar. Tampoco se

halló allí grano de maíz; y dos días después que llegaron, se partieron para otro lugar más grande, que decían los presos ser muy proveído de todo género de bastimentos; anduvieron ocho leguas, tomaron ciertos leñadores y ocho cazadores; pasaron un río hasta los pechos; iba tan recio, que si no se asieran de las manos unos á otros, peligraran muchos. Durmieron en el campo; mas porque hubo una recia arma, entraron peleando de noche en el pueblo; remolináronse en la plaza, y los vecinos huyeron. En la mañana miraron las casas, y hallaron mucho algodón hilado y por hilar, mantas y otra ropa, mucho maíz seco y en grano, mucha sal, que era lo que andaban buscando, ca muchos días había que no la comían. Hallaron mucho cacao, ají, frisoles, fruta y otras cosas de comer; gallipavos y muchos faisanes y perdices en jaulas, y perros en caponera. Si estuvieran cerca las barcas, bien las cargarán, y aun las naos; pero como estaban veinte leguas, y ellos muy cansados, no podían llevar casi nada. Este pueblo tiene los templos á la manera de Méjico, y es lenguaje muy diferente; pasa por él un río que cae en el golfo, y por eso envió Cortés dos españoles con uno de aquellos ocho cazadores por guía, á traer el bergantín y barcas por el mismo río, para las cargar de vituallas; y entre tanto hizo él cuatro balsas grandes, que cogían á cincuenta cargas de grano, con diez hombres. Volvieron los dos españoles, dejando las barcas muy abajo, por la gran corriente del río. Cargáronse las balsas; envió Cortés la gente por tierra, y él fuése por agua. Harto peligro corrieron hasta llegar al bergantín, y mucha grita y flechas desde la orilla; pero aunque Cortés y otros muchos fueron heridos, no murió ninguno. De los que venían por tierra, murió un español casi súbitamente, de ciertas yerbas que comió por el camino. Vino con ellos un indio de la mar del Sur, que dijo cómo no había más de sesenta leguas de Nito hasta su tierra, donde estaba Pedro de Albarado; que fué alegre nueva. Estaba aquella ribera de una parte y otra llena de

árboles de cacao y otros muchos frutales; tenía muy gentiles huertas y heredamientos; y en fin, era de las mejores cosas que hay en aquellas partes. En un día y una noche anduvieron las balsas veinte leguas: tan corriente va el río; y no solamente hubo Cortés este maíz y vituallas que arriba digo, sino que aún tomó mucho más de otros pueblos; con que basteció medianamente sus navíos. Tardó á tornar á Nito treinta y cinco días.

#### Cómo llegó Cortés á Noco

Embarcó Cortés luego que fué llegado cuantos españoles allí estaban, así suyos como de Gil González, y fuése á la bahía de San Andrés, donde ya le esperaban los suyos que enviara á Noco. Estuvo allí veinte días, y por ser buen puerto, y hallarse alguna muestra de oro en aquella comarca y ríos, pobló un lugar con cincuenta españoles, entre los cuales había veinte de caballo. Llamóle Natividad de Nuestra Señora. Hizo cabildo é iglesia. Dejó clérigo y aparejo para decir misa, y unos tirillos de artillería, y fuése á puerto de Honduras, que por otro se dice Trujillo, en sus naos, y envió por tierra, que había buen camino, aunque algunos ríos de pasar, veinte de caballo y diez ballesteros. Estuvo nueve días en la mar, por algunos contrastes de tiempo que tuvo. Llegó en fin allá, y en peso le sacaron del batel los españoles de allí, que se metieron en agua mostrando mucha alegría. Fué luego á la iglesia á dar gracias á Dios, que le había traído adonde deseaba, y dentro en ella le dieron muy larga cuenta de todas las cosas que habían pasado Gil González de Ávila y Francisco Hernández, Cristóbal de Olid, Francisco de las Casas y el bachiller Moreno, según ya tengo relatado. Pidiéronle perdón

por haber seguido algún tiempo á Cristóbal de Olid, no pudiendo hacer más, y rogáronle los remediase, que estaban perdidos. Él los perdonó, y restituyó los oficios á los que primero los tenían, y nombró de nuevo los otros, y comenzó á edificar casas; y á dos días que llegó, envió un español de aquellos, que entendía la lengua, y dos mejicanos, á unos pueblos siete leguas de allí, que se llaman Chapaxina y Papaica, y que son cabezas de provincias, á decirles cómo el capitán Cortés, que estaba en Méjico Tenuchtitlán, era venido allí. Oyeron aquellos pueblos la embajada con atención, y enviaron ciertos hombres con el español, á saber más por entero si era así verdad. Cortés los recibió muy bien, y les dió cosillas de rescate. Hablóles con Marina, rogándoles mucho que viniesen sus señores á verle; ca lo deseaba en gran manera; y que no iba allá, porque no huyesen. Aquellos mensajeros holgaron mucho de hablar con Marina, porque su lengua y la mejicana no difieren mucho, excepto en el pronunciar; y prometieron á Cortés de hacer su posibilidad, y fuéronse. Dende á cinco días vinieron dos personas principales. Trajeron aves, frutas, maíz y otras cosas de comer; y dijeron al capitán que tomase aquello de parte de sus señores, y les dijese lo que quería de ellos, ó buscaba por aquella tierra, y que no venían ellos á verle, porque tenían temor de que los llevasen en los navíos, como habían hecho á otros poco tiempo antes, que, según se supo, era el bachiller Moreno y Juan Ruano. Cortés respondió que no era su venida para mal, sino para mucho bien y provecho de la tierra y de la gente, si le escuchaban y creían; y á castigar los que hurtaban hombres, y que él trabajaría de cobrar aquellos sus vecinos y restituirlos; y que no tuviesen miedo de venir ánte él los señores, y sabrían muy por entero lo que buscaba; porque no se lo sabrían decir ellos, aunque lo oyesen; y que solamente les dijese cómo venía para la conservación de sus personas y haciendas, y para salvación de sus ánimas. Con tanto, los despidió, y rogó

le trajesen gastadores para talar un monte. No tardaron á venir muchos hombres de más de quince pueblos, señorios por sí, con bastimentos, y á trabajar donde les mandase. En este tiempo despachó Cortés cuatro navíos; tres que él traía, y otro carabelón de los que arriba nombra- mos. Con uno envió á la Nueva-España los dolientes, escribió á Méjico y á todos los concejos su viaje, y cómo cum- plía al servicio del Emperador detenerse por aquellas partes algunos días. Encargóles mucho el gobierno y quietud de todos. Mandó á Juan de Avalos, su primo, que iba por capitán de aquel navío, que tomase de camino sesenta es- pañoles que estaban en Acuzamil, que dejó allí aislados un Valenzuela, cuando robó el Triunfo de la Cruz, que fundó Cristóbal de Olid. Este navío tomó los españoles de Acuzamil, y dió al través en Cuba, en la punta que llaman de San Antón. Ahogáronse Juan de Avalos, dos frailes franciscos y más de otras treinta personas. De los que escaparon la fortuna y se metieron la tierra adentro, no quedaron vivos sino quince, que aportaron á Cuaniguani- go, y aquellos con comer yerba. De suerte que murieron ochenta españoles, sin algunos indios, en este viaje. Al bergantín envió á la isla Española con cartas para los oido- res, sobre su venida allí y sobre lo de Cristóbal de Olid, y para que mandase al bachiller Moreno volver los indios que llevó por esclavos de Papaica y Chapacina. Los otros envió á Jamaica y á la Trinidad de Cuba por carne y ropa y pan; pero tampoco hubieron buen viaje, aunque no se perdieron.

Lo que hizo Cortés cuando supo las revueltas de Méjico

Dos oidores de Santo Domingo, teniendo cada día nueva sorda que Cortés era muerto, enviaron á saber si era cier-

to, en un navío que venía á la Nueva-España, de mercade- res, con treinta y dos caballos, muchos aderezos de la jineta, y otras muchas cosas para vender. El cual navío, sabiendo que era vivo y estaba en Honduras, que así se lo dijieran los del bergantín en la Trinidad de Cuba, dejó la derrota de Medellín, y vino á Trujillo, creyendo vender mejor su mercadería. Con este navío escribió el licenciado Alonso Zuazo á Cortés cómo en Méjico había muy grandes males, y bandos y guerra entre los mismos españoles y oficiales del Rey que dejó por sus tenientes, y cómo Gon- zalo de Salazar y Peralmindez se habían hecho pregonar por gobernadores, y echado fama que él era muerto; y otros le habían hecho las honras por tal. Que habían pren- dido al tesorero Alonso de Estrada y al contador Rodrigo de Albornoz, ahorcado á Rodrigo de Paz, y que habían puesto otros alcaldes y alguaciles; y que le enviaban pre- so á Cuba, á tener residencia del tiempo que allí fué juez, y que los indios estaban para levantarse; en fin, le relató cuanto en aquella ciudad pasaba. Cuando estas cartas leía Cortés, reventaba de pesar y dolor, y dijo: «Al ruin ponel- de en mando, y veréis quién es; yo me lo merezco, que hice honra á desconocidos, y no á los míos, que me siguie- ron toda su vida.» Retrájose á su cámara á pensar, y aun á llorar aquel triste caso, y no se determinaba si era me- jor ir ó enviar, por no dejar perder aquella buena tierra. Hizo hacer tres días procesión y decir misas del Espíritu Santo, para que le encaminase lo mejor y que más servi- cio de Dios fuese. Á la fin pospuso todo lo otro por ir á Méjico á remediar aquel mal tan grande; que muy enojado estaba de los que lo habían revuelto. Dejó allí en Trujillo á Hernando de Saavedra, primo suyo, con cincuenta peo- nes españoles y treinta y cinco de caballo. Envio á decir á Gonzalo de Sandoval que se fuese de Naco á Méjico por tierra, con los de su compañía, por el camino que llevó Francisco de las Casas, que era, yendo á la mar del Sur á Cuahutemallán, camino hecho, llano y seguro; y embarcó-

se él en aquel navío que le trujo tan tristes nuevas, para ir á Medellín. Estando sobre un ancla no más, muy á pique de partir, no hizo tiempo. Volvió al pueblo por apaciguar cierta revolución entre los vecinos. Allanálos con castigar los revoltosos, y pasados dos días, tornóse á la nao. Alzó áncoras y velas, y navegando con buen tiempo, quebróse la entena mayor, no dos leguas del puerto; fuéle forzado tornar donde partió. Estuvo tres días en adobarla. Salió del puerto con viento muy próspero. Anduvo cincuenta leguas en dos noches y un día. Recreó un norte tan recio y contrario, que rompió el mástil del trinquete por los tamboretas. Convínole, aunque pasó trabajo y peligro, volver al mismo puerto. Tornó á decir misas y hacer procesiones, y asentósele que Dios no quería que dejase aquella tierra ni que fuése á Méjico, pues tantas veces, saliendo con buen tiempo, se había vuelto al puerto. Así que determinó de quedarse, y enviar á Martín Dorantes, su lacayo, en aquel mismo navío, que había de ir á Pánuco con cartas para los que le pareció, y muy bastantes poderes para Francisco de las Casas, con revocación de todos cuantos poderes hasta allí había dado y hecho de la gobernación. Envió asimismo algunos caballeros y otras personas principales de Méjico, para crédito que no era muerto, como publicaban. El Martín Dorantes, como en otro lugar dije, llegó á Méjico, aunque por muchos peligros, y á tiempo que Francisco de las Casas era ido preso á España; pero bastó su llegada á que los de la ciudad creyesen que Cortés estaba vivo.

#### La guerra de Papaica

Despachado y partido aquel navío, mandó Cortés á Hernando de Saavedra que entrase por la tierra á ver qué cosa

era, con treinta compañeros á pie y otros tantos á caballo. El cual fué, y anduvo hasta treinta y cinco leguas por un valle de muy buena tierra y pueblos abundosos de toda cosa de comer y pastos; y sin reñir con nadie, atrajo muchos lugares á la amistad de cristianos, y vinieron veinte señores ante Cortés á ofrecérsele por amigos, y cada día traían á Tujillo mantenimientos, dados y trocados. Los señores de Papaica y Chapaxina estaban rebelados, aunque enviaban algunos de sus pueblos. Cortés los requirió muchas veces, asegurándoles las vidas y haciendas. No quisieron escuchar. Hubo á las manos por buenas maneras que tuvo, tres señores de Chapaxina; echóles grillos. Dióles cierto término, dentro del cual poblasen sus pueblos, con apercebimiento que no lo haciendo serian bien castigados. Ellos mandaron luego venir toda la gente y ropa, y él los soltó. Llamábanse Chicueilt, Potlo y Mendereto. Los de Papaica ni sus señores no quisieron venir ni obedecer. Envió allá una compañía de españoles á pie y á caballo, y muchos indios, que saltearon una noche á Pizacura, uno de los dos señores de aquella ciudad y prendiéronle; el cual, preguntado por qué había sido malo é inobediente, dijo que ya se hubiera él venido á dar, sino que Mazatl era más parte con la comunidad, y no consentía en la paz, ni amistad de cristianos; pero que lo soltasen, y espíarlo hía, para que le prendiesen y ahorcasen; y que si lo hacían luego, la tierra estaría pacífica y poblada; mas no fué así, aunque le soltaron y se prendió Mazatl; á quien fué dicho lo que Pizacura decía, y mandado que dentro de un cierto plazo hiciese venir de la sierra sus vasallos á poblar á Papaica, y como no se pudiese acabar con él, trajéronlo á Trujillo. Procesaron contra él, y sentencióse á muerte, lo cual se ejecutó en su propia persona, que fué gran miedo para los otros señores y pueblos; porque luego dejaron los montes, y se vinieron á sus casas con sus hijos, mujeres y haciendas, sino fué Papaica, que jamás quiso asegurarse después que Pizacura estuvo suelto; contra el cual

se hizo proceso, porque estorbaba la paz, y contra ellos porque no volvian á su ciudad; y así, se les hizo guerra, habiéndolos primero requerido con paz y protestado justicia. Prendieron en ella obra de cien personas, que fueron dados por esclavos. Prendióse Pizacura, y aunque estaba condenado á muerte, no le mataron, sinouviéronle preso con otros dos señorcetes y con un mancebo que, según pareció, era el señor verdadero, y no Mazatl ni Pizacura, que, con nombre de curadores, eran usurpadores. Á esta sazón vinieron á Trujillo veinte españoles de Naco, de los de Gonzalo de Sandoval y de Francisco Hernández, y dijeron cómo había llegado allí un capitán con cuarenta compañeros, de parte del Francisco Hernández, teniente de Pedrarias, y que venía al puerto ó bahía de San Andrés, do estaba la villa de la Natividad de Nuestra Señora, en busca del bachiller Moreno, que escribiera á Francisco Hernández que tuviese la gente, tierra y gobierno por la chancillería, y no por Pedrarias; y á esta causa hubo motines entre aquellos españoles, y pensaban que Francisco Hernández se alzaba contra el gobernador Pedrarias; aunque todo pudo ser, que muy ordinario es en Indias los tenientes quedarse por propios. Cortés escribió á Francisco Hernández rogándole tuviese aquella tierra y gente que le fué encomendada, por Pedrarias, y no por otro; con tanto, que tuviese por el Rey, y envióle cuatro acémilas cargadas de herraje, y algunas herramientas para trabajar en minas; lo cual fué una de las causas porque Pedrarias degolló después al Francisco Hernández. Idos éstos, vinieron unos de la provincia de Huictlato, que es sesenta y cinco leguas de Trujillo, á quejarse á Cortés de que ciertos españoles les tomaban sus mujeres, hacienda y hombres de trabajo, y les hacían otras muchas demasías; por tanto, que le suplicaban los remediase, pues remediaba á todos en semejantes males. Cortés, que ya de esto tenía aviso de Hernando de Saavedra, que estaba pacificando la provincia de Papaica, despachó un alguacil y dos indios de aquellos

querellantes á Gabriel de Rojas, que así se llamaba el capitán de Francisco Hernández, con mandamiento y cartas que dejase aquella tierra de Huictlato en paz, y volviese las personas que había tomado. El Rojas, ó porque estaba cerca Fernando Cortés, ó porque le llamaba Francisco Hernández, se volvió luego adonde vino; que, según pareció, Francisco Hernández estaba en aprieto con un motin que hacían contra él los capitanes Sosa y Andrés Garabito, porque se quería quitar de Pedrarias. Considerando pues estas disensiones y bullicios entre españoles, y que aquella provincia de Nicaragua era muy rica y estaba cerca, quería ir allá Fernando Cortés, y comenzó de aderezarse y aderezar el camino por una sierra muy áspera.

#### Lo que avino á Cortés volviendo á la Nueva-España

Estando en esto llegó fray Diego Altamirano, primo de Cortés, fraile francisco, hombre de negocios y honra; el cual dijo á Cortés cómo venía á llevarle á Méjico para remediar el fuego que andaba entre españoles; por tanto, que luego á la hora se partiese. Contóle la muerte de Rodrigo de Paz, la prisión de Francisco de las Casas, los azotes de Juana de Mansilla, el saco de su casa, la nigromancia del fator Salazar, la ida de Juan de la Peña á España con dineros para el Rey y cartas para Cobos; y en fin, le dijo todo lo que pasaba, y le hizo llamar señoría, y poner estrado, dosel y salva, que hasta allí no lo había hecho, diciendo que por no tratarse como gobernador, sino llanamente, le tenían muchos en poco. Cortés recibió grandísima pena y tristeza con aquellas nuevas tan ciertas; pero descansaba platicando con fray Diego, que lo quería mucho, y era cuerdo y aun animoso. Y como tenía muchos

indios trabajadores para aderezar el camino de Nicaragua, hizo que fuesen con algunos españoles á adobar el de Cuahutemallán, proponiendo de ir por allí la vía que hizo Francisco de las Casas. Envió mensajeros por todas las ciudades que están en el camino, haciéndoles saber cómo iba, y rogándoles tuviesen qué comer y abiertos los caminos. Todas ellas se holgaron mucho que por su tierra pasase Malinxe, que así le llamaban, ca le tenían en grandísima estimación por haber ganado á Méjico Tenuchtitlán; y así, aderezaron los caminos hasta el valle de Ulancho y las sierras de Chindón, que son muy fragosas, y todos los caciques estaban aparejados y proveídos para hospedarle y festejar en sus pueblos y tierras. Mas empero á importunación de fray Diego Altamirano dejó aquel largo viaje, y aun por estar escarmentado del que hizo desde la villa del Espíritu Santo hasta la villa de Trujillo, donde estaba, y acordó de ir por mar á la Nueva-España. Y luego comenzó á bastecer dos navíos, y á proveer lo que convenia á los nuevos pueblos de Trujillo y de la Natividad. En este medio tiempo llegaron allí ciertos hombres de Huitila y otras islas, que llaman Guanajos, y que están entre puerto de Caballos y puerto de Honduras, aunque bien desviadas de la costa, á dar las gracias á Cortés de una buena obra que les había hecho, y á pedirle un español para cada isla, diciendo que así estarían seguros. Él les dió sendas cartas de amparo; y porque no podía detenerse, ni tenía los españoles que demandaban, encargó á Hernando de Saavedra, que dejaba por su teniente en Trujillo, que se los enviase cuando hubiese acabado la guerra de Papaica. La causa de esto fué que en Cuba y Jamaica armaron y fueron á cautivar de aquellos isleños para trabajar en minas, azúcar y labranza, y para pastores. Cortés lo supo, y envió allá una carabela con mucha gente, por si fuesen menester las manos, á rogar al capitán de aquella nao, que se llamaba Rodrigo de Merlo, no hiciese presa de aquellos mezuquinos; y si la hubiese hecho, que la dejase. Rodrigo de

Merlo, por lo que Cortes le prometió, se vino á Trujillo á vivir, y los indios fueron restituídos á sus islas. Tornando pues á Cortés, digo que como tuvo los navíos á punto, metió en ellos veinte españoles y otros tantos caballos, muchos mejicanos, y á Pizacura con los otros señores sus comarcanos, porque viesen á Méjico y la obediencia que tenían á los españoles, para que vueltos, hiciesen ellos así; mas el Pizacura se murió antes de volver. Partió Cortés del puerto de Trujillo á 25 de Abril de 1526. Trajo buen tiempo hasta casi doblar toda la punta de Yucatán y pasar los Alacranes. Dióle luego un muy recio vendabal, amainó por no tornar atrás; pero reforzaba cada hora, como suele hacer; tanto, que deshacía los navíos; y así, le fué forzado ir á la Habana de Cuba, donde estuvo diez días holgándose con los del pueblo, que eran sus conocidos del tiempo que él moró en aquella isla, y recorriendo las naves, que traían alguna necesidad. Allí supo, de unos navíos que venían de la Nueva-España, cómo Méjico estaba más en paz después de la prisión del fator Salazar y de Peralmíndez, que no fué para él poco contentamiento. Partido de la Habana, llegó en ocho días á Chalchicoeca con muy buen viento que tuvo. No pudo entrar en el puerto á causa de mudarse el tiempo, ó por correr mucho viento terral. Surgió dos leguas en la mar; salió luego á tierra en los bateles; fué á pie á Medellín, que estaba cinco leguas; entróse en la iglesia á hacer oración, dando gracias á Dios, que le había tornado vivo á la Nueva-España. Luego lo supieron los de la villa, que estaban durmiendo; levantáronse por verle, á gran priesa y placer, que no lo creían, y muchos lo desconocieron, como iba enfermo de calenturas y maltratado de la mar; y á la verdad él había trabajado y padecido mucho, así en el cuerpo como en el espíritu. Caminó sin camino más de quinientas leguas, aunque no hay sino cuatrocientas de Trujillo á Méjico por Cuahutemallán y Teocoatepec, que es el derecho y usado camino. Comió muchos meses hierbas solas cocidas sin sal, bebió malas aguas;



y así, murieron muchos españoles, y aun indios, entre los cuales fué Couanacochein. Podrá ser que á muchos no placirá la lectura de este viaje de Cortés, porque no tiene novedades que deleiten, sino trabajos que espanten.

Las alegrías que hicieron en Méjico por Cortés

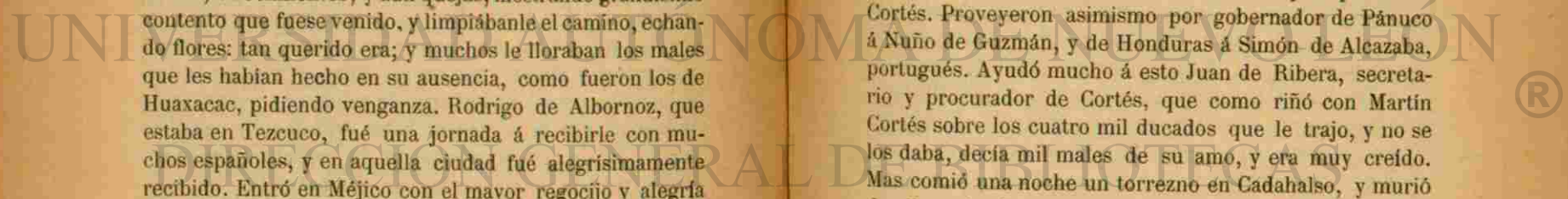
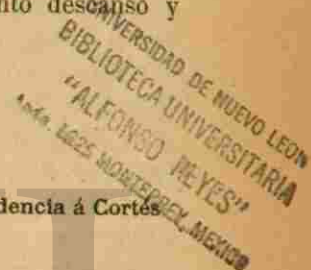
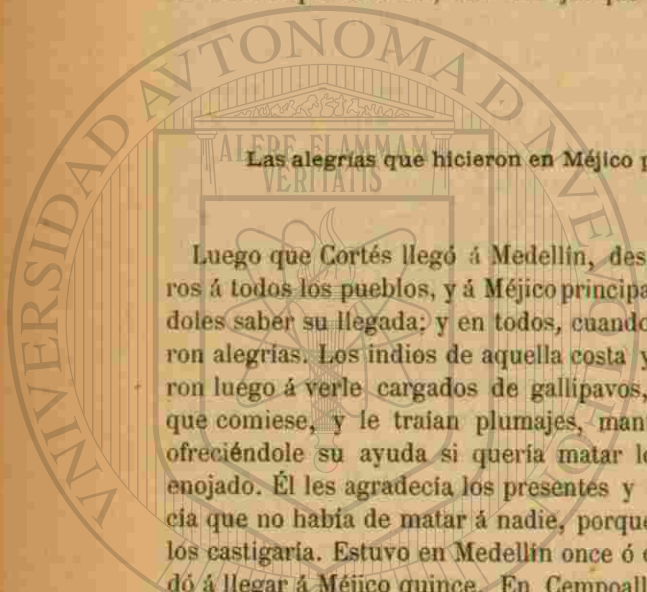
Luego que Cortés llegó á Medellín, despachó mensajeros á todos los pueblos, y á Méjico principalmente, haciéndoles saber su llegada; y en todos, cuando se supo, hicieron alegrías. Los indios de aquella costa y comarca vinieron luego á verle cargados de gallipavos, frutas y cacao, que comiese, y le traían plumajes, mantas, plata y oro, ofreciéndole su ayuda si quería matar los que le habían enojado. Él les agradecía los presentes y amor, y les decía que no había de matar á nadie, porque el Emperador los castigaría. Estuvo en Medellín once ó doce días, y tardó á llegar á Méjico quince. En Cempoallán le recibieron muy bien. Á do quiera que llegaba, aunque era despoblado lo más, hallaba bien qué comer y beber. Saliéronle al camino indios de más de ochenta leguas lejos, con presentes, ofrecimientos, y aun quejas, mostrando grandísimo contento que fuese venido, y limpiábanle el camino, echando flores: tan querido era; y muchos le lloraban los males que les habían hecho en su ausencia, como fueron los de Huaxacac, pidiendo venganza. Rodrigo de Albornoz, que estaba en Tezcuco, fué una jornada á recibirle con muchos españoles, y en aquella ciudad fué alegrísimamente recibido. Entró en Méjico con el mayor regocijo y alegría que podía ser, porque al recibimiento salieron todos los españoles con Alonso de Estrada fuera de la ciudad, en ordenanza de guerra; y todos los indios, como si él fuera

Motezuma, salieron á verle. No cabían por las calles. Hicieron alegrías grandísimas y muchas danzas y bailes; tenían atabales, bocinas de caracol, trompetas y muchas flautas, y no cesaron aquel día ni la noche de andar por el pueblo y hacer hogueras é iluminarias. Cortés no cabía de placer viendo el contento de los indios, el triunfo que le hacían, y el sosiego y paz de la ciudad. Fué derecho á San Francisco á posar y á dar gracias á Dios, que de tantos trabajos y peligros lo había traído á tanto descanso y seguridad.

De cómo envió el Emperador á tomar residencia á Cortés

Era Cortés el más nombrado entonces de nuestra nación; pero infamábanle muchos, en especial Pánfilo de Narváez, que andaba en corte acusándole; y como había mucho que no tenían los del Consejo cartas suyas, sospechaban, y aun creían, cualquier mal; y así, proveyeron de gobernador de Méjico al almirante don Diego Colón, que pleiteaba con el Rey, y pretendía aquel gobierno y otros muchos, con que llevase ó enviase mil hombres á su costa para prender á Cortés. Proveyeron asimismo por gobernador de Pánuco á Nuño de Guzmán, y de Honduras á Simón de Alcazaba, portugués. Ayudó mucho á esto Juan de Ribera, secretario y procurador de Cortés, que como riñó con Martín Cortés sobre los cuatro mil ducados que le trajo, y no se los daba, decía mil males de su amo, y era muy creído. Mas comió una noche un torrezno en Cadahalso, y murió de ello andando en aquellos tratos.

No pudieron ser hechas tan secretas las provisiones, ni los proveídos supieron guardar el secreto cual convenía, que no se rugese por la corte, que á la sazón estaba en



y así, murieron muchos españoles, y aun indios, entre los cuales fué Couanacochein. Podrá ser que á muchos no placirá la lectura de este viaje de Cortés, porque no tiene novedades que deleiten, sino trabajos que espanten.

Las alegrías que hicieron en Méjico por Cortés

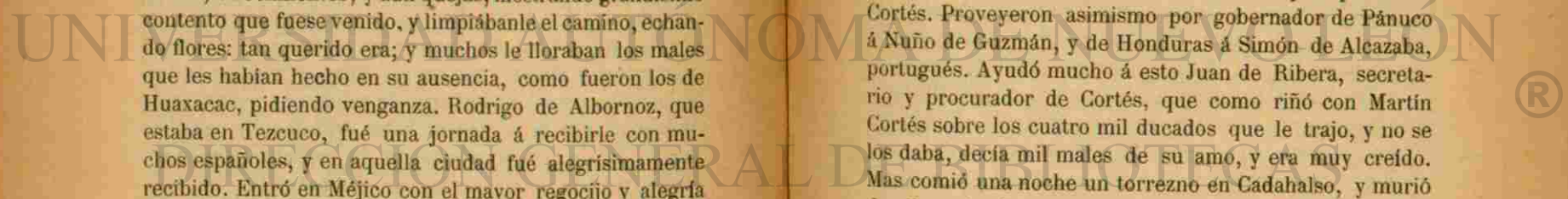
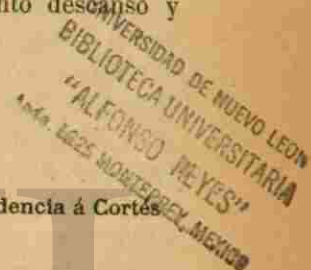
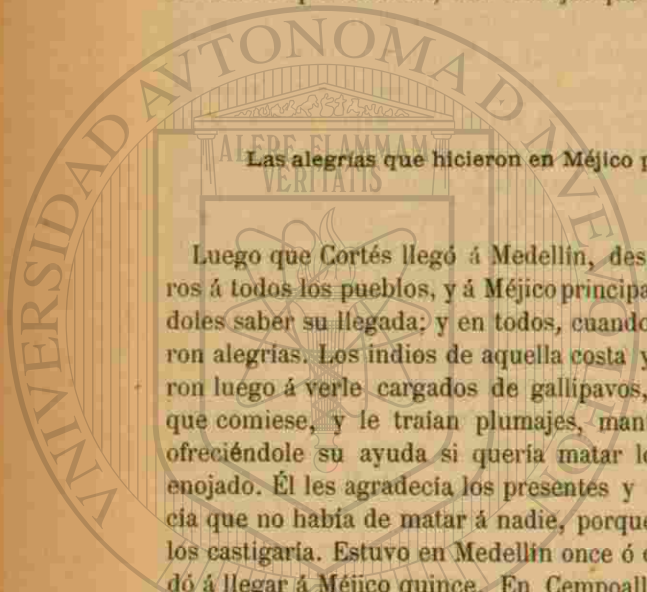
Luego que Cortés llegó á Medellín, despachó mensajeros á todos los pueblos, y á Méjico principalmente, haciéndoles saber su llegada; y en todos, cuando se supo, hicieron alegrías. Los indios de aquella costa y comarca vinieron luego á verle cargados de gallipavos, frutas y cacao, que comiese, y le traían plumajes, mantas, plata y oro, ofreciéndole su ayuda si quería matar los que le habían enojado. Él les agradecía los presentes y amor, y les decía que no había de matar á nadie, porque el Emperador los castigaría. Estuvo en Medellín once ó doce días, y tardó á llegar á Méjico quince. En Cempoallán le recibieron muy bien. Á do quiera que llegaba, aunque era despoblado lo más, hallaba bien qué comer y beber. Saliéronle al camino indios de más de ochenta leguas lejos, con presentes, ofrecimientos, y aun quejas, mostrando grandísimo contento que fuese venido, y limpiábanle el camino, echando flores: tan querido era; y muchos le lloraban los males que les habían hecho en su ausencia, como fueron los de Huaxacac, pidiendo venganza. Rodrigo de Albornoz, que estaba en Tezcuco, fué una jornada á recibirle con muchos españoles, y en aquella ciudad fué alegrísimamente recibido. Entró en Méjico con el mayor regocijo y alegría que podía ser, porque al recibimiento salieron todos los españoles con Alonso de Estrada fuera de la ciudad, en ordenanza de guerra; y todos los indios, como si él fuera

Motezuma, salieron á verle. No cabían por las calles. Hicieron alegrías grandísimas y muchas danzas y bailes; tenían atabales, bocinas de caracol, trompetas y muchas flautas, y no cesaron aquel día ni la noche de andar por el pueblo y hacer hogueras é iluminarias. Cortés no cabía de placer viendo el contento de los indios, el triunfo que le hacían, y el sosiego y paz de la ciudad. Fué derecho á San Francisco á posar y á dar gracias á Dios, que de tantos trabajos y peligros lo había traído á tanto descanso y seguridad.

De cómo envió el Emperador á tomar residencia á Cortés

Era Cortés el más nombrado entonces de nuestra nación; pero infamábanle muchos, en especial Pánfilo de Narváez, que andaba en corte acusándole; y como había mucho que no tenían los del Consejo cartas suyas, sospechaban, y aun creían, cualquier mal; y así, proveyeron de gobernador de Méjico al almirante don Diego Colón, que pleiteaba con el Rey, y pretendía aquel gobierno y otros muchos, con que llevase ó enviase mil hombres á su costa para prender á Cortés. Proveyeron asimismo por gobernador de Pánuco á Nuño de Guzmán, y de Honduras á Simón de Alcazaba, portugués. Ayudó mucho á esto Juan de Ribera, secretario y procurador de Cortés, que como riñó con Martín Cortés sobre los cuatro mil ducados que le trajo, y no se los daba, decía mil males de su amo, y era muy creído. Mas comió una noche un torrezno en Cadahalso, y murió de ello andando en aquellos tratos.

No pudieron ser hechas tan secretas las provisiones, ni los proveídos supieron guardar el secreto cual convenía, que no se rugese por la corte, que á la sazón estaba en



Toledo; y á muchos que sentían bien de Cortés les parecía mal. Y el comendador Pedro de Pina lo dijo al licenciado Núñez, y fray Pedro Melgarejo lo descubrió también pasando en casa de Gonzalo Hurtado, á la Trinidad; así que luego reclamaron de las provisiones, suplicando que aguardasen algunos días á ver qué vendría de Méjico. El duque de Béjar, don Álvaro de Zúñiga, favoreció mucho el partido de Fernando Cortés, porque ya le tenía casado con doña Juana de Zúñiga, su sobrina. Abonóle, sióle y aplacó al Emperador. Llegó á Sevilla, estando en esto. Diego de Loto con setenta mil castellanos, y con el tiro de plata, que, como cosa nueva y rica, hinchó toda España y otros reinos de fama. Este oro fué, para decir verdad, quien hizo que no le quitasen la gobernación, sino que le envasen un juez de residencia. Llegado, como digo, aquel presente tan rico, y acordado de enviar juez que tomase residencia á Cortés, buscaron una persona de letras y linaje, que supiese hacer el mandado y que le tuviesen respeto, porque soldados son atrevidos; y como estaban en Toledo, tuvieron noticia y crédito del licenciado Luis Ponce de León, teniente y pariente de don Martín de Córdoba, conde de Alcaudete y corregidor de aquella ciudad; el cual, aunque mancebo, tenía muy buena fama, y enviáronle á la Nueva-España con bastantes poderes y confianza. Él, por no errar, y acertarlo todo mejor, llevó consigo al bachiller Marcos de Aguilar, que había estado algunos años en la isla de Santo Domingo, alcalde mayor por el almirante don Diego. Partiósese pues el licenciado Luis Ponce, y con buena navegación que tuvo, llegó á la Villarica poco después que Cortés partiera de Medellín. Simón de Cuenca, teniente de aquella villa, avisó luego á Cortés de cómo eran llegados allí ciertos pesquisidores y jueces del Rey á tomarle residencia; y fué con tan buena diligencia, que llegaron las cartas á Méjico en dos días, por postas que había puestas de hombres. Cortés estaba en San Francisco confesado y comulgado cuando recibió este despa-

cho, y ya había hecho otros alcaldes, y prendido á Gonzalo de Ocampo y á otros bandoleros y valedores del fator, y hacía pesquisa secretamente de todo lo pasado. Dos ó tres días después, que fué San Juan, estando corriendo toros en Méjico, le llegó otro mensajero con cartas del licenciado Luis Ponce, y con una del Emperador, por las cuales supo á qué venía. Despachó luego con respuesta, y para saber por cuál camino quería ir á Méjico, por el poblado ó por el otro, que era más corto. El licenciado no replicó, y quería pasar allí algunos días, que venía muy fatigado de la mar, como hombre que hasta entonces no la había pasado. Mas porque le dieron á entender que Cortés haría justicia del fator Salazar y de Peralmindez y de los otros que presos tenía, si se tardaba, y que no lo recibiría, sino que saldría á le prender en el camino, que para eso quería saber por dónde había de ir, tomó la posta con algunos de los caballeros y frailes que con él iban, y el camino de los pueblos, aunque era más largo, porque no le hiciesen alguna fuerza ó afrenta: tanto pueden las chimerias. Anduvo tan bien, que llegó en cinco días á Iztacpalapán, y que no dió lugar á los criados de Cortés, que habían ido por entrambos caminos, que le tuviesen buen recaudo y aparejo de mesa y posada. En Iztacpalapán se le hizo un banquete con gran fiesta y alegrías. Tras la comida revesó el licenciado y casi todos los que con él iban, cuánto tenía en el cuerpo; y juntamente con el vómito tuvieron cámaras. Pensaron que fuesen hierbas, y así lo decía fray Tomás Ortiz, de la orden de Santo Domingo, afirmando que las hierbas iban en unas natas, y que el licenciado le daba el plato dellas; y Andrés de Tapia, que servía de mestresala, dijera: «Otras traerán para vuestra reverencia»; y respondió el fraile: «Ni de esas ni de otras.» También se tocó esta malicia en las coplas del Provincial, de que ya hice mención, y se acusó en residencia; pero á la verdad ello fué mentira, según después diremos; porque el comendador Proaño, que iba por alguacil mayor, comió

de cuanto comió el licenciado, y en el mismo plato de las natas ó requesones, y ni revesó ni le hizo mal. Creo que como venian calorosos, cansados y hambrientos, que comieron demasiado y bebieron asaz frio, que les revolvió el estómago y les causó aquellas cámaras y vómito. Daban allí al licenciado Ponce un buen presente de ricas cosas por parte de Cortés; mas él no lo quiso tomar. Salió Cortés á recibirle con Pedro de Albarado, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Estrada, Rodrigo de Albornoz, y con todo el regimiento y caballería de Méjico. Tomóle á la mano derecha hasta San Francisco, donde oyeron misa; que fué la entrada de mañana. Dijole que presentase las provisiones que llevaba, y como respondió que otro día, llevóle á su casa y aposentóle muy bien. Otro día siguiente se juntaron en la iglesia mayor el cabildo y todos los vecinos, y por auto de escribano presentó Luis Ponce las provisiones, tomó las varas á los alcaldes y alguaciles, y luego se las tornó á todos; y dijo con mucha crianza: «Esta del señor Gobernador quiero yo para mí.» Cortés y todos los del cabildo besaron las letras del Emperador, pusieronlas sobre sus cabezas, y dijeron que cumplirian lo en ellas contenido, como mandamiento de su rey y señor, y tomáronlo por testimonio. Luego tras esto se pregonó la residencia de Cortés, para que viniese querellando quien estuviese agraviado y quejoso de él. Entonces viérades el bullir y negociar de todos y de cada uno por si, unos temiendo, otros esperando, y otros cizañando.

#### La muerte de Luis Ponce

Fué un día el licenciado Ponce á oír misa á San Francisco, y volvió á la posada con una gran calentura, que

realmente fué modorra. Echóse en la cama, estuvo tres días fuera de seso, y siempre le crecía el calor y el sueño. Murió al séptimo; recibió los sacramentos, hizo testamento, y dejó por sustituto al bachiller Marcos de Aguilar. Cortés hizo tan gran llanto como si fuera su padre. Enterróle en San Francisco con mucha pompa, luto y cera. Los que no querían bien á Cortés publicaban que murió de ponzoña. Mas el licenciado Pero López y el doctor Ojeda, que lo curaron, llevaron los términos y cura de la modorra; y así, juraron que había muerto della, y trajeron por consecuencia cómo la tarde antes que muriese hizo que le tañesen una baja; y él así, echado como estaba en la cama, la anduvo con los pies señalando los compases y contrapases, cosa que muchos la vieron; y que luego perdió la habla; y aquella noche espiró antes del alba. Pocos mueren bailando como este letrado. De cien personas que embarcaron con el licenciado Luis Ponce de León, las más murieron en la mar y en el camino, y á muy pocos días que llegaron á la tierra; y de doce frailes dominicos, los dos. Sospecha se tuvo que fuese pestilencia, ca pegaron el mal á otros que allí estaban; del cual murieron. Fueron con él muchos hidalgos y caballeros, y con cargo del Rey, Proaño, que arriba nombré, y el capitán Salazar de la Pedrada por alcaide de Méjico. Pasó fray Tomás Ortiz con doce frailes dominicos por provincial, que había estado en la Boca del Drago siete años; el cual para religioso era escandaloso, porque dijo dos cosas harto malas: la una fué afirmar que Cortés dió hierbas al licenciado Luis Ponce, y la otra decir que Luis Ponce llevaba mandamiento expreso del Emperador para cortar á Cortés la cabeza en tomándole la vara; y desto avisó al mismo Cortés antes de llegar á Méjico con Juan Xuárez, con Francisco de Orduña y con Alonso Valiente; y llegado, se lo dijo en San Francisco en presencia de fray Martín de Valencia y fray Toribio y otros muchos religiosos; pero Cortés fué muy cuerdo en no lo creer. Quería el fraile con esto ganar con el uno gracias y

con el otro blancas. Mas Ponce se murió y Cortés no le dió nada.

**Cómo Alonso de Estrada desterró de Méjico á Cortés**

Muerto que fué Luis Ponce de León, comenzó el bachiller Marcos de Aguilar á gobernar y proceder en la residencia de Cortés; unos holgaban dello, otros no; aquellos por destruir á Cortés, éstos por conservarle, diciendo que no valían nada los poderes, y por consiguiente lo que hiciese, pues que Luis Ponce no los pudo dar; y así, el cabildo de Méjico y los procuradores de las otras villas que allí estaban, apelaron y contradijeron aquella gobernación, y requirieron á Cortés en forma de derecho, ante escribano, que tomase el gobierno y justicia como antes lo tenía, hasta que su majestad otra cosa mandase. Mas él no lo quiso hacer, confiado en su limpieza, y porque el Emperador entendiése de veras sus servicios y lealtad, antes defendía y sostuvo al Marcos de Aguilar en el cargo; y le requirió procediese la residencia contra él. Pero el bachiller, aunque hacía justicia, llevaba las cosas del Gobernador al amor del agua. El cabildo, ya que más no pudo, le dió por acompañado á Gonzalo de Sandoval, porque mirase las cosas de Cortés, que era su muy gran amigo. Mas de Sandoval no quiso serlo, con acuerdo del mismo Cortés. Gobernó Marcos de Aguilar con muchos trabajos y pesadumbre, no sé si fué por sus dolencias, ó malicias de otros, ó por hallarse engolfado en muy alta mar de negocios. Púsose muy flaco, sobrevinole calentura, y como tenía las bubas, mal suyo viejo, murió dos meses después, ó poco más que Luis Ponce de León; y dos antes que no él, murió también un hijo suyo, que llegó malo del camino. Nombró

y substituyó por gobernador y justicia mayor al tesorero Alonso de Estrada; que Albornoz era ido á España, y los otros dos oficiales del Rey presos estaban, y entonces el cabildo y casi todos reprobaron la substitución, que les parecía juego de entre compadres; y diéronle por acompañado á Gonzalo de Sandoval, y que Cortés tuviese cargo de los indios y de las guerras. Duró esto algunos meses. El Emperador, con parecer de su consejo de Indias, y por relación de Rodrigo de Albornoz, que partió de Méjico, muerto Luis Ponce y enfermo Marcos de Aguilar, mandó y proveyó que gobernase quien hubiese nombrado el bachiller Aguilar, hasta que su voluntad otra fuese; y así, gobernando solo Alonso de Estrada, no tuvo aquel respeto que se debía á la persona de Cortés por haber ganado aquella ciudad y conquistado tantas tierras, ni el que él le debía por haberle hecho gobernador al principio; ca pensaba que por ser regidor de Méjico, tesorero del Rey, y tener aquel oficio, aunque de prestado, era su igual y le podía preceder y mandar, administrando justicia derechamente; y así, usaba con él muchos descomedimientos, palabras y cosas que ni al uno ni al otro estaban bien. De manera pues, que hubo entre ellos muchas cosquillas, y se enconaron á que hubiera de ser peor que la pasada. El Alonso de Estrada, conociendo que si se tomaba con Cortés había de poder menos, hizose amigo de Gonzalo de Salazar y de Peralmindez, dándoles esperanza de soltarlos; y con esto era más parte que primero, aunque con bandos, que no convienen al buen juez, y con fealdad de la persona, que tanto se preciaba, del Rey Católico. Sucedió que ciertos criados de Cortés acuchillaron un capitán sobre palabras. Prendióse uno de ellos, y luego aquel mismo le hizo Estrada cortar la mano derecha, y tornar á la cárcel á purgar las costas, y por hacer aquella befa de Cortés, su amo. Desterró asimismo á Cortés porque no le quitase el preso; cosa escandalosa, y que estuvo Méjico para ensangrentarse aquel día, y aun perderse. Mas Cortés lo reme-

dió todo con salir de la ciudad á cumplir su destierro; y si tuviera ánimo de tirano, como le achacaban, ¿qué mejor ocasión ni tiempo quería para serlo que entonces, pues casi todos los españoles y todos los indios tomaban armas en su favor y defensa? Y no digo aquella vez, mas otras muchas pudiera alzarse con la tierra; empero ni quiso, ni creo que lo pensó, según por obra lo mostró; y cierto se puede preciar de muy leal á su rey; que si no lo fuera, castigáranlo. Puesto caso que sus muchos y grandes émulos le acusaban siempre de desleal, y por otras más infames palabras, de tirano y de traidor, para indignar al Emperador contra él; y pensaban ser creídos, con tener favor en corte y aun en consejo, según en otros lugares he dicho, y con que cada día perdían muchos españoles de Indias la vergüenza á su rey. Empero Fernando Cortés siempre traía en la boca estos dos refranes viejos: «El Rey sea mi gallo», y «Por tu ley y por tu rey morirás.» El mismo día que cortaron la mano al español, llegó á Tezcuco fray Julián Garcés, de la orden dominica, que iba hecho obispo de Tlaxcallán, cuya diócesis se dijo Caroleense, por honra del Emperador Carlos, nuestro señor el Rey. Supo el fuego que se encendía entre españoles, metióse en una cañoa con su compañero fray Diego de Loaisa, y en cuatro horas llegó á Méjico; donde le salieron á recibir todos los clérigos y frailes de la ciudad, con muchas cruces, ca era el primer obispo que allí entraba.

Entrevino luego Cortés y Estrada, y con su autoridad y prudencia los hizo amigos, y así cesaron los bandos. Poco después vinieron cédulas del Emperador para que soltasen al fator Salazar y al veedor Peralmíndez, y les volviesen sus oficios y hacienda; de que no poco se afligió Cortés, que quisiera alguna enmienda de la muerte de su primo Rodrigo de Paz, y que le restituyeran lo que le habían tomado de su casa. Pero quien á su enemigo popa, á sus manos muere, y no miró que perro muerto no muere. Él pudiera, antes que llegara el licenciado Luís

Ponce de León, degollarlos, como algunos se lo aconsejaron; que en su mano fué; mas dejólo por evitar el decir, por no ser juez en su propio caso, por ser hombre de ánimo, por estar clarísima la culpa que aquellos tenían de haber muerto á sin razón á Rodrigo de Paz; confiado que cualquiera juez ó gobernador que viniese los castigaría de muerte, por la guerra civil que movieron é injusticias que hicieron, y aun porque tenían, como dicen, el alcalde por suegro; que eran criados del secretario Cobos, y no lo quería enojar porque no le dañase en otros sus negocios que le importaban mucho más.

#### Cómo envió Cortés naos á buscar la Especiería

Mandaba el Emperador á Cortés por la carta hecha en Granada á 20 de junio de 1526, que enviase los navios que tenía en Zacatula á buscar la nao Trinidad y á frey García de Loaisa, comendador de San Juan, que era ido al Maluco y á Gaboxo, y á descubrir camino para ir á las islas de la Especiería desde la Nueva-España por el mar del Sur, según él se lo había prometido por sus cartas, diciendo que enviaria ó iría, si su majestad fuese servido, con tal armada que compitiese con cualquiera potencia de príncipe, aunque fuese del rey de Portugal, que en aquellas islas hubiese, y que las ganaría, no sólo para rescatar en ellas las especias y otras mercaderías ricas que tienen, mas aun para cogerlas y traerlas por propias suyas; y que haría fortalezas y pueblos de cristianos que sojuzgasen todas aquellas islas y tierras que caen en su real conquista, conforme á la demarcación, como eran Gilolo, Borney, entrambas Javas, Zamotra, Malaca y toda la costa de la China; con tanto, que le concediese ciertos capítulos y

mercedes. Así que, habiendo Cortés ofrecidose á esto, y queriéndolo el Emperador, y no teniendo otra guerra ni cosa en que entender, determina enviar tres navios á las Molucas, y hacer camino allá una vez para cumplir después su palabra, y también porque aportó á Ciuatlán Hortunio de Alango, de Portugaleta, con un patache que fué con la armada del dicho Loaisa, estando malo Marcos de Aguilar, por sobra de muchos vientos, ó por falta de no saber la navegación del Tidore. Echó pues al agua tres navios. En la nao capitana, dicha Florida, metió cincuenta españoles; en otra, que nombraron Santiago, cuarenta y cinco, con el capitán Luis de Cárdenas, de Córdoba; y en un bergantín, quince, con el capitán Pedro de Fuentes, de Jerez de la Frontera. Armólas de treinta tiros. Basteciólas de provisión en abundancia, como para tan largo y no sabido viaje se requería, y de muchas cosas de rescate. Hizo capitán de ellas á Álvaro de Saavedra Cerón, su pariente, el cual se partió del puerto de Ciuatlanejo, día ó víspera de Todos Santos del año de 1527. Anduvo dos mil leguas, según la cuenta de los pilotos, aunque por derecha navegación hay mil y quinientas. Llegó con sola su nao capitana; que las otras el viento las desparció de la conserva, á unas muchas islas, que por ser tal día cuando llegaron, les dijeron de los Reyes; las cuales están poco más ó menos en once grados á este cabo de la Equinoccial. Son los hombres crecidos de cuerpo, carilungos, morenos, muy bien barbados. Traen cabellos largos, usan cañas por lanzas, hacen esterás muy primas de palma, que de lejos parecen oro, cobijan sus vergüenzas con bragas de aquello, en lo al desnudos andan; tienen navios grandes. De aquellas islas de los Reyes fué á Mindanao y Bizaya, otras islas que están ocho grados, y que son ricas de oro, puercos, gallinas y pan de arroz. Las mujeres hermosas, ellos blancos. Andan todos en cabello largo. Tienen alfanjes de hierro, tiros de pólvora, flechas muy largas y cerbatanas, en que tiran con hierba; coseletes de algodón,

corazas de escamas de peces. Son guerreros, confirman la paz con beber sangre del nuevo amigo, y aun sacrifican hombres á su dios Anito. Traen los reyes coronas en la cabeza, como acá; y el que entonces allí reinaba se decía Catonao; el cual mató á don Jorge Manrique y á su hermano don Diego y á otros. De allí se huyó á la nave de Álvaro de Saavedra, Sebastián del Puerto, portugués, casado en la Coruña, que fuera con Loaisa. Sirvió de faraute, y dijo cómo su amo le llevó á Cebú, donde supo cómo llevarán de allí ocho castellanos de Magallanes á vender á la China, y que aún había otros. En fin, contó todo aquel viaje. También rescató Saavedra otros dos españoles del mismo Loaisa, en otra isla que llaman Candiga, por setenta castellanos en oro; en la cual hizo paces con el señor, bebiendo y dando á beber sangre del brazo, que tal es la costumbre de por allí, cual entre scitas. Pasó por Terrenate, donde portugueses tenían una fortaleza, y llegó á Gilolo, do estaba Fernando de la Torre, natural de Burgos, por capitán de ciento y veinte españoles de Loaisa, y alcaide de un castillo. Allí aderezó Álvaro de Saavedra su nao, tomó vituallas y todo matalotaje, que le faltaba, y veinte quintales de clavo de lo del Emperador, que le dió Fernando de la Torre. Y partióse á 3 de junio de 1528. Anduvo mucho tiempo de acá para allá. Tocó en las islas de los Ladrones, y en unas con gente negra y crespá, y otras con gente blanca, barbada y los brazos pintados, en tan poca distancia de lugar, que se mucho maravilló. Fuéle forzado volver á Tidore, donde estuvo muchos días. Partióse de allí para la Nueva-España á 8 dias de mayo 1529, y murió navegando, 19 de octubre de aquel mismo año. Por cuya muerte, y por falta de hombres y aires, se tornó la nave á Tidore con solas diez y ocho personas, de cincuenta que sacó de Ciuatlanejo; y porque ya Fernando de la Torre había perdido su castillo, se fueron aquellos diez y ocho españoles á Malaca, donde los prendió don Jorge de Castro, y los tuvo presos dos años, y allí

se murieron los diez; que así tratan portugueses á los castellanos. De manera que no quedaron más de ocho. En esto paró la armada de Fernando Cortés que envió á la Especiería.

#### Cómo vino Cortés á España

Como Alonso de Estrada gobernaba por la sustitución de Marcos de Aguilar, según el Emperador mandó, parecióle á Cortés que no habría orden de tornar él al cargo, pues su majestad aquello proveyó, si no iba él á negociarlo, y estaba muy afligido; y aunque pensaba estar sin culpa, no se le cocía el pan, porque tenía muchos adversarios en España, y de malas lenguas y poco favor, que en ausencia era como nada. Así que acuerda de venir á Castilla á muchas cosas muy importantes á sí principalmente, y al Emperador y á la Nueva-España. Ellas eran muchas, y diré de algunas. Á casarse por haber hijos y mucha edad; á parecer delante el Rey su cara descubierta, y á darle cuenta y razón de la mucha tierra y gente que había conquistado y en parte convertido, é informarle á boca de la guerra y disensiones entre españoles de Méjico, temiéndose que no le habrían dicho verdad; á que le hiciese mercedes conforme á sus servicios y méritos, y le diese algún título para que no se le igualasen todos; á dar ciertos capítulos al Rey, que tenía pensados y escritos sobre la buena gobernación de aquella tierra, que eran muchos y provechosos. Estando en este pensamiento le fué una carta de fray García de Loaisa, confesor del Emperador y presidente de Indias, que después fué cardenal, en la cual le convidaba por muchos ruegos y consejos á venir á España á que le viese y conociese su majestad, prometiéndole

dole su amistad é intercesión. Con esta carta apresuró la partida, y dejó de enviar á poblar el río de las Palmas, que está más allá de Pánuco, aunque tenía enhilado ya el camino, y despachó primero doscientos españoles y sesenta de caballo con muchos mejicanos á tierra de los chichimecas, para si era buena, como le decían, y rica de minas de plata, poblasen en ella; y si no los recibían de paz, hiciesen guerra y cautivasen para esclavos; que son gente bárbara. Escribió á la Veracruz que le aprestasen dos buenas naos, y envió delante á ello á Pero Ruiz de Esquivel, un hidalgo de Sevilla; mas no llegó allá, que al cabo de un mes le hallaron enterrado en una isleja de la laguna, con una mano de fuera de tierra, comida de perros ó aves; estaba en calzas y jubón, tenía una sola cuchillada en la frente; nunca pareció un negro que llevaba, ni dos barras de oro, ni la barca, ni los indios, ni se supo quién le mató ni por qué. Hizo Cortés inventario de su hacienda mueble, que la valuaron en doscientos mil pesos de oro; dejó por gobernadores de su estado y mayordomos al licenciado Juan Altamirano, pariente suyo, á Diego Docampo, y á un Santa Cruz. Basteció muy bien dos navíos, dió pasaje y matalotaje franco á cuantos entonces pasaron; embarcó mil y quinientos marcos de plata, y veinte mil pesos de buen oro, y otros diez mil de oro sin ley, y muchas joyas riquísimas. Trajo consigo á Gonzalo de Sandoval, Andrés de Tapia, y otros conquistadores de los más principales y honrados. Trajo un hijo de Motezuma, y otro de Maxixca, ya cristiano, y don Lorenzo por nombre, y muchos caballeros y señores de Méjico, Tlaxcallán y otras ciudades. Trajo ocho volteadores del palo, doce jugadores de pelota, y ciertos indios é indias muy blancos, y otros enanos, y otros contrahechos. Y sin todo esto, traía para ver, tigres, alcatraces, un aiotochtli, otro tlacuaci, animal que ensena ó embolsa sus hijos para comer; cuya cola, según las indias, ayuda mucho á parir las mujeres, y para dar, gran suma de mantas de pluma y



pelo, ventalles, rodelas, plumajes, espejos de piedra, y cosas así. Llegó á España en fin del año de 1528, estando la corte en Toledo. Hinchó todo el reino de su nombre y llegada, y todos le querían ver.

#### Las mercedes que hizo el Emperador á Fernando Cortés

Hizo el Emperador muy buen acogimiento á Fernando Cortés, y aun le fué á visitar á su posada, por más le honrar, estando enfermo y desahuciado de los médicos. Él dijo á su majestad cuanto traía pensado, y le dió los memoriales que tenía escritos, y le acompañó hasta Zaragoza, que se iba á embarcar para Italia por coronarse. El Emperador, conociendo sus servicios y valor de persona, le hizo marqués del valle de Huaxacac, como se lo pidió, á 6 de julio de 1528 años, y capitán general de la Nueva-España, de las provincias y costa de la mar del Sur, y descubridor y poblador de aquella misma costa é islas, con la docena parte de lo que conquistase, en juro de heredad para sí y para sus descendientes: dábale el hábito de Santiago, y no lo quiso sin encomienda. Pidió la gobernación de Méjico, y no se la dió, porque no piense ningún conquistador que se le debe; que así lo hizo el rey don Fernando con Cristóbal Colón, que descubrió las Indias, y con Gonzalo Hernández de Córdoba, Gran Capitán, que conquistó á Nápoles. Mucho merecía Cortés, que tanta tierra ganó, y mucho le dió el Emperador por le honrar y engrandecer, como gratisimo príncipe, y que nunca quita lo que una vez da. Dábale todo el reino de Michuacán, que fué de Cazoncín, y él quiso más á Cuahunauac, Huaxacac, Tecoaatepec, Coyoacán, Matalcínco, Atlacupaia, Toluca, Huaxtepec, Utlatepec, Etlán, Xalapán, Teuquilaiacoán,

Calimaia, Autepec, Tepuztlán, Cuitlapán, Accapiztlán, Cuetlaxca, Tuztla, Tepecán, Atloixtán, Izcalpán, con todas sus aldeas, términos, vecinos, jurisdicción civil y criminal, pechos, tributos y derechos. Todos estos son grandes pueblos y tierra gruesa. Otros favores y mercedes le hizo también; mas las nombradas fueron las mayores y mejores.

#### De cómo se casó Cortés

Murió doña Catalina Xuárez sin hijos; y como en Castilla se supo, trataron muchos de casar á Cortés, que tenía mucha fama y hacienda. Don Álvaro de Zúñiga, duque de Béjar, trató con mucho calor de casarle; y así, le casó con doña Juana de Zúñiga, sobrina suya é hija del conde de Aguilar, don Carlos Arellano, por los poderes que tuvo Martín Cortés. Era doña Juana hermosa mujer, y el conde don Alonso y sus hermanos muy valerosos y favorecidos del Emperador; por lo cual, que colmaba la nobleza y antigüedad de aquel linaje, se tuvo por bien casado y emparentado. Traía Cortés cinco esmeraldas, entre otras que hubo de los indios, finisimas, y que las apodaron en cien mil ducados. La una era labrada como rosa, la otra como corneta, y otra un pece con los ojos de oro, obra de indios maravillosa; otra era como campanilla, con una rica perla por badajo, y guarnecida de oro, con «Bendito quien te crió» por letra; la otra era una tacea con el pie de oro, y con cuatro cadenicás para tenerla, asidas en una perla larga por botón; tenía el bebedero de oro, y por letrero, *Inter natos mulierum non surrexit major*. Por esta sola pieza, que era la mejor, le daban unos genoveses, en la Rábida, cuarenta mil ducados, para revender al Gran Tur-

co; pero no las diera él entonces por ningún precio; aunque después las perdió en Argel cuando fué allá el Emperador, según lo contamos en las guerras de mar de nuestro tiempo. Dijéronle cómo la Emperatriz deseaba ver aquellas piezas, y que se las pediría y pagaría el Emperador; por lo cual las envió á su esposa con otras muchas cosas, antes de entrar en la corte, y así se excusó cuando le preguntaron por ellas. Diólas á su esposa por joyas, que fueron las mejores que nunca en España tuvo mujer. Casóse pues con doña Juana de Zúñiga, y volvióse á Méjico con ella y con título de marqués.



De cómo puso el Emperador audiencia en Méjico

Estaba en España Pánfilo de Narváez, negociaba la conquista del río de las Palmas y la Florida, donde al fin murió; y á vueltas no hacía otro que dar quejas de Cortés en corte, y aun al mismo Emperador dió un memorial que contenía muchos capítulos, y entre ellos uno que afirmaba cómo Cortés tenía tantas barras de oro y plata como Vizcaya de hierro, y ofrecióse á probarlo; y aunque no era cierto, era sospecha. Insistía en que le castigasen, diciendo que le sacó un ojo, y que mató con hierbas al licenciado Luis Ponce de León, como había hecho á Francisco de Garay; y por sus muchas peticiones se trataba de enviar á Méjico á don Pedro de la Cueva, hombre feroz y severo, y que era mayordomo del Rey, y después fué general de la artillería y comendador mayor de Alcántara, para que si aquello era verdad le degollase. Pero como llegaron á la sazón cartas de Cortés, hechas en Méjico á 3 de setiembre de 1526, y los testimonios del doctor Ojeda y licenciado Pero López, médicos, que curaron á Luis Ponce, no se

efectuó; y cuando Cortés vino á Castilla, se reía mucho con don Pedro de la Cueva sobre esto, diciendo: «Á luengas vías luengas mentiras.» El Emperador y todo su consejo de Indias hizo chancillería en Méjico, adonde corriessen con pleitos y negocios todos los de la Nueva-España; y por quitar y castigar los bandos entre españoles, y para tomar residencia á Cortés, que se quería satisfacer de sus servicios y culpas, y también para visitar los oficiales y tesorería real. Mandó á Nuño de Guzmán, gobernador de Pánuco, ir por presidente y gobernador, con cuatro licenciados por oidores. Nuño de Guzmán fué á Méjico luego el año de 29. Comenzó luego á entender en negocios con el licenciado Juan Ortiz de Matienzo, y Delgadillo; que los otros murieron. É hizo una terrible residencia y condenación contra Cortés; y como estaba ausente, metió la lanza hasta el regatón. Hicieron almoneda de todos sus bienes á menos precio, llamáronle por pregones, encartáronle, y si allí estuviera, corriera riesgo de la vida; aunque barba á barba honra se cata, y ordinario es embravecerse los jueces contra el ausente. Pero aquellos creo que le fatigaran, porque persiguieron tanto á sus amigos, que aun andar por las calles no osaban; y así, prendieron á Pedro de Albarado, recién llegado de España, solamente porque hablaba en favor de Cortés, y achacándole la rebelión de Méjico cuando vino Narváez. Prendió también á Alonso de Estrada y á otros muchos, haciéndoles manifiestos agravios. En breve tiempo tuvo el Emperador más quejas de Nuño de Guzmán y sus oidores que de todos los pasados; y así, le quitó el cargo, año de 30. Y no sólo se probó su injusticia y pasión en Méjico, mas aun en la corte, y en muchos lugares de España lo probó el licenciado Francisco Núñez con personas que de allá entonces vinieron. Y después pronunciaron los oidores y presidente que fueron tras ellos, por parciales y enemigos de Cortés al Nuño de Guzmán y licenciados Matienzo y Delgadillo, y los condenó la Audiencia á que le pagasen lo que le mal

co; pero no las diera él entonces por ningún precio; aunque después las perdió en Argel cuando fué allá el Emperador, según lo contamos en las guerras de mar de nuestro tiempo. Dijéronle cómo la Emperatriz deseaba ver aquellas piezas, y que se las pediría y pagaría el Emperador; por lo cual las envió á su esposa con otras muchas cosas, antes de entrar en la corte, y así se excusó cuando le preguntaron por ellas. Diólas á su esposa por joyas, que fueron las mejores que nunca en España tuvo mujer. Casóse pues con doña Juana de Zúñiga, y volvióse á Méjico con ella y con título de marqués.



De cómo puso el Emperador audiencia en Méjico

Estaba en España Pánfilo de Narváez, negociaba la conquista del río de las Palmas y la Florida, donde al fin murió; y á vueltas no hacía otro que dar quejas de Cortés en corte, y aun al mismo Emperador dió un memorial que contenía muchos capítulos, y entre ellos uno que afirmaba cómo Cortés tenía tantas barras de oro y plata como Vizcaya de hierro, y ofrecióse á probarlo; y aunque no era cierto, era sospecha. Insistía en que le castigasen, diciendo que le sacó un ojo, y que mató con hierbas al licenciado Luis Ponce de León, como había hecho á Francisco de Garay; y por sus muchas peticiones se trataba de enviar á Méjico á don Pedro de la Cueva, hombre feroz y severo, y que era mayordomo del Rey, y después fué general de la artillería y comendador mayor de Alcántara, para que si aquello era verdad le degollase. Pero como llegaron á la sazón cartas de Cortés, hechas en Méjico á 3 de setiembre de 1526, y los testimonios del doctor Ojeda y licenciado Pero López, médicos, que curaron á Luis Ponce, no se

efectuó; y cuando Cortés vino á Castilla, se reía mucho con don Pedro de la Cueva sobre esto, diciendo: «Á luengas vías luengas mentiras.» El Emperador y todo su consejo de Indias hizo chancillería en Méjico, adonde corriessen con pleitos y negocios todos los de la Nueva-España; y por quitar y castigar los bandos entre españoles, y para tomar residencia á Cortés, que se quería satisfacer de sus servicios y culpas, y también para visitar los oficiales y tesorería real. Mandó á Nuño de Guzmán, gobernador de Pánuco, ir por presidente y gobernador, con cuatro licenciados por oidores. Nuño de Guzmán fué á Méjico luego el año de 29. Comenzó luego á entender en negocios con el licenciado Juan Ortiz de Matienzo, y Delgadillo; que los otros murieron. É hizo una terrible residencia y condenación contra Cortés; y como estaba ausente, metió la lanza hasta el regatón. Hicieron almoneda de todos sus bienes á menos precio, llamáronle por pregones, encartáronle, y si allí estuviera, corriera riesgo de la vida; aunque barba á barba honra se cata, y ordinario es embravecerse los jueces contra el ausente. Pero aquellos creo que le fatigaran, porque persiguieron tanto á sus amigos, que aun andar por las calles no osaban; y así, prendieron á Pedro de Albarado, recién llegado de España, solamente porque hablaba en favor de Cortés, y achacándole la rebelión de Méjico cuando vino Narváez. Prendió también á Alonso de Estrada y á otros muchos, haciéndoles manifiestos agravios. En breve tiempo tuvo el Emperador más quejas de Nuño de Guzmán y sus oidores que de todos los pasados; y así, le quitó el cargo, año de 30. Y no sólo se probó su injusticia y pasión en Méjico, mas aun en la corte, y en muchos lugares de España lo probó el licenciado Francisco Núñez con personas que de allá entonces vinieron. Y después pronunciaron los oidores y presidente que fueron tras ellos, por parciales y enemigos de Cortés al Nuño de Guzmán y licenciados Matienzo y Delgadillo, y los condenó la Audiencia á que le pagasen lo que le mal

vendieron. Entendiendo Nuño de Guzmán que le quitaban de la presidencia, temió y fuése contra los teuchichimecas en demanda de Culuacán, que según algunos, es de donde vinieron los mejicanos. Llevó quinientos españoles, los más de ellos á caballo. Unos presos, otros contra su voluntad; y los que iban de grado eran novicios en la tierra, y casi todos los que con él pasaron. En Mechuacán prendió al rey Cazoncín, amigo de Cortés, servidor de españoles y vasallo del Emperador, y que estaba en paz. Y sacóle, según fama, diez mil marcos de plata y mucho oro. Y después quemóle con otros muchos caballeros y hombres principales de aquel reino, porque no se quejasen; que perro muerto no muerde. Tomó seis mil indios para carga y servicio de su ejército. Comenzó la guerra, y conquistó á Xalixco, que llaman Nueva-Galicia, como en otro cabo dije. Estuvo Nuño de Guzmán en Xalixco hasta que el virrey don Antonio de Mendoza y la chancillería de Méjico le hizo prender y traer á España á dar cuenta de sí; y nunca más le dejaron volver allá. Si Nuño de Guzmán fuera tan gobernador como caballero, habria tenido el mejor lugar de Indias; empero húbose mal con indios y con españoles. El mismo año de 1530, que salió de Méjico Nuño de Guzmán, fué allá por presidente y á visitar y reformar la Audiencia, ciudad y tierra, Sebastián Ramirez de Fuenleal, natural de Villaescusa, que era obispo y presidente de la isla de Santo Domingo. Diéronle por oidores á los licenciados Juan de Salmerón, de Madrid; Vasco Quiroga, de Madrigal; Francisco Reinos, de Zamora, y Alonso Maldonado, de Salamanca; los cuales rigieron con justicia la tierra. Poblaron la ciudad de los Ángeles, que los indios llaman Cuetlaxcoapán, que quiere decir culebra en agua, y por otro nombre Vicilapán, que significa pájaro en agua. Y esto á causa de dos fuentes que tiene, una de agua mala y otra de buena. Está veinte leguas de Méjico, y en el camino para la Veracruz. El Obispo comenzó á poner los indios en libertad, y por eso muchos españoles de los pobla-

dores dejaban la tierra, y se iban á buscar las vidas á Xalixco, Honduras, Cuahutemallán y otras partes que había guerras y entradas.

#### Vuelta de Cortés á Méjico

En esto llegó Cortés á la Veracruz. De que se dijo su llegada, y que iba hecho marqués y llevaba su mujer, comenzaron á irle á ver muchedumbre de indios y casi todos los españoles de Méjico, con achaque de salir á recibirle. En pocos días se le juntaron más de mil españoles, y se le quejaban que no tenían qué comer, y decían que los licenciados Matienzo y Delgadillo los habían destruído á ellos y á él, y que viese si quería que los matasen con los demás. Cortés, conociendo cuán feo caso era, reprehendiélos recio. Dióles esperanza de sacarlos presto de lacería con las armadas que había de hacer, y porque no hiciesen algún motin ó saco, entreténalos con regocijos. El Presidente y oidores mandaron á todos los españoles que luego volviessen á Méjico, y cada vecino á su pueblo, so pena de muerte, por quitarlos de Cortés; y estuvieron por enviar á prenderle y enviarle á España por alborotador de la tierra. Mas visto por él cuán de ligero se movían los letrados, se hizo prègonar públicamente en la Veracruz por capitán general de la Nueva-España, leyendo las provisiones, que hicieron torcer las narices á los de Méjico. Tras esto partióse derecho allá con un gran escuadrón de españoles é indios, en que había gran copia de caballos. Cuando llegó á Tezcucó mandáronle que no entrase en Méjico, so pena de perdimiento de bienes, y la persona á merced del Rey. Obedeció y cumplió con toda la prudencia que convenia al servicio del Emperador y

bien de aquella tierra, que con muchos trabajos él ganara. Estaba allí en Tezcuco muy acompañado, y con tanta corte y más que había en Méjico. Escribía al Presidente y oidores que mirasen mejor su buena intención, y no diesen asilla á los indios de rebelarse; que de los españoles seguros podían estar. Los indios, viendo estas cosas, mataban cuantos españoles cogían en descampado; y no en muchos días faltaban más de doscientos, todos muertos á manos suyas, así en pueblos como en caminos, y ya estaban hablados, y concertaban de alzarse; pero vinieron algunos á decirlo al Obispo, el cual tuvo miedo; y luego, con acuerdo y parecer de los oidores y de los demás vecinos que en la ciudad estaban, viendo que no tenían mejor remedio ni más cierta defensa que la persona, nombre, valor y autoridad de Cortés, le envió á llamar y rogar que entrase en Méjico. Él fué luego, muy acompañado de gente de guerra, y de veras parecía capitán general. Salieron todos á recibirle, que entraba también la marquesa, y fué aquel un día de mucha alegría. Trataron la Audiencia y él cómo remediarian tanto mal. Tomó Cortés la mano, prendió á muchos indios, quemó algunos, aperreó otros, y castigó tantos, que en muy breve tiempo allanó toda la tierra y aseguró los caminos; cosa que merecía galardón romano.

De cómo envió Cortés á descubrir la costa de la Nueva-España por la mar del Sur

Como Cortés estuvo algo de reposo, le requirieron Presidente y oidores que dentro de un año enviase armada á descubrir por la mar del Sur, conforme á la instrucción y conveniencia que traía del Emperador, hecha en Madrid

á 27 de Octubre y de 29, y firmada de la emperatriz doña Isabel; donde no, que su majestad contrataría con otra persona. Tanto hicieron esto por alejarlo de Méjico, como porque cumpliese lo que había capitulado con el Emperador; que bien sabía cómo tenía siempre muchos carpinteros y navíos en el astillero; pero querían que él mismo fuese allá. Cortés respondió que así lo haría. Dió pues muy gran prisa á dos naos que se estaban labrando en Acapulco. Entre tanto anduvo un sarampión, que llamaron zauatltepitón, que quiere decir lepra chica, á respecto de las viruelas que les pegó el negro de Pánfilo de Narváez, según ya se dijo; y murieron con él muy muchos indios. Fué también enfermedad nueva y nunca vista en aquella tierra. Como las naos se acabaron, las armó Cortés muy bien de gente y artillería; hinchólas de vituallas, armas y rescates. Envio por capitán de ellas á Diego Hurtado de Mendoza, primo suyo. Llamábanse las naos, una de San Miguel y otra de San Marcos. Fueron, por tesorero Juan de Mazuela, por veedor Alonso de Molina, maestre de campo Miguel Marroquino, alguacil mayor Juan Ortiz de Cabex, y por piloto Melchor Fernández. Salió Diego Hurtado del puerto de Acapulco día de Corpus Christi, año de 1532. Siguió la costa hacia el poniente; que así era el concierto. Llegó al puerto de Xalixco, y quiso tomar agua, no por necesidad, sino por henchar las vasijas que hasta allí habian vencido. Nuño de Guzmán, que gobernaba aquella tierra, envió gente que les defendiese la entrada, y por ser de Cortés, y porque nadie entrase en su jurisdicción sin su licencia. Diego Hurtado dejó el agua, y pasó adelante bien doscientas leguas costeando lo más y mejor que pudo. Amotináronsele muchos de su compañía; metiólos en el un navío, y enviólos á la Nueva-España por ir descansado y seguro. Con el otro navío prosiguió su derrota; pero no hizo cosa que de contar sea, que yo sepa, aunque navegó y estuvo mucho sin que de él se supiese. La nave de los amotinados tuvo á la vuelta tiempo contra-

rio y falta de agua; y así, le fué forzado, aunque no quisieran los que dentro venían, surgir en una bahía que llaman de Banderas, donde los naturales estaban en armas por algunos tratamientos no buenos que los de Nuño de Guzmán les habían hecho. Tomaron los nuestros tierra, y sobre tomar agua riñeron. Los contrarios eran muchos, y mataron todos los españoles de la nao; que no escaparon sino solos dos. Cortés desde que lo supo fué á Tecoantepec, villa suya, que está de Méjico ciento y veinte leguas. Aderizó dos navios que sus oficiales acababan de hacer, basteciéndolos muy complidamente, y envió por capitán de uno á Diego Becerra de Mendoza, natural de Mérida, y por piloto á Fortún Jiménez, vizcaíno; y del otro á Hernando de Grijalba, y piloto á un portugués que se decía Acosta: creo que partieron año y medio después que Diego Hurtado. Iban á tres efectos: á vengar los muertos, á buscar y socorrer los vivos, y á saber el secreto y cabo de aquella costa.

Estas dos naos se desrotaron una de otra la primera noche que se hicieron á la vela, y nunca más se vieron. Fortún Jiménez se concertó con muchos vizcaínos, así marineros como hombres de tierra, y mató á Diego Becerra estando durmiendo. Debió ser que riñeron, é hirió malamente á otros algunos. Arribó con la nao á Motin, y echó en tierra á los heridos y á dos frailes franciscos. Tomó agua, y fué de allí á dar en la bahía de Santa Cruz. Saltó á tierra, y matáronle los indios con otros veinte españoles. Con estas nuevas fueron dos marineros á Chiametlán de Xalixeo en el batel, y dijeron á Nuño de Guzmán cómo habían hallado mucha muestra de perlas. Él fué allí, aderezó aquella nao, y envió gente en ella á buscar las perlas. Hernando de Grijalba anduvo trescientas leguas por el noroeste sin ver tierra; y por eso echó luego á la mar á ver si hallaría islas, y topó con una, que llamó Santo Tomás porque tal día la descubrió. Estaba, según él dijo, despoblada y sin agua por la parte que entró. Está en

veinte grados. Tiene muy hermosas arboledas y frescuras, muchas palomas, perdices, halcones y otras aves. En esto pararon aquellas cuatro naos que Cortés envió á descubrir.

Lo que padeció Cortés continuando el descubrimiento del Sur

Cortés, entre tanto que todo esto pasaba, tuvo hechos otros tres navios muy buenos, ca siempre labraba con diligencia y mucha gente naos en Tecoantepec, para cumplir lo capitulado con el Emperador, y pensando descubrir riquísimas islas y tierra. Y como tuvo nueva de todo ello, quejóse al Presidente y oidores, de Nuño Guzmán, y pidióles justicia para que le fuese vuelta su nave. Ellos le dieron provisión, y luego sobrecarta; mas poco aprovecharon. Él, entonces, que estaba amostazado con Nuño de Guzmán sobre la residencia que le hizo, y hacienda que le deshizo, despachó los tres navios para Chiametlán, que se llamaba Santa Águeda, San Lázaro y Santo Tomás, y él fué por tierra desde Méjico muy bien acompañado. Cuando llegó allí halló la nao al través, y robado cuánto en ella iba, que con el casco del navio, valía todo quince mil ducados. Llegaron también los tres navios, embarcóse en ellos con la gente y caballos que cupieron; dejó con los que quedaban á Andrés de Tapia por capitán, ca tenía trescientos españoles y treinta y siete mujeres y ciento y treinta caballos. Pasó á donde mataron á Fortún Jiménez. Tomó tierra primero día del año de 1536, y por ser tal día nombró aquella punta, que es alta, sierras de San Felipe, y á una isla que está tres leguas de allí llamó de Santiago.

Á tres días entró en un muy buen puerto, grande, seguro de todos aires, y llamóle bahía de Santa Cruz. Allí mataron á Fortún Jiménez con los otros veinte españoles. En desembarcando envió por Andrés de Tapia. Dióles después de embarcados un viento que los llevó hasta dos ríos, que ahora llaman San Pedro y San Pablo. Salidos de allí, se tornaron á desrotar todos tres navios. El menor vino á Santa Cruz, otro fué al Guayabal, y el que llamaban San Lázaro dió al través, ó por mejor decir, encalló cerca de Xalixco; la gente del cual se volvió á Méjico. Cortés esperó muchos días sus naos, y como no venían, llegó á mucha necesidad, porque en ellas tenía los bastimentos; y en aquella tierra no cogen maíz, sino viven de frutas y hierbas, de caza y pesca, y aun diz que pescan con flechas y con varas de punta, andando por el agua en unas balsas de cinco maderas, hechas á manera de la mano; y así, determinó ir con aquel navio á buscar los otros, y á traer qué comer si no los hallaba. Embarcóse pues con hasta setenta hombres, muchos de los cuales eran herreros y carpinteros. Llevó fragua y aparejos para labrar un bergantín, si fuese necesario. Atravesó la mar, que es como el Adriático; corrió la costa por cincuenta leguas, y una mañana hallóse metido entre unos arrecifes ó bajos, que ni sabía por dónde salir ni por dónde entrar. Andando con la sonda buscando salida, arrimóse á la tierra y vió una nao surta dos leguas dentro un ancón. Quiso ir allá, y no hallaba entrada; que por todas las partes quebraba la mar sobre los bajos. Los de la nao vieron también al navio, y enviáronle su batel con Antón Cordero, piloto, sospechando que era él. Arribó al navio, saludó á Cortés, entróse dentro para guiarle. Dijo que había harta hondura por encima de una reventazón, que por ella pasó su nao. En diciendo esto, encalló á dos leguas de tierra, donde quedó el navio muerto y trastornado. Allí viérades llorar al más esforzado, y maldecir al piloto Cordero. Encomendábanse á Dios, y desnudábanse, pensando guarecer á nado ó en tablas; y ya estaban para

hacerlo cuando dos golpes de mar echaron la nao en la canal que decia el piloto, mas abierta por medio. Llegaron en fin, al otro navio surto, vaciando el agua con la bomba y calderas. Salieron, y sacaron todo lo que dentro iba, y con los cabrestantes de ambas naos la tiraron fuera. Asentaron luego la fragua, hicieron carbón. Trabajaban de noche con hachas y velas de cera, que hay por allí mucha; y así, fué presto remediada. Compró en San Miguel, diecisiete leguas del Guayabal, que cae en lo de Culucán, mucho refresco y grano. Costóle cada novillo treinta castellanos de buen oro, cada puerco diez, cada oveja y cada fanega de maíz cuatro. Salió de allí Cortés, y topó la nao San Lázaro en la barra con la patilla, y desgobernóse el gobernalle. Fué menester haber otra vez carbón, y fraguar de nuevo los fierros. Partiése Cortés en aquella nave mayor, y dejó á Hernando de Grijalba por capitán de la otra, que no pudo salir tan presto. Á dos días que navegaba con buen tiempo se quebró la atadura de la antena de la mesana; que estaba con la vela cogida, y dado el chafardete. Cayó la antena, y mató al piloto Antón Cordero, que dormía al pie del árbol. Cortés hubo de guiar la navegación; que no había quien mejor la hiciese. Llegó cerca de las islas de Santiago, que poco antes nombré, y allí le dió un noroeste muy recio, que no le dejó tomar la bahía de Santa Cruz. Corrió aquella costa al sudeste, llevando casi siempre el costado de la nao en tierra y sondando. Halló un placel de arena, donde dió fondo. Salió por agua, y como no la halló, hizo pozos por aquel arenal, en que cogió ocho pipas de agua. Cesó entre tanto el noroeste, y navegó con buen tiempo hasta la isla de Perlas, que así creo la llamó Fortún Jiménez, que está junto á la de Santiago. Calmóle el viento, pero luego tornó á refrescar; y así, entró en el puerto de Santa Cruz, aunque con peligro, por ser estrecha la canal y menguar mucho la mar. Los españoles que allí había dejado estaban trashijados de hambre, y aun se habian muerto más de cinco, y no podían buscar

marisco, de flacos, ni pescar, que era lo que los sostenía. Comían hierbas de las que hacen vidrio, sin sal, y frutas silvestres, y no cuántas querían. Cortés les dió la comida por mucha regla, porque mal no les hiciese, que tenían los estómagos muy debilitados; mas ellos, con la hambre, comieron tanto, que se murieron otros muchos. Visto pues que se tardaba Hernando de Grijalba, y que era llegado á Méjico don Antonio de Mendoza por virrey, según los de San Miguel le dijieran, acordó dejar allí en Santa Cruz á Francisco de Ulloa por capitán de aquella gente, é irse él á Tecoantepec con aquella nave, para enviarle navíos y más hombres con que fuese á descubrir la costa, y para buscar de camino á Hernando de Grijalba. Estando en esto llegó una carabela suya de la Nueva España, que le venía á buscar, y que le dijo cómo venían atrás otras dos naos grandes con mucha gente, armas, artillería y bastimentos. Esperóles dos días, y no viniendo, fué con el un navío, y topólas surtas cerca de la costa de Xalisco, y llevólas al mismo puerto, donde halló la nao en que iba Hernando de Grijalba atollada en la arena, y los bastimentos dentro y podridos. Hizola limpiar y lavar. Los que sacaron la carne y anduvieron en aquello se hincharon las caras del hedor y bafo, y les ojos, que no podían ver. Levantó el navío, púsolo en hondura, y estaba sano y sin agujero ninguno; cortó antenas y mástiles, que cerca había buenos árboles, y aderezólo muy bien; y luego se fué con todos cuatro navíos á Santiago de Buena-Esperanza, que es en lo de Colimán; donde, antes que del puerto saliese, vinieron otras dos naves suyas, que como tardaba tanto, y la Marquesa tenía grandísima pena, iban á saber de él. Con aquellos seis navíos entró en Acapulco, tierra de la Nueva-España. Muchas cosas cuentan de esta navegación de Cortés, que á unos parecerían milagro y á otros sueño. Yo no he dicho sino la verdad y lo creedero. Estando Cortés en Acapulco, á Méjico de partida, le vino un mensajero de don Antonio de Mendoza, con aviso de su ida por virrey

en aquellas tierras, y con el traslado de una carta de Francisco Pizarro, que había escrito á Pedro de Albarado, adelantado y gobernador de Cuahutemallán, que así había hecho á otros gobernadores, en que le hacía saber cómo estaba cercado en la ciudad de los Reyes con muy gran gente, y puesto en tanta estrechura, que si no era por mar, no podía salir, y que le combatían cada día, y que si no le socorrian presto, se perdería. Cortés dejó de enviar recaudo entonces á Francisco de Ulloa, y envió dos naos á Francisco Pizarro con Hernando de Grijalba, y en ellas muchas vituallas y armas, vestidos de seda para su persona, una ropa de martas, dos sitiales, almohadas de terciopelo, jaece de caballos y algunos aderezos de entre casa, que él tenía para sí en aquella jornada, y ya que estaba en su tierra, no los había mucho menester. Hernando de Grijalba fué, y llegó á buen tiempo, y tornó á enviar la nave á Acapulco, y Cortés hizo en Cuaunauac sesenta hombres, y enviólos al Perú, juntamente con once piezas de artillería, diecisiete caballos, sesenta cotas de malla, muchas ballestas y arcabuces, mucho herraje y otras cosas, que nunca de ellas hubo recompensa, como mataron no mucho después al Francisco Pizarro, aunque Pizarro también envió muchas y ricas cosas á la marquesa doña Juana de Zúñiga; pero huyó con ellas el Grijalba.

De la mar de Cortés, que también llaman Bermejo

Por el mes de Mayo del mismo año de 1539 envió Cortés otros tres navíos muy bien armados y bastecidos, con Francisco de Ulloa, que ya era vuelto con todos los demás, para seguir la costa de Culucán, que vuelve al norte. Llamáronse aquellos navíos Santa Águeda, la Trinidad



y Santo Tomás. Partieron de Acapulco; tocaron en Santiago de Buena-Esperanza por tomar ciertas vituallas; del Guayabal atravesaron á la California en busca del un navio, y de allí tornaron á pasar aquel mar de Cortés, que otros dicen Bermejo, y siguieron la costa más de doscientas leguas hasta do fenecía, que llamaron ancón de San Andrés, por llegar allí su día. Tomó Francisco de Ulloa posesión de aquella tierra por el rey de Castilla, en nombre de Fernando Cortés. Está aquel ancón en treinta y dos grados de altura, y aun algo más; es allí la mar bermeja, crece y mengua muy por concierto. Hay por aquella costa muchos volcanes, y están los cerros helados; es tierra pobre. Hallóse rastro de carneros, digo cuernos grandes, pesados y muy retuertos. Andan muchas ballenas por este mar; pescan en él con anzuelos de espigas de árboles y de huesos de tortugas, que las hay muchas y muy grandes. Andan los hombres desnudos y trasquilados, como los otomíes de la Nueva-España; traen á los pechos unas conchas relucientes como de nácar. Los vasos de tener agua son buches de lobos marinos, aunque también los tienen de barro muy bueno. Del ancón de San Andrés, siguiendo la otra costa, llegaron á la California, doblaron la punta, metieronse por entre la tierra y unas islas, y anduvieron hasta emparejar con el ancón de San Andrés. Nombraron aquella punta el cabo del Engaño, y dieron vuelta para la Nueva-España, por hallar vientos muy contrarios y acaharseles los bastimentos. Estuvieron en este viaje un año entero, y no trujeron nueva de ninguna tierra buena: más fué el ruido que las nueces. Pensaba Fernando Cortés hallar por aquella costa y mar otra Nueva-España; pero no hizo más de lo que dicho tengo, tanta nao como armó, aunque fué allá él mismo. Créese que hay muy grandes islas y muy ricas entre la Nueva-España y la Especiería. Gastó doscientos mil ducados, á la cuenta que daba, en estos descubrimientos; ca envió muchas más naos y gente de lo que al principio pensó, y fueron causa, como después

diremos. que hubiese de tornar á España, tomar enemistad con el virrey don Antonio, y tener pleito con el Rey sobre sus vasallos; pero nunca nadie gastó con tanto ánimo en semejantes empresas.

#### De las letras de Méjico

No se han hallado letras hasta hoy en las Indias, que no es pequeña consideración; solamente hay en la Nueva-España unas ciertas figuras que sirven por letras, con las cuales notan y entienden toda cualquier cosa, y conservan la memoria y antigüedades.

Semejan mucho á los geroglíficos de Egipto, mas no encubren tanto el sentido, á lo que oigo; aunque ni debe ni puede ser menos. Estas figuras que usan los mejicanos por letras son grandes; y así, ocupan mucho; entállanlas en piedra y madera; pintanlas en paredes, en papel que hacen de algodón y hojas de metl. Los libros son grandes, cogidos como pieza de paño, y escritos por ambas haces; haylos también arrollados como pieza de jerga. No pronuncian *b, g, r, s*; y así, usan mucho de *p, c, l, x*; esto es la lengua mejicana y nahuatl, que es la mejor, más copiosa y más extendida que hay en la Nueva-España, y que usa por figuras. También se hablan y entienden algunos de Méjico por silbos, especialmente ladrones y enamorados: cosa que no alcanzan los nuestros, y que es muy notable.

## Los nombres de contar

Ce.	Uno.
Ome.	Dos.
Ei.	Tres.
Nauí.	Cuatro.
Macuil.	Cinco.
Chicoace.	Seis.
Chicome.	Siete.
Chicuei.	Ocho.
Chiconauí.	Nueve.
Matlac.	Diez.
Matlactlióce.	Once.
Matlactliomé.	Doce.
Matlactlomei.	Trece.
Matlactlinauí.	Catorce.
Matlactlimacuil.	Quince.
Matlactlichicoace.	Dieciseis.
Matlactlichicome.	Diecisiete.
Matlactlichicuei.	Dieciocho.
Matlactchiconauí.	Diecinueve.
Cempoalli.	Veinte.

Hasta seis cada número es simple y solo; después dicen seis uno, seis dos, seis tres.

Diez es número por sí; y luego dicen diez y uno, diez y dos, diez y tres, diez y cuatro, diez y cinco.

Dicen diez cincuino, y diez seis uno, diez seis dos, diez seis tres.

Veinte va por sí, y todos los números mayores.

## Del año mejicano

El año de aquestos mejicanos es de trescientos y sesenta días, porque tienen dieciocho meses de á veinte días cada uno; los cuales hacen trescientos y sesenta. Tiene más otros cinco días que andan sueltos y por sí, á manera de intercalares, en que se celebran grandes fiestas de crueles sacrificios, pero con mucha devoción. No podían dejar de andar errados con esta cuenta, que no llegaba á igualar con el curso puntual del sol, que aun el año de los cristianos, que tan astrólogos son, anda errado en muchos días; empero harto atinaban á lo cierto, y conformaban con las otras naciones.

## Los nombres de los meses

Tlacaxipeualiztli.	
Tozçuztli.	
Huei tozçuztli.	
Toxcalt.	Tepupochuiliztli.
Eçalcoaliztli.	
Tecuil huicintli.	
Huei tecuilhuitl.	
Miccai huicintli.	
Vei miccailhuitl.	
Uchpaniztli.	Tenauatiliztli.
Pachtli.	Heçoztli.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1940. 1625. MONTERREY, MEXICO

Huei pachtli.	Pachtli.
Quecholli.	
Panqueçaliztli.	
Hatemuztli.	
Tititlh.	
Izcalli.	
Coauitleuac.	Ciuihuilt.

En algunos pueblos truecan los meses, y en otros los diferencian, según quedan señalados por sí; mas la orden que llevan es la común.

Nombres de los días

Cipactli.	Espadarte.
Hecatli.	Aire y viento.
Calli.	Casa.
Cuezpali.	Lagarto.
Coualt.	Culebra.
Mizquintli.	Muerte.
Maçatl.	Ciervo.
Tochtli.	Conejo.
Atl.	Agua.
Izcuyntli.	Perro.
Oçumatli.	Mona.
Malinalli.	Escoba.
Acatlh.	Caña.
Ocelotl.	Tigre.
Coautli.	Águila.
Cozcaquahutli.	Buharro.
Olin.	Temple.
Tecpatlh.	Cuchillo.

Quiauitl.	Lluvia.
Xuchitl.	Rosa.

Aunque estos veinte nombres sirven para todo el año, y no son más que días tiene cada mes, no empero cada mes comienza por cipactli, que es el primer nombre, sino como les viene. La causa de ello es los cinco días intercalares, que andan por sí, y también porque tienen semana de trece días, que remuda los nombres; la cual, pongo caso que comience de ce cipactli, no puede correr más de hasta matlalomei acatl, que es trece; y luego comienza otra semana, y no dice matlactlinaui ocelotl, que es catorceno día, sino ce ocelotl, que es uno, y tras él cuentan los otros seis nombres que quedan hasta los veinte; y como son acabados todos los veinte días, comienzan de nuevo á contar del primer nombre de aquellos veinte; mas no como de uno, sino como de ocho; y porque mejor se pueda entender, es de esta manera:

Ce cipactli.
Ome hecatli.
Ei calli.
Nauí cuezpali.
Macuil couatl.
Chiocoacen mizquintli.
Chicome maçatl.
Chicoey tochtli.
Chiconauí atl.
Matlacizcuintli.
Matlactliocce oçumalli.
Matlactliome malinalli.
Matlactlomei acatlh.

La semana siguiente tras ésta comienza sus días de uno; mas aquel uno es catorceno, nombre del mes y de los días, y dicen:

Ce ocelotl.  
 Ome coautli.  
 Ei cozcaquahutli.  
 Naui olin.  
 Macuil tecpatl.  
 Chicoacen quiauitl.  
 Chicome xuchitl.  
 Chicoci cipactli.

En esta segunda semana vino cipactli á ser octavo día, habiendo sido en la primera primero.

Ce maçatl.  
 Ome tochtli.  
 Ei atl.  
 Naui izcuintli.  
 Macuil oçumatli.

Así comienza la tercera semana, en la cual no entra este nombre cipactli; mas maçatl, que fué séptimo día en la primera semana, y no tuvo lugar en la segunda, es el día primero de esta tercera semana. No es más oscura cuenta esta que la nuestra que tenemos, por solas estas siete letras *a, b, c, d, e, f, g*; porque también ellos se mudan y andan de tal manera que la *a*, que fué primer día de un mes, viene á ser el quinto día del otro mes adelante, y al tercer mes es tercero día; y así hacen todas las otras seis letras.

Cuenta de los años

Otra manera muy diversa de la dicha tienen para contar los años, la cual no pasa de cuatro; pero con uno, dos,

tres y cuatro cuentan ciento, y quinientos, y mil, y en fin, todo cuanto es menester y quieren. Las figuras y nombres son tochtli, acatlh, tecpatli, calli, que son conejo, caña, cuchillo, casa; y dicen:

Ce tochtli.	Es un año.
Ome acatlh.	Dos años.
Ei tecpatlh.	Tres años.
Nau calli.	Cuatro años.
Macuil tochtli.	Cinco años.
Chicoacen acatlh.	Seis años.
Chicome tecpatlh.	Siete años.
Chicuei calli.	Ocho años.
Chiconau tochtli.	Nueve años.
Matlactli acatlh.	Diez años.
Matlactlioe tecpatlh.	Once años.
Matlactliome calli.	Doce años.
Matlactlomei tochtli.	Trece años.

Tampoco sube la cuenta más de á trece, que es semana de año, y acaba donde comenzó.

Otra semana

Ce acatlh.	Un año.
Ome tecpatlh.	Dos años.
Ei calli.	Tres años.
Nau tochtli.	Cuatro años.
Macuil acatlh.	Cinco años.
Chicoacen tecpatlh.	Seis años.
Chicome calli.	Siete años.
Chicuei tochtli.	Ocho años.
Chiconau acatlh.	Nueve años.
Matlactli tecpatlh.	Diez años.
Matlactlioe calli.	Once años.

Ce ocelotl.  
 Ome coautli.  
 Ei cozcaquahutli.  
 Naui olin.  
 Macuil tecpatl.  
 Chicoacen quiauitl.  
 Chicome xuchitl.  
 Chicoci cipactli.

En esta segunda semana vino cipactli á ser octavo día, habiendo sido en la primera primero.

Ce maçatl.  
 Ome tochtli.  
 Ei atl.  
 Naui izcuintli.  
 Macuil oçumatli.

Así comienza la tercera semana, en la cual no entra este nombre cipactli; mas maçatl, que fué séptimo día en la primera semana, y no tuvo lugar en la segunda, es el día primero de esta tercera semana. No es más oscura cuenta esta que la nuestra que tenemos, por solas estas siete letras *a, b, c, d, e, f, g*; porque también ellos se mudan y andan de tal manera que la *a*, que fué primer día de un mes, viene á ser el quinto día del otro mes adelante, y al tercer mes es tercero día; y así hacen todas las otras seis letras.

Cuenta de los años

Otra manera muy diversa de la dicha tienen para contar los años, la cual no pasa de cuatro; pero con uno, dos,

tres y cuatro cuentan ciento, y quinientos, y mil, y en fin, todo cuanto es menester y quieren. Las figuras y nombres son tochtli, acatlh, tecpatli, calli, que son conejo, caña, cuchillo, casa; y dicen:

Ce tochtli.	Es un año.
Ome acatlh.	Dos años.
Ei tecpatlh.	Tres años.
Nau calli.	Cuatro años.
Macuil tochtli.	Cinco años.
Chicoacen acatlh.	Seis años.
Chicome tecpatlh.	Siete años.
Chicuei calli.	Ocho años.
Chiconau tochtli.	Nueve años.
Matlactli acatlh.	Diez años.
Matlactlioe tecpatlh.	Once años.
Matlactliome calli.	Doce años.
Matlactlomei tochtli.	Trece años.

Tampoco sube la cuenta más de á trece, que es semana de año, y acaba donde comenzó.

Otra semana

Ce acatlh.	Un año.
Ome tecpatlh.	Dos años.
Ei calli.	Tres años.
Nau tochtli.	Cuatro años.
Macuil acatlh.	Cinco años.
Chicoacen tecpatlh.	Seis años.
Chicome calli.	Siete años.
Chicuei tochtli.	Ocho años.
Chiconau acatlh.	Nueve años.
Matlactli tecpatlh.	Diez años.
Matlactlioe calli.	Once años.

Matlactliome tochtli.	Doce años.
Matlactliomei acathl.	Trece años.

## La tercera semana de años

Ce tecpathl.	Un año.
Ome calli.	Dos años.
Ei tochtli.	Tres años.
Nauí acathl.	Cuatro años.
Macuil tecpathl.	Cinco años.
Chicoacen calli.	Seis años.
Chicome tochtli.	Siete años.
Chicuei acathl.	Ocho años.
Chicouauí tecpathl.	Nueve años.
Matlactli calli.	Diez años.
Matlactliome tochtli.	Once años.
Matlactliome acathl.	Doce años.
Matlactliomei tecpathl.	Trece años.

## La cuarta semana

Ce calli.	Un año.
Ome tochtli.	Dos años.
Ei acathl.	Tres años.
Nauí tecpathl.	Cuatro años.
Macuil calli.	Cinco años.
Chicoacen tochtli.	Seis años.
Chicome acathl.	Siete años.
Chicuei tecpathl.	Ocho años.
Chicouauí calli.	Nueve años.
Matlactli tochtli.	Diez años.
Matlactliome acathl.	Once años.
Matlactliome tecpathl.	Doce años.
Matlactliomei calli.	Trece años.

Cada semana de estas, que los nuestros llaman indición, tiene trece años, y todas cuatro hacen cincuenta y dos años, que es número perfecto en la cuenta; y es como decir el jubileo, porque de cincuenta y dos en cincuenta y dos años tienen muy solemnes fiestas, con grandísimas ceremonias, según después trataremos. Contados estos cincuenta y dos años, tornan á contar de nuevo por la orden arriba puesta, otros tantos, comenzando de ce tochtli, y luego otros y otros; pero siempre comienzan del conejo. Así que con esta manera de contar tienen memoria de ochocientos y cincuenta años, y saben muy bien cada cosa en qué año aconteció, qué rey murió y qué hijos tuvo, y todo lo al que atañe á la historia.

## Cinco soles, que son edades

Bien alcanzan estos de Culúa que los dioses criaron el mundo, mas no saben cómo; empero, según ellos fingen y creen por las figuras ó fábulas que de ello tienen, afirman que han pasado, después acá de la creación del mundo, cuatro soles, sin éste que ahora los alumbra. Dicen pues cómo el primer sol se perdió por agua, con que se ahogaron todos los hombres y perecieron todas las cosas criadas; el segundo sol pereció cayendo el cielo sobre la tierra, cuya caída mató la gente y toda cosa viva; y dicen que había entonces gigantes, y que son de ellos los huesos que nuestros españoles han hallado cavando minas y sepulturas, de cuya medida y proporción parece como eran aquellos hombres de veinte palmos en alto; estatura es grandísima, pero certísima; el sol tercero faltó y se consumió por fuego; porque ardió muchos días todo el mundo, y murió abrasada toda la gente y animales; el cuarto

sol feneció con aire; fué tanto y tan recio el viento que hizo entonces, que derrocó todos los edificios y árboles, y aun deshizo las peñas; mas no perecieron los hombres, sino convirtiéronse en monas. Del quinto sol, que al presente tienen, no dicen de qué manera se ha de perder; pero cuentan cómo, acabado el cuarto sol, se oscureció todo el mundo, y estuvieron en tinieblas veinticinco años continuos; y que á los quince años de aquella espantosa oscuridad los dioses formaron un hombre y una mujer, que luego tuvieron hijos, y dende á diez años apareció el sol recién criado, y nacido en día de conejo; y por eso traen la cuenta de sus años desde aquel día y figura. Así que, contando de entonces hasta el año de 1552, há su sol ochocientos cincuenta y ocho años; por manera que há muchos años que usan de escritura pintada; y no solamente la tienen desde ce tochtli, que es comienzo del primer año, mes y día del quinto sol, mas también la usaban en vida de los otros cuatro soles perdidos y pasados; pero dejábanlas olvidar, diciendo que, con el nuevo sol, nuevas debían ser todas las otras cosas. También cuentan que, tres días después que apareció este quinto sol, se murieron los dioses; porque veáis cuáles eran; y que andando el tiempo nacieron los que al presente tienen y adoran; y por aquí los convencian los religiosos que los convertían á nuestra santa fe.

#### Chichimecas

Hay en esta tierra, que llaman Nueva-España, muchas y muy diversas generaciones; dicen que la más antigua es los chichimecas, y que vinieron de Aculuacán, que es más allá de Xalixco, cerca de los años de 720 que Cristo nació,

reduciendo su cuenta á la nuestra; y que muchos de ellos poblaron al rededor de la laguna de Tenuchtitlán; pero que se acabaron ó se perdió su nombre, mezclándose con otros. No tenían rey cuando entraron aquí; no hacían lugar, ni aun casa; moraban en cuevas y por los montes, andaban desnudos, no sembraban, no comían maíz ni otras semillas, ni pan de ninguna suerte, manteníanse de raíces, hierbas y frutas del campo; y como eran muy diestros de tirar un arco, mataban muchos venados, liebres, conejos, y otros animales y aves, y comían toda esta caza, no guisada, sino cruda y seca al sol; también comían culebras, lagartos y otras sabandijas así, sucias, asquerosas y bravas, y aun hoy día hay muchos de ellos allá en su naturaleza que viven así. Siendo, empero, tan bárbaros y viviendo vida tan bestial, eran hombres religiosos y devotos; adoraban al sol, ofrecíanle culebras, lagartijas y semejantes animalejos; ofrecíanle asimismo todo género de aves, desde águilas hasta mariposas; no hacían sacrificio con sangre. no tenían ídolos, ni aun del sol, á quien tenían por uno y solo dios; casaban con una sola mujer, y aquella no parienta en grado ninguno; eran feroces y belicosos, á cuya causa señorearon la tierra.

#### Aculhaques

Setecientos y setenta ó más años há que vinieron á esta tierra de la laguna unas gentes muy guerreras, pero de mucha policía y razón, que se llamaron los de Aculúa. Estos comenzaron, luego en viniendo, á poblar lugares y sembrar maíz y otras legumbres, y usaban de figuras por letras. Era gente de lustre, y había entre ellos algunos señores. Fundaron sobre la laguna á Tullancinco, que fué

su primera puebla; y porque venían de Tulla, poblaron luego á Tullán, y después á Tezcuco, y de allí á Couatlíchán, de donde fueron á Culuacán, que otros dicen Coyoacán, y en él asentaron y residieron muchos años. Estando allí hicieron unas casillas y chozuelas en una isleta alta y enjuta de la laguna, al rededor de la cual había ciertas charcas y manantiales, que creo llamaban Méjico; las cuales casas pajizas fueron el comienzo de la gran ciudad Méjico Tenuchtitlán. Había cerca de doscientos años que estaban allí estos de Aculúa, cuando comenzaron los chichimecas á desechar la rudez y bárbaras costumbres que tenían, y á comunicar con ellos por matrimonio y contrataciones; que antes ó no habían querido ó no osaban.



Mejicanos

En este medio tiempo llegaron á esta tierra los mejicanos, nación también extranjera y en aquellos reinos nueva, aunque algunos quieren sentir que son de los mismos de Aculúa, por cuanto la lengua de los unos y de los otros es toda una; y dicen que no trajeron señores, sino capitanes. Entraron también ellos por Tullán, y caminaron hacia la laguna; poblaron á Azcapuzalco, y luego á Tlacopán y Chapultepec, y de allí edificaron á Méjico, cabecera de su señorío, por oráculo del diablo. Crecieron tanto en hacienda y reputación, que en muy breve fueron mayores señores en la tierra que los de Aculúa ni que los chichimecas. Dieron guerra á sus vecinos, vencieron muchas batallas; tuvieron esto, que á los que se les daban, ponían ciertos tributos ó parias, y á los que les resistían, robaban y servíanse de ellos y de sus hijos y mujeres por esclavos. Comenzaron por vía de religión. Añadiéronle luego las

armas y fuerza, y después codicia, y así se quedaron señores de todo, y pusieron la silla de su imperio en Méjico. Traían cuenta y razón con el tiempo por escrito de figuras, si ya no la tomaron de aquellos otros de Aculuacán después que trabaron con ellos amistad y parentesco.

Según los libros de esta gente, y común opinión de sus hombres sabios y leídos, salieron estos mejicanos de un pueblo llamado Chicomuztotlh, y todos nacieron de un padre, dicho por nombre Iztacmixcoatlh, el cual tuvo dos mujeres. En Ilancueitl, que fué la una, hubo seis hijos. El primero se llamó Xelhúa, el segundo Tenuch, el tercero Ulmecatlh, el cuarto Xicalancatlh, el quinto Mixtecatlh, el sexto Otomitlh. En Chimalmath, que fué la otra mujer, hubo á Quezalcoatlh.

Xelhúa, que era el primogénito y mayorazgo, fundó y pobló á Cuahuquechulán, Izcuzán, Epatlán, Teupantlán, Teouacán, Cuzcatlán, Teutitlán y otros muchos lugares.

Tenuch pobló á Tenuchtitlán, y de él se dijeron al principio Tenuchca, según algunos cuentan, y después se llamaron Méjica. De este Tenuch salieron muchas personas muy excelentes, y sus descendientes vinieron á mandar toda la tierra y á ser señores de todo su linaje, y de otras muchas gentes.

Ulmecatlh pobló también muchos lugares en aquella parte á do agora está la ciudad de los Ángeles, y nombrólos Totomiuacán, Vicilapán, Cuettlaxcoapán, y otros así.

Xicalancatlh anduvo más tierra, llegó á la mar del Norte, y en la costa hizo muchos pueblos; pero á los dos más principales llamó de su mismo nombre. El un Xicalanco está en la provincia de Maxcalcinco, que es cerca de la Veracruz, y el otro Xicalanco está cerca de Tabasco. Este es un gran pueblo y de mucho trato, donde se hacen grandes ferias, á las cuales van muchos mercaderes de lejos tierras; y los de allí andan por toda la tierra contratando. Hay gran distancia del un pueblo de estos al otro.

Mixtecatlh echó por la otra parte y corrió hasta la mar



del Sur, donde pobló á Tututepec; edificó á Acatlán, que hay del uno al otro cerca de ochenta leguas; y todo aquel trecho de tierra se llama Mixtecapán. Es un gran reino, rico, abundante, de mucha gente y muy buenos pueblos.

Otomith subió á las montañas que están á la redonda de Méjico. Pobló muchos lugares. Los mejores y el riñón de todos ellos es Xilotepec, Tullán y Otompán. Esta es la mayor generación de toda la tierra de Anauac, la cual, allende de ser muy diferente en la habla, andan los hombres chamorros. También hay quien dice que los chichimecas vienen de este Otomith, por ser entrambas naciones de baja suerte y la más soez y servil gente que hay en toda esta tierra.

Quezalcoath edificó, y como dicen algunos, reedificó á Tlaxcallán, Huexocinco, Chololla y otras muchas ciudades. Fué aqueste Quezalcoath hombre honesto, templado, religioso, santo, y, como ellos tienen, dios. No fué casado ni conoció mujer. Vivió castisimamente, haciendo muy áspera penitencia con ayunos y disciplinas. Predicó, según se dice, la ley natural, y enseñóla con obra, dando ejemplo de buenas costumbres. Instituyó el ayuno, que antes no lo usaban, y fué el primero que en esta tierra hizo sacrificio de sangre; mas no como ahora lo usan estos indios con muerte de infinitos hombres, sino sacando sangre de las orejas y lenguas, por penitencia, por castigo y por remedio contra el vicio de mentir y del escuchar la mentira, que no son pequeños vicios entre esta gente. Creen que no murió, sino que se desapareció en la provincia de Coazacoalco, junto al mar. Tal lo pintan cual yo cuento, á Quezalcoath; y porque no saben, ó porque encubren su muerte, lo tienen por el dios del aire, y lo adoran en toda esta tierra, y principalmente en Tlaxcallán y Chololla, y en los demás pueblos que fundó; y así le hacen en ellos extraños ritos y sacrificios.

Tanto como dicho es poblaron y anduvieron estos siete hermanos, ó conquistaron; que también se cuenta de ellos

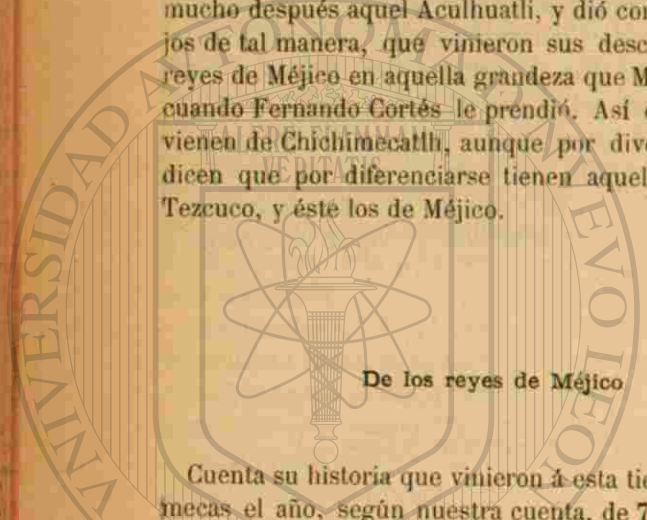
haber sido hombres muy guerreros. Va todo ello muy en suma, así porque basta para declaración del linaje y tierra de estos mejicanos, como por acortar muchos cuentos que sobre esto tienen los indios, que presumen de sangre, y de leídos en sus antigüedades. Los españoles, aunque han procurado saber muy de raíz el origen de los reyes mejicanos, no se determinan á certificar las opiniones; solamente afirman que así como todos los de Méjico y Tezcucó se precian de llamar Aculuaques, así los que son de aquel linaje y lenguaje son hombres de más cualidad y estofa que los otros, y así también, son más estimados y temidos, y su lengua, costumbres y religión es lo mejor y lo que más se usa.

#### Por qué se dicen aculuaques

Los señores de Tezcucó, que verdaderamente son señores de Aculuaacán, y más antiguos que mejicanos, se jactan descender de un caballero que era más alto que ninguno de todos los de aquella tierra, de los hombros arriba, por lo cual le llamaron Aculli, como si dijésemos el hombro ó el alto de hombros, que aculli es hombro, aunque también quiere decir el hueso que baja del hombro al codo. Allende que este Aculli fué hombre de gran estatura, fué asimismo grande en todas sus cosas, especialmente en las guerras, que venció de animoso y valiente.

Los señores de Méjico, que son los mayores y los grandes, y en fin los reyes de los reyes, se precian de ser y de llamarse de Culúa, diciendo que descenden de un Chichimecatlh, caballero muy esforzado, el cual ató una correa al brazo de Quezalcoath por junto al hombro, cuando andaba y conversaba entre los hombres. Lo que tuvieron

por un gran hecho, y decían: «Hombre que ató á un dios, atará á todos los mortales;» y así, de allí adelante le llamaron Aculhuatli, que como poco há dije, aculli es el hueso del codo al hombro, y el mismo hombro. Valió, y pudo mucho después aquel Aculhuatli, y dió comienzo á sus hijos de tal manera, que vinieron sus descendientes á ser reyes de Méjico en aquella grandeza que Motezuma estaba cuando Fernando Cortés le prendió. Así que parece que vienen de Chichimecatli, aunque por diversos efectos, y dicen que por diferenciarse tienen aquel cuento los de Tezcuco, y éste los de Méjico.



#### De los reyes de Méjico

Cuenta su historia que vinieron á esta tierra los chichimecas el año, según nuestra cuenta, de 721 después que Cristo nació. El primer señor y hombre principal que nombran y señalan en la orden y sucesión de su reino y linaje, es Totepeuch, y es de pensar que ó se estuvieron sin rey, como ya en otra parte dije, ó que no declaran el capitán que traían, ó que Totepeuch vivió muy mucho tiempo; que pudo ser, pues murió más de cien años después que entraron en esta tierra. Muerto que fué Totepeuch, se juntó toda la nación en Tullán, é hicieron señor á Topil, hijo de Totepeuch y de edad de veintidós años. Fué rey cincuenta años, ó casi.

Estuvieron sin señor, después que Topil murió, más de ciento y diez años; pero no cuentan la causa; ó quizá se olvidan el nombre del rey ó reyes que fueron en aquel espacio de tiempo. Al cabo del cual, estando allí en Tullán, sobre ciertas diferencias y pasiones que los advenedizos tuvieron con los naturales, se hicieron dos señores. Pien-

san algunos que entre los mismos chichimecas hubo bandos sobre quién mandaría; que como de Topil no quedaban hijos, había muchos deseosos de mandar. Empero de cualquier manera que fué, se tiene por cierto que eligieron dos señores, y que cada uno de ellos echó por su camino con los de su parcialidad ó linaje. Uemac fué un señor, y salió de Tullán por una parte. Nauhiocin, que fué el otro señor, y natural chichimeca, se salió también del pueblo, y se vino hacia la laguna con los de su valía; fué rey más de setenta años, y acaece vivir los hombres mucho tiempo.

Por muerte de Nauhiocin reinó Cuauhtexpetlatl.

Tras Cuauhtexpetlatl fué rey Uecín.

Nonoualcatl sucedió á Uecín.

Reinó después de él Achitometl.

Tras Achitometl heredó Cuauhtonal, y á los diez años de su reinado llegaron los mejicanos á Chapultepec. Esto es según la cuenta de algunos; por ende parece que no tienen mucha antigüedad.

Sucedió en el señorío á éste Achitometl Mazazín.

Á Mazazín heredó Queza.

Tras Queza fué rey Chalchinhtona.

Por muerte de Chalchinhtona vino á reinar Cuauhtlix.

Á Cuauhtlix sucedió Johuallatonac.

Reinó tras Johuallatonac, Ciuhtetl.

Al tercer año que reinaba se metieron los mejicanos á do es ahora Méjico.

Muerto Ciuhtetl, fué rey Xiuiltemoc.

Cuxcux sucedió á Xiuiltemoc.

Murió Cuxcux, y heredóle Acamapichtli. Al sexto año de su reinado se levantó Achitometl, hombre muy principal, y con deseo y ambición de reinar le mató, y tiranizó aquel señorío de Aculuacán cerca de doce años, y no solamente mató al Rey, sino también á seis hijos y herederos. Illancueitl, que era la reina, ó según algunos, ama, huyó con Acamapichcín, hijo ó sobrino, pero heredero forzoso

de Cauatlichán. Doce años después que Achitometl señorea, se fué á los montes desesperado, y por miedo no le matasen los suyos, que andaban muy revueltos. Con su ida, ó con las crueldades, muertes, agravios y otros malos tratamientos que habia hecho á los vecinos, se despobló aquella ciudad de Culucán, y por falta del rey comenzaron á gobernar la tierra los señores de Azcapuzalco, Cuauhnauac, Chalco, Couatlichán y Huexocinco.

Después que Acamapich se crió algunos años en Couatlichán, le llevaron á Méjico, donde le tuvieron en mucho, por ser de tan alto linaje y legitimo heredero y señor de la casa y estado de Culúa; y como habia de ser tan gran príncipe, luego que fué de edad para casarse procuraron muchos caballeros de Méjico darle sus hijas por mujeres. Acamapich tomó hasta veinte mujeres de aquellas más nobles y principales, y de los hijos que tuvo en ellas vienen los más y mayores señores de toda esta tierra; y porque no se perdiese la memoria de Culucán, poblóla, y puso en ella por señor á su hijo Nauhiocín, que fué segundo de tal nombre. Y él asentó y residió en Méjico; fué un excelente príncipe y un gran varón, y cuantas cosas quiso se le hicieron á su sabor, que, como ellos dicen, tenía la fortuna en la mano. Tornó á ser señor de Culucán, como su padre lo fué; fué asimismo rey de Méjico, y en él se comenzó á extender el imperio y nombre mejicano; y en cuarenta y seis años que reinó se ennoblecó muy mucho aquella ciudad Mexicotenuchtitlán. Dejó Acamapich tres hijos, que todos tres reinaron tras él, uno en pos de otro.

Muerto Acamapich, sucedió en el señorío de Méjico su hijo mayor Viciliuitl, el cual casó con heredera del señorío de Cuauhnauac, y con ella señoreó aquel estado.

A Viciliuitl sucedió su hermano Chimapopoca.

A Chimapopoca sucedió el otro su hermano, dicho Izcona. Este Izcona señoreó á Azcapuzalco, Cuauhnauac, Chalco, Couatlichán y Huexocinco. Mas tuvo por acompañados en el gobierno á Nezaualcoyocín, señor de Tezcucó,

y al señor de Tlacopán, y de aquí adelante mandaron y gobernaron estos tres señores cuantos reinos y pueblos obedecían y tributaban á los de Culúa; bien que el principal y el mayor de ellos era el rey de Méjico, el segundo el de Tezcucó, y el menor el de Tlacopán.

Por muerte de Izcona reinó Motezuma, hijo de Viciliuitl, que tal costumbre tenían en las herencias, de no suceder en el señorío los hijos á los padres que tenían hermanos, hasta ser muertos los tíos; mas en muriendo, heredaban los hijos del hermano mayor, como hizo este Motezuma.

Tras este Motezuma vino á suceder en el reino una su hija, ca no habia otro heredero más cercano; la cual casó con un su pariente, y parió de él muchos hijos, de los cuales fueron reyes de Méjico tres, uno tras otro, como habian sido los hijos de Acamapich.

Axayaca fué rey después de su madre, y dejó un hijo, que llamó Motezuma por amor de su abuelo.

Por muerte de Axayaca reinó su hermano Tizocica.

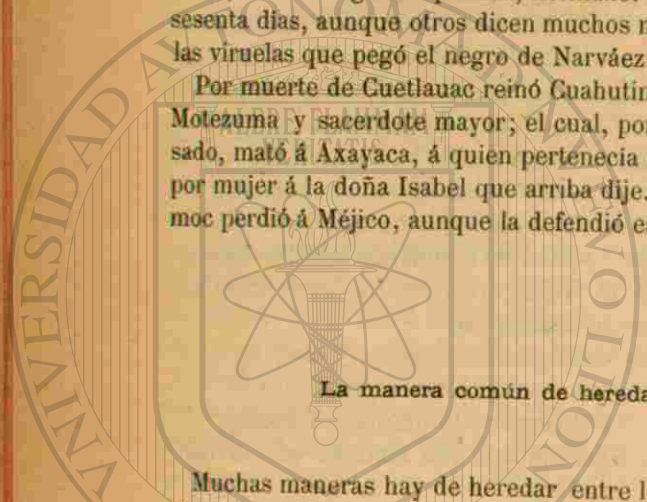
A Tizocica sucedió Auhizo, que también era su hermano.

Como fué muerto Auhizo, entró á reinar Motezuma, y comenzó el año de 1503. Éste fué á quien prendió Cortés. Quedaron muchos hijos de este Motezuma, á lo que dicen algunos. Cortés dice que dejó tres hijos varones con muchas hijas. El mayor de ellos murió entre muchos españoles al huir de Méjico. De los otros dos, era uno loco y otro perlático. Don Pedro Motezuma, que aún vive, es su hijo, y señor de un barrio de Méjico; el cual, porque se da mucho por vino, no le han hecho mayor señor. De las hijas, una fué casada con Alonso de Grado y otra con Pedro Gallego, y después con Juan Cano, de Cáceres; y primero que con ellos, casó con Cuetlauac. Fué bautizada, y llamóse doña Isabel. Parió de Pedro Gallego un hijo, que llamaron Juan Gallego Motezuma, y de Juan Cano parió muchos. Otros dicen que no tuvo Motezuma más de dos hijos legitimos: á Axayaca, varón, y á esta doña Isabel;

aunque bien hay que averiguar cuáles hijos y cuáles mujeres de Motezuma eran legítimos.

Muerto que fué Motezuma, y echados de Méjico los españoles, fué rey Cuetlauac, señor de Iztacpalapán, su sobrino, ó como algunos quieren, hermano. No vivió más de sesenta días, aunque otros dicen muchos menos. Murió de las viruelas que pegó el negro de Narváez.

Por muerte de Cuetlauac reinó Cuahutimoc, sobrino de Motezuma y sacerdote mayor; el cual, por reinar descansado, mató á Axayaca, á quien pertenecía el reino, y tomó por mujer á la doña Isabel que arriba dije. Este Cuahutimoc perdió á Méjico, aunque la defendió esforzadamente.



La manera común de heredar

Muchas maneras hay de heredar entre los de la Nueva-España, y mucha diferencia entre nobles y villanos, por lo cual pondré aquí algo de ello. Es costumbre de pecheros que el hijo mayor herede al padre en toda la hacienda raíz y mueble, y que tenga y mantenga todos los hermanos y sobrinos, con tal que hagan ellos lo que él les mandare. A esta causa hay siempre en cada casa muchas personas. La razón por donde no parten la hacienda es por no disminuirla con la partición y particiones que una tras otra se harían; lo cual, aunque es muy bueno, trae grandes inconvenientes. El que así hereda paga al señor los tributos y pechos que su casa y heredad es obligada, y no más; y si está en lugar que pagan al señor por cabezas, da entonces aquel hermano mayor tantos cacao por cada hermano y sobrino que tiene en casa, ó tantas plumas ó mantas ó cargas de maiz, ó las otras cosas que suelen pechar; y así, pecha mucho, y parece á quien no lo sabe que es

un desafortado pecho. Y á la verdad, muchas veces no lo pueden pagar, y los venden ó toman por esclavos. Cuando no hay hermanos ni sobrinos que hereden forzosamente, vuelven las haciendas al señor ó al pueblo, y entonces las da el señor ó el pueblo á quien bien les place, con la carga de tributo y servicio que tiene, y no más; bien que siempre hay respeto á darlas á parientes de los que las tuvieron. Y aunque los pueblos hereden á los vecinos, no es para concejo la renta, sino para el señor, del cual tienen tomado á renta, ó como decimos acá, á censo perpetuo, todo el término. Repártenlo por suertes, y contribuyen por rata. En otros lugares heredan al padre todos los hijos, y reparten entre sí la hacienda, que parece más justo y más libertad. Algunos señoríos hay que, aunque hereda el hijo mayor, no entra en posesión sin decreto y voluntad del pueblo, ó sin licencia del Rey, á quien debe y reconoce vasallaje, á cuya causa muchas veces venían á heredar los otros hijos; y de aquí debe ser que en semejantes estados los padres nombran cuál hijo les heredará; y dicen que en muchos lugares dejaba mandado el padre qué hijo tenía de sucederle en el señorío. En los pueblos de república, que se gobernaban en común, tenían diferentes maneras de heredar los estados, pero siempre se miraba el linaje. La general costumbre entre reyes y grandes señores mejicanos es heredar primero los hermanos que los hijos, y luego los hijos del hermano mayor, y tras ellos los hijos del primer heredero; y si no había hijos ni nietos, heredaban los parientes más propincuos. Los reyes de Méjico, Tezcucó y otros sacaban del Estado lugares para dar á hijos y para dotar las hijas; y aun como eran poderosos, querían que siempre los hijos de las mujeres mejicanas, hijas y sobrinas del Rey heredasen el señorío de los padres, si bien no fuesen los mayores ni á los que pertenecía el Estado.

## La jura y coronación del Rey

Aunque heredaban unos hermanos á otros, y tras ellos el hijo del primer hermano, no usaban del mando ni creo que del nombre de rey hasta ser ungidos y coronados públicamente. Luego pues que el rey de Méjico era muerto y sepultado, llamaban á cortes al señor de Tezcuco y al de Tlacopán, que eran los mayores y mejores, y á todos los otros señores súbditos y sufragáneos al imperio mejicano, los cuales venían muy presto. Si había duda ó diferencia quién debía de ser rey, averiguábase lo más aina que podían, y si no, poco tenían que hacer. En fin, llevaban al que pertenecía el reino, desnudo todo, excepto lo vergonzoso, al templo grande de Vitcilopuchtli. Iban todos muy callando y sin regocijo ninguno. Subíanlo de brazo las gradas arriba dos caballeros de la ciudad, que para esto nombraban, y delante de él iban los señores de Tezcuco y de Tlacopán, sin entremeterse nadie en medio; los cuales llevaban sobre sus mantas ciertas enseñas de sus dictados y oficios en la coronación y ungimiento. No subían á las capillas y altar sino pocos seglares, y aquellos para vestir al nuevo rey y para hacer algunas ceremonias; que todos los demás miraban de las gradas y del suelo, y aun de los tejados, y todo se henchía: tanta gente cargaba á la fiesta. Llegaban pues con mucho acatamiento, hincábanse de rodillas al idolo de Vitcilopuchtli, tocaban el dedo en tierra y besábanlo. Venía luego el gran sacerdote vestido de pontifical, con otros muchos revestidos también de las sobrepellices que, según en otra parte dije, ellos usan; y sin hablarle palabra, le teñía todo el cuerpo con una tinta muy negra, hecha para aquel efecto; y tras esto, saludando

ó bendiciendo al ungido, rociábale cuatro veces de aquella agua bendita y á su modo consagrada, que dije guardaban en la consagración del dios de masa, con un hisopo de ramas y hojas de caña, cedro y saz, que hacían por algún significado ó propiedad. Poniale después sobre la cabeza una manta toda pintada y sembrada de huesos y calaveras de muerto, encima de la cual le vestía otra manta negra, y luego otra azul, y ambas estaban con cabezas y huesos de muerto, muy al natural pintados.

Echábale al cuello unas correas coloradas, largas y de muchos ramales, de cuyos cabos colgaban ciertas insignias de rey, como pinjantes. Cargábale también á las espaldas una calabacita llena de ciertos polvos, en cuya virtud no le tocase pestilencia, ni le cayese dolor ni enfermedad ninguna, y para que no le aojasen viejas, ni encantasen hechiceros, ni engañasen malos hombres, y en fin, para que ninguna cosa mala le empeciese ni dañase. Poniale asimismo en el brazo izquierdo una taleguilla con el incienso que ellos usan, y dábale un brasero con ascuas de corteza de encina. El Rey se levantaba entonces, echaba de aquel incienso en las brasas, y con gran mesura y reverencia sahumaba á Vitcilopuchtli, y sentábase. Llegaba luego el gran sacerdote, y tomábale juramento de palabra, y conjurábale que tendría la religión de sus dioses, que guardaría los fueros y leyes de sus antecesores, que mantendría justicia, que á ningún vasallo ni amigo agraviaría, que sería valiente en la guerra, que haría andar al sol con su claridad, llover las nubes, correr los ríos, y producir la tierra todo género de mantenimientos. Estas y otras cosas imposibles prometía y juraba el nuevo rey. Daba las gracias al gran sacerdote, encomendábase á los dioses y á los miradores, y con tanto le abajaban los mismos que lo subieron, por el orden que primero. Comenzaba luego la gente á decir á voces que fuese para bien su reinado, y que le gozase muchos años con salud de todo el pueblo. Entonces viérades bailar á unos, tañer á otros, y á todos

que mostraban sus corazones con las muchas alegrías que hacían. Antes de abajar las gradas llegaban todos los señores que estaban en las Cortes y en corte á darle obediencia. Y en señal del señorío que sobre ellos tenía, le presentaban plumajes, sartas de caracoles, collares y otras joyas de oro y plata, y mantas pintadas con la muerte. Acompañábanle hasta una gran sala, é ibanse. El Rey se asentaba en uno como estrado, que llaman tlacatecco. No salía del patio y templo en cuatro días, los cuales gastaba en oración, sacrificios y penitencia. No comía más de una vez al día, y aunque comía carne, sal, ají y todo manjar de señor, ayunaba. Bañábase una vez al día y otra la noche en una gran alberca, donde se sangraba de las orejas, é incensaba al dios del agua Tlaloc. También incensaba los otros idoles del patio y templo, ofreciéndoles pan, fruta, flores, papeles y cañuelas tintas en sangre de su propia lengua, narices, manos y otras partes que se sacrificaba. Pasados aquellos cuatro días, venían todos los señores á llevarlo á palacio con grandísima fiesta y placer del pueblo; mas pocos le miraban á la cara después de la consagración. Con haber dicho estas ceremonias y solemnidad que Méjico tenía en coronar su rey, no hay qué decir de los otros reyes, porque todos ó los más siguen esta costumbre, salvo que no suben en alto, sino al pie de las gradas. Venían luego á Méjico por la confirmación del estado, y vueltos á sus tierras, hacían grandes fiestas y convites, no sin borracheras ni sin carne humana.

#### La caballería del Tecuitli

Para ser tecuitli, que es el mayor dictado y dignidad tras los reyes, no se admiten sino hijos de señores. Tres

años y más tiempo antes de recibir el hábito de esta caballería, convidaban á la fiesta á todos sus parientes y amigos, y á los señores y tecuitles de la comarca. Venían, y juntos miraban que el día de la fiesta fuese de buen signo, por no comenzarla con escrúpulo. Acompañaban al caballero novel todos los del pueblo hasta el templo grande del dios Camaxtle, que era el mayor ídolo de las repúblicas. Los señores, los amigos y parientes que convidados estaban, lo subían por las gradas al altar, hincábanse todos de rodillas delante el ídolo, y el caballero estaba muy devoto, humilde y paciente. Salía luego el sacerdote mayor, y con un aguzado hueso de tigre, ó con una uña de águila, le horadaba las narices, entre cuero y ternillas, de pequeños agujeros, y metíale en ellos unas piedrezuelas de azabache negro, y no de otro color; hacíale tras esto un gran vejamen, injuriándole mucho de palabras y obras, hasta desnudarlo en carnes, salvo lo deshonesto. El caballero se iba entonces así desnudo á una sala del templo, y comenzaba á velar las armas, asentábase en el suelo, y allí se estaba rezando. Comían los convidados muy de regocijo; pero en acabando, se iban sin hablarle. Como anohecia, le traían ciertos sacerdotes unas mantas groseras y viles que vistiese; una estera y un tajoncillo por almohada, en que se recostase, y otro por silla para sentarse; traíanle tinta con que se tiznase, púas de metl con que se punzase las orejas, brazos y piernas; un brasero y resina para incensar los idoles; y si había gente con él, echábanla fuera, y no le dejaban más de tres hombres, soldados viejos y diestros en la guerra, que le industriasen y tuviesen en vela. No dormía en cuatro días sino algunos ratillos, y aquellos asentado; que los soldados le despertaban picándole con púas de metl. Cada media noche sahumaba los idoles, y ofreciales gotas de sangre que de su cuerpo sacaba. Andaba todo el patio y templo una vuelta al rededor, cavaba en cuatro partes iguales, y allí soterraba papel, copalli, y cañas con sangre de sus orejas, manos, pies y lengua. Tras

que mostraban sus corazones con las muchas alegrías que hacían. Antes de abajar las gradas llegaban todos los señores que estaban en las Cortes y en corte á darle obediencia. Y en señal del señorío que sobre ellos tenía, le presentaban plumajes, sartas de caracoles, collares y otras joyas de oro y plata, y mantas pintadas con la muerte. Acompañábanle hasta una gran sala, é ibanse. El Rey se asentaba en uno como estrado, que llaman tlacatecco. No salía del patio y templo en cuatro días, los cuales gastaba en oración, sacrificios y penitencia. No comía más de una vez al día, y aunque comía carne, sal, ají y todo manjar de señor, ayunaba. Bañábase una vez al día y otra la noche en una gran alberca, donde se sangraba de las orejas, é incensaba al dios del agua Tlaloc. También incensaba los otros idoles del patio y templo, ofreciéndoles pan, fruta, flores, papeles y cañuelas tintas en sangre de su propia lengua, narices, manos y otras partes que se sacrificaba. Pasados aquellos cuatro días, venían todos los señores á llevarlo á palacio con grandísima fiesta y placer del pueblo; mas pocos le miraban á la cara después de la consagración. Con haber dicho estas ceremonias y solemnidad que Méjico tenía en coronar su rey, no hay qué decir de los otros reyes, porque todos ó los más siguen esta costumbre, salvo que no suben en alto, sino al pie de las gradas. Venían luego á Méjico por la confirmación del estado, y vueltos á sus tierras, hacían grandes fiestas y convites, no sin borracheras ni sin carne humana.

#### La caballería del Tecuitli

Para ser tecuitli, que es el mayor dictado y dignidad tras los reyes, no se admiten sino hijos de señores. Tres

años y más tiempo antes de recibir el hábito de esta caballería, convidaban á la fiesta á todos sus parientes y amigos, y á los señores y tecuitles de la comarca. Venían, y juntos miraban que el día de la fiesta fuese de buen signo, por no comenzarla con escrúpulo. Acompañaban al caballero novel todos los del pueblo hasta el templo grande del dios Camaxtle, que era el mayor ídolo de las repúblicas. Los señores, los amigos y parientes que convidados estaban, lo subían por las gradas al altar, hincábanse todos de rodillas delante el ídolo, y el caballero estaba muy devoto, humilde y paciente. Salía luego el sacerdote mayor, y con un aguzado hueso de tigre, ó con una uña de águila, le horadaba las narices, entre cuero y ternillas, de pequeños agujeros, y metíale en ellos unas piedrezuelas de azabache negro, y no de otro color; hacíale tras esto un gran vejamen, injuriándole mucho de palabras y obras, hasta desnudarlo en carnes, salvo lo deshonesto. El caballero se iba entonces así desnudo á una sala del templo, y comenzaba á velar las armas, asentábase en el suelo, y allí se estaba rezando. Comían los convidados muy de regocijo; pero en acabando, se iban sin hablarle. Como anohecia, le traían ciertos sacerdotes unas mantas groseras y viles que vistiese; una estera y un tajoncillo por almohada, en que se recostase, y otro por silla para sentarse; traíanle tinta con que se tiznase, púas de metl con que se punzase las orejas, brazos y piernas; un brasero y resina para incensar los idoles; y si había gente con él, echábanla fuera, y no le dejaban más de tres hombres, soldados viejos y diestros en la guerra, que le industriasen y tuviesen en vela. No dormía en cuatro días sino algunos ratillos, y aquellos asentado; que los soldados le despertaban picándole con púas de metl. Cada media noche sahumaba los idoles, y ofreciales gotas de sangre que de su cuerpo sacaba. Andaba todo el patio y templo una vuelta al rededor, cavaba en cuatro partes iguales, y allí soterraba papel, copalli, y cañas con sangre de sus orejas, manos, pies y lengua. Tras

esto comía; que hasta entonces no se desayunaba. Era la comida cuatro bollicos ó buñuelos de maiz, y una copa de agua. Alguno de estos tales caballeros no comía bocado en cuatro días. Acabados estos cuatro días, pedia licencia á los sacerdotes para ir á cumplir su profesión á otros templos; que á su casa no podía, ni llegar á su mujer, aunque la tuviese, durante el tiempo de la penitencia. Al cabo del año, y de allí adelante, cuando quería salir, aguardaba á un día de buen signo para que saliese en buen pie, como había entrado. El día que había de salir venían todos los que primero le honraron, y luego por la mañana le lavaban y limpiaban muy bien, y le tornaban al templo de Camaxtle con mucha música, danzas y regocijo. Subíanle á cerca del altar, desnudábanle las mantillas que traía, atábanle los cabellos con una tira de cuero colorado al colodrillo, de la cual colgaban algunas plumas, cubríanlo de una fina manta, y encima de ella le echaban otra manta riquísima, que era el hábito é insignia de tecuitli. Poníanle en la mano izquierda un arco, y en la derecha unas flechas. Luego el sacerdote le hacía un razonamiento, del cual era la summa que mirase la orden de caballería que había tomado, y así como se diferenciaba en el hábito, traje y nombre, así se aventajase en condición, nobleza, liberalidad, y otras virtudes y obras buenas; que sustentase la religión, que defendiese la patria, que amparase los suyos, que destruyese los enemigos, que no fuese cobarde, y en la guerra que fuese como águila ó tigre, pues por eso le agujereaba con sus uñas y huesos la nariz, que es lo más alto y señalado de la cara, donde está la vergüenza del hombre. Dábale tras esto otro nombre, y despedíale con bendición. Los señores y convidados forasteros y naturales se sentaban á comer en el patio, y los ciudadanos tañían y cantaban conforme á la fiesta, y bailaban el netoteliztli. La comida era muy abastada de toda suerte de viandas, mucha caza y volateria; ca de solos gallipavos se comían á yantar mil, y mil y quinientos. No hay número de las co-

dornices que allí se gastaban, ni de los conejos, liebres, venados, perrillos capados y cebones. También servían cu-lebras, víboras y otras serpientes guisadas con mucho aji; cosa que parece increíble, pero es cierta. No quiero decir las muchas frutas, las guirnaldas de flores, los mazos de rosas y cañutos de perfumes que ponían en las mesas; pero digo que gentilmente se embeodaban con aquellos sus vinos. En fin, en semejantes fiestas no había pariente pobre. Daban á los señores tecuitles y principales convidados plumajes, mantas, tocas, zapatos, bezotes, y orejeras de oro ó plata ó piedras de precio. Esto era más ó menos, según la riqueza y ánimo del nuevo tecuitli, y conforme á las personas que se daba. También hacia grandes ofrendas al templo y á los sacerdotes. El tecuitli se ponía en los agujeros de la nariz que le hizo el sacerdote, granillos de oro, perlezueltas, turquesas, esmeraldas y otras piedras preciosas; ca en aquello se conocían y diferenciaban de los otros los tales caballeros. Atábanse los cabellos en la guerra á la coronilla. Era primero en los votos, en los asientos y presentes; era el principal en los banquetes y fiestas, en la guerra y en la paz, y podían traer tras de sí un banquillo para sentarse do quiera que le pluguiese. Este dictado tenían Xicotencatl y Maxixca, que fué gran amigo de Cortés, y por eso eran capitanes, y tan preeminentes personas en Tlaxcallán y su tierra.

#### Lo que sienten del ánima

Bien pensaban estos mejicanos que las ánimas eran inmortales, y que penaban ó gozaban según vivieron, y toda su religión á esto se encaminaba; pero donde más claramente lo mostraban, era en los mortuorios. Tenían que



había nueve lugares en la tierra donde iban á morar los difuntos: uno junto al sol, y que los hombres buenos, los muertos en batalla y sacrificados iban á la casa del sol, y que los malos se quedaban acá en la tierra, y repartíanse de esta manera: los niños y mal paridos iban á un lugar, los que morían de vejez ó enfermedad iban á otro, los que morían súbita y arrebatadamente iban á otro, los muertos de heridas y mal pegajoso iban á otro, los ahogados á otro, los justiciados por delitos, como eran hurto y adulterio, á otro; los que mataban á sus padres, hijos y mujeres, tenían casa por sí. También estaban por su cabo los que mataban al señor y á sacerdote alguno. La gente menuda comunmente se enterraba. Los señores y ricos hombres se quemaban, y quemados, los sepultaban. En las mortajas había gran diferencia, y más vestidos iban muertos que anduvieron vivos. Amortajaban las mujeres de otra manera que á los hombres, ni que á los niños. Al que moría por adúltero vestían como al dios de la lujuria, dicho Tlazolteutli; al ahogado, como á Tlaloc, dios del agua; al borracho, como á Ometochtli, dios del vino; al soldado, como á Vitcilopuchtli; y finalmente, á cada oficial daban el traje del idolo de aquel oficio.

#### Enterramiento de los reyes

Cuando enferma el rey de Méjico ponen máscaras á Tezcatlipuca ó Vitcilopuchtli, ó á otro idolo, y no se la quitan hasta que ó sana ó muere. Cuando espiraba enviábanlo á decir á todos los pueblos de su reino para que lo llorasen, y á llamar los señores que le eran parientes y amigos, y que podían venir á las honras dentro de cuatro días; que los vasallos ya estaban allí. Ponían el cuerpo sobre una

estera, velábanle cuatro noches gimiendo y plañiendo. Lavábanlo, cortábanle una guedeja de cabellos de la coronilla, y guardábanlos, diciendo que en ellos quedaba la memoria de su ánima. Metíanle en la boca una fina esmeralda; amortajábanle con diecisiete mantas muy ricas y muy labradas de colores, y sobre todas ellas iba la divisa de Vitcilopuchtli ó Tezcatlipuca, ó la de algún otro idolo su devoto, ó la del dios en cuyo templo se mandaba enterrar. Poníanle una máscara muy pintada de diablos, y muchas joyas, piedras y perlas. Mataban luego allí el esclavo lamparero, que tenía cargo de hacer lumbre y sahumerios á los dioses de palacio, y con tanto llevaban el cuerpo al templo. Unos iban llorando y otros cantando la muerte del Rey; que tal era su costumbre. Los señores, los caballeros y criados del difunto llevaban rodela, flechas, mazas, banderas, penachos y otras cosas así, para echar en la hoguera. Recibíalos el gran sacerdote con toda su clerecía á la puerta del patio, en tono triste; decía ciertas palabras, y hacíale echar en un gran fuego que para lo quemar estaba hecho, con todas las joyas que tenía. Echaban también á quemar todas las armas, plumajes y banderas con que le honraban, y un perro que lo guiase adonde había de ir, muerto primero con una flecha que le atravesase el pescuezo. Entre tanto que ardía la hoguera, y quemaban al Rey y el perro, sacrificaban los sacerdotes doscientas personas, aunque en esto no había tasa ni ordinario. Abríanlos por el pecho, sacábanles los corazones, y arrojábanlos en el fuego del señor, y luego echaban los cuerpos en un carnero. Éstos, así muertos por honra y para servicio de su amo, como ellos dicen, en el otro siglo, eran por la mayor parte esclavos del muerto y de algunos señores que se los ofrecían; otros eran enanos, otros contrahechos, otros monstruosos, y algunas eran mujeres. Ponían al difunto en casa, y en el templo muchas rosas y flores, y muchas cosas de comer y de beber, y nadie las tocaba sino sacerdotes. ca debía ser ofrenda. Otro día cogían la

ceniza del quemado, y los dientes, que nunca se queman, y la esmeralda que llevaba á la boca; todo lo cual metian en una arca pintada por dentro de figuras endiabladas, con la guedeja de cabellos, y con otros pocos cabellos que cuando nació le cortaron, y tenían guardados para esto. Cerrábanla muy bien, y ponían encima de ella una imagen de palo, hecha y ataviada al propio como al difunto. Duraban las obsequias cuatro días, en los cuales llevaban grandes ofrendas las hijas y mujeres del muerto, y otras personas, y poníanlas donde fué quemado y delante la arca y figura. Al cuarto día mataban por su alma quince esclavos, ó más ó menos, según que les parecía; á los veinte días mataban cinco; á los sesenta, tres; á los ochenta, que era como cabo de año, nueve.

De cómo queman para enterrar los reyes de Michuacán

El rey de Michuacán, que era grandísimo señor, y que competía con el de Méjico, cuando estaba muy á la muerte y desahuciado de los médicos, nombraba al hijo que quería por rey; el cual luego llamaba todos los señores del reino, gobernadores, capitanes y valientes soldados que tenían cargos de su padre, para enterrarle; al que no venía castigábele como á traidor. Todos venían, y le traían presentes, que era como aprobación del reinado. Si el Rey estaba enfermo en artículo de muerte, cerraban las puertas de la sala porque ninguno entrase allá. Ponían la divisa, silla y armas reales en un portal del patio de palacio, para que allí se recogiesen los señores y los otros caballeros. En muriendo alzaban todos ellos y los demás un gran llanto, entraban do estaba su rey muerto, tocábanle con las manos, bañábanlo con agua olorosa, vestíanle una camisa

muy delgada, calzábanle unos zapatos de venado, que es el calzado de aquellos reyes; atábanle cascabeles de oro á los tobillos, poníanle ajorcas de turquesas en las muñecas, en los brazos brazaletes de oro, en la garganta gargantillas de turquesas y otras piedras, en las orejas zarcillos de oro, en el bezo un bezote de turquesas, y á las espaldas un gran trenzado de muy linda pluma verde. Echábanle en unas anchas andas, que tenían una muy buena cama; poníanle al un lado un arco y un carcax de piel de tigre, con muchas flechas; y al otro un bulto tamaño como él, hecho de mantas finas, á manera de muñeca, que llevaba un grande plumaje de plumas verdes, largas y de precio. Llevaba su trenzado, zapatos, brazaletes y collar de oro. Entre tanto que unos hacían esto, lavaban otros á las mujeres y hombres que habían de ser muertos para acompañar el Rey al infierno. Dábanles muy bien de comer, y emborrachábanlos para que no sintiesen mucho la muerte. El nuevo señor señalaba las personas que habían de ir á servir al Rey su padre, porque muchos no holgaban de tanta honra y favor; aunque algunos había tan simples ó engañados, que tenían por gloriosa muerte aquella. Eran principalmente siete mujeres nobles y señoras: una para que llevase todos los bezotes, arracadas, manillas, collares y otras joyas así ricas, que solía ponerse el muerto; otra era para copera, otra que le sirviese aguamanos, otra que le diese el orinal, otra por cocinera, y la otra por lavandera. También mataban otras muchas esclavas, y mozas de servicio, que eran libres. No lleva cuenta los hombres esclavos y libres que mataban el día del enterramiento del Rey, ca mataban uno y aun más de cada oficio. Limpios pues estos escogidos, hartos y beodos, se teñían los rostros de amarillo, y se ponían en las cabezas sendas guirnardas de flores, é iban como en procesión delante del cuerpo muerto, unos tañendo caracoles, otros huesos, otros en conchas de tortugas, otros chillando, y creo que todos llorando. Los hijos del muerto y los señores principales toma-

ban en hombros las andas, y caminaban paso á paso al templo de su dios Curicaneri; los parientes rodeaban las andas y cantaban ciertos cantares tristes y revesados; los criados, los hombres valientes, y de cargos de justicia ó guerra, llevaban ventales, pendones, y diversas armas. Salían de palacio á media noche con grandes tizones de tuda y con grandísimo ruido de trompetas y atabales. Los vecinos de las calles por do pasaban, barrían y regaban muy bien el suelo. En llegando al templo daban cuatro vueltas á una hacina de leña de pino, que tenían hecha para quemar el cuerpo; echaban las andas encima del montón de leña, y poníanle fuego por debajo; y como era seco, presto ardía. Achocaban entre tanto los enguirnaldados con porras, y enterrábanlos de cuatro en cuatro con los vestidos y cotas que llevaban, detrás del templo, á raiz de las paredes. En amaneciendo, que ya el fuego era muerto, cogían la ceniza, huesos, piedras y oro derretido en una rica manta, é iban con ello á la puerta del templo; salían los sacerdotes, bendecían las endemoniadas reliquias, envolvíanlas en aquella y en otras mantas, hacían una muñeca, vestíanla muy bien como hombre, poníanle máscara, plumaje, zarcillos, sartales, sortijas, bezotes y cascabeles de oro; arco, flechas, y una rodela de oro y pluma á las espaldas, que parecía un idolo muy compuesto. Abrían luego una sepultura al pie de las gradas, ancha y cuadrada, y honda dos estados; emparamentábanla de esteras nuevas y buenas por todas cuatro paredes y el suelo; armaban dentro una cama, entraba cargado de la muñeca un religioso, cuyo oficio era tomar á cuestras los dioses, y tendíala en la cama con los ojos hacia levante. Colgaba muchas rodelas de oro y plata sobre las esteras, y muchos penachos, saetas y algún arco. Arrimaba tinajas, ollas, jarros y platos. En fin, él henchía la huesa de arcas encoradas, con ropa y joyas, de comida y de armas. Saliense, y cerraban el hoyo con vigas y tablas, y echábanle por encima un suelo de barro, y con tanto se iban. Lavábanse mu-

cho todos aquellos señores y personas que habían llegado al sepultado, y hecho algo en el enterramiento, y luego comían en el patio de palacio, asentados, pero sin mesa. Limpiábanse con sendos copos de algodón. Tenían las cabezas bajas, estaban mustios, y no hablaban sino «Dame á beber.» Esto les duraba cinco días, y en todos ellos no se encendía fuego en casa ninguna de aquella ciudad Chincicila, si no era en palacio y en templos; ni se molía maíz sobre piedra, ni se hacía mercado, ni andaban por las calles; y en fin, hacían todo el sentimiento posible por la muerte de su señor.

#### De los niños

Es costumbre en esta tierra saludar al niño recién nacido, diciendo: «¡Oh criatura! ¡Ah chiquito! Venido eres al mundo á padecer; sufre, padece y calla.» Pónente luego un poco de cal viva en las rodillas, como quien dice: «Vivo eres, pero morir tienes, ó por muchos trabajos has de ser tornado polvo como esta cal, que piedra era.» Regocijan aquel día con bailes y cantares y colación.

Era general costumbre no dar leche las madres á sus hijos el primer día todo entero que nacían, porque con la hambre tomasen después la teta de mejor gana y apetito; pero mamaban ordinariamente cuatro años arreo, y tierras había que doce. Las cunas son de cañas ó palillos muy livianos, por no hacer pesada la carga. También se los echan las madres y amas al cuello sobre las espaldas, con una mantilla que les toma todo el cuerpo, y que se la atan ellas á los pechos por las puntas, y de aquella manera los llevan camino, y les dan la teta por el hombro; huyen de

empreñarse criando, y la viuda no se casa hasta destetar el hijo; que mal contado les era lo contrario haciendo.

En algunas partes zambullen los niños en albercas ó fuentes ó ríos ó en tinajas el primer día que nacen, por les endurecer el cuero y carne, ó quizá por lavarles la sangre, hedor y suciedad que sacan del vientre de las madres; la cual costumbre algunas naciones de por acá la tuvieron. Hecho esto, les ponen, si es varón, una saeta en la mano derecha, y si hembra, un huso ó una lanzadera, denotando que se habían de valer, él por las armas, y ella por la rueca.

En otros pueblos bañaban las criaturas á los siete días, y en otros á los diez que nacieron; y allí ponían al hombre una rodela en la izquierda y una flecha en la derecha. Á la mujer ponían una escoba, para entender que el uno ha de mandar y el otro obedecer. En este lavatorio les ponían nombre, no como querían, sino el del mismo día en que nacieron; y desde á tres meses suyos, que son de los nuestros dos, los llevaban al templo, donde un sacerdote que tenía la cuenta y ciencia del calendario y signos, les daba otro sobrenombre, haciendo muchas ceremonias, y declaraba las gracias y virtudes del ídolo cuyo nombre les ponía, pronosticándoles buenos hados. Comían estos tales días muy bien, bebían mejor, y no era buen convidado el que no salía borracho. Sin estos nombres de los días siete y sesenta, tomaban algunos señores otros, como era de Tecuitli y Pilli; mas esto acontecía raras veces.

El castigo de los hijos toca á los padres, y el de las hijas á las madres. Azótanlos con hortigas, danles humo á narices, estando colgados de los pies; atan á las muchachas de los tobillos, porque no salgan fuera de casa; hiérenlas en el labio y pico de la lengua, por la mentira; son muy apasionados por mentir todos estos indios, y por enmienda y por quitarlos de este vicio ordenó Quezalcoatl el sacrificio de la lengua. Caro les costó á muchos el mentir al principio que nuestros españoles ganaron la tierra; por-

que preguntados dónde había oro y sepulturas ricas, decían que en tal y tal cabo; y como no se hallase por más que cavaban, descoyuntábanlos á tormentos y golpes, y aun los aperreaban.

Los pobres enseñaban á sus hijos sus oficios, no porque no tuviesen libertad para mostrarles otro, sino porque los aprendiesen sin gastar con ellos. Los ricos, en especial caballeros y señores, enviaban á los templos sus hijos como habían cinco años, y á esta causa había tantos hombres en cada templo, cuantos en otra parte dije. Allí había un maestro para doctrinarlos; tenía esta congregación de mancebos tierras propias en que coger pan y fruta; tenía sus estatutos, como decir, ayunar tantos dias de cada mes, sangrarse las fiestas, rezar, y no salir sin licencia.

#### Encerramiento de mujeres

Á las espaldas de los templos grandes de cada ciudad había una muy gran sala y aposento por sí, donde comían, dormían y hacían su vida muchas mujeres; y aunque las tales salas no tenían puerta, porque no las usan, están seguras. Bien que nuestros españoles hablaban lo que pensaban de aquella abertura y libertad, sabiendo que aun do hay puertas saltan los hombres paredes. Diversas intenciones y fines tenían las que dormían en casas de los dioses; pero ninguna de ellas entraba para estar allí toda su vida, aunque había entre ellas mujeres viejas. Unas entraban allí por enfermedades, otras por necesidad, y otras por ser buenas. Algunas porque los dioses les diesen riquezas, muchas porque les diesen larga vida, y todas porque les diesen buenos maridos y muchos hijos. Prometían de servir y estar en el templo un año, y dos, y tres, ó más

tiempo, y después casábanse. Lo primero que hacían luego en entrando era trasquilarse, á diferencia de las otras, ó porque los ministros del mismo templo traían cabellos. Su oficio era hilar algodón y pluma, y tejer mantas para sí y para los ídolos, barrer el patio y salas del templo; que las gradas y capillas altas los ministros las barrían. Tenían sus ciertas sangrías del cuerpo con que aplacer al diablo; iban las fiestas solemnes, ó siendo menester, en procesión con los sacerdotes, ellos por una hilera y ellas por otra; pero no subían las gradas ni cantaban; vivían de por amor de Dios, que sus parientes, y los ricos y devotos, las sustentaban, y les daban carne cocida y pan caliente, que ofreciesen á los ídolos; ca siempre se ofrecía así porque subiese el olor y vaho en alto, y gustasen los dioses; comían en comunidad, y dormían juntas en una sala, como monjas, ó por mejor hablar, como ovejas; no se desnudaban, dicen por honestidad, y por levantarse más presto á servir los dioses y á trabajar; aunque no sé qué se habían de desnudar las que andaban casi en carnes; bailaban las fiestas ante los dioses, según el día. La que hablaba ó se reía con algún hombre seglar ó religioso era reprehendida, y la que pecaba con alguno mataban, juntamente con el hombre; tenían que se les habían de podrir las carnes á las que perdían allí su virginidad, y por el miedo del castigo é infamia eran buenas mujeres estando allí; y las que hacían aquel mal recado de su persona, hacían grandísima penitencia y permanecían en la religión.

#### De las muchas mujeres

Casan especialmente los hombres ricos, y soldados, y los señores, con muchas mujeres; unos con cinco, otros

con treinta, quién con ciento, quién con ciento cincuenta, y tal rey había que con muchas más. Por do no es de maravillar que haya en aquella tierra muchos hermanos, todos hijos de un mismo padre, pero no de madre, y así Nezaualpícutli y su padre Nezualcoyo, que fueron señores de Tezcuco, tuvieron cada cien hijos, y cada otras tantas hijas.

Algunas provincias y generaciones hay, como son chichimecas, mazatecas, otomís y pinoles, que no toman más de una sola mujer, y aquella no parienta, aunque también es verdad que los señores y caballeros toman cuantas quieren, á fuer de Méjico. En unas partes compran las mujeres, en otras las roban, y generalmente las piden á los padres, y esto en dos maneras, ó para mujeres, ó por amigas. Cuatro causas dan para tener tantas mujeres: la primera es el vicio de la carne, en que mucho se deleitan; la segunda es por tener muchos hijos; la tercera por reputación y servicio; la cuarta es por granjería; y esta postrera usan más que otros, los hombres de guerra, los de palacio, los holgazanes y tahures; hácenlas trabajar como esclavas, hilando, tejiendo mantas para vender, con que se mantengan y jueguen; casan ellos á los veinte años y aun antes, y ellas á diez. No casan con su madre ni con su hija ni con su hermana; en lo demás poco parentesco guardan; aunque algunos se hallaron casados con sus propias hermanas, cuando venidos al santo bautismo, dejaban las muchas mujeres, y quedaban con sola una; casaban con cuñadas, con las madrastras en quien sus padres no tuvieron hijos; pero dicen que no era lícito. Nezualcoyo, señor de Tezcuco, mató cuatro de sus hijos porque durmieron con sus madrastras. En Michuacán tomaban por mujer á la suegra, estando casados primero con la hija, y de esta manera tenían á hija y á madre. Aunque toman muchas mujeres, á unas tienen por legítimas, á otras por amigas, y á otras por mancebas. Amiga llaman á la que después de casados demandaban, y manceba á la que

ellos se tomaban. Los hijos de las mujeres que traen dote heredan al padre, y entre grandes señores heredaban los hijos de las del linaje del rey de Méjico, aunque tuviesen otros hijos mayores en mujeres dotadas.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

Los ritos del matrimonio

Siempre va la mujer á velarse á casa del marido, y ordinariamente va á pie, aunque en algunas partes traían la novia á cuestras, y si es señora, en andas sobre hombros. Sale á recibirla al umbral de la puerta el desposado, é inciénsala con un braserillo de ascuas y resina olorosa; danle á ella otro, y sahúmale también á él; tómalala por la mano y métela al tálamo, y asiéntanse ambos á dos junto al fuego en una estera nueva; llegan entonces unos como padrinos, y átanle las mantas una con otra. Estando así atados, da el novio á la novia unos vestidos de mujer, y ella á él vestidos de hombre. Traen luego la comida, y el esposo da de comer á la esposa de su mano, y también la desposada da de comer al desposado. Entre tanto que pasaban todas estas cosas y ritos de desposorio, bailaban y cantaban los convidados, y en alzando la mesa, hacíanles presentes porque los habían honrado, y no mucho después cenaban largamente, y con el regocijo y calor de las viandas, guisadas con mucho ají, bebían de tal suerte, que cuando venía la noche pocos faltaban de borrachos. Los novios solamente estaban en seso, por haber comido muy poco, que bien se mostraban en aquellos novios, y casi no comen en los cuatro días primeros; que todo su hecho era rezar, y sangrarse para ofrecer la sangre al dios de las bodas. No consuman matrimonio en todo aquel tiempo,

ni salen de la cámara sino para la necesidad natural que nadie puede excusar, ó para el oratorio de casa, á sahumar los ídolos; creían que saliendo de otra manera fuera de la cámara, en especial ella, que había de ser mala de su cuerpo; sahuman la cama cuando quieren dormir, y entonces, y cuando visitaban los altares, se vestían de la divisa del dios de las bodas. Á la cuarta noche venían ciertos sacerdotes ancianos, y hacían la cama á los novios. Juntaban dos esteras nuevas flamantes, que nadie las hubiese estrenado; ponían en medio de ellas unas plumas, una piedra chalchihuitl, que es como esmeralda, y un pedazo de cuero de tigre; tendían luego encima de todo ello las mejores mantas de algodón que había en casa, ponían asimismo á las esquinas de la cama hojas de cañas y púas de metl, decían ciertas palabras, é ibanse. Los novios sahumaban la cama y acostábanse. Esta era la propia noche de novios. Otro día luego por la mañana llevaban la cama con cuantas cosas tenía, y la sangre que el novio había sacado á la novia, y la que entrambos se sangraron, sobre las hojas de caña, á ofrecer al templo; volvían los sacerdotes, y estándose bañando los novios sobre unas esteras verdes de espadañas, les echaba uno de ellos con la mano cuatro veces agua, á manera de bendición, en reverencia de Tlaloc, dios del agua, y otras cuatro á reverencia de Ometochtli, dios del vino. Empero si eran señores los novios, echábanles agua con un plumaje; vestían tras esto los novios de ropa nueva ó limpia; daban al novio un incensario bendito con que sahumase los ídolos de su casa, y ponían á la novia pluma blanca sobre la cabeza, y en las manos y pies pluma colorada; y en estando así emplumada, cantaban y bailaban los convidados, y bebían mejor que la otra vez. No hacían estas ceremonias los pobres ni esclavos; pero hacían algunas, y aquellas eran las que ligaban; ni tampoco guardaban estos ritos los que se casaban con sus mancebas; y dicen que si la madre ó padre de la amancebada requerían al que la tenía se casase con ella,

pues tenía hijos, que el tal hombre, ó la tomaba por mujer, ó nunca más á ella tornaba.

En Tlaxcallán y en otras muchas ciudades y repúblicas, por principal ceremonia y señal de casados se trasquilan los novios, por dejar los cabellos y lozania de mozos, y criar de allí adelante otra manera de cabello. La esencial ceremonia que tienen en Michuacán es mirarse mucho y en hito los novios al tiempo que los velan, ca de otra manera no es matrimonio, pues parece que dicen no.

En Mixtecapán, que es una gran provincia, llevaban cierto trecho á cuestras al desposado cuando se casa, como quien dice: « Por fuerza te has de casar, aunque no quieras, para haber hijos. » Danse las manos los novios en fe y señal que se han de ayudar el uno al otro. Átanles asimismo las mantas con un gran nudo, para que sepan cómo no se han de apartar.

Los mazatecas no se acuestan juntos la noche que los casan, ni consuman matrimonio en aquellos veinte días; antes están todo aquel tiempo en ayuno y oracion, y como ellos dicen, en penitencia, sacrificándose los cuerpos, y untando los hocicos de los ídolos con su propia sangre.

En Pánuco compran los hombres las mujeres por un arco y dos flechas y una red. No hablan los suegros con los yernos el primer año que se casan. No duermen con las mujeres después de paridas en dos años, porque no se tornen á empreñar antes de haber criado los hijos, aunque maman doce años; á esta causa tienen muchas mujeres. Nadie come de lo que tocan y guisan las que están con su camisa, sino son ellas mismas.

El divoreio no se hacía sin muy justas causas ni sin autoridad de justicia. Esto era en las mujeres legítimas, y públicamente casadas; que las otras con tanta facilidad se dejaban como se tomaban. En Michuacán se podían apartar jurando que no se miraban. En Méjico probando que era mala, sucia y estéril; mas, empero, si las dejaban sin causa ni mandamiento de los jueces, chamuscábanles los

cabellos en la plaza, por afrenta y señal que no tenía seso. La pena del adulterio era muerte natural; moría también ella como él. Si el adúltero era hidalgo, emplúmanle, después de ahorcado, la cabeza. Pónenle un penacho verde, y quémalo. Castigan tanto este delito, que no excusa la ley al borracho, ni á la mujer, aunque la perdone su marido. Por evitar adulterios consienten cantoneras, pero no hay mancebias públicas.

#### Costumbres de los hombres

Hablando de mejicanos, es hablar en general de toda la Nueva-España. Son los hombres de mediana estatura, mas rehechos, leonados en color, los ojos grandes, las frentes anchas, las narices muy abiertas, los cabellos gordos, negros, largos, mas con garceta. Hay muy pocos crespos ni bien barbados, porque se arrancan y untan los pelos para que no nazcan. Algunos blancos hay, que se tienen por maravilla. Pintanse mucho y feo en guerra y bailes. Cúbrense de pluma la cabeza, brazos y piernas, ó con escamas de peces ó pieles de tigres y otros animales. Hácense grandes agujeros en las orejas y narices, y aun en la barbilla, en que ponen piedras, oro y huesos. Unos se meten allí uñas ó picos de águila, otros colmillos de animales, otros espinas de peces. Los señores, caballeros y ricos traían esto de oro ó piedras finas, hecho al propio; con lo cual andan galanes y bravos, á su pensar. Calzan unos zapatos como alpargatas, pañicos por bragas. Visten una manta cuadrada, añudada al hombro derecho como gitanas. Los ricos, ó en fiestas, usan traer muchas mantas y de colores; en lo demás desnudos van. Casan á los veinte años, aunque los de Pánuco primero habían cuarenta. To-

pues tenía hijos, que el tal hombre, ó la tomaba por mujer, ó nunca más á ella tornaba.

En Tlaxcallán y en otras muchas ciudades y repúblicas, por principal ceremonia y señal de casados se trasquilan los novios, por dejar los cabellos y lozania de mozos, y criar de allí adelante otra manera de cabello. La esencial ceremonia que tienen en Michuacán es mirarse mucho y en hito los novios al tiempo que los velan, ca de otra manera no es matrimonio, pues parece que dicen no.

En Mixtecapán, que es una gran provincia, llevaban cierto trecho á cuestras al desposado cuando se casa, como quien dice: « Por fuerza te has de casar, aunque no quieras, para haber hijos. » Danse las manos los novios en fe y señal que se han de ayudar el uno al otro. Átanles asimismo las mantas con un gran nudo, para que sepan cómo no se han de apartar.

Los mazatecas no se acuestan juntos la noche que los casan, ni consuman matrimonio en aquellos veinte días; antes están todo aquel tiempo en ayuno y oracion, y como ellos dicen, en penitencia, sacrificándose los cuerpos, y untando los hocicos de los ídolos con su propia sangre.

En Pánuco compran los hombres las mujeres por un arco y dos flechas y una red. No hablan los suegros con los yernos el primer año que se casan. No duermen con las mujeres después de paridas en dos años, porque no se tornen á empreñar antes de haber criado los hijos, aunque maman doce años; á esta causa tienen muchas mujeres. Nadie come de lo que tocan y guisan las que están con su camisa, sino son ellas mismas.

El divoreio no se hacía sin muy justas causas ni sin autoridad de justicia. Esto era en las mujeres legítimas, y públicamente casadas; que las otras con tanta facilidad se dejaban como se tomaban. En Michuacán se podían apartar jurando que no se miraban. En Méjico probando que era mala, sucia y estéril; mas, empero, si las dejaban sin causa ni mandamiento de los jueces, chamuscábanles los

cabellos en la plaza, por afrenta y señal que no tenía seso. La pena del adulterio era muerte natural; moría también ella como él. Si el adúltero era hidalgo, emplúmanle, después de ahorcado, la cabeza. Pónenle un penacho verde, y quémalo. Castigan tanto este delito, que no excusa la ley al borracho, ni á la mujer, aunque la perdone su marido. Por evitar adulterios consienten cantoneras, pero no hay mancebias públicas.

#### Costumbres de los hombres

Hablando de mejicanos, es hablar en general de toda la Nueva-España. Son los hombres de mediana estatura, mas rehechos, leonados en color, los ojos grandes, las frentes anchas, las narices muy abiertas, los cabellos gordos, negros, largos, mas con garceta. Hay muy pocos crespos ni bien barbados, porque se arrancan y untan los pelos para que no nazcan. Algunos blancos hay, que se tienen por maravilla. Pintanse mucho y feo en guerra y bailes. Cubrense de pluma la cabeza, brazos y piernas, ó con escamas de peces ó pieles de tigres y otros animales. Hácense grandes agujeros en las orejas y narices, y aun en la barbilla, en que ponen piedras, oro y huesos. Unos se meten allí uñas ó picos de águila, otros colmillos de animales, otros espinas de peces. Los señores, caballeros y ricos traían esto de oro ó piedras finas, hecho al propio; con lo cual andan galanes y bravos, á su pensar. Calzan unos zapatos como alpargatas, pañicos por bragas. Visten una manta cuadrada, añudada al hombro derecho como gitanas. Los ricos, ó en fiestas, usan traer muchas mantas y de colores; en lo demás desnudos van. Casan á los veinte años, aunque los de Pánuco primero habían cuarenta. To-



man muchas mujeres con ritos de matrimonio y muchas sin él. Puedenlas dejar, mas no sin causa, mayormente las legítimas. Son celosísimos; y así, las aporrean mucho. No traen armas sino en la guerra, y allí averiguan sus pendencias por desafíos. Los chichimecas no admiten mercaderes de fuera, que los demás hombres mucho tratan; empero sin verdad ninguna, y por eso compran y venden á daga y toma. Son muy ladrones, mentirosos y holgazanes. La fertilidad de la tierra debe causar tanta pereza, ó por no ser ellos codiciosos. Tienen ingenio, habilidad y sufrimiento en lo que hacen; y así, han aprendido muy bien todos nuestros oficios, y los más sin maestros y con la vista solamente. Son mansos, lisonjeros y obedientes, especial con los señores y reyes. Religiosísimos sobremana, aunque cruelmente, según luego diremos. Danse muy mucho á la carnalidad, así con hombres como con mujeres, sin pena ni vergüenza. Agüeran mucho y á menudo; y así, tienen libros y doctores de los agüeros.

#### Costumbres de las mujeres

Son las mujeres del color y gesto que sus maridos. Van descalzas, traen camisas de medias mangas, lo al descubierto anda. Crian largo el cabello, hácenlo negro con tierra por gentileza y porque les mate los piojos. Las casadas se lo rodean á la cabeza con ñudo á la frente; las vírgenes y por casar lo traen suelto y echado atrás y adelante. Pélanse y untanse todas, para no tener pelo sino en la cabeza y cejas; y así, tienen por hermosura tener chica frente y llena de cabello, y no tener colodrillo. Casan de diez años, y son lujuriosísimas. Paren presto y mucho. Presumen de grandes y largas tetas; y así, dan leche á sus hijos por las

espaldas. Entre otras cosas con que se adoban el rostro, es leche de las pepitas de tezozapotl ó mamei, aunque más lo hacen para no ser picadas de mosquitos, que huyen de aquella leche amarga. Cúranse unas á otras con yerbas, no sin hechicerías; y así, abortan muchas de secreto. Las parteras hacen que las criaturas no tengan colodrillo, y las madres las tienen echadas en cunas de tal suerte que no les crezca, porque se precian sin él. En lo demás, reacias cabezas tienen, á causa de ir destocadas. Lávanse mucho, y entran en baños fríos en saliendo de baños calientes, que parece dañoso. Son trabajadoras, de miedo, y obedientes. No bailan en público, aunque escancian y acompañan á sus maridos en las danzas, si no se lo manda el Rey. Hilan teniendo el copo en una mano y el huso en la otra. Tuereen al revés que acá, estando el huso en una escudilla. No tiene hueca el huso, mas hilañ aprieta y no mal.

#### De la vivienda

Viven muchos casados en una casa, ó por estar juntos los hermanos y parientes, que no parten las heredades, ó por la estrechura del pueblo, aunque son los pueblos grandes, y aun las casas. Pican, alisan y amoldan la piedra con piedra. La mejor y más fuerte piedra con que labran y cortan es pedernal verdinegro. También tienen hachas, barrénas y escoplos de cobre mezclado con oro ó plata ó estaño. Con palo sacan piedra de las canteras, y con palo hacen navajas de azabache y de otra más dura piedra; que es cosa notable. Labran pues con estas herramientas tan bien y primo, que hay mucho que mirar. Pintan las paredes por alegría. Los señores y ricos usan paramentos

de algodón con muchas figuras y colores de pluma, que es lo más rico y vistoso, y esteras de palma sutilísimas, que es lo común. No hay puertas ni ventanas que cerrar, todo es abierto; y por eso castigan tanto á los adúlteros y ladrones. Alúmbranse con tea y otros palos, teniendo cera; que no es poco de maravillar. Así estiman y loan mucho ellos ahora las candelas de cera y sebo, y los candiles que arden con aceite.

Sacan aceites de chiya y otras cosas, para pinturas y medicinas, y sain de aves, peces y animales; mas no saben alumbrarse con ello. Duermen en pajas ó esteras, ó cuando mucho, mantas y pluma. Arriman la cabeza á un palo ó piedra, ó cuando más, á un tajoncillo de hoja de palmas, en que también se sientan. Tienen unas siletas bajas, con espaldas de hojas de palma, para sentarse, aunque comúnmente se sientan en tierra. Comen en el suelo y suciamente, ca se limpian á los vestidos, y aun ahora parten los huevos con un cabello, que se arrancan, diciendo que así hacían antes, y que les basta. Comen poca carne, creo que por tener poca, pues comen bien tocino y puerco fresco. No quieren carnero ni cabrón, porque les hiede; cosa de notar, comiendo cuantas cosas vivas hay, y aun sus mismos piojos, que es grandísimo asco. Unos dicen que los comen por sanidad, otros que por gula, otros que por limpieza, creyendo ser más limpio comerlos que matarlos entre las uñas. Comen toda hierba que mal no les huelá; y así, saben mucho en ellas para medicinas; que sus curas simples son. Su principal mantenimiento es chilli y chilli, su bebida ordinaria agua ó atulli.

## DIRECCIÓN GENERAL DE

### De los vinos y borrachez

No tienen vino de uvas, aunque se hallaron vides en muchas partes, y es de maravillar que habiendo cepas con

uvas, y siendo ellos tan amigos de beber más que agua, cómo no plantaban viñas y sacaban vino de ellas. La mejor, más delicada y cara bebida que tienen, es de harina de cacao y agua. Algunas veces le mezclan miel y harina de otras legumbres; esto no emborracha, antes refresca mucho, y por eso lo beben con calor y sudando. Hacen vino de maíz, que es su trigo, con agua y miel. Llámase atulli, y es muy común brebaje en cada parte, y lo mismo es de todas las otras sus semillas; pero no emborracha si no lo cuecen ó confeccionan con algunas hierbas ó raíces. En las comidas ordinarias conténtanse con ello, y aun con agua, que basta para sustentación de la vida; mas en partos, bodas y fiestas de sacrificios quieren bebida que los embeode y desatine; y entonces mezclan ciertas hierbas que, ó con su mal zumo ó con el olor pestífero que tienen, encalabrian y desatinan al hombre muy peor que vino puro de San Martín, y no hay quien les pueda sufrir el hedor que les sale de la boca, ni la gana que tienen de reñir, y matar al compañero. Cuando se quieren embriagar de veras, comen unas setillas crudas, que llaman teunanacath, ó carne de Dios, y con el amargor que les ponen, beben mucha aguamiel ó su común vino, y en chico rato quedan fuera de sentido; ca se les antoja ver culebras, tigres, caimanes y peces que los tragan, y otras muchas visiones que los espantan. Paréceles que se comen vivos de gusanos, y como rabiosos, buscan quien los mate, ó ahorcarse. Cuecen también ajenjos con agua y harina de chiyan, que es como zaragatona, y hacen un vino amarguillo, que muchos lo beben sin que les amargue. Barrenan palmas y otros árboles, para beber lo que lloran. Beben el licor que destila un árbol, llamado metl, cocido con ocatli, que es una raíz á quien, por su bondad, llaman medicina del vino. Poco es saludable, mucho es dañoso y emborracha gentilmente. No hay perros muertos ni bomba que así hiedan como el aliento del borracho deste vino. A los que se emborrachan fuera de las fiestas públicas y convites

que hacian, con licencia del señor ó jueces, trasquilan en medio de la plaza y le derriban la casa, porque quien pierde el seso por su culpa no merece tener morada entre hombres de razón. Bebían para enloquecer, y locos, mataban ó mataban á otros. Echábanse con sus hijas, madres y hermanas sin diferencia, y para tanto mal chica pena era. También se toman de vino después que son cristianos, ea les sabe mejor que los suyos; y para quitarles la embriaguez, á que tanto se dan, los hacian por justicia esclavos, y los vendían á cuatro ó cinco reales por un mes.



#### De los esclavos

Quiero contar la manera que mejicanos tienen en hacer esclavos, porque es muy diferente de la nuestra. Los cautivos en guerra no servían de esclavos, sino de sacrificados, y no hacían más de comer para ser comidos. Los padres podían vender por esclavos á sus hijos, y cada hombre y mujer á sí mismo. Cuando alguno se vendía, había de pasar la venta delante á lo menos de cuatro testigos.

El que hurtaba maíz, ropa ó gallinas era hecho esclavo, no teniendo de qué pagar, y entregado á la persona á quien primero hurtó. Si después de esclavo tornaba á hurtar, ó lo ahoreaban ó lo sacrificaban.

El hombre que vendía al libre por esclavo, era dado por esclavo á quien él quería vender; y esta ley se guardaba mucho, porque no vendiesen ni comiesen niños.

Tomaban por esclavos á los hijos, parientes y sabidores del traidor.

El hombre libre que dormía con esclava y la empuñaba, era esclavo del dueño de la tal esclava; aunque algunos

contradicen esto, por cuanto muchas veces acontecía casarse los esclavos con sus amas, y las esclavas con sus señores; mas debía ser lícito en caso de casamiento, y no en deshonra del señor de la esclava.

Los hombres necesitados y haraganes se vendían, y los tahures se jugaban; pero no iban á servir hasta ser pasado un año de cómo hicieron la venta.

Las malas mujeres de su cuerpo, que lo daban de balde si no las querían pagar, se vendían por esclavas por traerse bien, ó cuando ninguno las quería, por viejas ó feas ó enfermas; que nadie pide por las puertas.

Los padres vendían ó empeñaban un hijo que sirviese de esclavo; pero podían sacar aquél dando otro hijo, y aun había linajes encensados á sustentar un esclavo; pero era grande el precio que se daba por el tal esclavo.

Cuando uno moría con deudas, tomaba el acreedor, si no había hacienda, al hijo ó á la mujer por esclavo; pero muchos dicen que no era así, y pudo ser que se obligasen con tal condición, pues era permitido que se pudiesen vender los hombres libres á sí mismos, y los padres á los hijos.

Ningún hijo del esclavo ni esclava, que es mucho más, quedaba hecho esclavo, ni aunque fuese hijo de padre y madre esclavos.

Nadie podía vender su esclavo sin echarle primero argolla, y no se la echaban sin tener causa, y licencia de la justicia. Era la argolla una collera de palo delgada, como arzón, que ceñía la garganta y salía al colodrillo, con unas puntas tan largas, que sobrepujaban la cabeza, ó que no se las pudiese desatar el argollado. Á estos esclavos de argolla podían sacrificar, y á los que compraban de otras naciones, y ellos ser libres si podían acogerse á palacio en ciertas fiestas del año, y aun dicen que no se lo podían estorbar sino los amos ó sus hijos; que si otros los detenían, tenían pena de ser esclavos, y el esclavo era todavía libre.

Cada esclavo podía tener mujer y pegujal, del cual muchas veces se redimían; aunque pocos se rescataban, como ellos no trabajaban mucho y los mantenían los amos.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS De los jueces y leyes

Los jueces eran doce, todos hombres ancianos y nobles; tienen renta y lugares, que son propios de la justicia; determinan las causas sentados. Las apelaciones iban á otros dos jueces mayores, que llaman tecuítlatl, y que siempre solían ser parientes del señor, y están con él, y llevan ración de su despensa y plato. Consultan con los señores cada mes una vez todos los negocios, y en cada ochenta días vienen los jueces de la provincia á comunicar con los de la ciudad y con el rey ó señor los casos arduos y cosas corrientes, para que provyese y mandase lo que más convenía. Había pintores, como escribanos, que notaban los puntos y términos del litigio; pero ningún pleito dicen que pasaba de ochenta días. Los alguaciles eran otros doce, cuyo oficio era prender y llamar á juicio, y su traje mantas pintadas, que de lejos se conociesen. Los recaudadores del pecho y tributos traían ventalles, y en algunas partes unas varas cortas y gordas. Las cárceles eran bajas, húmedas y oscuras, para que temiesen entrar allí. Juraban los testigos poniendo el dedo en tierra, y luego en la lengua, y este era el juramento de todos; y es como decir que dirán verdad con la lengua por la tierra que los mantiene; otros lo declaran así: «Si no dijéremos verdad, lleguemos á tal extremo que comamos tierra.» Algunas veces nombran, cuando así juran, el dios del crimen y cosa sobre que es el pleito ó negocio que se trata. Trasquilan al

juez que cohecha ó toma presentes, y quitante el cargo, que era grandísima mengua. Cuentan de Nezaualpícutli que ahorcó en Tezcuco un juez por una injusta sentencia que dió, sabiendo lo contrario, é hizo ver á otros el pleito.

Matan al matador sin excepción ninguna.

La mujer preñada que lanzaba la criatura, moría por ello: era este un vicio muy común entre las mujeres que sus hijos no habían de heredar.

La pena del adulterio era muerte.

El ladrón era esclavo por el primer hurto, y ahorcado por el segundo.

Muere por justicia con grandes tormentos el traidor al Rey ó república.

Matan la mujer que anda como hombre, y al hombre que anda como mujer.

El que desafía á otro, sino estando en la guerra, tiene pena de muerte.

En Tezcuco, según algunos dicen, mataban á los putos. Debieron establecer esta pena Nezaualpícutli y Nezaualcoyo, que fueron justicieros, y libres de aquél pecado; y tanto más son de loar, cuanto no se castiga en otros pueblos que lo usan públicamente, habiendo mancebía, como en Pánuco.

De las guerras

Los reyes de Méjico tenían continua guerra con los de Tlaxcallán, Pánuco, Michuacán, Tecoantepec y otros para ejercitarse en las armas, y para, como ellos dicen, haber esclavos que sacrificar á los dioses y cebar á los soldados; pero la causa más cierta era porque ni les querían obede-

cer, ni recibir sus dioses; ca el estilo por do crecieron tanto los mejicanos en señorío. fué por dar á otros sus dioses y religión, y si no los recibían rogándoles con ellos, dábanles guerra hasta sujetarlos é introducir su religión y ritos. Movían también guerra cuando les mataban sus embajadores y mercaderes; pero no la hacían sin primero dar parte al pueblo, y aun dicen que entraban en la consulta mujeres viejas, que, como vivían más que los hombres, se acordaban de cómo se habían hecho las guerras pasadas. Determinada pues la guerra, enviaba el Rey mensajeros á los enemigos á pedir las cosas robadas, y tomar alguna satisfacción de los muertos, ó requerir que pusiesen entre sus dioses al de Méjico, y también porque no dijesen que los tomaban desapercibidos y á traición. Entonces los enemigos, que se sentían poderosos á resistir, respondían que aguardarian en el campo con las armas en la mano; y si no, allegaban muy buenos plumajes, tejuelas de oro y plata, piedras y otras cosas de precio, y enviábanselas, y demandaban perdón, y á Vitcilopuchtli, para lo poner y tener igual de sus dioses provinciales. Tomaban á los que hacían esto por amigos, y poníanles algunos atributos; á los que se defendían, si los vencían, tenían por esclavos, que llaman ellos, y éranles muy pecheros. Al soldado que revelaba lo que su señor ó capitán quería hacer, castigaban como á traidor y cruélisimamente; ca le cortaban entrambos bezos, las narices, las orejas, las manos por junto al codo, y los pies por los tobillos; en fin, lo mataban y repartían por barrios, ó por escuadrones si era en los ejércitos, para que viniese á noticia de todos; y hacían esclavos á los hijos y parientes, y á los que habían sido sabedores de la traición. No bebían vino que emborrachase los que andaban en guerra, sino el que hacían de cacao, maíz y semillas. Emplazábanse los unos enemigos á los otros para la batalla, la cual siempre era campal, y se daba entre término. Llaman quiathlale al espacio y lugar que dejan yermo entre raya y raya de cada provincia para pelear, y

es como sagrado. Juntas las huestes, hacia señal el rey de Méjico de arremeter al enemigo con un caracol que suena como corneta; el señor de Tezcuco con un atabalejo que llevaba echado al hombro, y otros señores con huesos de pescados que chiflan mucho como caramillos; al recoger hacían otro tanto. Si el estandarte real caía en tierra, todos huían. Los tlaxcaltecas tiraban una saeta; si sacaban sangre al enemigo, tenían por muy cierto que vencerían la batalla, y si no, creían que les iría muy mal; aunque, como eran valientes, no dejaban de pelear. Tenían como por reliquias unas dos flechas que diz que fueron de los primeros pobladores de aquella ciudad, que habían sido hombres victoriosos.

Llévanlas siempre á la guerra los capitanes generales, y tiraban con ellas ó con la una á los enemigos para tomar agüero, y para encender los suyos á la batalla; unos dicen que las echaban con trailla, porque no se perdiese: otros que sin ella, para que su gente, en arremetiendo luego, no diese vagar á los contrarios que la tomasen y quebrasen. Daban gritos, que los ponían en el cielo cuando acometían; otros aullaban, y otros silbaban de tal suerte, que ponían espanto á quien no estaba hecho á semejante vocería. Los de tierra de Teouacàn de una vez tiraban dos y tres y cuatro flechas; todos en general traían fiadas al brazo las espadas; huían para revolver de nuevo y con mayor ímpetu; antes querían cautivar que matar enemigos; jamás soltaban á ninguno, ni tampoco lo rescataban, aunque fuese capitán. El que prendía señor ó capitán contrario, era muy galardonado y estimado; quien soltaba ó daba á otro el cautivo que prendía en batalla, moría por justicia, por ser ley que cada uno sacrificase sus prisioneros; el que hurtaba ó quitaba por fuerza algún preso en guerra, moría también, porque robaban cosa sagrada y la honra, y, como ellos dicen, el esfuerzo ajeno. Mataban á los que hurtaban las armas del señor y capitán general ó los atavios de guerra; porque lo tenían por señal de ser

vencidos. No querían, ó no podían, los hijos de señores, siendo mancebos, traer plumajes, vestidos ricos, ni ponerse collares ni joyas de oro, hasta haber hecho alguna valentía ó hazaña en la guerra, muerto ó prendido algún enemigo. Saludaban primero al cautivo que á quien le cautivó, y toda la tierra le daba el parabién al tal caballero, como si triunfara. Dende en adelante se ataviaba ricamente de oro, pluma y mantas de color ó pintadas; poníase en la cabeza ricos y vistosos plumajes, atados á los cabellos de la coronilla con correas coloradas de tigre; que todo era señal de valiente.



De los sacerdotes.

A los sacerdotes de Méjico y toda esta tierra llamaron nuestros españoles papas, y fué que, preguntados por qué traían así los cabellos, respondían papa, que es cabello; y así, les llamaban papas; ca entre ellos llamacazque se dicen los sacerdotes, ó tlenamacaque, y el mayor de todos, que es su prelado, achcauhtli, y es grandísima dignidad. Aprenden y enseñan los misterios de su religión á boca y por figuras; mas no los comunican ni descubren á legos, so gravísima pena. Hay entre ellos muchos que no se casan, por la dignidad, y que son muy notados y castigados si llegan á mujer. Dejan crecer todos estos sacerdotes el cabello sin jamás cortarlo ni peinar ni lavar, á cuya causa tenían la cabeza sucia y llena de piojos y liendres; pero los que hacían esto eran santones; que los otros lavábanse las cabezas cuando se bañaban, y bañábanse muy á menudo; y así, aunque traían los cabellos muy largos, traíanlos muy limpios; bien que criar cabellos, de suyo es sucio. El hábito de los sacerdotes es una ropa de algodón blanca,

estrecha y larga, y encima una manta por capa, añadada al hombro derecho, con madejas de algodón hilado por orlas y rapacejos. Tiznábanse los días festivos, y cuando su regla mandaba, de negro las piernas, brazos, manos y cara, que parecían diablos. Había en el templo de Vitcillopuchtli de Méjico cinco mil personas al servicio de los ídolos y casa, según en otra parte dije; pero no todos llegaban á los altares. Las herramientas, vasos y cosas que tenían para hacer los sacrificios, eran los siguientes: muchos braseros grandes y pequeños, unos de oro, otros de plata, y los más de tierra; unos para incensar las estatuas, y otros en que tener lumbre; la cual nunca se había de matar, ca era ruin señal morirle, y castigaban reciamente á los que tenían cargo de hacer y atizar el fuego. Gastábanse ordinariamente quinientas cargas de leña, que son mil arrobas de nuestro peso, y muchos días había de entre año, de quemar mil y quinientas arrobas. También incensaban con los brasericos á los señores; que así hicieron á Cortés y á los españoles cuando entró en el templo y derrocó los ídolos; incensaban asimismo los novios, los consagrados, las ofrendas, y otras mil cosas. Perfuman los ídolos con hierbas, flores, polvos y resinas; pero el mejor humo y lo común es el que llaman copalli, el cual parece incienso, y es de dos maneras: uno era arrugado, que llaman xolochcopalli; en Méjico está muy blando, en tierra fría estaría duro; quiere nacer en tierras calientes, y gastarse en frías. El otro es una goma de Copalquahuiltán, buena, que muchos españoles la tienen por mirra. Punzan el árbol, y sin punzarlo, sale y destila gota á gota un licor blanco que luego se cuaja, y de ello hacen unos panecillos como de jabón que se traslucen; éste era su perfecto olor en sacrificios, y preciada ofrenda de dióses. De esta goma, mezclada con aceite de olivas, se hace muy buena trementina, y los indios hacen de ella sus pelotas. Tienen lancestas de azabache negro, y unas navajas de á jeme, hechas como puñal, más gordas en medio que á los filos, con que

se sajan y sangran de la lengua, brazos, piernas, y de lo que tienen en devoción ó voto. Es aquella piedra dura en grandísima manera, y hay otras de la misma suerte y metal de piedra, pero de muchos colores. Cortan las navajas por entrambas partes, y cortan bien y dulcemente; y si aquella piedra no fuese tan vidriosa, es como hierro, pero luego salta y se mella. De estas navajas hay infinitas en el templo, y cada uno las tiene en su casa para sus sacrificios y para cortar otras cosas. Tienen asimismo los sacerdotes púas de metl, con que se pican; y para tomar la sangre que se sacan, tienen papel, hojas de caña y metl; tienen pajueltas, cañas y sogas para tocar y pasar por las heridas y agujeros que se hacen en las orejas, lenguas, manos, y otros miembros que no son para decir. Hay en cada espacio de los templos que está de las gradas al altar, una piedra como tajón, hincada en el suelo y alta una vara de medir; sobre la cual recuestan á los que han de ser sacrificados. Tienen un cuchillo de pedernal, que llaman ellos *tecpactl*; con estos cuchillos abren los hombres que sacrifican, por las ternillas del pecho. Para coger la sangre tienen escudillas de calabazas, y para rociar con ella los ídolos unos hisopillos de pluma colorada; para barrer las capillas y placeta donde está el tajón tienen escobas de plumas, y el que barre nunca vuelve las nalgas á los dioses, sino va siempre barriendo cara atrás. Con tan pocos ornamentos y aparejo hacían la carnicería que después oíréis.

#### De los dioses mejicanos

Ya puse la hechura y grandeza de los templos, cuando conté la magnificencia de Méjico; aquí diré solamente que los tenían siempre muy limpios, blancos y bruñidos, y los

altares muy adornados y ricos. Colgaban de las paredes eneros de hombres sacrificados, embutidos de algodón, en memoria de la ofrenda y cautiverio que de ellos había hecho el Rey; mas cuanto los templos eran limpios, tanto estaban sucios los ídolos, de la mucha sangre que continuamente les echaban y de la goma que les pegaban. No había número de los ídolos de Méjico, por haber muchos templos, y muchas capillas en las casas de cada vecino, aunque los nombres de los dioses no eran tantos; mas empero afirman pasar de dos mil dioses, que cada uno tenía su propio nombre, oficio y señal; como decir *Ometochtli*, dios del vino, que preside á los convites, ó causa que haya vino; tiene sobre la cabeza uno como mortero, donde le echan vino cuando celebran su devota fiesta, y celebranla muy á menudo y como el santo lo manda. A la diosa del agua, que dicen *Matlalcuie*, visten camisa azul, que es el color de agua. A *Tezcatlipuca* ponían anteojos, porque siendo la providencia, debía de mirarlo todo. En *Acapulco* había ídolos con gorras como las nuestras; adoran el sol, el fuego, la agua y la tierra, por el bien que les hacen; adoran los truenos, los relámpagos y rayos, por miedo; adoran á unos animales por mansos y á otros por bravos, aunque no sé para qué tenían ídolos de mariposas; adoraban la langosta porque no les comiese los panes; las pulgas y mosquitos porque no los picasen de noche, y las ranas porque les diese peces. Y aconteció á unos españoles que iban á Méjico, en un pueblo de la laguna, que pidiendo de comer otra cosa que pan, les dijeron que no tenían peces después que su capitán Cortés les llevó su dios del pescado; y era porque entre los ídolos que les derribó, como hacía en cada lugar, estaba el de la rana; á la cual tenían por diosa del pescado, que cantando los convidaba á ello. Si la respuesta fué de creerlo así, simples eran; mas si fué de maliciosos, gentilmente se excusaron de darles á comer. Quizá adoraban la rana porque, siendo todos los otros peces mudos, ella sola parece que habla.

## Cómo el diablo se aparece

Hablaba el diablo con los sacerdotes, con los señores y con otros, pero no á todos. Ofrecían cuanto tenían al que se le aparecía; aparecíaseles de mil maneras, y finalmente, conversaba con todos ellos muy á menudo y muy familiar, y los bobos tenían á mucho que los dioses conversasen con los hombres; y como no sabían que fuesen demonios, y oían de su boca muchas cosas antes que aconteciesen, creían cuanto les decían; y porque él se lo mandaba, le sacrificaban tantos hombres, y le traían pintado consigo de tal figura, cual se les mostró la primera vez; pintábanle á las puertas, en los bancos y en cada parte de la casa; y como se les aparecía de mil trajes y formas, así lo pintaban de infinitas maneras, y algunas tan feas y espantosas, que se maravillaban nuestros españoles; pero ellos no lo tenían por feo. Creyendo pues estos indios al diablo, habían llegado á la cumbre de crueldad, so color de religiosos y devotos; y éranlo tanto, que antes de comenzar á comer, tomaban un poquillo, y lo ofrecían á la tierra ó al sol; de lo que bebían, derramaban alguna gota para dios, como quien hace salva; si cogían grano, fruta ó rosas, quitábanle alguna hojuela antes de olerla, para ofrenda; el que no guardaba estas y semejantes cosillas, no tenía á dios en su corazón, y como ellos dicen, era mal criado con los dioses.

## Desollamiento de hombres

De veinte en veinte días es fiesta festival y de guardar, que llaman tonalli, y siempre cae el día postrero de cada mes. Pero la mayor fiesta del año, y donde más hombres se matan y comen, es de cincuenta y dos en cincuenta y dos años. Los de Tlaxcallán y otras repúblicas celebran estas fiestas, y otras muy solemnes, de cuatro en cuatro años.

El postrer día del mes primero, que llaman tlacaxipeualiztli, matan en sacrificio cien esclavos, los más cautivos de guerra, y se los comen. Juntábase todo el pueblo al templo. Los sacerdotes, después de haber hecho muchas ceremonias, ponían los sacrificados uno á uno, de espaldas sobre la piedra, y vivos los abrían por los pechos con un cuchillo de pedernal; arrojaban el corazón al pie del altar como por ofrenda, untaban los rostros al Vitcilopuchtli, ó á otro con la sangre caliente, y luego desollaban quince ó veinte de ellos, ó menos, según era el pueblo y los sacrificados; revestíanse los otros tantos hombres honrados, así sangrientos como estaban; ca eran abiertos los cueros por las espaldas y hombros; cosíanse los que viniesen justos, y después bailaban con todos lo que querían. En Méjico se vestía el rey un cuero de estos, que fuese de principal cautivo, y regocijaba la fiesta bailando con los otros disfrazados. Toda la gente se andaba tras él por verle tan fiero, ó como ellos dicen, tan devoto. Los dueños de los esclavos se llevaban sus cuerpos sacrificados, con que hacían plato á todos sus amigos; quedaban las cabezas y corazones para los sacerdotes; embutían los cueros de algodón ó paja, y ó los colgaban en el templo, ó en palacio,



## Cómo el diablo se aparece

Hablaba el diablo con los sacerdotes, con los señores y con otros, pero no á todos. Ofrecían cuanto tenían al que se le aparecía; aparecíaseles de mil maneras, y finalmente, conversaba con todos ellos muy á menudo y muy familiar, y los bobos tenían á mucho que los dioses conversasen con los hombres; y como no sabían que fuesen demonios, y oían de su boca muchas cosas antes que aconteciesen, creían cuanto les decían; y porque él se lo mandaba, le sacrificaban tantos hombres, y le traían pintado consigo de tal figura, cual se les mostró la primera vez; pintábanle á las puertas, en los bancos y en cada parte de la casa; y como se les aparecía de mil trajes y formas, así lo pintaban de infinitas maneras, y algunas tan feas y espantosas, que se maravillaban nuestros españoles; pero ellos no lo tenían por feo. Creyendo pues estos indios al diablo, habían llegado á la cumbre de crueldad, so color de religiosos y devotos; y éranlo tanto, que antes de comenzar á comer, tomaban un poquillo, y lo ofrecían á la tierra ó al sol; de lo que bebían, derramaban alguna gota para dios, como quien hace salva; si cogían grano, fruta ó rosas, quitábanle alguna hojuela antes de olerla, para ofrenda; el que no guardaba estas y semejantes cosillas, no tenía á dios en su corazón, y como ellos dicen, era mal criado con los dioses.

## Desollamiento de hombres

De veinte en veinte días es fiesta festival y de guardar, que llaman tonalli, y siempre cae el día postrero de cada mes. Pero la mayor fiesta del año, y donde más hombres se matan y comen, es de cincuenta y dos en cincuenta y dos años. Los de Tlaxcallán y otras repúblicas celebran estas fiestas, y otras muy solemnes, de cuatro en cuatro años.

El postrer día del mes primero, que llaman tlacaxipeualiztli, matan en sacrificio cien esclavos, los más cautivos de guerra, y se los comen. Juntábase todo el pueblo al templo. Los sacerdotes, después de haber hecho muchas ceremonias, ponían los sacrificados uno á uno, de espaldas sobre la piedra, y vivos los abrían por los pechos con un cuchillo de pedernal; arrojaban el corazón al pie del altar como por ofrenda, untaban los rostros al Vitcilopuchtli, ó á otro con la sangre caliente, y luego desollaban quince ó veinte de ellos, ó menos, según era el pueblo y los sacrificados; revestíanse los otros tantos hombres honrados, así sangrientos como estaban; ca eran abiertos los cueros por las espaldas y hombros; cosíanse los que viniesen justos, y después bailaban con todos lo que querían. En Méjico se vestía el rey un cuero de estos, que fuese de principal cautivo, y regocijaba la fiesta bailando con los otros disfrazados. Toda la gente se andaba tras él por verle tan fiero, ó como ellos dicen, tan devoto. Los dueños de los esclavos se llevaban sus cuerpos sacrificados, con que hacían plato á todos sus amigos; quedaban las cabezas y corazones para los sacerdotes; embutían los cueros de algodón ó paja, y ó los colgaban en el templo, ó en palacio,

por memoria; mas esto era habiéndolo prendido el Rey, ó algún tecuitli; iban al sacrificadero los esclavos y cautivos de guerra con los vestidos ó divisa del idolo á quien se ofrecían; y sin esto, llevaban plumajes, guirnaldas y otras rosas, y las más veces los pintaban ó emplumaban, ó cubrían de flores y hierba. Muchos de ellos, que mueren alegres, andan bailando, y pidiendo limosna para su sacrificio por la ciudad; cogen mucho, y todo es de los sacerdotes. Cuando ya los panes estaban un palmo altos, iban á un monte que para tal devoción tenían diputado, y sacrificaban un niño y una niña de cada tres años, á honra de Tlaloc, dios del agua, suplicándole devotamente por ella si les faltaba, ó que no les faltase. Estos niños eran hijos de hombres libres y vecinos del pueblo; no les sacaban los corazones, sino degollábanlos. Envolvíanlos en mantas nuevas, y enterrábanlos en una caja de piedra.

La fiesta de Tozoztli, que ya los maizales estaban crecidos hasta la rodilla, repartían cierto pecho entre los vecinos, de que compraban cuatro esclavitos, niños de cinco hasta siete años, y de otra nación. Sacrificábanlos á Tlaloc porque lloviese á menudo; cerrábanlos en una cueva que para esto tenían hecha, y no la abrían hasta otro año. Tuvo principio el sacrificio de estos cuatro muchachos, de cuando no llovió en cuatro años, ni aun cinco, á lo que algunos cuentan; en el cual tiempo se secaron los árboles y las fuentes, y se despobló mucha parte de esta tierra, y se fueron á Nicaragua.

El mes y fiesta de Hueitozotli, estando ya los panes criados, cogía cada uno un manojo de maíz, y venían todos á los templos á ofrecerlo con mucha bebida, que llaman atulli, y que se hace del mismo maíz; y con mucho copalli para sahumar los dioses que crían el pan. Bailaban toda aquella noche, y ni sacrificaban hombres ni hacían borracheras.

Al principio del verano y de las aguas celebran una fiesta que llaman Tlaxuchimaco, con todas las maneras de

rosas y flores que pueden; ofrécenlas en el templo, engrinaldando los idolos con ellas. Gastan todo aquel día bailando. Para celebrar la fiesta de Tecuilhuitl se juntaban todos los caballeros y principales personas de cada provincia, á la ciudad que era la cabeza; la vigilia en la noche vestían una mujer de la ropa é insignias de la diosa de la sal, y bailaban con ella todos. En la mañana sacrificábanla con las ceremonias y solemnidad acostumbrada, y estaban el día en mucha devoción, echando incienso en los braseros del templo. Ofrecían y comían grandes comidas en el templo el día de Teutleco, diciendo: «Ya viene nuestro dios, ya viene.» Debía ser que llamaban al diablo á comer con ellos.

Los mercaderes, que tenían templo por sí, dedicado al dios de la ganancia, hacían su fiesta en Miccailhuitl, matando muchos esclavos comprados; guardaban fiesta, comían carne sacrificada, y bailaban.

Solemnizaban la fiesta de Ezalcoaliztli, que también era consagrada á los dioses del agua, con matar una esclava y un esclavo, no de guerra, sino de venta. Treinta días ó más antes de la fiesta ponían dos esclavos, hombre y mujer, en una casa, que comiesen y durmiesen juntos como casados, y llegado el día festival, vestían á él las ropas y divisa de Tlaloc, y á ella las de Matlalcuie, y hacíanles bailar todo el día, hasta la media noche, que los sacrificaban; no los comían como á otros, sino echábanlos en un hoyo que para esto tenía cada templo.

La fiesta Uchpaniztli sacrificaban una mujer; desollábanla, y vestían el cuero á uno; el cual bailaba con todos los del pueblo dos días arreo, y ellos ataviábanse muy bien de mantas y plumajes.

Para la fiesta de Quecholli salía el señor de cada pueblo con los sacerdotes y caballeros á caza, para ofrecer y matar todo lo que cazasen, en los templos del campo. Llevaba gran repuesto y cosas que dar á los que más fieras tomasen, ó más bravas fuesen, como decir leones, tigres,

águilas, víboras y otras grandes sierpes; toman las culebras á manos, y mejor hablando á pies; porque se atan los cazadores la yerba picieth á los pies, con la cual adormecen las culebras; no son tan enconadas ni ponzoñosas como las nuestras, sino son las de Almería. Toman eso mismo las culebras de cascabel, que son grandes, tocándoles con cierto palo. Sacrificaban este día todas las aves que tomaban, desde águilas hasta mariposas; toda suerte de animalias, de león á ratón, y de las que andan arrastrando, de culebra hasta gusanos y arañas; bailaban, y volvíanse al pueblo.

El día de Hatamuztli guardaban la fiesta en Méjico entrando en la laguna con muchas barcas, y anegando un niño y una niña metidos en un acalli, que nunca más pareciesen, sino que estuviesen en compañía de los dioses de la laguna. Comían en los templos, ofrecían muchos papeles pintados; untaban los carrillos á los ídolos con ulli, y tal estatua había que le quedaba la costra de dos dedos de aquella goma.

Cuando hacían la fiesta de Tititlh bailaban todos los hombres y mujeres tres días con sus noches, y bebían hasta caer; mataban muchos cautivos de los presos en las guerras de lejos tierras.

#### Sacrificio de hombres

Por honra y servicio del ídolo de fuego regocijaban la fiesta que llaman Xocotheuci, quemando hombres vivos. En Tlacopán, Coyouacán, Azcapuzalco, y otros muchos pueblos, levantaban la víspera de la fiesta un gran palo rollizo como mástil; hincábanlo en medio del patio ó á la puerta del templo; hacían aquella noche un ídolo de toda

suerte de semillas, envolvíanlo en mantas benditas, y liábanlo porque no se deshiciese, y á la mañana poníanlo encima del palo. Traían luego muchos esclavos de guerra ó comprados, atados de pies y manos; echábanlos en una muy grande hoguera que para tal efecto tenían ardiendo; y medio asados, los sacaban del fuego, y los abrían, y sacaban los corazones, para hacer las otras solemnidades; bailaban tras esto el día todo al rededor del palo, y á la tarde derribaban el mástil con su dios en tierra; cargaba luego tanta gente por tomar algún granillo ó migaja del ídolo, que muchos se ahogaban. Creían que comiendo de aquello los hacía valientes hombres.

En la fiesta de Izcalli sacrificaban muy muchos hombres, y todos esclavos y cautivos, á reverencia del dios del fuego. La principal ceremonia era vestir á un prisionero los vestidos del dios del fuego, y bailar mucho con él, y cuando andaba cansado matábanlo también como á sus compañeros.

Donde más cruelmente solemnizan esta fiesta, es en Cuahutitlán; aunque no la celebran cada año, sino de cuatro en cuatro años. Á las visperas de esta fiesta hincaban seis árboles muy altos en el patio, que todos los viesén, y los sacerdotes degollaban dos mujeres esclavas delante los ídolos en lo alto de las gradas; desollábanlas enteras y con sus caras, hendíanles los muslos y sacábanles las canillas. Otro día luego de mañana tornaban todos al templo á los oficios; subían dos hombres principales del pueblo á lo alto, y vestíanse los cueros de aquellas desolladas; cubrían sus caras con las de ellas, como máscaras; tomaban sendas canillas en cada mano, y muy paso á paso bajaban las gradas, pero bramando. Estaba la gente como atónita de verlos bajar así, y todos á voz en grito decían: «Ya vienen nuestros dioses, ya vienen nuestros dioses, ya vienen.» En llegando al suelo tañían los atabales, huesos y bocinas, y ataban á los enmascarados con sendas codornices sacrificadas, por unos agujeros que les hacían en los

cueros del brazo de las muertas; y muchos pliegos de papel pintados, y pegados unos con otro á la fila, y prendidos de las espaldas. Iban estos dos hombres bailando por todo el pueblo, y á cada puerta y cantón les echaban codornices, como en ofrenda, sacrificándolas; cogían las codornices, que infinitas eran, cenábselas los dos revestidos, y los sacerdotes y hombres principales del pueblo con el señor; la razón por que había tanta codorniz era porque venían á la fiesta con mucha devoción los de la comarca, y aun de diez y más leguas aparte. Aspaban también el mismo día seis presos en guerra; empicotábanlos en lo más alto de los seis árboles que habían puesto el día antes; aseteábanlos luego muchos flecheros, derribaban los árboles, y hacíanse mil pedazos los huesos, y así como estaban los sacrificaban, sacándoles el corazón y haciendo las otras ceremonias que suelen; arrastrábanlos después, y en fin los degollaban. De la manera que mataban éstos, mataban otros ochenta y aun ciento aquel mismo día, y todos de seis en seis; jamás se oyó semejante crueldad. Dejaban á los sacerdotes las cabezas y corazones que comiesen ó enterrasen, y llevábanse los cuerpos á casa de los señores, y otro día tenían banquete con ellos, y grandes borracheras. También sacrificaban más allá de Xalisco hombres á un idolo como culebra enroscada, y quemándolos vivos, que es lo más cruel de todo, y se los comían medio asados.

#### Otros sacrificios de hombres

La mayor solemnidad que hacían por año en Méjico era al fin de su catorceno mes, á quien llaman panquezalitzli; y no sólo allí, pero en toda su tierra la celebraban pom-

posamente, ca estaba consagrada á Tezcátlipuca y á Viteilopuchtli, los mayores y mejores dioses de todas aquellas partes; dentro del cual tiempo se sangran muchas veces de noche, y aun entre día, unos de la lengua, por donde metían pajuelas; otros de las orejas, otros de las pantorri-llas, y finalmente, cada uno de donde quería y más en devoción tenía. Ofrecían la sangre y oraciones con mucho incienso á los idolos, y después sahumábanlos. Eran obligados de ayunar todos los legos ocho dias, y muchos entraban al patio como penitentes para ayunar todo un año entero y para sacrificarse de los miembros que más pecaban. Entraban asimismo algunas mujeres devotas á guisar de comer para los ayunadores. Todos éstos tomaban su sangre en papeles, y con el dedo rociaban ó pintaban los idolos de Viteilopuchtli y Tezcatlipuca y otros sus abogados. Antes que amaneciese el día de la fiesta venían al templo todos los religiosos de la ciudad y criados de dioses, el Rey, los caballeros y otra infinita gente; en fin, pocos hombres sanos dejaban de ir. Salía del templo el gran Acheahutli con una imagen pequeña de Viteilopuchtli muy arreada y galana, poníanse todos en rengle, y caminaban en procesión. Los religiosos iban con las sobrepellices que usan, unos cantando, otros incensando; pasaban por el Tlatelulco; iban á una ermita de Acolmán, donde sacrificaban cuatro cautivos. De allí entraban en Azcapuzalco, en Tlacopán, en Chapultepec y Vicilopueheo, y en un templo de aquel lugar, que estaba fuera en el camino, hacían oración, y mataban otros cuatro cautivos con tantas ceremonias y devoción, que lloraban todos. Volvíanse con tanto á Méjico, después de haber andado cinco leguas en ayunas, á comer. Á la tarde sacrificaban cien esclavos y cautivos, y algunos años doscientos. Un año mataban menos, otro más, según la maña que se daban en las guerras á cautivar enemigos. Echaban á rodar los cuerpos de cautivos las gradas abajo. Á los otros, que eran de esclavos, llevaban á cuestas. Comían los sacerdotes las cabezas de

esclavos y los corazones de los cautivos. Enterraban los corazones de los esclavos, y descarnaban los de los cautivos para poner en el osar. Daban con los corazones de éstos en el suelo, y echaban los de aquellos hacia el sol, que también en esto los diferenciaban, ó tirábanlos al ídolo cuya era la fiesta; y si le acertaban en la cara era buena señal. Por festejar la carne de hombres que comían, hacían grandes bailes y se emborrachaban.

Por el mes de Noviembre, cuando ya habían cogido el maíz y las otras legumbres de que se mantienen, celebran una fiesta en honor de Tezcatlipuca, ídolo á quien más divinidad atribuyen. Hacían unos bollos de masa de maíz y simiente de ajénjos, aunque son de otra suerte que los de acá, y echábanlos á cocer en ollas con agua sola. Entre tanto que hervían y se cocían los bollos, tañían los muchachos un atabal, y cantaban sus ciertos cantares al rededor de las ollas; y en fin decían: «Estos bollos de pan ya se tornan carne de nuestro dios Tezcatlipuca;» y después comianselos con gran devoción.

En los cinco días que no entran en ningún mes del año, sino que se andan por sí para igualar el tiempo con el curso del sol, tenían muy gran fiesta, y regocijábanla con danzas y canciones y comidas y borracheras, con ofrendas y sacrificios que hacían de su propia sangre á las estatuas que tenían en los templos y tras cada rincón de sus casas; pero lo sustancial y principalísimo de ella era ofrecer hombres, matar hombres y comer hombres, que sin muerte no había alegría ni placer.

Los hombres que sacrificaban vivos al sol y á la luna porque no se muriesen, como habían hecho otras cuatro veces, eran infinitos, porque no les sacrificaban un día solamente, sino muchos entre año; y al lucero que tienen por la mejor estrella mataban un esclavo del rey el día que primero se les demostraba, y descúbrenlo en otoño, y venle doscientos sesenta días. Atribúyenle los hados; y así, agüeran por unos signos que pintan para cada día de

aquellos doscientos sesenta. Creen que Topilcín, su rey primero, se convirtió en aquella estrella. Otras cosas y poesías razonaban sobre este planeta; mas porque para la historia bastan las dichas, no las cuento; y no sólo matan un hombre al nacimiento de esta estrella, mas hacen otras ofrendas y sangrias, y los sacerdotes le adoran cada mañana de aquellas, y sahuman con incienso y sangre propia, que sacan de diversas partes del cuerpo.

Cuando más se sangraban estos indios, antes cuando nadie quedaba sin sangrias ni lancetadas, era habiendo eclipse del sol, que de luna no tanto, ca pensaban que se quería morir. Unos se punzaban la frente, otros las orejas, otros la lengua; quién se sajava los brazos, quién las piernas, quien los pechos; porque tal era la devoción de cada uno, aunque también iban aquellas sangrias según usanza de cada villa; ca unos se picaban en el pecho y otros en el muslo, y los más en la cara; y entre los mismos vecinos de un pueblo era más devoto el que más señales tenía de haberse sangrado, y muchos andaban agujereadas las caras como harnero.

#### De una fiesta grandísima

La fiesta que con más sacrificados solemnizaban en Méjico era de cincuenta y dos en cincuenta y dos años; y como á día de grandísima santidad, venían á ella de diez y de veinte leguas aparte los que no la celebraban en sus pueblos. Mandaba el achcahutli mayor que matasen con agua todos los fuegos de los templos y casas, sin quedar una sola brizna, y también aquel gran brasero del dios de masa, que nunca se moría; que si moría, mataban al religioso que tenía cargo de atizarlo, sobre el mismo brase-

ro. Este matar de fuegos hacían la postrera tarde de los cincuenta y dos años. Iban muchos tlamaçazques de Vitcilopuchtli á Iztacpalapán, dos leguas de Méjico. Subían á un templo que está en el serrejón Vixachtla, á quien Motezuma tuvo grandísima devoción; y después de media noche, ya que comenzaba día, año y tiempo nuevo, sacaban lumbré de tlecuahuítl, que es palo de fuego, y sacábanla con un palillo como jugadera, metido de punta por entre dos leños secos, atados juntos y echados en el suelo, y traído á la redonda muy apriesa como taladro. Aquel mucho mecer y frotar causa tanto calor, que se encienden los leños. Sacada pues la nueva lumbré, y hechas todas las otras ceremonias que se requieren y usan, tornaban aquellos sacerdotes á Méjico muy corriendo con los tizonés ó ascuas; poníanlas delante el altar de Vitcilopuchtli con mucha reverencia, hacían gran fuego, sacrificaban un cautivo en guerra, con cuya sangre rociaba el sacerdote mayor el nuevo fuego, á manera de bendición. Tras esto llegaban todos, y cada uno llevaba lumbré á su casa, y los forasteros á sus pueblos. Luego en siendo día sacrificaban en el lugar acostumbrado y con los ritos que suelen, cuatrocientos esclavos y cautivos, si los había de guerra, y comiánselos.

#### La gran fiesta de Tlaxcallán

Casi las mismas fiestas de Méjico y ritos de sacrificar hombres tenían en Tlaxcallán, Huexocínco, Chololla, Tepeacac, Zacatlán y otras ciudades y repúblicas, sino que variaban los nombres á los más días y dioses. Es verdad que mataban más niños por año para los dioses del agua Tlaloc, Matlalcuie y Xuchiquestatl, y que en una fiesta asae-

teaban un hombre puesto en una cruz, y en otra acañave-reaban otro en una cruz baja, y en otra desollaban dos mujeres muertas en sacrificio; vestíanse los cueros dos sacerdotes mozos y ligeros; corrían por el patio y por las calles de la ciudad tras los caballeros y bien vestidos; y al que alcanzaban quitábanle las mantas, plumajes y joyas que para honrar la fiesta se habían puesto. Empero la gran fiesta suya era de cuatro en cuatro años, que llaman Teuxiuitl, y que quiere decir año de Dios, y que cae al principio de un mes correspondiente á marzo. Al dios en cuyo honor se hacía dicen Camaxtle, y por otro nombre Mixcouath. Trae la fiesta ciento y sesenta días de ayuno para los sacerdotes, y para los legos ochenta. Antes de comenzar el ayuno predicaba el achcahutli mayor á sus hermanos, esforzándolos al trabajo venidero, amonestándoles fuesen los criados de Dios que debían, pues habían entrado allí á servirle; y en fin, les decía cómo era llegado el año de su dios para hacer penitencia; por tanto, el que se sintiese flaco ó indevoto saliese del patio de Dios dentro de cinco días, y no sería culpado ni amenguado por ello; mas que si después se salía, habiendo comenzado el ayuno y penitencia, sería tenido por indigno del servicio de los dioses y de la compañía de sus siervos, y privado del oficio y honra clerical, y sus bienes confiscados. Pasado el quinto día de plazo, preguntábase si estaban todos, y si querían ir con él. Respondían que sí; y con tanto iban con el Achcahutli doscientos y trescientos y más clérigos á una sierra, cuatro leguas de Tlaxcallán, muy áspera y alta. Quedábanse todos los tlenamacaques, antes de acabarla de subir, orando, y el Achcahutli subía solo. Entraba en un templo de Matlalcuie, y ofrecía al idolo con grandísima reverencia esmeraldas, plumas verdes, incienso y papel. Tornábase á la ciudad. Ya para entonces estaban en el templo todos los servidores de idolos que había en el pueblo, con muchos haces de palos. Comían todos muy bien y bebían no poco, que aun el ayuno estaba por entrar.

Llamaban luego muchos carpinteros, que también hubiesen ayunado y rezado cinco días, para alisar y aguzar aquellos palos. Íbanse éstos después de haber hecho su oficio, y venían los navajeros, ayunos asimismo. Sacaban y afilaban muchas navajas y lancetas de azabache, y poníanlas sobre mantas limpias y nuevas. Si alguna de ellas se quebraba primero que se acabase, vituperaban al maestro, diciendo que no había ayunado. Los sacerdotes perfumaban aquellas nuevas navajas, y poníanlas al sol en las mismas mantas. Cantaban unos cantares regocijados al són de ciertos atabalejos. Callaban los atabales, y cantaban otro cantar triste, y luego lloraban muy recio. Iban entonces todos, unos tras otros, como quien toma ceniza, á un sacerdote que estaba en la más alta grada; el cual horadaba, como hombre diestro en el oficio, la lengua de cada uno por medio con su navaja, que para eso hacían tantas. Arrodillábanse á Camaxtle, y comenzaban á pasar palos por las lenguas. Cada uno pasaba según su estado, ó tiempo que servía al ídolo; quién ciento, quién doscientos; pero el Achcahutli y los viejos metían aquel día cada cuatrocientos y cinco palos de aquellos más gordos por el agujero de las lenguas. Cuando acababan este sacrificio era más de media noche. Cantaba luego el Achcahutli, y respondían los otros barbullando; que la sangre y dolor no les dejaba libre la voz. Ayunaban veinte días, comiendo muy poquito, y hacían de manera que no se les cerrase el agujero de la lengua, porque á los veinte días, y cuarenta, y á los sesenta, y á los ochenta habían de sacar por él otras cada tantas varas cuantas el primero. Así que se sacrificaban cinco veces de esta misma manera en ochenta días, y montaban las varas, que sólo el Achcahutli ensangrentaba dos mil y veinte. Al cabo de los ochenta días ponían un ramo en el patio, que todos lo viesén, para que todos ayunasen los otros ochenta días que quedaban hasta la Pascua. Y no dejaba nadie de ayunar, como era su costumbre, comiendo poco y bebiendo agua. No podían comer chili,

que es manjar caliente, ni bañarse, ni tocar á mujer, ni apagar el fuego; y en casa de los señores, como Maxixca-cin y Xicotencatl, si el fuego se moría, mataban al esclavo que lo atizaba, y derramaban la sangre en el hogar. Aquel mismo día que ponían el ramo hincaban ocho varales grandes en el patio, como virlos, y echaban en medio de ellos todas sus varas ensangrentadas para quemar después; pero primero las presentaban á Camaxtle como ofrenda. En los segundos ochenta días se metían eso mismo pajas aquellos sacerdotes por las lenguas; mas no tantas como antes, ni tan gordas, sino como cañones. Cantaban siempre, y respondían con voz lastimera. Salían á pedir por las aldeas con ramos en las manos, y dábanles como en limosna mantas, plumas y cacao. Encalaban y lucían muy bien todas las paredes del templo, patio y salas; y tres días antes de la fiesta se pintaban los sacerdotes, unos de blanco, otros de negro, otros de verde, otros de azul, otros de colorado, otros de amarillo, y otros de otro color; en fin, ellos parecían extrañamente, porque allende de las muchas colores, se hacían mil figuras por el cuerpo, de diablos, sierpes, tigres, lagartos y semejantes cosas. Bailaban todo el día de la víspera sin parar; venían algunos clérigos de Chololla con las vestiduras de Cuezalcoatlh, vestían á Camaxtle y otro diosencillo á par de él. Camaxtle era tres estados alto, y el otro ídolo parecía niño; pero teníanle tanto respeto, que no le miraban á la cara. Ponían á Camaxtle muchas mantillas, y sobre ellas una tecuxicoalli grande, y abierta por delante, á manera de loba, con aberturas para los brazos, y con un ruedo muy bien labrado, de hilo de pelos de conejo, que llaman tochomitl, y luego una capa sin capilla, como allá usan. Una máscara que diz que trajeron de Puyahutla, veintiocho leguas de allí, los primeros pobladores; de donde fué natural el mismo Camaxtle. Poníanle un grandísimo penacho verde y colorado, una muy gentil rodela de oro y pluma en el brazo izquierdo, y en la mano derecha una gran saeta con la punta de peder-

nal. Ofrecíanle muchas flores, rosas é incienso. Sacrificábanle muchos conejos, codornices, culebras, langostas, mariposas y otras cazas. Á media noche se revestía un sacerdote, y sacaba lumbre nueva, y santificábala con la sangre de un cautivo principal, que degollaba, á quien decían hijo del sol, por haber muerto en tan bendito día. Íbanse los sacerdotes cada uno á su templo con de aquella nueva lumbre, y allá sacrificaban hombres á sus ídolos. En el templo de Camaxtle, que está en el barrio de Ocoelulco, mataban cuatrocientos y cinco presos de guerra, que tantas varas se pasó por la lengua el gran Achehutli. En el barrio de Tepetiepac mataban ciento, y casi cada otros tantos en los barrios de Tizatlán y Quiahuyztlán; y no había pueblo, de veintiocho que tiene, donde no matasen algunos. En fin, dicen que mataban y comían los de Tlaxcallán y su provincia aquel día y fiesta de Camaxtle, que celebran de cuatro en cuatro años, nuevecientos y aun mil hombres. Los sacerdotes se desayunaban con aquella bendita carne, y los legos hacían grandes banquetes y borracheras. Eran grandísimos carniceros estos de Tlaxcallán, y muy valientes en la guerra. Tenían por valentía y honra haber prendido y sacrificado muchos enemigos, como quien dice haber vencido muchos campos, ó tener muchas heridas por la cara, recibidas en batalla. Tal tlaxcalteca había cuando Cortés entró allí, que tenía muertos en sacrificio cien hombres, presos con sus propias manos.

#### La fiesta de Quezalcoatl

Chololla es el santuario de esta tierra, donde iban en romería de cincuenta y cien leguas; y dicen que tenía trescientos templos entre chicos y grandes, y aun para

cada día del año el suyo. El templo que comenzaron para Quezalcoatl era el mayor de toda la Nueva-España, que, según cuentan, lo querían igualar con el serrejón que llaman ellos Popocatepec, y con otro que por tener siempre nieve, dicen Sierra-Blanca. Querían ponerle su altar y estatua en la región del aire, pues le adoraban por dios de aquel elemento; empero no lo acabaron, á causa, á lo que ellos mismos afirmaban, que edificando á la mayor priesa vino grandísima tempestad de agua, truenos, relámpagos, y una piedra con figura de sapo. Parecióles que los otros dioses no consentían que aquel se aventajase en casa; y así, cesaron. Todavía quedó muy alto. Tuvieron de allí adelante al sapo por dios, aunque lo comen: aquella piedra que dicen, tenían por rayo; porque muchas veces, después que son cristianos, han caído terribles rayos allí. Celebran la fiesta del año de Dios, que cae de cuatro en cuatro años, en nombre de Quezalcoatl; ayuna el gran Achehutli cuatro días, sin comer más de una vez al día, y aquella un poco de pan y un jarro de agua; gasta todo aquel tiempo en oraciones y sangrias. Tras aquellos cuatro días comienzan el ayuno de ochenta días arreo, antes de la fiesta. Enciérранse los tlamacazques en las salas del patio con sendos braseros de barro, mucho incienso, púas y hojas de metl, y tizne ó tinta de bija. Siéntanse por orden en unas esteras á raíz de las paredes; no se levantan sino para hacer sus necesidades; no comen sal ni aji, ni ven mujeres; no duermen en los primeros sesenta días más de dos horas á prima noche y otras tantas á primo día. Su oficio era rezar, quemar incienso, sangrarse muchas veces al día de muchas partes de su cuerpo, y cada media noche bañarse y teñirse de negro. Los postreros veinte días, ni ayunaban tanto ni comían tan poco. Ataviaban la imagen de Quezalcoatl riquísimamente con muchas joyas de oro, plata, piedras y plumas, y para esto venían algunos sacerdotes de Tlaxcallán, con las vestimentas de Camaxtle; ofrecíanle la noche postrera muchos sartales y guirnaldas



de maíz y otras yerbas; mucho papel, muchas codornices y conejos. Para celebrar la fiesta vestíanse todos luego por la mañana muy galanes; no mataban muchos hombres, porque Quezalcoatl vedó el tal sacrificio, aunque todavía sacrificaban algunos.

#### Los ayunos de Teouacán

Otra manera de ayuno tenían en la provincia de Teouacán, muy grande y muy diversa de todas las dichas. De cuatro en cuatro años, que es, como dicen ellos, el año de Dios, entraban cuatro mancebos á servir en el templo; no vestían más de una sola manta de algodón, y aquella de año en año, y unas bragas; la cama era el suelo, la cabecera un canto. Comían á medio día sendas tortillas de pan y una escudilla de atullí, brebaje que hacen de maíz y miel. De veinte en veinte días, que comienza mes, y es fiesta ordinaria, podían comer y beber de todo. Una noche velaban los dos, y la otra los otros dos; pero no dormían en toda la noche de la vela, y sangrábanse cuatro veces para ofrecer la sangre con oraciones. Cada veinte días se metían por un agujero que se hacían en lo alto de las orejas, cada setenta cañas largas. Al cabo de los cuatro años tenía cada uno cuatro mil y trescientas veinte cañas medidas por sus orejas. Montaban las de todos cuatro ayunadores diecisiete mil y doscientas y ochenta cañas. Quemábanlas en acabando su ayuno con mucho incienso, para que los dioses gustasen de aquella suavidad. Si alguno dellos moría durante los cuatro años, entraba otro en su lugar; pero tenían que sería mortandad de señores. Si participaba con mujer, matábanlo á palos de noche, y á furia de pueblo, y delante los ídolos; quemábanlo y esparcían los polvos por

el aire para que no quedase memoria de tal hombre; pues no pudo pasar cuatro años sin llegar á mujer, habiendo pasado toda la vida Quezalcoatl, por cuya remembranza comenzó el ayuno. Con estos ayunadores se holgaba mucho Motezuma, y los tenía por santos. Cuentan dellos que conversaban siempre con el diablo, que adivinaban grandes cosas y que veían maravillosas visiones; pero la más continua era una cabeza con muy largos cabellos, por lo cual debían de criar cabello largo todos los sacerdotes de esta tierra.

No dejaré de contar otro sacrificio de moradores, aunque feo, por ser extrañísimo. Había muchos mancebos por casar de Teouacán, Teutitlán, Cuicatlán y otras ciudades, que ó por devotos ó por animosos ayunaban muchos días, y después hendíanse con agudas navajas el miembro por entre cuero y carne cuanto podían, y por aquella abertura pasaban muchos bejucos, que son como sarmientos ó mimbres, gordos y largos, según la devoción del penitente; unos diez brazas, otros quince, y algunos veinte; quemábanlos luego, ofreciendo el humo á los dioses. Si alguno desmayaba en aquel paso no le tenían por virgen ni por bueno, y quedaba por infamado y por fementido.

Tal cual veis era la religión mejicana. Nunca hubo, á lo que parece, gente más, ni aun tan idólatra como esta; tan matahombres, tan comehombres; no les faltaba para llegar á la cumbre de la crueldad sino beber sangre humana, y no se sabe que la bebiesen.

#### De la conversión

¡Oh, cuántas gracias deben dar estos hombres á nuestro buen Dios, que tuvo por bien alumbrarlos para salir de

de maíz y otras yerbas; mucho papel, muchas codornices y conejos. Para celebrar la fiesta vestíanse todos luego por la mañana muy galanes; no mataban muchos hombres, porque Quezalcoatl vedó el tal sacrificio, aunque todavía sacrificaban algunos.

#### Los ayunos de Teouacán

Otra manera de ayuno tenían en la provincia de Teouacán, muy grande y muy diversa de todas las dichas. De cuatro en cuatro años, que es, como dicen ellos, el año de Dios, entraban cuatro mancebos á servir en el templo; no vestían más de una sola manta de algodón, y aquella de año en año, y unas bragas; la cama era el suelo, la cabecera un canto. Comían á medio día sendas tortillas de pan y una escudilla de atullí, brebaje que hacen de maíz y miel. De veinte en veinte días, que comienza mes, y es fiesta ordinaria, podían comer y beber de todo. Una noche velaban los dos, y la otra los otros dos; pero no dormían en toda la noche de la vela, y sangrábanse cuatro veces para ofrecer la sangre con oraciones. Cada veinte días se metían por un agujero que se hacían en lo alto de las orejas, cada setenta cañas largas. Al cabo de los cuatro años tenía cada uno cuatro mil y trescientas veinte cañas medidas por sus orejas. Montaban las de todos cuatro ayunadores diecisiete mil y doscientas y ochenta cañas. Quemábanlas en acabando su ayuno con mucho incienso, para que los dioses gustasen de aquella suavidad. Si alguno dellos moría durante los cuatro años, entraba otro en su lugar; pero tenían que sería mortandad de señores. Si participaba con mujer, matábanlo á palos de noche, y á furia de pueblo, y delante los ídolos; quemábanlo y esparcían los polvos por

el aire para que no quedase memoria de tal hombre; pues no pudo pasar cuatro años sin llegar á mujer, habiendo pasado toda la vida Quezalcoatl, por cuya remembranza comenzó el ayuno. Con estos ayunadores se holgaba mucho Motezuma, y los tenía por santos. Cuentan dellos que conversaban siempre con el diablo, que adivinaban grandes cosas y que veían maravillosas visiones; pero la más continua era una cabeza con muy largos cabellos, por lo cual debían de criar cabello largo todos los sacerdotes de esta tierra.

No dejaré de contar otro sacrificio de moradores, aunque feo, por ser extrañísimo. Había muchos mancebos por casar de Teouacán, Teutitlán, Cuicatlán y otras ciudades, que ó por devotos ó por animosos ayunaban muchos días, y después hendíanse con agudas navajas el miembro por entre cuero y carne cuanto podían, y por aquella abertura pasaban muchos bejucos, que son como sarmientos ó mimbres, gordos y largos, según la devoción del penitente; unos diez brazas, otros quince, y algunos veinte; quemábanlos luego, ofreciendo el humo á los dioses. Si alguno desmayaba en aquel paso no le tenían por virgen ni por bueno, y quedaba por infamado y por fementido.

Tal cual veis era la religión mejicana. Nunca hubo, á lo que parece, gente más, ni aun tan idólatra como esta; tan matahombres, tan comehombres; no les faltaba para llegar á la cumbre de la crueldad sino beber sangre humana, y no se sabe que la bebiesen.

#### De la conversión

¡Oh, cuántas gracias deben dar estos hombres á nuestro buen Dios, que tuvo por bien alumbrarlos para salir de

tanta ceguedad y pecados, y darles gracia que conociendo y dejando su error y crueldades, se volviesen cristianos! ¡Oh, cuánto deben á Fernando Cortés, que los conquistó! ¡Oh, qué gloria de españoles, haber arrancado tamaños males, y plantado la fe de Cristo! ¡Dichosos los conquistadores y dichosísimos los predicadores; aquellos en allanar la tierra, éstos en cristianar la gente! ¡Felicidad grandísima de nuestros reyes en cuyo nombre tanto bien se hizo! ¡Qué fama, qué loa será de Cortés! Él quitó los ídolos, él predicó, él vedó los sacrificios y tragazón de hombres. Quiero callar, no me achaquen de afición ó lisonja. Empero si yo no fuera español, loara los españoles, no cuanto ellos merecen, sino cuánto mi ruda lengua é ingenio supieran. Tantos en fin han convertido cuantos conquistado. Unos dicen que se han bautizado en la Nueva-España seis millones de personas, otros ocho, y algunos diez. Mejor acertarian diciendo cómo no hay por cristianar persona en cuatrocientas leguas de tierra, muy poblada de gente: loado nuestro Señor en cuyo nombre se bautizan; así que son españoles dignísimos de alabar, ó mejor hablando, alaben ellos á Jesucristo, que los puso en ello. Comenzóse la conversión con la conquista, pero convertianse pocos, por atender los nuestros á la guerra y al despojo, y porque había pocos clérigos. El año de 24 se comenzó de veras con la ida de fray Martín de Valencia y sus compañeros; y el de 27, que fueron allá fray Julián Garcés, dominico, por obispo de Tlaxcallán, y fray Juan Zumárraga, francisco, por obispo de Méjico, se llevó á hecho; ca hubo muchos frailes y clérigos. Fué trabajosa la conversión al principio por no entender ni ser entendidos; y así, procuraron de mostrar el castellano á los más nobles muchachos de cada ciudad, y de aprender el mejicano para predicar. Tuyo eso mismo dificultad grandísima en quitar del todo los ídolos, porque muchos no los querían dejar habiéndolos tenido por dioses tanto tiempo, y diciendo que bien bastaba poner con ellos la cruz y á María, que así llamaban entonces á

todos los santos y aun á Dios; y que también podían tener ellos muchos ídolos, como los cristianos muchas imágenes; por lo cual los escondian y soterraban, y para encubrirlo ponían una cruz encima, y porque si los tomasen orando pareciese que adoraban la cruz; mas como eran por esto aperreados y perseguidos, y porque habiéndoles quebrado los ídolos y destruído los templos, les hacían ir á las iglesias, dejaron la idolatría. Sostenialos mucho el diablo en aquello, diciéndoles que si le dejaban no llovería, y que se levantasen contra los cristianos; que les ayudaría él á matarlos. Algunos hubo que tomaron su consejo, y libraron mal. Dejar las muchas mujeres fué lo que más sintieron, diciendo que tendrían pocos hijos en sendas, y así habría menos gente, y que hacían injuria á las que tenían, pues se amaban mucho, y que no querían atarse con una para siempre si fuese fea ó estéril, y que les mandaban lo que ellos no hacían, pues cada cristiano tenía cuantas quería, y que fuese lo de las mujeres como lo de los ídolos, que ya que les quitaban unas imágenes, les daban otras. Hablaban finalmente como carnalísimos hombres; y así, dispensó con ellos el papa Pablo en tercer grado para siempre. Fácilmente, á lo que se alcanza, dejaron la sodomía, aunque fué con grandes amenazas y castigo. Dejaron asimismo de comer hombres, aunque pudiendo, no lo dejan, según dicen algunos; mas como anda sobre ellos la justicia con mucho rigor y cuidado, no cometen ya tales pecados, y Dios les alumbró, y ayuda á vivir cristianamente. Hay en esta tierra que Fernando Cortés conquistó, ocho obispados. Méjico fué obispado veinte años, y el año de 47 lo hizo arzobispado Pablo, papa tercio; Cuahutemallán y Tlaxcallán tienen obispos; Huaxacac es obispado, y túvolo Juan López de Zárate; Michuacán, que posee el licenciado Vasco Quiroga; Xalisco, que tuvo Pero Gómez Malaber; Honduras, donde está el licenciado Pedraza; Chiapa, que resignó fray Bartolomé de las Casas con cierta pensión. Tienen los reyes de Castilla, por bula del Papa, el patro-

nazgo de todos los obispados y beneficios de las Indias, que engrandece mucho el señorío; y así, los dan ellos y sus consejeros de Indias. Hay también muchos monasterios de frailes mendicantes, mayormente franciscos, aunque no hay carmelitas; los cuales pueden en aquella tierra cuánto quieren, y quieren mucho. No hay lugar, á lo menos no puede estar, sin clérigo ó fraile que administre los sacramentos, predique y convierta.

La prisa que tuvieron á bautizarse

Fué principal causa y medio para que los indios se convirtiesen, deshacer los ídolos y los templos en cada lugar. Dicen que les dolía mucho la destrucción de sus templos grandes, perdiendo esperanza de poderlos rehacer, y como eran religiosísimos y oraban mucho en el templo, no se hallaban sin casa de oración y sacrificios; y así visitaban las iglesias á menudo. Oían de gana los predicadores, miraban las ceremonias de la misa, deseando saber sus misterios, como novedad grandísima; por manera que, con la gracia del Espíritu Santo, y con la solitud de los predicadores, y con su mansedumbre, cargaban tantos á bautizarse, que ni cabían en las iglesias ni bastaban á bautizarlos; y así, bautizaron dos sacerdotes en Xochmilco quince mil personas en un día; y tal fraile francisco hubo, que bautizó él solo, aunque en muchos años, cuatrocientos mil hombres; y á la verdad, los frailes franciscos han bautizado, á lo que dicen ellos mismos, más que nadie. También aconteció en muchas ciudades velarse veinte mil novios en un solo día; prisa grandísima. Dicen que un Calixto, de Huexocinco, criado en la doctrina, fué el primero que se veló á puerta de iglesia. La confesión como

cosa espaciosa, tuvo más qué hacer. Todavía la procuraron muchos; y así, cuentan por cosa grande cómo hubo en Teouacán el año de 40, doce diferencias de naciones y lenguajes á oír los oficios de la Semana Santa y á confesarse, y algunos vinieron de sesenta leguas. Quien primero se comulgó fué Juan de Cuauhquecholla, caballero, y comulgáronle con gran recelo. La disciplina y penitencia de azotes tomaron presto y mucho, con la costumbre que tenían de sangrarse á menudo por devoción, para ofrecer su sangre á los ídolos; y así, acontece ir en una procesión diez mil, y cincuenta mil, y aun cien mil disciplinantes. Todos en fin se disciplinan de buena gana, y mueren por ello, como les come y crece la sangre cada año por aquel mismo tiempo que se suelen azotar en las espaldas, que natural cosa es; bien es que se disciplinen en remembranza de los muchos azotes que dieron á nuestro buen Jesús, pero no que parezca recaer en sus viejas sangrias, y por eso algunos se lo querrian quitar, á lo menos templar.

De cómo algunos murieron por quebrar los ídolos

Metian en la doctrina cristiana los hijos de señores y principales hombres, para ejemplo á los demás. No contradecían sus padres, por amor de Cortés, aunque algunos los escondían hasta ver en qué paraba la nueva religión, ó enviaban otros por ellos. Acxotencatl, señor principal en Tlaxcallán, tenía cuatro hijos y aun sesenta mujeres. Dió los tres á la doctrina, y retúvose al mayor, que sería de doce años ó trece, mas al cabo lo dió, porque se supo; no le tuviesen por falso. Aprendió muy bien el muchacho la doctrina y el romance; bautizóse, y llamáronle Cristóbal; derramaba el vino que tenía su padre, reprendiendo la bo-

rrachez; acusábale la multitud de mujeres, quebraba los ídolos de casa y pueblos que podía coger. Acxotencatl tenía enojo de ello, pero pasábalo por quererlo bien y ser su mayorazgo. Entró el diablo en él, y á persuasión de Xochipapaloacín, una de sus mujeres, lo apaleó, acuchilló y echó en el fuego, que se quemase; de lo cual murió al otro día siguiente. Enterróle secretamente en una su casa de Atlihuezán, pueblo suyo, dos leguas de Tlaxcallán. Hizo matar, porque no lo dijese, á Tlapalxilocín, madre del Cristóbal, y su mujer, en Quimichuca, que está cerca de la venta de Teconac. Esto fué año de 27, y estuvo mucho que no se supo. Maltrató después á un español porque hizo ciertas demasías pasando por unos pueblos suyos. Fué sobre ello Martín de Calahorra desde Méjico por pesquisidor, y averiguó las muertes de Cristóbal y de Tlapalxilo, y ahorcólo. También mataron otros de la doctrina que iban por ídolos á los lugares, hasta que la justicia puso remedio con grandes castigos. En Ezatlán, que andaban levantados, mataron el año de 41 á fray Juan Calero, que llamaban de Esperanza, fraile francisco, porque les hacía abatir un ídolo que habían alzado y adoraban; y en Ameca mataron á fray Antonio de Cuéllar, francisco, porque les predicaba. En Quivira mataron á fray Juan de Padilla y á su compañero, que se quedaron á predicar. En la Florida mataron á fray Luis Caneel, dominico, que fué á convertir; en fin, matan á cuantos predicadores pueden coger, si no hay soldados que temer.

#### De cómo cesaron las visiones del diablo

Aparecía y hablaba el diablo á estos indios muchas veces, según se ha contado, especialmente al principio de la

conversión, sabiendo que se habían de convertir. Persuadialos á sustentar los ídolos y sacrificios en aquella religiosa costumbre que tuvieron sus padres, abuelos y antepasados. Aconsejábales que no dejasen su buena conversación y amistad por quien nunca vieron. Amenazábales que no llovería, ni les daría sol ni salud ni hijos.

Reprehendiales de cobardes, porque no mataban aquellos pocos españoles que predicaban. Ellos, engañados con las dulces palabras, ó con las sabrosas comidas de carne humana, ó con la costumbre, que como otra naturaleza los tiranizaba, deseaban complacerle y estarse en su religión antigua; así que mataron algunos por esto, y defendían los ídolos ó los escondían, diciendo que Vitcilopuchtlí ni los otros dioses no buscó oro. Ponían cruces sobre los ídolos escondidos para engañar los españoles, y el diablo huía de ellas; cosa de que los indios se maravillaban; y así, comenzaban á creer la virtud del Crucificado, que les predicaban. Pusieron los nuestros el Santísimo Sacramento en muchos lugares, que ahuyentó del todo al diablo, como él mismo lo confesó á los sacerdotes que le preguntaron la causa de su ausencia y esquivanza. De manera que no se llegaba el diablo, como solía, á los indios que, bautizados, tenían el Sacramento y cruces, y poco á poco se desapareció. Aprovechaba mucho el agua bendita contra las visiones y superstición de la idolatría. Dieron á la marquesa doña Juana de Zúñiga en Teoacualco una pilica de buena piedra, en que solía haber ídolos, ceniza y otras hechicerías. Ella, por haber servido de aquello, mandó que bebiese allí un gatillo muy regalado; el cual nunca jamás quiso beber en la pilica hasta que le echaron agua bendita; cosa notable, y que se publicó entre los indios para la devoción. Muchas veces ha faltado agua para los panes, y en haciendo rogarias y procesiones llovía. Llovía tanto el año de 28, que se perdían los panes y ganados, y aun las casas. Hicieron procesión y oraciones en Méjico, Tezcuco y otros pueblos, y cesaron las lluvias; que fué

gran confirmación de la fe. Llovía pues, y serenaba, y había salud, contra las amenazas del diablo, aunque se quebraban los ídolos y se derribaban los templos.

**Que libraron bien los indios en ser conquistados**

Por la historia se puede sacar cuán sujetos y despechados eran estos indios; y por tanto, no hay mucho que contar aquí; mas para cotejar aquel tiempo con este, replicaré algunas cosas. Los villanos pechaban, de tres que cogían, uno, y aun les tasaban á muchos la comida. Si no pagaban la renta y tributo que debían, quedaban por esclavos hasta pagar; y en fin, los sacrificaban cuando no se podían redimir. Tomábanles muchas veces los hijos para sacrificios y banquetes, que era lo tirano y lo cruel. Servíanse de ellos como de bestias en las cargas, caminos y edificios. No osaban vestir buena manta ni mirar á su señor. Los nobles y señores tributaban también al rey de Méjico en hacienda y en persona. Las repúblicas no podían librarse de la servidumbre, por causa de la sal y otras mercaderías; por manera que vivían muy trabajados, y como lo merecían en la idolatría, y no había año que no muriesen veinte mil personas sacrificadas, y aun cincuenta mil, según la cuenta que otros hacen, en lo que Cortés conquistó; pero, que fuesen diez mil, era gran carnicería, y uno solo gran inhumanidad. Ahora, que por la misericordia de Dios son cristianos, no hay tal sacrificio ni comida de hombres. No hay ídolos ni borracheras que saquen de seso. No hay sodomía, pecado aborrecible, por todo lo cual deben mucho á los españoles que los conquistaron y convirtieron. Ahora son señores de lo que tienen con tanta libertad, que les daña. Pagan tan pocos tributos, que

viven holgando; ca el Emperador se los tasa. Tienen hacienda propia, y granjerías de seda, ganados, azúcar, trigo y otras cosas. Saben oficios y venden bien y mucho las obras y las manos. No les fuerza nadie, que no le castiguen, á llevar cargas ni trabajar; si algo hacen, son bien pagados. No hacen nada sin mandárselo el señor que tienen indio, aunque lo mande el señor español á quien están encomendados, ni aunque lo mande el virrey; y esta es grandísima exención. Todos los pueblos, aunque sean del Rey, tienen señor indio que manda y veda, y muchos pueblos dos, y tres, y más señores; los cuales son del linaje que eran cuando fueron conquistados; y así, no se les ha quitado el señorío ni mando. Si faltan hombres de aquella casta, escogen ellos al que quieren, y confirmalo el Rey. Obedécenlos en grandísima manera y como á Motézuma; así que nadie piense que les quitan los señoríos, las haciendas y libertad, sino que Dios les hizo merced en ser de españoles, que los cristianaron, y que los tratan y que los tienen ni más ni menos que digo. Diéronles bestias de carga para que no se carguen, y de lana para que se vistan, no por necesidad, sino por honestidad, si quisieren, y de carne para que coman, ca les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil, con que mejoran la vida. Hanles dado moneda para que sepan lo que compran y venden, lo que deben y tienen. Hanles enseñado latín y ciencias, que vale más que cuanta plata y oro les tomaron; porque con letras son verdaderamente hombres, y de la plata no se aprovechaban mucho ni todos. Así que libraron bien en ser conquistados, y mejor en ser cristianos.

## Cosas notables que les faltan

No tenían peso, que yo sepa, los mejicanos; falta grandísima para la contratación. Quién dice que no lo usaban por excusar los engaños; quién, porque no lo habían menester; quién, por ignorancia, que es lo cierto. Por donde parece que no habían oído cómo hizo Dios todas las cosas en cuenta, peso y medida. Así que carecen de peso todos los indios; aunque se halló cierta manera de peso en la costa de Cartagena, y en Túmbez halló Francisco Pizarro una romana con que pesaban el oro, la cual tuvo en mucho.

No tenían moneda, teniendo mucha plata, oro y cobre, y sabiéndolo huir y labrar, y contratando mucho en ferias y mercados. Su moneda usual y corriente es cacauatl ó cacao, el cual es una manera de avellanas largas y amelonadas; hacen de ellas vino, y es el mejor, y no emborracha. El árbol no fructifica sin compañero, como las palmas; pero en llevando fruta, se le puede quitar sin daño; echa la fruta en racimos como dátiles, requiere tierra caliente, pero no demasiado.

Carecían del uso de hierro, habiendo grandísimas minas de ello, y esto por rudeza.

No tenían otra candela para se alumbrar de noche que tizones; barbarie grandísima, y tanto más grande cuanto más cera tenían; que aceite no alcanzaban; y así, cuando los nuestros les mostraron el uso y el provecho de la cera, confesaron su simpleza, teniéndolos por nuevos dioses.

No hacían navíos sino de una sola pieza, aunque buscaban grandes árboles: la causa era falta de hierro, pez é ingenios para calafatearlos.

Que no hiciesen vino teniendo vides y procurando beber otro que agua, es de maravillar: ya lo van haciendo los nuestros, y presto habrá mucho, mayormente si los indios se dan á plantar viñas.

Carecían de bestias de carga y leche; cosas tan provechosas como necesarias á la vida; y así, estimaron mucho el queso, maravillados que la leche se cuajase. De la lana no se maravillaron tanto, pareciéndoles algodón. Espantáronse de los caballos y toros; quieren mucho los puercos, por la carne; bendicen las bestias, porque los relieves de carga, y ciertamente les viene de ellas gran bien y descanso, porque antes ellos eran las bestias.

No tenían letras más de las figuras, y aquellas pocas en respeto de todas las Indias; por donde algunos dicen no haber llegado en estas tierras hasta nuestro tiempo la predicación del santo Evangelio.

Otras muchas cosas les faltaban de las que son menester á la vivienda política del hombre, pero las dichas son las de gran falta, y que á muchos espantan; mas quien considerare que pueden vivir sin ellas los hombres, como ellos vivían, no se espantará, en especial si considera que, así como es nueva tierra para nosotros, así son diferentes todas las cosas que produce, de las nuestras, y que produce cuantas le bastan á mantener y aun á regalar á los hombres.

Muchas cosas les faltaban también de las que acá preciamos, que son más deleitosas que necesarias, como decir seda, azúcar, lienzo y cáñamo; hay ya tanta abundancia como en España.

No tenían pastel, y ahora sí; mas tenían linda grana y finos colores de flores, que no quemaban lo que teñían; y aun su pintura no la gasta ni daña el agua, si la untan con olio de chiyán.

## Del trigo y del molino

En la historia tratamos del pan de los indios que comen ordinaria y generalmente; en esta tierra multiplica mucho, y algún grano echa seiscientos; comenlo verde, crudo, cocido y asado; en grano y amasado. Es ligero de criar, y sirve también de vino; y así, nunca lo dejarán, aunque más trigo haya. Del meollo de las cañas del centli ó tlaulli, que otros dicen maíz, hacen imágenes, que siendo grandes, pesan poco. Un negro de Cortés, que se llamaba, según pienso, Juan Garrido, sembró en un huerto tres granos de trigo que halló en un saco de arroz; nacieron los dos, y uno de ellos tuvo ciento y ochenta granos. Tornaron luego á sembrar aquellos granos, y poco á poco hay infinito trigo; da uno ciento, y trescientos, y aun más lo de regadío y puesto á mano; siembran uno, siegan otro, y otro está verde, y todo á un mismo tiempo; y así, hay muchas cogidas por año. Á un negro y esclavo se debe tanto bien. No se da, ni da tanto, la cebada, que yo sepa. Cuando en Méjico hicieron molino de agua, que antes no lo había, tuvieron gran fiesta los españoles y aun los indios, especial mujeres, que les era principio de mucho descanso; mas empero un mejicano hizo mucha burla de tal ingenio, diciendo que haría holgazanes los hombres é iguales, pues no se sabría quién fuese amo ni quién mozo, y aun dijo que los necios nacian para servir, y los sabios para mandar y holgar.

## Del pajarito vicicilín

La mejor ave para carne que hay en la Nueva-España son los gallipavos: quiselos llamar así por cuanto tienen mucho de pavón y mucho de gallo. Tienen grandes barbas ó paperas, que se mudan de muchas colores; tómanse aunque los tengan en las manos; mansedumbre ó apetito grande; todos las conocen, no hay qué decir. No había de nuestras gallinas; hay ahora tantas, que traen á un solo mercado ocho mil de ellas á vender. El año de 39 les dió un mal que se murieron súbitamente casi todas; casa hubo donde murieron mil, sin doscientos capones. El más extraño pájaro es vicicilín, el cual no tiene más cuerpo que abejón, pico largo y delgado. Mantiénese del rocío, miel y licor de flores, sin sentarse sobre la rosa; la pluma es menuda, linda y entrecolores; precianla mucho para labrar con oro, especialmente la del pecho y pescuezo; muere ó adormécese por Octubre, asido de una ramita con los pies, en lugar abrigado; despierta ó revive por Abril, cuando hay muchas flores, y por eso lo llaman el resucitado y por ser tan maravilloso hablo de él.

## Del árbol metl

Árboles hay en las sierras de Méjico muy olorosos, y que los nuestros pensaron, luego en viéndolos, tener especias; empero la corteza es bastardísima, y el grano



flojo. Había cañafistulas, más ruines y no estimadas; españoles las crían muy buenas. Hay árboles que llevan hojas coloradas y verdes, que parecen bien; otros que llaman de los vasos, por la fruta; y otros cuyas espinas sirven de alfileres. Eto es grande árbol, y lleva las hojas como nogal, mas como el brazo de largo; no echa fruta, sino una flor blanca, verde y clara; tiene pena de muerte quien la trae si no es señor ó si no há licencia; la misma pena tiené el que trae la iolo, rosa de gran árbol, hechura de corazón, color blanquizca, olor de camuesa. Es buena con cacauatl para las calenturas, aunque sean de frío; conforta el corazón, según el nombre y hechura. Quien come la iolo que tiené las vetas moradas, enloquece. De aquestos árboles y otros así eran los huertos de Motezuma, que tenía para recreación. Vacalxuchitl es una rosa de muchos colores, que adoba el agua, y la encarnada se calienta las tardes; propiedad rarísima. Ocozotles es árbol grande y hermoso, las hojas como hiedra; cuyo licor, que llaman liquidámbar, cura heridas, y mezclado con polvos de su misma corteza, es gentil perfume y olor suave. Xilo es otro árbol, de que sacaban indios el licor que los nuestros llaman bálsamo. Pero ¿qué voy contando, pues son cosas naturales que piden más tiempo? Solamente quiero poner el metl, por ser provechosisimo. Metl es un árbol que unos llaman magüey y otros cardón; crece de altura más de dos estados, y en gordo cuanto un muslo de hombre. Es más ancho de bajo que de arriba, como ciprés. Tiene hasta cuarenta hojas, cuya hechura parece de teja, ca son anchas y acanaladas, gruesas al cimiento, y fenecen en punta. Tienen uno como espinazo, gordo en la comba, y van adelgazando la halda.

Hay tantos árboles de estos, que son allá como acá las viñas. Plántanlo, echa espiga, flor y simiente. Hacen lumbré, y muy buena ceniza para legia. El tronco sirve de madera, y la hoja de tejas. Córtañlo antes que mucho crezca; y engorda mucho la cepa. Excávanla por de den-

tro, donde se recoge lo que llora y destila, y aquel licor es luego como arrope. Si lo cuecen algo, es miel; si lo purifican, es azúcar; si lo destemplan, es vinagre, y si le echan la ocatli, es vino. De los cogollos y hojas tiernas hacen conserva. El zumo de las pencas asadas, caliente, y exprimido sobre llaga ó herida fresca, sana y encorece presto. El zumo de los cogollitos y raíces, revuelto con jugo de ajajos de aquella tierra, guarece la picadura de vibora. De las hojas de este metl hacen papel, que corre por todas partes para sacrificios y pintores. Hacen asimismo alpargatas, esteras, mantas de vestir, cinchas, jáquimas, cabestros, y finalmente son cáñamo y se hilan. Las púas son tan recias, que las hincan en otra madera; y tan agudas, que cosen con ellas como con agujas cualquier cuero, y para coser sacan con la púa la veta, ó hacen como con lesna ó punzón. Con estas púas se punzan los que se sacrifican, según muchas veces tengo dicho, porque no se quiebran y despuntan en la carne, y porque, sin hacer gran agujero, entran cuanto es menester. ¡Buena planta, que de tantas cosas sirve y aprovecha al hombre!

#### Del temple de Méjico

Todo lo que conquistó Fernando Cortés está de doce hasta veinticinco grados de altura; y así, es más caliente que frío, aunque dura la nieve todo el año en algunas sierras, y se queman los árboles y maizales, como aconteció el año de 40. Está Méjico en diez y nueve grados de la línea Equinoecial y ciento de Canaria, por do echó Ptolomeo la raya meridional, á la cuenta de muchos; y así, hay ocho horas de diferencia en el sol de Méjico á Toledo, según se prueba y conoce por los eclipses; lo cual es que

sale antes el sol aquellas ocho horas en Toledo que en Méjico. Pasa el sol á 8 de mayo por sobre Méjico hacia el norte, y vuelve á 15 de julio. Echa las sombras todo aquel tiempo al mediodia. No angustia en él la ropa ni escuece la desnudez. Es sana vivienda y apacible, y hay mucho deporte en las sierras que lo rodean y laguna que lo baña.

Que ha venido tanta riqueza de la Nueva-España  
como del Perú

Muy poca plata y oro fué lo que Cortés y sus compañeros hallaron y hubieron en las conquistas de la Nueva-España, en comparación de lo que después acá se ha sacado de minas. Todo lo cual, ó muy poco menos, se ha traído á España; y aunque las minas no han sido tan ricas, ni las partidas traídas tan gruesas como las del Perú, han sido eontinuas y grandes, y el tiempo doblado; y aun si sacan los años de las guerras civiles, que no vino nada, tres tanto. No se puede afirmar esto sin la casa de la contratación de Sevilla, pero es opinión de muchos. Sin oro y plata, se ha también traído muchísimo azúcar y grana, dos mercaderías bien ricas. La pluma y algodón y otras muchas cosas algo valen. Pocas naves van, que no vuelvan cargadas; lo cual no es en el Perú, que aún no está lleno de semejantes granjerías y provechos; así que tan rica ha sido la Nueva-España para Castilla como el Perú, aunque tiene la fama él. Es verdad que no han venido tan ricos mejicanos como peruleros, pero así no han muerto tantos. En la cristiandad y conservación de los naturales lleva grandísima ventaja la Nueva-España al Perú, y está más

poblada y más llena de gentes. Lo mismo es en los ganados y granjerías; ca llevan de allí al Perú caballos, azúcar, carne y otras veinte cosas. Podrá ser que se hincha el Perú y enriquezca de nuestras cosas como la Nueva-España, que buena tierra es si lloviese para ello; mas el regadío es mucho. He dicho esto por la competencia de los unos conquistadores y de los otros.

De los virreyes de Méjico

La grandeza de la Nueva-España, la majestad de Méjico y la calidad de los conquistadores requerian persona de sangre y valor para la gobernación; y así, envió allá el Emperador á don Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar, por virrey, y se vino Sebastián Ramirez, que gobernaba bien; el cual fué luego presidente de la chancillería de Valladolid y obispo de Cuenca. Fué proveido don Antonio de Mendoza el año, pienso, de 24. Llevó muchos maestros de oficios primos para ennoblecen su provincia, y á Méjico principalmente; como decir, molde é imprenta de libros y letras; vidrio, que los indios no conocian; cuños de batir moneda. Engrandeció la granjería de seda, mandándola traer y labrar toda en Méjico; y así, hay muchos telares é infinitos morales, aunque los indios la procuran mal y poco, diciendo que es trabajosa; y es por ser ellos perezosos, con la mucha libertad y franqueza que tienen. Juntó los obispos, clérigos, frailes y otros letrados, sobre cosas eclesiásticas y que tocaban á la enseñanza de los indios; donde se ordenó que no se les mostrase más de latín, el cual aprendían bien, y aun el español; mas no lo quieren hablar sino poco. La música toman bien, especial flautas. Tienen malas voces para can-

sale antes el sol aquellas ocho horas en Toledo que en Méjico. Pasa el sol á 8 de mayo por sobre Méjico hacia el norte, y vuelve á 15 de julio. Echa las sombras todo aquel tiempo al mediodia. No angustia en él la ropa ni escuece la desnudez. Es sana vivienda y apacible, y hay mucho deporte en las sierras que lo rodean y laguna que lo baña.

Que ha venido tanta riqueza de la Nueva-España  
como del Perú

Muy poca plata y oro fué lo que Cortés y sus compañeros hallaron y hubieron en las conquistas de la Nueva-España, en comparación de lo que después acá se ha sacado de minas. Todo lo cual, ó muy poco menos, se ha traído á España; y aunque las minas no han sido tan ricas, ni las partidas traídas tan gruesas como las del Perú, han sido continuas y grandes, y el tiempo doblado; y aun si sacan los años de las guerras civiles, que no vino nada, tres tanto. No se puede afirmar esto sin la casa de la contratación de Sevilla, pero es opinión de muchos. Sin oro y plata, se ha también traído muchísimo azúcar y grana, dos mercaderías bien ricas. La pluma y algodón y otras muchas cosas algo valen. Pocas naves van, que no vuelvan cargadas; lo cual no es en el Perú, que aún no está lleno de semejantes granjerías y provechos; así que tan rica ha sido la Nueva-España para Castilla como el Perú, aunque tiene la fama él. Es verdad que no han venido tan ricos mejicanos como peruleros, pero así no han muerto tantos. En la cristiandad y conservación de los naturales lleva grandísima ventaja la Nueva-España al Perú, y está más

poblada y más llena de gentes. Lo mismo es en los ganados y granjerías; ca llevan de allí al Perú caballos, azúcar, carne y otras veinte cosas. Podrá ser que se hincha el Perú y enriquezca de nuestras cosas como la Nueva-España, que buena tierra es si lloviese para ello; mas el regadío es mucho. He dicho esto por la competencia de los unos conquistadores y de los otros.

De los virreyes de Méjico

La grandeza de la Nueva-España, la majestad de Méjico y la calidad de los conquistadores requerian persona de sangre y valor para la gobernación; y así, envió allá el Emperador á don Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar, por virrey, y se vino Sebastián Ramirez, que gobernaba bien; el cual fué luego presidente de la chancillería de Valladolid y obispo de Cuenca. Fué proveído don Antonio de Mendoza el año, pienso, de 24. Llevó muchos maestros de oficios primos para ennoblecen su provincia, y á Méjico principalmente; como decir, molde é imprenta de libros y letras; vidrio, que los indios no conocian; cuños de batir moneda. Engrandeció la granjería de seda, mandándola traer y labrar toda en Méjico; y así, hay muchos telares é infinitos morales, aunque los indios la procuran mal y poco, diciendo que es trabajosa; y es por ser ellos perezosos, con la mucha libertad y franqueza que tienen. Juntó los obispos, clérigos, frailes y otros letrados, sobre cosas eclesiásticas y que tocaban á la enseñanza de los indios; donde se ordenó que no se les mostrase más de latín, el cual aprendían bien, y aun el español; mas no lo quieren hablar sino poco. La música toman bien, especial flautas. Tienen malas voces para can-

tar por punto. Podrían ser clérigos, mas aún no los dejan. Pobló don Antonio algunos lugares á usanza de las colonias romanas, en honra del Emperador, entallando su nombre y el año en mármol. Comenzó el muelle para el puerto en Medellín, cosa costosa y necesaria. Redujo los chichimecas á vida política, dándoles propio, que no lo tenían ni querían, ni creo lo habían menester. Gastó mucho en la entrada de Sibola, como ya contamos, sin haber provecho ninguno, y quedó enemigo de Cortés. Descubrió gran trecho de tierra en la costa del sur, por Xalisco; envió naos á la Especiería, que también se le perdieron. Húbose prudentemente con las ordenanzas de las Indias cuando se revolvió el Perú; por cuanto había muchos pobres y descontentos que deseaban revuelta y guerra. Mandóle ir el Emperador al Perú con el mismo cargo de virrey, porque se vino el licenciado Gasca, entendiendo su buena gobernación, aunque algunas quejas le dieron de él los de la Nueva-España. No quisiera dejar á Méjico, que lo conocía, ni á los indios, que se hallaba bien con ellos, y le habían sanado con baños de yerbas, estando tullido; ni á sus haciendas, ganados y otras granjerías ricas; ni deseaba conocer nuevos hombres y condiciones, sabiendo que los peruleros son recios; mas, en fin, hubo de ir, y fué por tierra desde Méjico á Panamá, que hay más de quinientas leguas, el año de 1551. Fué aquel mismo año á Méjico por virrey don Luís de Velasco, que era veedor general de las guardas y caballero de mucho gobierno. Es este virreinato muy gran cargo en honra, mando y provecho.

#### Muerte de Fernando Cortés

Riñeron malamente Cortés y don Antonio de Mendoza sobre la entrada de Sibola, pretendiendo cada uno ser suya

por merced del Emperador; don Antonio como virrey, y Cortés como capitán general. Pasaron tales palabras entre los dos, que nunca tornaron en gracia, sobre haber sido muy grandes amigos; y así, dijeron y escribieron mil males el uno del otro; cosa que á entrambos dañó y desautorizó. Tenía pleito Cortés sobre la cantidad de sus vasallos, con el licenciado Villalobos, fiscal de Indias, que le pusiera mala voz al privilegio; y el Virrey comenzóselos á contar, que era mal hacerle, aunque con cédula del Emperador; por lo cual hubo Cortés de venir á España el año de 40. Trajo á don Martín, el mayorazgo, que habría ocho años, y á don Luís para servir al Príncipe. Vino rico y acompañado, mas no tanto como la otra vez. Trabó grande amistad con el cardenal Loaisa y con el secretario Cobos, que no le aprovechó nada para con el Emperador, que había ido á Flandes sobre lo de Gante, por Francia. Fué luego, el año de 41, el Emperador sobre Argel, con grande armada y caballería. Pasó allá Cortés con sus hijos don Martín y don Luís, y con muchos criados y caballos para la guerra. Tomóle la tormenta, con que se perdió la flota, en mar, y en la galera Esperanza, de don Enrique Enríquez. Por el miedo de no perder los dineros y joyas que llevaba, dando al través, se ciñó un paño con las riquísimas cinco esmeraldas que dije valer cien mil ducados; las cuales se le cayeron por descuido ó necesidades, y se le perdieron entre los grandes lodos y muchos hombres; y así, le costó á él aquella guerra más que á ninguno, sacando á su majestad, aunque perdió Andrea de Oria once galeras. Mucho sintió Cortés la pérdida de sus joyas; empero más sintió que no le llamasen á consejo de guerra, metiendo en él otros de menos edad y saber; que dió que murmurar en el ejército. Como se determinó en consejo de guerra de levantar el cerco é irse, pesó mucho á muchos; y yo, que me hallé allí, me maravillé. Cortés entonces se ofrecía de tomar á Argel con los soldados españoles que había, y con los medios tudescos é italianos, siendo de ello servido el

Emperador. Los hombres de guerra amaban aquello, y loábanle mucho. Los hombres de mar y otros no lo escuchaban; y así, pienso que no lo supo su majestad, y se vino. Anduvo Cortés muchos años congojado en la corte tras el pleito de sus vasallos y privilegio, y aun fatigado con la residencia que le tomaron Nuño de Guzmán y los licenciados Matienzo y Delgadillo, y que se veía en consejo de Indias; pero nunca se declaró; que fué gran contentamiento para él. Fué á Sevilla con voluntad de pasar á la Nueva-España y morir en Méjico, y á recibir á doña María Cortés, su hija mayor, que la tenía prometida y concertada de casar con don Alvar Pérez Osorio, hijo heredero del marqués de Astorga don Perálvarez Osorio, con cien mil ducados y vestidos. Mas no se casaron por culpa de don Alvaro y de su padre. Iba malo de cámaras é indigestión, que le duraron mucho tiempo. Empeoró allá, y murió en Castilleja de la Cuesta, á 2 de diciembre del año de 1547, siendo de sesenta y tres años. Fué depositado su cuerpo con los duques de Medina Sidonia. Dejó Cortés en doña Juana de Zúñiga un hijo y tres hijas: el hijo se llama don Martín Cortés, que heredó el estado, y casó con doña Ana de Arellano, prima suya, é hija del conde de Aguilar don Pedro Ramírez de Arellano, por concierto que dejó su padre. Las hijas se llaman doña María Cortés, doña Catalina, y doña Juana, que es la menor, prometida por el mismo concierto á don Felipe de Arellano, con setenta mil ducados de dote. Dejó también otro don Martín Cortés, que hubo en una india, y á don Luis Cortés, que tuvo en una española, y tres hijas, cada una de su madre, y todas indias. Hizo Cortés un hospital en Méjico, mandó hacer un colegio allí, y monasterio para mujeres en Coyoacán, donde mandó por testamento que llevasen sus huesos á costa del mayorazgo. Situó cuatro mil ducados de renta, que valen sus casas de Méjico cada año, para estas tres obras, y los dos mil son para los colegiales.

## DON MARTÍN CORTÉS Á LA SEPULTURA DE SU PADRE

Padre, cuya suerte impropriamente  
squeste bajo mundo poseía;  
valor que nuestra edad enriquecía,  
descansa agora en paz eternamente.

## Condición de Cortés

Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran pecho; el color ceniciento, la barba clara, el cabello largo. Tenía gran fuerza, mucho ánimo, destreza en las armas. Fué travieso cuando muchacho, y cuando hombre fué asentado; y así, tuvo en la guerra buen lugar, y en paz fué alcalde de Santiago de Barucoa, que era y es la mayor honra de la ciudad entre vecinos. Allí cobró reputación para lo que después fué. Fué muy dado á mujeres, y dióse siempre. Lo mismo hizo al juego, y jugaba á los dados á maravilla bien y alegremente. Fué muy gran comedor, y templado en el beber, teniendo abundancia. Sufría mucho la hambre con necesidad, según lo mostró en el camino de Higueras y en la mar que llamó de su nombre. Era recio porfiando, y así tuvo más pleitos que convenía á su estado. Gastaba liberalísimamente en la guerra, en mujeres, por amigos y en antojos, mostrando escasez en algunas cosas; por donde le llamaban río de avenida. Vestía más pulido que rico, y así era hombre limpisimo. Deleitábase de tener mucha casa y familia, mucha plata

de servicio y de respeto. Tratábase muy de señor, y con tanta gravedad y cordura, que no daba pesadumbre ni parecía nuevo. Cuentan que le dijeron, siendo muchacho, cómo había de ganar muchas tierras y ser grandísimo señor. Era celoso en su casa, siendo atrevido en las ajenas; condición de putañeros. Era devoto, rezador, y sabía muchas oraciones y salmos de coro; grandísimo limosnero; y así, encargó mucho á su hijo, cuando se moría, la limosna. Daba cada un año mil ducados por Dios de ordinario; y algunas veces tomó á cambio dineros para limosna, diciendo que con aquel interés rescataba sus pecados. Puso en sus reposteros y armas: *Judicium Domini apprehendit eos, et fortitudo ejus corroboravit brachium meum*: letra muy á propósito de la conquista. Tal fué, como habéis oído, Cortés, conquistador de la Nueva-España; y por haber yo comenzado la conquista de Méjico en su nacimiento, la fenezco en su muerte.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

## BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

TOMOS PUBLICADOS

- Quevedo: El Gran Tacaño.  
 Avellaneda: El Quijote.  
 P. Isla: Cartas familiares.  
 Fray Luis de León: La perfecta casada.  
 Moratín: Comedias.  
 Autores varios: Extravagantes (opúsculos amenos y curiosos).  
 Feijoo: Obras escogidas.  
 Huarte: Examen de ingenios.  
 Jovellanos: Obras escogidas (I, II y III tomo).  
 Novelistas del siglo XVII.  
 Rojas Zorrilla: Comedias.  
 Rivadeneira: Tratado de la tribulación.  
 Cadalso: Obras escogidas.  
 Liñán y Verdugo: Guía y avisos de Forasteros.  
 Melo: Guerra de Cataluña.  
 Romancero general.  
 Zabaleta: El día de fiesta.  
 Larra: Artículos escogidos.  
 Cervantes: Novelas ejemplares (I y II tomo).  
 Guevara: Epístolas escogidas.  
 Rojas: La Celestina, tragi-comedia.  
 Jorge de Montemayor y Gil Polo: La Diana.  
 Alarcón: Comedias escogidas (tomo I y II).  
 Le Sage: El Bachiller de Salamanca.  
 Juan C. de Olóriz: Molestias del trato humano.  
 Yepes: Vida de Santa Teresa (tomo I y II).  
 A. de Castillo Solorzano: La Garduña de Sevilla.  
 Diego de Saavedra Fajardo: Corona Gótica.  
 Francisco López de Gómara: Conquista de Méjico (2 tomos). ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
 EN PRENSA

P. Pedro de Rivadeneira.—Vida de San Ignacio de Loyola.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

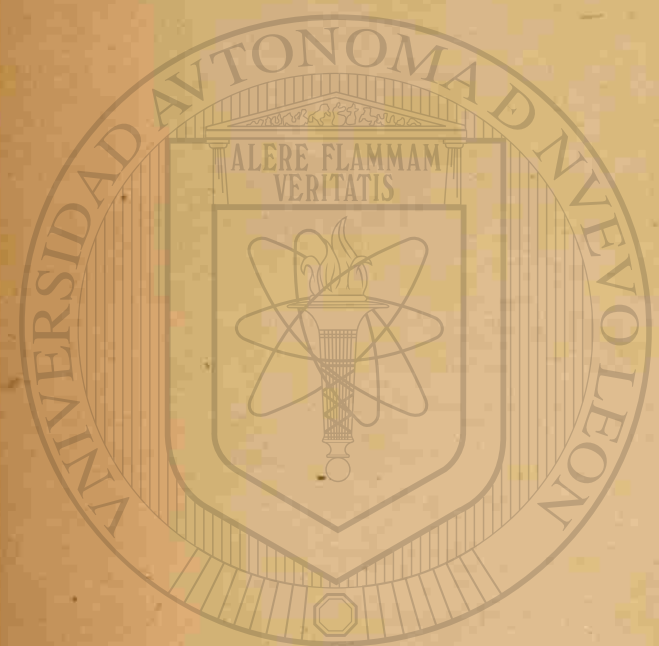


®

FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

266

972.02  
L6 v.2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

F1230  
L6  
v.2

FEVT  
38125

AUTOR  
LOPEZ DE GOMARA, Francisco

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







1